

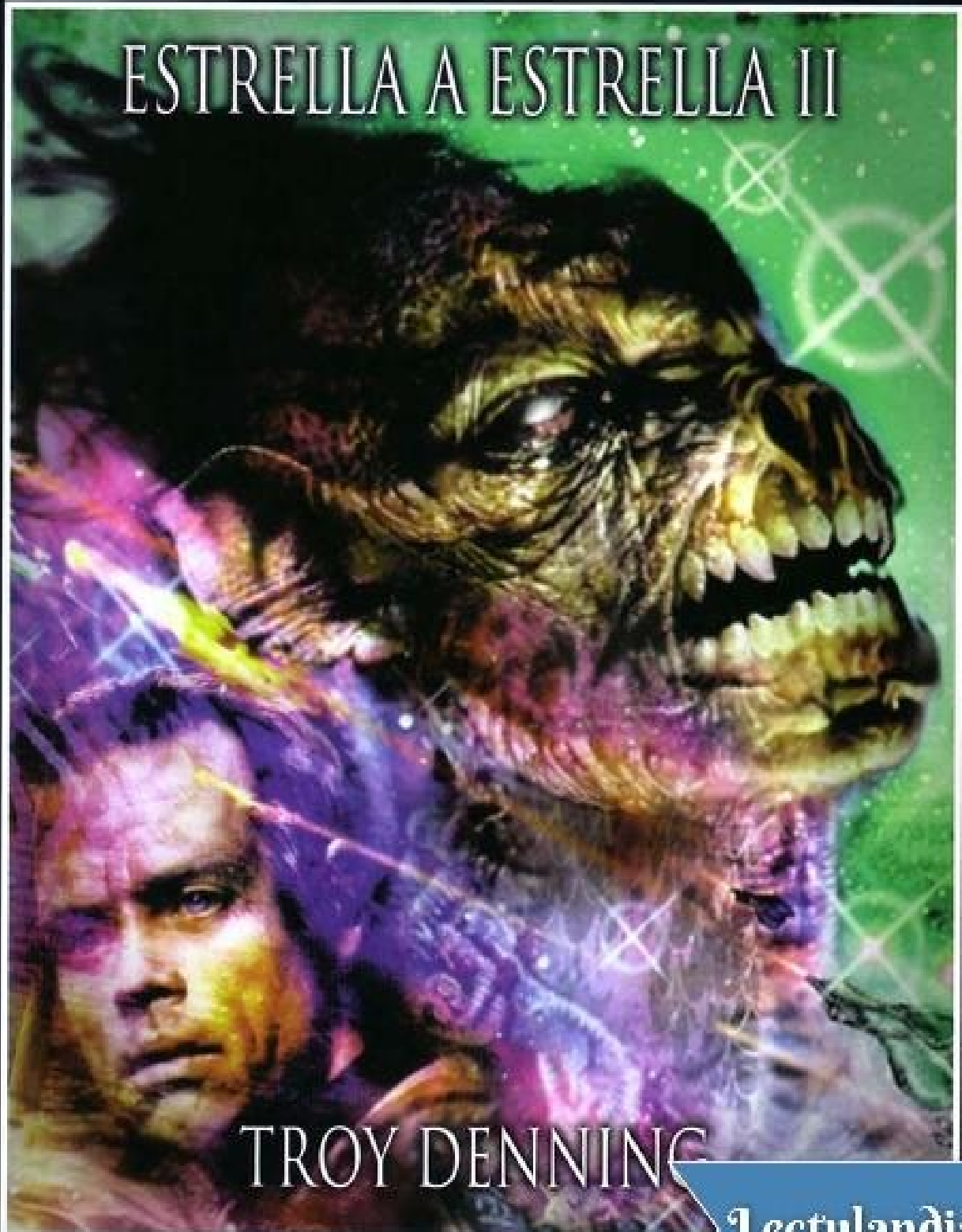
BIBLIOTECA

STAR WARS



LA NUEVA ORDEN JEDI

ESTRELLA A ESTRELLA II



TROY DENNING

Lectulandia

PLANETA DEAGOSTINI

Magullados, golpeados, así como perseguidos y apabullados, los Jedi se mantienen en pie ante su mayor adversidad. Anakin Solo, el hijo de Leia, tiene un plan, aunque muy arriesgado, constituye la única esperanza para asestar un verdadero golpe a la invasión de los yuuzhan vong.

Anakin, Jacen y Jaina Solo, los tres hermanos son los líderes de la fuerza de ataque que será capturada y conducida al corazón del territorio vong.

Lectulandia

Troy Denning

Estrella a estrella II

La nueva orden Jedi 10

ePUB v1.0

IronManu 01.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Star by Star*
Troy Denning, 30 de Octubre de 2001.
Traducción: Lorenzo F. Díaz.
Ilustraciones: Cliff Nielsen.
ePub base v2.1

Dramatis Personae

Alema Rar: Caballero Jedi (hembra twi'leko).
Anakin Solo: Caballero Jedi (humano).
Bela Hará: Caballero Jedi (hembra barabel).
Borsk Fey'lya: Jefe de Estado (bothano).
C-3PO: Droide de protocolo.
Cilghal: Maestra Jedi (mon calamari).
Eryl Besa: Caballero Jedi (humana).
Ganner Rhysode: Caballero Jedi (humano).
Han Solo: Capitán del *Halcón Milenario* (humano).
Jacen Solo: Caballero Jedi (humano).
Jaina Solo: Caballero Jedi (humana).
Jovan Drark: Caballero Jedi (rodiano).
Krasov Hará: Caballero Jedi (hembra barabel).
Kyp Durrón: Maestro Jedi (humano).
Lando Calrissian: Luchador de la Resistencia (humano).
Leia Organa Solo: Antigua diplomática de la Nueva República (humana).
Lowbacca: Caballero Jedi (macho wookiee).
Luke Skywalker: Maestro Jedi (humano).
Mara Jade Skywalker: Maestra Jedi (humana).
Nom Anor: Ejecutor (yuuzhan vong).
R2-D2: Droide astromecánico.
Raynar Thul: Caballero Jedi (humano).
Saba Sebatyne: Caballero Jedi (hembra barabel).
Tahiri Veila: Caballero Jedi (humana).
Tekli: Caballero Jedi (hembra chandra-fan).
Tenel Ka: Caballero Jedi (humana).
Tesar Sebatyne: Caballero Jedi (macho barabel).
Tsavong Lah: Maestro Bélico (macho yuuzhan vong).
Ulaha Kore: Caballero Jedi (hembra bith).
Vergere: Consejera de Tsavong Lah (fosh).
Viqi Shesh: Senadora (humana).
Zekk: Caballero Jedi (humano).

Capítulo 1

No era extraño ver a Tsavong Lah en el Sumo Bocado del *Sunulok*, como los oficiales de la nave llamaban afectuosamente al comedor, por eso supo que el repentino silencio que recorrió las mesas a su espalda tenía menos que ver con él que con la persona que se le aproximaba. No se volvió para comprobar quién era, eso habría implicado curiosidad, y él no era curioso. El Maestro Bélico continuó estudiando la vasija de yanskac que estaba ante él con los ojos puestos en un succulento sujeto con una defensa de espinas dorsales de ocho centímetros. El animal pareció darse cuenta de que lo estaban mirando y mantuvo en alto su cola envenenada, pero no hizo ademán de ocultarse debajo de los otros, como hicieron los yanskac más viejos y sabios. Este parecía digno, una auténtica criatura de Yun-Yammka.

Las voces detrás Tsavong Lah pasaron de los murmullos al silencio, y se oyó cómo alguien arrastraba los pies al caminar. El levantó un brazo para indicarle que esperara y luego llevó rápidamente la mano a la vasija y cogió al yanskac por debajo de su cola llena de púas. En vez de luchar por escapar, la criatura se irguió y clavó las espinas dorsales en los dedos del Maestro Bélico.

Dos de ellas pincharon el hueso y otra se alojó en un nudillo, inyectando veneno directamente a la articulación. Un río incandescente recorrió el brazo de Tsavong Lah hasta el hombro. El dolor era exquisito.

Todavía con las espinas clavadas en los dedos, el Maestro Bélico se dirigió a la mesa de los condimentos y se enfrentó a las pinzas del yanskac para eviscerarlo vivo. Luego lo arrojó al brasero, todavía moviéndose, para cocinarlo con sus escamas. Las entrañas fueron arrojadas al suelo para los carroñeros limpiadores kaastoag, que comenzaron a luchar entre ellos con agujijones y tentáculos. Tales eran los dones que los dioses conceden a los fuertes: batalla, dolor, vida, muerte. Tsavong Lah limpió su coufee en una tinaja de venogel y pasó el filo por la palma de la mano para santificar la daga, luego se volvió para ver al recién llegado.

—¿Sí?

Para su sorpresa, no se trataba de un mensajero, sino una espectacular joven, ayudante de comunicaciones, con negras bandas de honor quemadas que cruzaban sus mejillas.

—Puedes hablar, Seef.

Ella se llevó un puño al hombro opuesto en señal de saludo.

—Noticias de Talfaglio, Maestro Bélico.

En vez de continuar, dirigió una mirada nerviosa a los otros oficiales del Sumo Bocado.

—Imagino que los *Jeedai* se han mostrado.

El crujido de las escamas al romperse informó a Tsavong Lah de que su yanskac ya estaba cocinado. Sacó la comida de entre las llamas con sus propias manos. Ningún oficial en el Sumo Bocado pensaría siquiera en usar los tong de hueso dispuestos para tal fin. Luego arrancó la cola, sacando al mismo tiempo la piel escamosa.

—¿A cuántos refugiados han salvado?

—A todos, mi señor, o casi —Seef bajó la mirada—. El bloqueo ha sido derrotado, así como nuestra flota.

—¿Derrotado? —Tsavong Lah cogió al yanskac por las espinas dorsales y le dio un mordisco. La carne era firme y picante, diseñada por los cuidadores para ser sabrosa y nutritiva—. ¿Estás segura?

Seef sacó su coufee y le ofreció la empuñadura.

—Me avergüenza traer estas noticias, pero la visión de los centinelas era clara. Atacaron con una flota muchas veces mayor de lo que nuestros espías decían que era, y utilizaron armas que nuestros cuidadores todavía están intentando analizar —bajó la vista para no ofender al gran Maestro Bélico con su mirada al informar de las infortunadas noticias—. Sus destructores estelares fueron capaces incluso de capturar una de nuestras naves capitales, el Lowca.

—¿Intacta?

—Bastante, me temo —contestó Seef.

—Interesante. Quiero verlo.

—Los chilab de memoria que han enviado los centinelas están de camino en este momento, Maestro Bélico.

—No será necesario —Tsavong Lah puso a un lado el coufee—. Lo esperábamos.

—¿Lo esperábamos? —Seef parecía más sorprendida que aliviada.

—Por fin los *Jeedai* han permitido que sus emociones les conduzcan por el camino equivocado.

Aunque desde la caída de Duro había trabajado para que llegara este momento, se sintió extrañamente decepcionado con sus enemigos. Tenía mejor opinión de sus adversarios, no creía que fueran tan fácilmente manipulables.

—Seef, pedirás a los Lectores que descubran si los dioses favorecen dos osados ataques, uno para tomar Borleias y otro para tomar Reecee.

—¿Reecee? —exclamó un maestro táctico que se encontraba de pie tras él—. ¿Pasarás de largo los astilleros de Bilbringi?

—Por ahora.

Tsavong Lah posó una mano en la espalda de Seef y la empujó con suavidad hacia la puerta, luego separó las pinzas de su yanskac. Las abrió y alzó su brazo lo

suficiente para que todo el mundo en el Sumo Bocado pudiera verlo.

—Ha llegado la hora de preparar nuestra tenaza, mis guerreros.

Unió las garras.

—Estamos preparados para la batalla de Coruscant.

Capítulo 2

Con su rostro demacrado, los labios finos, la nariz muy rota y un plaeryin bol negro que miraba desde una cuenca ocular reestructurada, Nom Anor era el yuuzhan vong más reconocible de la galaxia, al menos para un Caballero Jedi. La criatura emplumada que saltaba a su lado era algo muy distinto. Se movía sobre patas con las articulaciones invertidas que le llegaban hasta algo más arriba de la cintura, tenía orejas largas, antenas con forma de sacacorchos y delicados bigotes que bordeaban una ancha boca de simio. Jacen nunca había visto una criatura así pero, a pesar de eso, tenía la imposible sensación de que debía conocerla.

La cosa se detuvo a medio camino de su destino, la rampa donde Ganner había insultado sin querer a los yuuzhan vong de la nave de rescate, y giró la cabeza hacia él. Le miró directamente, aunque lo hacía a través de dos capas de membrana de ventana y a doscientos metros de distancia.

Permaneció inmóvil, con la vista fija el tiempo suficiente para provocarle un escalofrío, entonces sonrió ladinamente y se alejó aleteando para unirse a Nom Anor.

—¡No puede habernos visto! —susurró Ganner al lado de Jacen. Pero pese a su afirmación se apartó para esconderse aún más en la sombra—. Debió de mirar hacia aquí por casualidad.

—Notó nuestra presencia —dijo Jacen, bajando los electrobinoculares—. Más que eso, notó nuestra aprensión.

No añadió que la criatura lo había hecho a través de la Fuerza. La sorpresa que emanaba de Ganner sugería que también había llegado a la misma conclusión, —¿Qué os pasa a vosotros? —preguntó Jaina, uniéndose a ellos en la entrada—. ¡Os percibo como si hubierais oído la voz del Emperador! No me digáis que os asustan unos pocos yuuzhan vong.

—Son algo más que unos pocos —Jacen le pasó los electrobinoculares a su hermana. Percibía sus emociones de forma extrañamente inconexa, como solía pasarle cuando el combate era inminente, pero no podía criticar su actuación. Cuando los insectos aturdidores empezaban a volar, siempre era la Jedi más segura y más equilibrada de todo el grupo de ataque. Jacen ignoró la compañía de guerreros yuuzhan vong que formaban ante la lanzadera de Nom Anor y señaló a la cosa pájaro—. Pero lo que me preocupa es la mascota de Nom Anor. Creo que me ha tocado con la Fuerza.

Jaina estudió a la pequeña criatura.

—¿Estás seguro?

—Seguro, no —aclaró Jacen—, pero sí convencido.

—Y yo —añadió Ganner—. Esa sonrisa...

—Umm —Jaina frunció el ceño pensativa—. ¿No te recuerda a nadie las plumas?

—No dejo de pensar que debería —repuso Jacen—. Pero nunca he visto un ser así.

—Perdona, olvidaba que hoy en día el Servicio de Inteligencia de la Nueva República no informa de nada a tío Luke. En el Escuadrón Picaro hemos visto algunos hologramas muy interesantes. Esa es Vergere.

—¿Vergere? —dijo Jacen con un sobresalto.

Había estado implicada en uno de los primeros intentos yuuzhan vong de asesinar a los Jedi, pero también había sido quien entregó a su padre las lágrimas curativas que hicieron remitir la enfermedad de Mara. Los Jedi seguían discrepando si Vergere era amiga o enemiga, una simple mascota de la asesina o una agente por derecho propio.

—O es Vergere, o es otra criatura como ella —dijo Jaina—. Y si te ha tocado con la Fuerza, podemos asumir que era algo más que la mascota de la asesina.

Ganner asintió.

—Fue ella la que nos señaló a la asesina.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Jacen—. Si ella era parte del complot, ¿por qué le salvó la vida a Mara? ¿Por qué no ha dado la voz de alarma sobre nuestra presencia?

—Igual estamos equivocados —sugirió Ganner—. Igual no nos ha sentido.

—Yo la he sentido a ella —insistió Jacen.

Su discusión se vio interrumpida por la llegada de Anakin y el resto del grupo de asalto. Con ellos iban Welk y Lomi, los dos Jedi Oscuros, ahora vestidos con su propia armadura oscura y envueltos en los vendajes bacta de Tekli. A Jacen le avergonzó descubrir que deseaba que su grupo hubiera conocido la identidad de la pareja antes de que su hermano decidiera salir en su rescate; estaba seguro de que lo habrían intentado de todos modos, pero después de acabar con la reina voxyn.

Ganner le pasó a Anakin los electrobinoculares en el momento en que Nom Anor y Vergere llegaban a su destino. El desarmado yuuzhan vong que antes había retado al grupo de asalto apareció en la rampa y se puso a hablar con Nom Anor. Cuando Vergere intervino para hacer un comentario cortante, se envaró y la saludó llevándose el puño al hombro y la incluyó en la conversación.

Anakin dirigió los electrobinoculares hacia las tropas formadas ante la lanzadera de Nom Anor.

—¿Cuántos...?

—Demasiados para combatirlos —respondió Jacen Anakin lo ignoró y miró a Ganner. Más decepcionado que irritado por su gesto, Jacen se tragó el orgullo y guardó silencio.

Después de todo, su hermano había pedido información, no consejos.

—He contado ciento cuatro guerreros —dijo Ganner—, probablemente tres pelotones y un oficial supervisor.

La expresión de Anakin permaneció inmutable, pero Jacen sintió en él una oleada de ansiedad. El primer plan ya había fallado, y el segundo se estaba desmoronando. Hizo lo que pudo para silenciar la aprensión de Anakin e impedir que afectara a los demás a través de la fusión de combate.

Lomi se situó al lado de Anakin.

—Podemos escapar por el campo de entrenamiento. Tiene una salida que da al laboratorio.

Jacen vio que Welk palidecía, y sintió su terror gracias a la Fuerza.

—¿Qué es el campo de entrenamiento? —preguntó Jacen. —Es donde los yuuzhan vong enseñan a los voxyn a cazarnos—explicó Lomi. Entrecerró los ojos, claramente molesta por ser interrogada—. Será peligroso, pero menos que el espaciopuerto.

—Y conocemos el terreno mejor que los adiestradores —dijo Welk. Pese a su miedo, estaba dispuesto a apoyar a su Maestra, quizá porque le daba más miedo que los voxyn—. Los voxyn no serán ningún problema, no para la mayoría de nosotros.

—A no ser que los estudiantes de Skywalker no estén a la altura de su reputación —se burló Lomi con una sonrisa desdeñosa—. Tú decides, joven Solo.

—Nuestra reputación es merecida —repuso Anakin.

El yuuzhan vong sin armadura señaló a Nom Anor los calabozos donde se escondía el grupo.

—No creo que le esté diciendo dónde encontrar la cabina de aseo —dijo Ganner—. Las cosas se ponen peligrosas.

—Peligrosas no, sólo interesantes —replicó Anakin. Se apartó de la entrada e hizo señas a Lomi para que se internara más en la guarida de detención—. Tú delante.

—¿Qué estás haciendo, Anakin? —le dijo Zekk yendo tras él.

Jacen hizo lo que pudo por amortiguar la alarma e indignación que entraban en la fusión de combate, pero los sentimientos de Zekk eran demasiado potentes. Se derramaban sobre todo el grupo, despertando enemistad y resentimiento en Raynar y Eryl, y algo más letal en los barabeles.

Anakin miró la fosa de aterrizaje, donde Nom Anor y Vergere saludaban a sus tropas.

—Nunca conseguiremos rodear el espaciopuerto. Hay que seguir a Lomi por la zona de entrenamiento.

—¡Es una Hermana de la Oscuridad! —continuó Zekk—. No puedes confiar en ella... ¡Ni siquiera deberías llevarla contigo!

—No. tenemos otra elección, Zekk —dijo Jacen. Le alegraba tener una oportunidad de apoyar a su hermano, quizá eso haría que Anakin le perdonase por su error a bordo del *Muerte Exquisita*—. Abandonarlos aquí sería lo mismo que

matarlos.

—Peor —dijo Lomi, guiándoles más allá de las celdas de detención—. No creo que tengáis sables láser de sobra, pero quizá sí una pistola.

—He dicho que os necesito, no que me fíe de vosotros—dijo Anakin.

—Como desees —repuso Lomi con una sonrisa astuta.

Dobló por un pasillo tan cubierto de árboles de ysalamiri que a Jacen le pareció estar viajando por la selva de Yavin 4. La fusión de combate se interrumpió brevemente cuando entraron en una región donde los ysalamiri no habían olido la cápsula de feromonas, y el pasillo desembocó en un conducto de coral yorik tan estrecho que hasta Tekli tuvo que moverse de lado. De no haber estado las paredes cubiertas por una manta resbaladiza de rocío, Lowbacca no habría podido pasar en absoluto.

El final del conducto daba a un bosque bastante despejado formado por árboles de olor amargo, copas caídas y hojas con forma de cuchillo. Jacen vio, entre el fino follaje, que habían entrado en un gran corredor semejante a un desfiladero, de quizá cien metros de ancho y la mitad de profundidad, con un *cielo* de luminoso liquen pegado al techo, encima de las copas de los árboles.

Lomi se detuvo allí.

—Tened las armas a mano. Los adiestradores estaban entrenando a una manada cuando llegasteis y nos sacaron de aquí a toda prisa. Los voxyn podrían estar en cualquier parte.

Jacen miró hacia atrás. A la estrecha garganta de coral yorik.

—¿Por qué no en las celdas de detención?

—Los hongos les impiden agarrarse a las paredes y el pasadizo es demasiado estrecho para que pasen.

Se detuvieron lo suficiente para que Lowbacca y Ganner plantasen dos minas de detonita en el pasillo, y continuaron adelante. Jacen reestableció la fusión de combate y le sorprendió la discordia del grupo. Las emociones estaban a flor de piel con todos los acontecimientos en contra y los nervios por una posible emboscada voxyn.

Lomi guió al grupo de asalto por el sendero y en un cruce que Jacen no había visto bajó por un pasillo. Los árboles se volvieron más oscuros y densos, con ramas envueltas en largas barbas de tembloroso musgo. Apenas habían dado cincuenta pasos por esa zona cuando detrás de ellos sonó un estallido amortiguado, seguido por el rugido acolchado de una piedra al caer.

—Detonación de mina confirmada —informó 2-4S—. Número de bajas no disponible.

—Dinos algo que no sepamos —dijo Tahiri.

Lomi les hizo doblar por varias esquinas más. Los comentarios de Tahiri se volvieron más frecuentes a medida que el bosque se espesaba y oscurecía más y más.

Dos coralitas volaron sobre ellos, giraron justo debajo del techo y descendieron hacia la copa de los árboles.

—Presencia detectada —alertó 2-4S.

Lomi guió al grupo por una zona pantanosa con árboles de tronco escamoso que sobresalían del agua verde.

—Dos-Cuatro-Ese, asegura el cruce —ordenó Anakin.

—Afirmativo —respondió el droide.

Apenas habían chapoteado en el pantano un centenar de veces cuando el sonido del cañón láser del droide reverberó por el desfiladero.

—Nave de vanguardia destruida —informó 2-4S por el comunicador.

Los disparos continuaron un segundo más hasta que se les unió el rugiente siseo de un volcán de plasma. Jacen atisbo por entre las copas de los árboles el oscuro disco de un coralita dirigiéndose de lado hacia la entrada del desfiladero, de su vientre brotaba un abanico de niebla negra.

—¡Las máscaras respiradoras! —gritó.

La mayoría de los miembros del grupo ya se estaban poniendo las máscaras, pero los dos Jedi Oscuros sólo pudieron mirar impotentes a los demás. Lomi se volvió hacia Anakin con una mano extendida.

—Necesito una máscara.

—Conten el aliento —dijo Zekk en tono desagradable.

—¿Y quién nos guiará si ella cae? —preguntó Alema.

La twi'leko le tiró su propia máscara usando la Fuerza para que cayera en manos de Lomi, y a continuación se oyó, proveniente del cruce, el rugido de los cohetes propulsores de 2-4S. Jacen volvió la vista para ver al droide elevándose del pantano en una columna de fuego amarillo, disparando al morro del coralita con todos los sistemas de armamento. El piloto enemigo replicó con dos bolas de plasma al pecho. CYV 2-4S desapareció en una bola de fuego blanco, pero aun así se las arregló para lanzarse contra el coralita y conectar sus cargas autodestructoras.

Coralita y droide se desintegraron a la vez en un fogonazo de luz. La visión de Jacen se moteó y la onda de choque lo tiró de espaldas contra el agua. La mano fuerte de Tenel Ka le ayudó a levantarse.

Tras incorporarlo, ella le dijo algo que no pudo oír por el zumbido de sus oídos, pero cuyo sentimiento pudo reconocer a través de la fusión de combate: La máscara respiradora no le serviría de nada colgando de su mano.

Jacen se la ajustó, algo más que alterado por la aniquilación de 2-4S. El droide no sólo había sido un camarada valioso y respetado, sino que su destrucción y la de 2-1S dejaban al grupo de asalto sintiéndose mucho más expuesto, como si su protector hubiera desaparecido y los hubiera dejado para que se las arreglaran solos.

Cuando dejó de ver motas, Jacen pudo distinguir una nube de grasiento humo

desplazándose hacia ellos por el desfiladero. Bajo ella flotaba la misma niebla oscura que liberaba el coralita cuando 2-4S la destruyó. Se volvió para avisar a los demás y se encontró con Anakin haciendo señas al resto para que siguiera adelante, y entonces sintió la agitación familiar de un voxyn en alguna parte delante de ellos.

—¡Sangre de Sith! —Tahiri empuñó el sable láser con una mano y la pistola en la otra—. ¿Cuándo nos saldrá algo bien? Un bosque de sables láser cobró vida.

—Seguid moviéndoos, mantengámonos delante de esa niebla hasta que se disipe.

Los barabeles se insertaron los micrófonos para los oídos, se dejaron caer sobre el vientre y se deslizaron por el agua, propulsándose con las gruesas colas. El resto del grupo se puso sus propios micrófonos y vadeó el agua siguiendo a los compañeros de nido; unos empuñando las pistolas láser, otros el sable y algunos ambas cosas.

Apenas habían recorrido veinte metros cuando un sonoro ronroneo se abrió paso por entre los árboles de delante, y Jacen sintió un estallido de sorpresa en Bela.

La barabel saltó del agua como un cohete, pegando el cuerpo contra el tronco de un árbol cercano y empezando a trepar hacia la copa. Tras ella apareció el morro plano de un voxyn, abriendo los labios para escupir ácido. Un granizado de disparos láser convergió en la cabeza de la criatura.

Muchos dieron en sus escamas y rebotaron inofensivos, pero varios más quemaron o se enterraron en el tejido blando de alrededor de los ojos y las ranuras de los oídos. Ganner y Alema saltaron hacia delante y cortaron la humeante cabeza con el sable láser, dejando que el muñón del cuello desapareciera bajo la superficie del agua.

—¡Lo encontré! —gritó Bela, dejándose caer de vuelta al pantano.

Los tres barabeles rompieron en un ataque de siseos dentro de la máscara respiradora. Entonces la cortina de niebla les alcanzó y gotitas de vapor negro empezaron a fundirse en el agua.

—Alema, Welk, ¡al agua! —gritó Jacen.

Alema ya estaba bajo el agua para cuando terminó de gritar, pero, al no ser parte de la fusión de combate, Welk fue más lento. Miró a su alrededor, confuso por un momento, se dio cuenta de lo que pasaba y se tiró bajo el agua, sólo para salir a la superficie segundos después, inmóvil y flotando boca abajo.

Lomi usó la Fuerza para llevarlo hasta donde estaba ella y lo sostuvo por encima del agua mientras Tekli lo examinaba.

—Su respiración es regular —dijo la chadra-fan—. Creo que sólo está...

Interrumpió la frase al experimentar, como todos los demás en la fusión de combate, un repentino ataque de pánico proveniente de Alema.

—¿Crees que...? —preguntó Lomi, sin saber lo que sentían los demás—. Se recuperará, o estoy...

La interrumpió el chisporroteo del líquido convirtiéndose en vapor cuando Alema

conectó el sable láser bajo el agua. La twi'leko saltó del agua envuelta en una nube de vapor, usando la Fuerza para saltar hacia atrás en el aire sobre Ganner.

—¡Otro voxyn! —gritó Alema, señalando—. Me pilló por... la...

Sus ojos se cerraron antes de que terminase de hablar, y cayó en el agua de espaldas. Ganner y Bela encendieron el sable láser y empezaron a retroceder de espaldas, golpeando el agua mientras se movían. Jacen se concentró en silenciar los pensamientos negativos del grupo y en mantener eficiente la fusión de combate, mientras Anakin usaba la Fuerza para levitar a Alema fuera de todo daño y dirigirla hacia Tahiri.

—Llévatela —Anakin señaló hacia atrás, al turbio bosque donde les habían encontrado los coralitas—. Llévate a Lomi y a Tekli y espéranos en terreno seco.

—¿Yo? —Tahiri dejó que la twi'leko se medio hundiera en el agua antes de usar la Fuerza para mantenerla flotando—. ¿Por qué tengo que ser yo quien...?

—Porque Anakin te lo ha ordenado —dijo Jacen. Alargó una mano hacia el lugar donde había caído Alema y sacó su sable láser del agua, poniéndoselo a continuación en la mano de ella—. No es momento para celos, Tahiri.

—No estoy celosa —saltó Tahiri—. Es que no me gusta que me aparten como si fuera una cría.

Tras decir esto, hizo una señal a Lomi y a Tekli, cogió a Alema y se retiraron desfiladero arriba.

Jacen activó su propio sable láser y se dirigió hacia los demás que seguían buscando a los voxyn, pero vio a los barabeles desplegándose por el canal con un puñado de granadas de concusión y se dio cuenta de que su idea era mucho mejor.

—Todo el mundo atrás —ordenó Anakin, aprobando el plan incluso antes de que lo sugirieran los barabeles—. Cuidado con esos árboles, no queremos que caigan encima de nadie.

Los barabeles empezaron a arrojar las granadas en tríos simultáneos, empezando por la mayor distancia que supusieron que podían haber recorrido los voxyn, para luego ir acertando. Jacen sentía un impacto en las piernas cada vez que una columna de agua saltaba al aire. En el segundo lanzamiento, tres voxyn asomaron a la superficie, flotando con ojos vidriosos y oídos ensangrentados. Ganner y Lowbacca usaron el sable láser para rematar a las aturdidas criaturas.

—Y van cuatro —Anakin desactivó su sable láser—. La jauría entera.

—Quizá, pero sería mejor asegurarse —dijo Tenel Ka, mirando en dirección a Jacen—. ¿Sientes alguno más?

Jacen buscó intentando localizar alguna criatura más. Necesitó un momento, pero al final localizó un grupo grande de presencias a varios centenares de metros desfiladero arriba.

—Hay más —informó—. Media docena, por lo menos. Parecen aturdidos y

temerosos.

—Bien —dijo Tenel Ka—. Entonces nos darán tiempo para ir en dirección contraria.

Anakin asintió y el grupo de asalto dio media vuelta. A veinte metros del cruce, encontraron a Tahiri y las otras corriendo hacia ellos.

—¡No! ¡Hay que ir por aquí! —Tahiri señalaba hacia donde estaban los voxyn—. ¡Nom Anor y su pájaro vienen hacia aquí con cien yuuzhan vong!

—¿Y qué más? —se quejó Raynar. Se golpeó la frente con la mano y se la pasó por los rubios cabellos—. ¿Queda algo más que pueda salir mal?

Zekk miró a Lomi, y se apartó negando con la cabeza como diciendo que lo que les pasaba era consecuencia de tratar con Jedi Oscuros. Jacen se dio cuenta de que, en cuanto pudiera, debería hablar con él sobre el impacto que tenía en la fusión de combate, pero Anakin pareció ignorar el creciente fatalismo que se apoderaba del grupo de asalto.

Anakin pareció no oír a Raynar y posó una mano en el hombro de Tahiri mientras sonreía al estilo de los Solo.

—Eso no es problema.

Lowbacca rugió una pregunta, que Eme Tedé tradujo con casi precisión como:

—El amo Lowbacca desea preguntar si te has vuelto loco.

—Eso ya pasó hace mucho —respondió Jaina, sin reírse—. Y si está pensando en lo que yo estoy pensando, es lo bastante loco como para que pueda funcionar.

Jacen acudió a su hermana, buscando compartir con los demás la chispa emocional positiva de la que parecían nacer sus palabras, pero sólo descubrió el mismo embotamiento en combate de antes.

—¿En qué estás pensando? —preguntó, procurando que no se le notase la preocupación.

—En una emboscada —dijo Jaina.

Anakin asintió y señaló cuatro árboles a su alrededor.

—Esta será nuestra zona de emboscada. Sorprenderemos a los yuuzhan vong por detrás y les dispararemos desde lados contiguos, disparándoles desde lo alto por detrás y por abajo desde un lateral.

La fusión de combate seguía siendo lo bastante cerrada como para que no tuviera que decir más.

Los encargados de disparar corrieron a sus puestos asignados, los humanos dispersándose en el agua a lo largo de la pared del desfiladero, mientras Lowbacca subía a los árboles a Jovan Drark y los barabeles se dispersaban por el canal. Tekli empleó la Fuerza para levitar a Alema y Welk a árboles que estaban fuera de la zona de emboscada. Jacen se situó justo en la esquina del ángulo, donde estaría lo más cerca posible de todos en la fusión de combate.

Lomi se acercó a Anakin, que estaba parado en el agua a cinco metros de Jacen.

—Muy impresionante, joven Solo. ¿Dónde quieres que me ponga yo?

—A un lado. Sigues desarmada.

—Un Jedi nunca está desarmado, Anakin —repuso ella con una sonrisa sarcástica—. ¿Prefieres que use un láser o el Lado Oscuro?

Anakin suspiró y usó el comunicador para pedirle a Lowbacca que le pasara el cinturón de granadas y el rifle G-9 de Alema.

—¡No puedes hacer eso, Anakin! —protestó Zekk, gritando tanto que Anakin pudo oírlo incluso sin el comunicador.

—Eso no lo decides tú, Cazarrecompensas —dijo Anakin—. La cosa puede ponerse fea y tiene derecho a defenderse.

—Dile que Welk y yo prometemos no usar el Lado Oscuro mientras estemos armados —dijo Lomi, con una sonrisa desdeñosa—. Esto debería tranquilizarle.

Anakin le transmitió el mensaje.

—Supongo que lo siguiente será incluirlos en la fusión de combate —repuso Zekk con sarcasmo.

Por el canal de comunicaciones les llegó un chasquido de advertencia y los Jedi humanos se sumergieron en el agua del pantano, recurriendo al oxígeno de las máscaras para respirar. No tardaron mucho en sentir la tensión de los que estaban en los árboles que veían acercarse al enemigo, aunque esa sensación se veía superada por los reparos que sentían Zekk y algún otro por tener entre ellos a un Jedi Oscuro armado. Aunque Jacen tampoco estaba especialmente contento con la situación, era un alternativa preferible a que recurrieran al Lado Oscuro. Hizo lo que pudo por subordinar el resentimiento de Zekk y mantuvo las emociones de los demás centradas en lo que tenían entre manos, pero la discordia perjudicaba su efectividad en combate. Podía notarlo.

Por fin llegó a sus oídos bajo el agua, el débil chapoteo de los yuuzhan vong, y una erupción de alegría proveniente de los barabeles hizo saber a todos que era el momento de atacar. Jacen salió despacio del agua y vio una masa de guerreros enemigos moviéndose entre los árboles con demasiada tranquilidad, aparentemente convencidos de que ni siquiera los Jedi atacarían estando en una desventaja de más de cinco a uno.

Era obvio que no habían investigado a la familia Solo. Jacen armó la granada de fragmentación que tenía en la mano y la arrojó en medio de los todavía desprevenidos yuuzhan vong, luego levantó los repetidores láser T-21 y abrió fuego.

Los yuuzhan vong reaccionaron como los guerreros entrenados que eran. No se asustaron ni se sumieron en una confusión impotente, ni siquiera mientras el pantano estallaba con metralla y caían disparos láser por todas partes. Los oficiales empezaron a ladrar órdenes, y fueron prontamente abatidos por la *carabina*, el letal rifle de

francotirador de Jovan Drark. Jacen atisbo a Nom Anor gritando a un villip de hombro cerca de la retaguardia de la compañía y le apuntó con su G-9, pero no consiguió animarse a disparar, al menos no al instante. Una cosa era atacar a un enemigo impersonal en la necesidad de la batalla y otra muy distinta asesinar a un enemigo tan despreciable.

Jacen había aprendido en Duro, cuando se vio obligado a actuar para impedir que Tsavong Lah matara a su madre, que un Jedi era libre de —no, tenía la obligación— proteger a los demás del mal.

Pero apuntar a una persona específica movido por la ira seguía pareciéndole un asesinato, y usar la batalla como excusa para cometer un acto tan siniestro el sendero del Lado Oscuro.

Antes de que pudiera resolver el conflicto, Vergere salió desde detrás de un árbol y se situó entre Jacen y su objetivo. Jacen alzó el arma, enfocando la mira en la cabeza de Nom Anor. Vergere le miró con sus ojos rasgados, sus miradas se cruzaron y cogió al Ejecutor para ponerlo a salvo tras un árbol.

Jacen apretó el gatillo y vio como su disparo atravesaba inofensivamente el pantano, antes de desviar el cañón para volver a apuntar su arma hacia el grueso del combate.

Con los oficiales muertos y las armaduras de cangrejo vonduun estallando a su alrededor, los guerreros yuuzhan vong buscaron refugio bajo el agua. Alguien dijo *concusión* por el comunicador y Jacen dejó de disparar para coger una granada del cinturón, y entonces se dio cuenta de que no sabía quién había hablado. Era evidente que la fusión de combate se estaba resintiendo.

—Dos segundos de demora —comunicó Anakin—. Armadlas.

En el tiempo que Jacen necesitó para armarla con el pulgar, los yuuzhan vong empezaron a reagruparse, y al menos dos docenas empezaron a salir del agua cubriéndose tras árboles o troncos caídos.

—Lanzadlas.

Jacen arrojó su granada al centro de la zona de emboscada al igual que todos los demás, luego alzó el láser y volvió a disparar. La superficie del pantano se combó hacia arriba, y muchos yuuzhan vong aparecieron flotando, sangrando por ojos y oídos, mirando al cielo sin ver.

Chorros constantes de insectos aturdidores empezaron a zumbar desde detrás de los árboles tras los que se escondían los supervivientes, y Jacen oyó gemir a varios Jedi al encajar los impactos con sus monos blindados. En alguna parte más abajo, un sable láser cobró vida, y Ganner avanzó, derribando insectos del cielo.

—¡Ganner! —le gritó Anakin por el comunicador—. ¿Qué haces?

—No podemos dejar que nos localicen —replicó.

Lomi avanzó también, moviendo y girando el cuerpo mientras esquivaba los

insectos aturdidores, llenando el aire con los brillantes fogonazos de su láser a medida que desintegraba insectocortadores. Su avance como mínimo impresionó a los yuuzhan vong, que empezaron a concentrar el fuego en ella.

—¡Espera! —dijo Jacen por el comunicador. No tenía ninguna duda de que podían atacar en masa y barrer a la patrulla, pero no creía que pudieran hacerlo sin tener bajas—. Puedo liquidarlos —sintió que en la mente de Anakin se formaba una pregunta, y se explicó—. Los voxyn, creo que puedo utilizarlos.

—¿Crees? —preguntó Anakin.

—Puedo —le aseguró Jacen.

Anakin dudó un momento.

—Adelante, intentémoslo.

Ganner y Lomi retrocedieron para ponerse a cubierto, y Jacen buscó a los voxyn que había sentido antes, recurriendo a la Fuerza para calmarlos y hacerles pensar que no había nada que temer en el terreno que tenían ante sí.

Los voxyn respondieron casi demasiado bien. Todo el grupo de asalto experimentó una perturbación ansiosa en la Fuerza cuando las bestias intentaron localizarlos, y Jacen sintió entonces que las criaturas empezaban a bajar por el desfiladero hacia la emboscada. Ambos bandos intercambiaban ya disparos de forma más esporádica, los yuuzhan vong contentándose con esperar a cubierto, en la errónea creencia de que pronto llegarían refuerzos, y los Jedi dejando que lo creyeran. Jacen pensó en comunicarse con Jovan y decirle que echara un ojo a Nom Anor y Vergere, pero decidió que no. Estaba demasiado cerca de la frontera del Lado Oscuro.

Menos de un minuto después, un yuuzhan vong lanzó un ladrido de sorpresa, gorgoteando luego horriblemente cuando un voxyn lo arrastró bajo el agua. Varios yuuzhan vong más gritaron cuando las criaturas pasaron por su lado, pero sólo dos emitieron gritos que sugerían que habían sido atacados. Jacen se dio cuenta de que a los voxyn les interesaban los poseedores de la Fuerza de más abajo.

—¡Fuera del agua, ya! —exclamó por el comunicador.

Cuando sus compañeros Jedi usaron la Fuerza para propulsarse a los árboles, Jacen activó una granada de fragmentación y la arrojó al pantano. Aunque no era tan potente como una de concusión, generaría la onda de choque que necesitaba para sus fines. Esperó a que la granada explotase, y acudió a los voxyn para animarlos a culpar del ataque a cualquier cosa que pudiera haber en el agua.

Varios yuuzhan vong más gritaron. Unos pocos hasta salieron de su refugio para ser abatidos por Jovan y los barabeles, pero aún quedó más de una docena a cubierto que seguía lanzando insectos aturdidores contra los árboles. Jacen subió a su vez a un árbol, interrumpió la fusión de combate, que tampoco es que estuviera funcionando muy bien, y se concentró sólo en los voxyn. Lanzó otra granada de fragmentación y urgió a las criaturas a atacar a lo que pudiera haber en el agua.

Los ataques de los yuuzhan vong fueron disminuyendo a medida que se dedicaban a combatir a los voxyn. Un puñado de ellos intentó subirse a los árboles como habían hecho los Jedi, pero al no tener la Fuerza para impulsarlos no pudieron hacerlo con la rapidez suficiente para escapar de sus perseguidores. Lowbacca y los barabeles aprovecharon la distracción para saltar entre las copas de los árboles y atacar desde las alturas. Pronto se encontraron disparando sólo a los voxyn, y unas pocas granadas de concusión sacaron a la superficie a la última de las criaturas.

Jacen se dejó caer de vuelta al pantano, sin sentirse precisamente culpable por haber atraído a las criaturas a su muerte, pero tampoco muy noble. Puede que Zekk tuviera razón, puede que la simple presencia de Lomi bastase para mancillar a todo el grupo de asalto.

Jacen seguía reflexionando sobre esto cuando Anakin llegó hasta él acompañado de Tahiri, los dos sonriendo de oreja a oreja.

—¡Ha sido astral! —dijo Tahiri, cogiendo a Jacen del brazo y empinándose para besarle en la mejilla.

—Bien hecho —Anakin le dio una palmada en la espalda a Jacen, y hubo más calidez en el gesto que en todo lo que había pasado entre ellos desde lo de *Centralia*—. Hoy has salvado a muchos Jedi.

Jacen se habría sentido bien al respecto, de haber acabado ya el día.

Capítulo 3

La sala de estar informal que tenían los Solo en su residencia de Coruscant parecía demasiado vacía pese a tener a Han tumbado en el sofá al lado de Leia, a Ben gorjeando en el regazo de Mara y a los Caballeros Salvajes comparando notas con el Escuadrón Picaro al fondo de la habitación. Hacía más de un año que no se reunían en esta habitación los cinco miembros de la familia, y Leia no conseguía recordar una sola ocasión en la que se hubieran reunido allí sin la sombra de alguna crisis lejana pendiendo sobre la cabeza de alguno.

La mayor parte de la responsabilidad de eso recaía sobre los hombros de Leia. Había dedicado su vida a la Nueva República, y por su bien había implicado a Han, a Chewbacca, a Lando y a todos los que conocía en una peligrosa misión tras otra. Hasta sus hijos se habían pasado la mayor parte de su vida viviendo separados, primero porque necesitaban protección contra los secuestradores del Imperio, y luego porque la Nueva República necesitó que se convirtieran en Caballeros Jedi. Y ahora estaban a cientos de años luz tras las líneas enemigas, combatiendo a un enemigo tan cruel e implacable como el propio Palpatine, enfrentándose a peligros que ella no podía ni imaginar, pero que sentía constantemente a través de la Fuerza. Se preguntó si, tras haberse pasado toda una vida luchando para hacer de la galaxia un lugar más seguro, alguien podría reprocharle que se cuestionara sus decisiones, si alguien se atrevería a reprocharle sus dudas teniendo en cuenta el peligro que sus hijos corrían ahora por el bien de la galaxia.

Leia sintió que Han alargaba la mano hacia ella incluso antes de que le tocara el hombro.

—¿Seguro que no quieres estar allí con Luke? —dijo Han mirando a su alrededor, a la atestada habitación, con aire conspirador—. En la plataforma de atrás hay un aerocoche, y sé que tu hermano no se siente nada cómodo dirigiéndose personalmente al Senado.

—Haz que el aerocoche se marche, Han —dijo Leia con el suficiente tono cortante como para que él supiera que hablaba en serio—. He acabado con el Senado.

—¿Dónde habré oído eso antes? —repuso Han, poniendo los ojos en blanco.

—Lo digo en serio, Han —Leia dejó que se le notara la aprensión que sentía por sus hijos—. Ahora estoy pensando en otras cosas. Han la estudió un momento y asintió.

—Vale —miró hacia Lando y Wedge, al otro lado de la habitación, y negó con la cabeza antes de acercarse más a Leia hacia él—. Esta espera... ya es bastante mala sin sentirlo todo a través de la Fuerza.

Leia le apretó la pierna.

—No estamos acostumbrados a ser los que se quedan al margen.

Izal Waz entró en la sala y se detuvo detrás del sofá.

—¡Eh, mirad esto! —usó una orden de voz para cambiar el holovideo del canal del Senado a uno de noticias. Se le veía a él mismo en primer término, desembarcando del bombardero de los Caballeros Salvajes mientras una presentadora arcona explicaba sin aliento que un miembro de su especie había participado en el valiente rescate Jedi de los rehenes de Talfaglio—. ¡Soy un héroe!

Desde que abandonaron el sistema, la HoloRed estaba llena de noticias sobre la aplastante derrota sufrida por los yuuzhan vong en Talfaglio. Una emisora kuati hasta se las había arreglado para conseguir hologramas de la holocámara de un destructor estelar que mostraban a una corbeta enemiga explotando sin motivo aparente ante un Ala-X Jedi, cuyas marcas en las alas el presentador había identificado incorrectamente como pertenecientes a la Docena de Kyp. Por suerte, la bomba sombra responsable no podía detectarse por mucho que se ampliara la imagen, pero Luke había conseguido convencer al alto mando de la Nueva República para que censurase todas las imágenes de las técnicas de combate Jedi, no fuera a ser que otra grabación mejor descubriera el secreto.

Saba cogió a Izal por el brazo y se lo llevó aparte.

—Sí, ahora somos famosos, ¡azi que no nos avergüencez!

Mara se subió a su hijo a las rodillas y empezó a decirle carantoñas en un tomo muy poco propio de ella.

—Alguien ha encontrado la sal, ¿verdad?

Ben se rió en respuesta, y su alegría lanzó ondas en la Fuerza tan potentes como las de Anakin cuando Leia iba a visitarlo a escondidas en Anota, y con tanta intensidad que se le saltaron las lágrimas. Apartó la cabeza e intentó ocultar el rostro apoyándolo en el hombro de Han, pero Mara no era de las que se le pasa desapercibido ese tipo de gestos. Posó una mano en el antebrazo de Leia.

—Estamos aquí por ti, Leia. No lo olvides. Sé que Anakin y los gemelos no lo olvidarán.

—Gracias —Leia se secó los ojos y sonrió, sacando fuerzas de las sencillas palabras de su cuñada—. Eso me ayuda... mucho.

—Sí, y a mí —Han examinó a Mara con una expresión entre envidia y gratitud—. Gracias.

Lando gritó que la sesión iba a empezar. Alguien puso el holovideo en el canal del Senado, en el que Luke, vestido de forma sencilla con una túnica Jedi, subía en un ascensor al estrado del orador.

Luke salió del ascensor junto al estrado deseando estar más seguro de que ese día conseguiría unir a los Jedi y la Nueva República. La cámara del Senado estaba

bañada de buenos sentimientos hacia él y hacia los Jedi, pero también había ira motivada por el hecho de que solventasen los asuntos por su cuenta, aprensión por las represalias de los yuuzhan vong y algo más siniestro, algo oscuro y peligroso que sentiría que pronto se mostraría ante él. Se bajó la capucha, se paró ante la larga mesa con las consolas de los consejeros e hizo una reverencia al Consejo Asesor.

—Jefe Fey'lya, consejeros, ¿han pedido hablar conmigo?

Un wookiee rugió una aclamación en alguna parte de los palcos, y la cámara estalló en aplausos y aclamaciones. Luke mantuvo la calma sin aceptar ni dejarse desanimar por el chaparrón mientras estudiaba a los miembros del Consejo Asesor. La mayoría mantenía el rostro neutral, aunque Fyor Rodan, de Commenor, se mostraba desdeñoso y desaprobador, sin duda porque culpaba a los Jedi por no haber salvado su planeta, y Borsk Fey'lya enseñaba los colmillos en una sonrisa que resultaba sorprendentemente sincera.

El Jefe de Estado permitió que el aplauso continuase-y bajó de su consola para pararse junto a Luke. Alzó una velluda mano y puso en orden la cámara con impresionante rapidez, luego sorprendió a Luke cogiéndole la mano con calidez.

—¿La princesa Leia no ha podido venir? —preguntó Fey'lya—. La invitación era para los dos.

—Leia está ocupada en otra parte.

Fey'lya asintió con sabiduría.

—Anakin y los gemelos, claro —frunció el ceño en una ensayada muestra de preocupación y se volvió ligeramente hacia el flotante droide de sonido—. Puedo asegurarte que la Nueva República está haciendo todo lo posible para saber qué les ha pasado y para encontrar a la persona responsable.

Eso era cierto. El Escuadrón Espectro llevaba varios días investigando en la zona de guerra y había estado tan cerca de identificar a la nave que hizo la entrega, que Luke se había visto obligado a pedir a Wedge que los frenase un poco. Se decía que Garik Rostro Loran estaba furioso.

—Estoy seguro de que la familia de todos los Jedi desaparecidos aprecia su deseo de ayudar, pero no debemos olvidar que los yuuzhan vong no amenazan sólo a los Jedi.

—Desde luego, los Jedi no lo han olvidado —Fey'lya sacudió la mano de Luke con entusiasmo—. En nombre de la Nueva República, deja que te felicite por la victoria Jedi en Talfaglio, y os agradezca haber salvado la vida de nuestros ciudadanos.

—Nos alegra ser útiles. Los Jedi han consolidado sus fuerzas y esperan ser más útiles a la Nueva República en el futuro, pero es importante resaltar que no lo hicimos solos.

—Somos conscientes del apoyo que os prestaron el *Mon Mothma* y el *Elegos*

A'Kla —dijo Viki Shesh desde su asiento. Aunque no era necesario, se acercó más al micrófono de su consola y miró a Luke—. Gracias a la cobertura de la HoloRed, toda la galaxia es consciente de ello, incluidos, sin duda, los yuuzhan vong.

Luke sintió un escalofrío entre los hombros y supo que había encontrado la presencia peligrosa que había sentido, o más bien ella lo había encontrado a él.

—Sí, dio la casualidad de que había fuerzas de la Nueva República en la zona. Tengo entendido que no sufrieron ninguna baja.

—La galaxia es muy grande, Maestro Skywalker —dijo Shesh con frialdad—. ¿Quizá pueda explicarnos cómo dio la *casualidad* de que estaban en la zona?

Fey'lya alzó una mano para impedir que Luke contestara y, con los labios fruncidos para enseñar la punta de los colmillos, se volvió para mirar a Shesh.

—Todos hemos leído los informes, consejera. Las naves estaban en viaje de pruebas. No veo el motivo de tal pregunta.

Shesh no apartó la mirada de Luke.

—Esa es precisamente la cuestión, jefe Fey'lya. Wedge Antilles y Garm Bel Iblis son dos de nuestros mejores generales, con demasiada experiencia como para capitanear un *viaje de pruebas* en territorio yuuzhan vong.

—La última vez que miré, senadora, el Sector Corelliano seguía perteneciendo a la Nueva República —dijo Fey'lya, despertando un coro de risas—. En cuanto a la experiencia de los generales, estoy seguro de que coincidiremos en que saben mejor que usted o que yo cómo hacer el viaje de prueba de un destructor estelar.

—Sin duda, cuando están en posesión de sus facultades —retrucó Shesh.

La sala se llenó de murmullos ultrajados y especulativos y Luke se dio cuenta de adonde quería llegar con sus preguntas.

—Si está sugiriendo que los generales estaban siendo influidos de algún modo...

—Eso es justo lo que sugiero, Maestro Skywalker —Shesh abandonó su asiento y se acercó a la consola de Fey'lya. Luego usó el control maestro para anular todos los micrófonos menos el suyo—. Los Jedi son famosos en toda la galaxia por sus trucos mentales, pero esta vez han ido demasiado lejos al subvertir las ordenes del ejército de la Nueva República.

—¡Eso, eso! —dijo Fyor Rodan levantándose—. La Nueva República no puede tolerar ese abuso de los Jedi.

Un número sorprendente de senadores se levantó, la mayoría de los mundos del Borde Interior que aún aspiraban a aplacar a los yuuzhan vong. Wookiees y bothanos rugieron oponiéndose, y Luke se volvió despacio, recurriendo a su control Jedi para mantener una expresión de tranquilidad. Leia le había advertido que no se sorprendiera por nada de lo que pudiera suceder allí. Aun así, seguía sin entender cómo se podía convencer a unos seres inteligentes de que la completa destrucción de una flota enemiga y el rescate de un planeta lleno de rehenes era algo malo.

Pero, claro, no se trataba de la flota o de los rehenes, sino de alianzas y de poder, y de quién lo tenía y quién lo perdería, de quién lo tendría mañana y quién lo compartiría. No era de extrañar que Leia se hubiera negado a volver a pisar la cámara. Ni que la Nueva República estuviera perdiendo la guerra.

Fey'lya se apartó de su lado para recuperar el control de su consola, pero Fyor Rodan le bloqueó el paso con un pretexto inane sobre que había que discutir alguna importante regla de procedimiento y Shesh continuó controlando el sistema general de altavoces.

—Maestro Skywalker, quizá no se dé cuenta del daño que ha causado a la Nueva República con sus actos egoístas —decía—. Al usar prematuramente las nuevas armas en el *Mon Mothma* y el *Elegos A'Kla* ha alertado a los yuuzhan vong de la existencia de dos poderosas tecnologías que ahora mismo estamos usando, dos tecnologías que esperábamos que cambiasen el curso de la guerra.

Esto provocó un nuevo exabrupto de los partidarios de Shesh, y la contraprotesta empezó a sonar algo desanimada. Al encontrar el paso todavía bloqueado por Fyor Rodan el Jefe de Estado alzó una mano para llamar a un droide de seguridad.

Shesh se apresuró a ir al grano.

—Maestro Skywalker, me temo que este Consejo debe exigir que los Jedi depongan las armas y cesen en sus irresponsables actividades.

—No —dijo Luke con suavidad pero firmeza, usando la Fuerza para proyectar la voz a todos los rincones de la vasta cámara—. Los Jedi no depondrán las armas.

Como había esperado, la sorpresa de oír su voz tranquila acalló a los presentes, y siguió hablando:

—No hemos influido de ningún modo en los oficiales de la Nueva República para que desobedecieran sus órdenes.

—¿Y espera que le creamos —Shesh lanzó una mirada significativa a los palcos repentinamente silenciosos— cuando es evidente que ahora está usando sus trucos mentales con nosotros?

Luke se permitió una sonrisa irónica.

—Esto no es un truco. Sólo hablo con tranquilidad.

Eso arrancó una carcajada a más de un palco y, con la llegada del droide de seguridad, Fyor Rodan fingió sorpresa y se echó a un lado.

—Aun así, insisto —dijo Shesh con rapidez—. Si los Jedi no deponen las armas, el Senado deberá prohibir al ejército de la Nueva República que tenga contacto con ellos —la cámara estalló, pero Shesh aumentó el volumen de su voz y habló por encima del tumulto—. No habrá más *Ala-X sobrantes* que encuentren su camino hasta sus hangares, Maestro Skywalker, ni más sesiones para compartir información. Si continúan con este abuso.

—Se está excediendo en su autoridad, senadora Shesh —la interrumpió Fey'lya.

El bothano la apartó empujándola con el hombro y recuperó el control de su consola —. Vuelva a su asiento o haré que la expulsen de la sala.

Shesh le dirigió una agria sonrisa y obedeció, pero el daño ya estaba hecho. Había convertido el momento de triunfo de los Jedi en algo que dividía al Senado, y Luke tuvo que preguntarse por qué.

Había demostrado ser corrupta cuando era la senadora supervisora de COSERE, y las acusaciones de mala conducta de Leia no la habían hecho apreciar más a los Jedi, pero esto parecía ir incluso más allá de ese nivel de depravación. Esto era algo más que una venganza oportunista; era una traición que obedecía a un plan. Si Luke no hubiera sentido mediante la Fuerza la oscuridad de la mujer, habría supuesto que era un yuuzhan vong y habría subido hasta su estrado para intentar quitarle el enmascarador ooglith. Se juró vigilarla hasta conocer el origen de la oscuridad y el peligro que la envolvían.

Fey'lya llamó repetidamente al orden, hasta que se rindió y se hundió en su asiento a la espera de que el tumulto se calmase por Sí solo. Luke se limitó a cruzar las muñecas y hacer lo mismo, consciente de que si usaba otra técnica Jedi para calmar a la gente le seguiría el juego a Shesh. No veía ninguna posibilidad de conseguir aquello por lo que había ido allí, pero si se marchaba parecería arrogante, y la arrogancia sólo sería otra arma que Viki Shesh emplearía contra los Jedi.

El tumulto acabó por remitir, pero Fey'lya miraba tan concentrado su videoconsola que no se dio cuenta. Luke buscó en la Fuerza para intentar saber qué distraía tanto al bothano, temiendo que los yuuzhan vong hubieran lanzado algún nuevo ataque contra la Nueva República, pues sabía que eran capaces de elegir ese preciso momento para hacerlo. Fey'lya mantenía controladas sus emociones, como cualquier político veterano, pero lo que Luke sintió en él era más sorpresa que pesar o pánico.

Viki Shesh, siempre rápida en aprovechar las situaciones, se levantó.

—El problema Jedi me tiene muy preocupada, tanto que propongo una resolución.

Fey'lya siguió mirando fijamente la videoconsola y Luke le envió un codazo con la Fuerza. El bothano se sobresaltó y se volvió hacia Shesh, pero no la interrumpió.

—Que se resuelva que a partir de ahora los Jedi sean declarados peligrosos para el esfuerzo de guerra...

No pudo decir más antes de que volviera a estallar un griterío en la cámara. Intentó continuar pese al alboroto, y se volvió hacia Fey'lya con los ojos ardiendo, como si él le hubiera cortado el micrófono.

—Jefe Fey'lya, tengo derecho a hacer mi moción.

—Por supuesto —sonrió Fey'lya—, pero quizá deba permitirme antes hacer una declaración.

Tocó algo en su consola y una hilera de hologramas apareció en el suelo de la cámara cerca de la tribuna del orador. Luke tuvo que apartarse para poder identificar las caras del general Wedge Antilles, el general Garm Bel Iblis, el almirante Traest Kre'fey, el general Carlist Rieekan y otros comandantes de alto rango. La cámara acabó sumiéndose en el silencio.

—Un número sorprendente de importantes oficiales ha contactado conmigo en los últimos minutos —dijo Fey'lya—. Tras oír lo que querían decirme, ordeno, no autorizo, sino ordeno al ejército de la Nueva República que coopere y se coordine con los Jedi.

El silencio en la cámara se intensificó. Menos Shesh, que empezó a tartamudear: —¡No puede hacer eso!

—Puedo y lo he hecho —Fey'lya cerró su consola y bajó hasta la de Shesh—. Si cree que esto excede a mi autoridad puede solicitar una moción de censura cuando quiera, por supuesto. ¿Desea hacerlo ahora, senadora Shesh?

Shesh miró a la aturdida galería, intentando dilucidar si el gesto autócrata del bothano le había costado los apoyos suficientes como para perder una votación así. Cuando ni siquiera sus propios apoyos podían apartar la mirada de los hologramas de los comandantes con aspecto enfadado, supo que había sido ella la que había apostado demasiado.

—No, y retiro mi resolución.

—Bien, ya hablaremos sobre sus nuevas asignaciones en el comité cuando acabemos aquí — Fey'lya abandonó el estrado de los consejeros y se acercó a Luke—. Bueno, ¿donde estábamos?

—Antes quisiera preguntarle algo —Luke tapó el micrófono del estrado con una mano y usó la Fuerza para enviar al droide de sonido a lo alto de los palcos—. ¿Qué le han dicho los generales?

—Nada, la verdad. La comunicación era del CSMNR. Los yuuzhan vong están atacando Borleias — Fey'lya se volvió hacia los comandantes, enseñando los colmillos de un modo que Luke estuvo seguro que pretendía ser una sonrisa—. Eso son hologramas de archivo.

Los aplausos seguían resonando entre las paredes del apartamento de los Solo, y Gavin Darklighter ya estaba planificando misiones conjuntas con Saba Sebatyne y Kyp Durrón. Los pilotos de la Nueva República se servían burbujocopas y causaban más de un ataque de nervios a C-3PO al derramar demasiado líquido en el suelo sanilimpio. Lando y Tendrá hablaban por sus comunicadores alabando las virtudes de los droides bélicos CYV a oficiales de suministros de la Nueva República repentinamente receptivos. Si alguien notó que Wedge Antilles, uno de los oficiales de alto rango que se suponía había contactado con Borsk Fey'lya, estaba sentado en el

sofá con Han y Leia no debió de parecerle algo digno de mención.

Leia se volvió hacia Han sintiéndose menos alegre que sus invitados.

—¿Soy la única que lo ha notado?

Han le dirigió una sonrisa de medio lado.

—Yo lo he notado —miró a Wedge, que seguía mirando a su imagen en el holovideo con una expresión que era mitad ira y mitad aprobación—. Borsk se ha marcado un farol.

—Eso en política es mala conducta —dijo Leia—. No tenía autoridad para dar esa orden.

—Quizá no, pero hizo lo correcto. Creo recordar que tú misma le dijiste que lo hiciera.

—No lo ha hecho porque le gusten los Jedi, sino porque no podía correr el riesgo. Habría podido perder el puesto, y todavía puede perderlo si Viqi descubre lo que ha hecho y consigue calentar lo suficiente los ánimos.

—Eso no pasará —dijo finalmente Wedge, saliendo de su desconcierto—. Borsk fue quien nos envió a ayudaros a Talfaglio. Ninguno de los comandantes que se han visto en la cámara lo contradirá, y menos Viqi Shesh.

Media docena de comunicadores sonaron simultáneamente, entre ellos el de Wedge, que apagó la alarma audible. Él y los demás oficiales de la Nueva República se levantaron y empezaron a salir en silencio.

—Tendréis que disculparnos —dijo—. Parece ser que el general Bedamyr ha vuelto a perder sus mascotas mynock.

Han y Leia rieron educadamente, y cuando se fueron se miraron y se encogieron de hombros.

—Supongo que no tardaremos en enterarnos —dijo Han.

Los pensamientos de Leia volvieron a Fey'lya.

—Primero se gana a los comandantes enviando una fuerza de choque a Talfaglio, y luego nos da todo el crédito —volvió a mirar él holovideo en el que Fey'lya montaba un gran número al entregar a Luke una tarjeta codificada que le permitiría atravesar el campo de minas del planeta—. Está asentando súbese de poder, Han. Necesita a su lado a los que defienden a los Jedi.

—Y los Jedi lo necesitan a él —dijo Han—. Estamos juntos en esto.

—Lo sé —le mortificaba saber que sus objetivos coincidían con los de Borsk Fey'lya—. Y puede que eso me de más miedo que los yuuzhan vong.

Capítulo 4

Tsavong Lah fijó su mente en el ritmo cautivador de la canción de Vaecta y pensó en los sacrificios de Yun-Yuuzhan, en los ojos que había entregado para iluminar las estrellas y los tentáculos a que había renunciado para formar las galaxias. Tal como habían hecho los dioses en su momento, así debían hacer los yuuzhan vong. La victoria de hoy establecería la pinza izquierda de su ataque final, y por eso había puesto la mano izquierda en el bloque de corte. Comprendía cuál era el lugar de la fe como no lo habían comprendido sus antecesores; y por eso él triunfaría allí donde ellos murieron o se quedaron sin saber qué hacer.

Por eso había solicitado el regreso del sacerdote Harrar, su guía espiritual y la única persona en la que confiaba para que le aconsejase sobre las ofrendas necesarias para garantizar la victoria de los yuuzhan vong. Le habría gustado que el mismo Harrar realizase el ritual, pero no quería insultar a Vaecta. Hoy Harrar permanecería a su lado como testigo y amigo, no como sacerdote.

Mientras Vaecta bendecía la garra de radank que los cuidadores iban a ponerle en lugar de la mano sacrificada, Tsavong Lah miraba al vaporoso disco azul verdoso que era Borleias, ahora envuelto en una relampagueante red de rayos de energía y estelas de plasma. Era un mundo carente de recursos útiles para el enemigo, pero era la base ideal para un ataque contra el mismo Coruscant y, por tanto, estaba muy fortificado y de forma muy inteligente. Los infieles habían dispuesto las defensas orbitales en tres capas, con las plataformas pesadas en el exterior, las más pequeñas y rápidas al disparar en el interior y una densa capa de minas espaciales en medio.

Una bola de plasma del tamaño de una pequeña luna acabó sobrecargando los escudos de una plataforma pesada y redujo esa abominación sin vida a una masa de metal fundido, pero la nave-isla que la atacó pagó caro su éxito. Un cono de disparos de turboláser de un metro de espesor convergió en la nave, abrumó sus proyectores de singularidad y abrió cuatro grandes boquetes, en el casco. La nave empezó a escorarse, mientras la vida de su interior era arrastrada al espacio abierto y un enjambre de proyectiles infieles zigzaguearon desde la plataforma para rematarla.

Seef, su ayudante de comunicaciones, se presentó ante él llevando el villip ya revertido de Maal Lah, un astuto oficial del dominio del propio Maestro Bélico y comandante supremo al cargo de garantizar la victoria de hoy. Aunque Tsavong Lah podía ver la alarma en el rostro de su subordinado, esperó humildemente a que Vaecta concluyera su bendición, luego hizo un gesto hacia el villip.

—¿Está permitido?

Vaecta asintió.

—Los dioses nunca se ofenden ante quien cumple con su deber.

La sacerdotisa dio inmediatamente inicio a los acatamientos requeridos a Yun-Yuuzhan y los demás dioses antes de dedicar el sacrificio del Maestro Bélico al Aniquilador, y Tsavong Lah se volvió hacia el villip.

—Tus comandantes se vuelven demasiado atrevidos —dijo.

—Están impacientes por ganarse tu aprecio —replicó el villip. Tenía la imagen de un guerrero de mandíbula cuadrada con tantas espirales de combare tatuadas que se había visto forzado a empezar a hacerse tatuajes rojos sobre los azules—. Les he avisado de que no lo obtendrán arriesgando aquí sus naves.

—Pero tú favoreces las tácticas arriesgadas —concluyó Tsavong Lah.

—Comprendo la necesidad de conservar las naves, Maestro Bélico. Coruscant está bien defendido.

Tsavong Lah se sorprendió. Había esperado que, tras perder la gran nave, el comandante supremo solicitara un ataque de inserción para situar trampas de gravedad con dovin basal en el anillo interior de las plataformas defensivas. Por costosa que fuera esa táctica, despejaría rápidamente el camino hacia el planeta pues atraería el campo de minas al anillo interior de plataformas orbitales. Y en el supuesto de que sobrevivieran suficientes hombres de la fuerza de asalto como para llegar a ejecutar el plan, también telegrafiaría la táctica que pensaba usar para despejar las defensas mucho más formidables que rodeaban a Coruscant.

—Se te felicita por tu paciencia, Maal Lah —el Maestro Bélico desvió la mirada hacia la batalla, donde la luna oscura de Borleias estaba desaparecido en el horizonte, y pequeñas motas de fuego carmesí trazaban en su oscura faz una línea rota—. ¿Cómo van las cosas en la luna?

—Los infieles oponen fuerte resistencia, pero no aguantarán mucho más. Los dovin basal alcanzarán la superficie en menos de una hora.

Habían enviado tres divisiones de asalto a la oscura luna para instalar un dovin basal gigante. Pero, en lugar de estrellar el satélite contra el planeta, como había hecho el pretor Vong en Sernpidal, usarían el dovin basal para descolocar todas las defensas del planeta. Dado que la luna tenía una órbita de treinta y dos horas, se requeriría más de un día para ejecutar por completo la estratagema, pero también les permitiría conservar naves y evitaría alertar a los infieles del plan que tenían para Coruscant.

Vaecta sacó el coufee de Tsavong Lah de su funda y empezó a cortar una ofrenda ritual del muslo del cuidador que uniría la garra de radank a su muñeca. Consciente de que sólo tenía unos momentos antes de verse consumido por la ceremonia, el Maestro Bélico volvió su atención al villip de Maal Lah.

—Tienes la situación muy bien controlada, servidor mío —Tsavong Lah no podía dejar de estar secretamente decepcionado. Su privilegio como Maestro Bélico era decidir lo que debía hacerse y cómo, pero, una vez empezaba la batalla, sus

subordinados eran los encargados de llevarlo todo a cabo—. Pero dudo que sea de eso de lo que deseabas informarme.

—Yo nunca le molestaría sólo para informarle de que estoy cumpliendo sus órdenes, gran Maestro Bélico. El yammosk me informa de que sus pequeños perciben pulsaciones gravitatorias en el exterior del sistema cercano al planeta.

Tsavong Lah estaba tan sorprendido que se olvidó de todo y casi aparta la mano del bloque de corte. El yammosk era el coordinador bélico de Maal Lah, con quien compartía pensamientos, y sus *pequeños*, los dovin basal unidos al sistema de sensores de cada nave.

—¿Pulsaciones gravitatorias, sirviente mío?

—La modulación es torpe y errática, Maestro Bélico, pero es un código de algún tipo. Algunos elementos son incluso semejantes a los nuestros. El mapeo de masas identifica la fuente como un yate espacial acorazado semejante al *Sombra de Jade*, una nave que estuvo presente en la batalla de Duro y que luego se confirmó como de propiedad *Jeedai*.

—*Jeedail* —según la espía de Tsavong Lah, los *Jeedai* seguían en Coruscant, reaprovisionando y rearmando su flota. Sus Lectores le habían asegurado que no llegarían a Borleias hasta un día después del final previsto de la batalla—. ¿Cuándo ha entrado en el sistema?

—Se desconoce —dijo Maal Lah—, pero es improbable que la nave estuviera aquí cuando llegamos. —¿En qué te basas?

—De haber estado aquí los *Jeedai* cuando llegamos, habrían establecido contacto con Borleias y establecido un modo más seguro de comunicación. Tienen varios métodos que aún no podemos detectar, así que no necesitarían llamar la atención sobre su presencia enviando señales al planeta de forma tan abierta.

—¿Y sabes cuál es su propósito al correr ese riesgo?

El villip pareció incómodo.

—Gran Maestro Bélico, mis conocimientos sobre esas cuestiones son como los de un insecto brillo al lado de la nova de su sabiduría, pero ¿no estará su espía de Coruscant montando a ambos lados del *rajat*?

Tsavong Lah guardó silencio, meditando en la probabilidad de eso." Era posible que hubiera subestimado a esa Viqi Shesh, que le estuviera manipulando como a un idiota o incluso que la secta de espionaje de la Nueva República supiera de su relación con ellos y le suministrara información falsa para que se la comunicara. Tampoco podía depositar ninguna fe en las videotransmisiones de la HoloRed que habían empleado los Lectores para conformar su información; pues la secta de espionaje del enemigo podía haberlos plantado con la misma facilidad con la que él mismo podía infiltrar agentes entre el equipo que se ocupaba de los escudos planetarios.

Mientras Tsavong Lah meditaba sobre la importancia del informe del comandante supremo, Vaecta cortó una tira de carne de su propio muslo y, tras dejar que corriera la sangre negra, la trenzó con la que le había quitado al cuidador. Depositó el resultado en una bandeja de concha de gatag y, antes de mostrárselo al Maestro Bélico, lo bendijo en nombre de Yun-Yammka.

—Un momento.

Tsavong Lah apartó la mano del bloque de corte. Los ojos de Harrar se desorbitaron incrédulos.

—¿Pides a los dioses que esperen?

—Lo comprenderán —Tsavong Lah se volvió hacia Maal Lah—. Es la primera pulsación-mensaje del enemigo que hemos interceptado, ¿no?

Maal Lah asintió.

—Que yo sepa, sí.

—Entonces, ¿por qué debo pensar que intentan contactar con Borleias? —clavó la mirada en Seef—. Descubre lo que le pasó al yammosk de Talfaglio, y ordena a todos los comandantes supremos que destruyan a sus coordinadores bélicos en caso de que puedan ser capturados.

Seef asintió, con los ojos tan abiertos como los de Harrar.

—Así se hará.

—Asignaré a un grupo la captura de la nave *Jeedai* —dijo Maal Lah.

—Sería preferible ignorar la nave y así los *Jeedai* no sabrán que han tenido éxito —sugirió Harrar.

Hizo un gesto hacia el bloque de corte—. Por favor, Maestro Bélico. Los dioses esperan.

—Sólo un momento más —Tsavong Lah transmitió la sugerencia de Harrar al comandante supremo en forma de orden y añadió—: Y ya no deseo que la luna haga nuestro trabajo. Ordene un ataque de inserción para colocar las trampas gravitatorias.

—Pero ¿qué pasará con Coruscant? —la expresión de Maal Lah denotaba tanta sorpresa como la de Harrar y Seef—. Si tienes razón sobre los yammosk, no necesitan traicionarnos ahora.

—Puede que no, pero a veces el insecto brillo tiene razón y la nova se equivoca —Tsavong devolvió la mano al bloque de corte, miró al escudo defensivo que protegía a Borleias y deslizó el brazo hasta que el codo quedó bajo la sierra del cuidador—. Hoy nuestra necesidad será grande.

Démosle el brazo.

Capítulo 5

Jaina llegó a lo alto de la última duna de una larga serie de dunas de tiza y encontró un caminante imperial asomando desde la siguiente, con su blanca carlinga y el bulto de su pasajero acorazado silueteados contra la oscuridad más profunda del pasillo. Siseó una advertencia a los que iban tras ella y se agazapó en posición defensiva mientras desenganchaba el sable láser del arnés. Lo último que esperaba ver dentro de una mundonave yuuzhan vong era un obsoleto AT-AT, un Transporte Armado Todo Terreno, pero cien misiones con el Escuadrón Picaro le habían enseñado a no sorprenderse nunca por nada. Cuando una barra luminosa cobró vida dentro de la carlinga, cedió a sus instintos curtidos en combate y se lanzó ladera abajo en una serie de volteretas en zigzag.

Mientras saltaba, sintió que se apoderaba de ella ese extraño estado de entumecimiento emocional que esos días parecía acompañarla en cada pelea. Otros pilotos hablaban a veces de sentirse desconectados y al margen de sí mismos cuando entraban en combate, normalmente dos misiones antes de que cometieran algún error idiota y dejaran que un caracortada los convirtiera en una nova, pero esto se parecía más a la resignación, a una aceptación cansina del horror y el dolor que era el combate. Le habría gustado atribuir estos sentimientos a su fe en la Fuerza, pero sabía que no era así. Su reacción era una armadura emocional, una forma de evitar la angustia 'lúe le producía ver morir de forma horrible a un amigo o un compañero de escuadrón, y de negar el miedo de que pronto le Negaría el turno.

Llegó al fondo envuelta en una nube de tiza y rodó hasta detenerse. Se puso en pie, en posición de combate y movió el sable láser a su alrededor, y entonces oyó un siseo familiar.

—Palillos, debería crecerte una cola —dijo Tesar Sebatyne—. Quizá azi no serías tan torpe.

Eso arrancó una serie de carcajadas a Krasov y Bela.

—Muy gracioso —replicó Jaina. Notó la diversión silenciosa del resto del grupo incluso sin la fusión de combate que Jacen había reducido para intentar amortiguar la creciente discordia—. Podrías haber dicho algo.

—También podría arrancarme las ezcamas que tengo sobre el corazón —dijo Bela—. Pero no lo hago.

Más siseos.

Jaina salió de la nube de tiza para encontrarse con que los barabeles la esperaban con Anakin y los demás, con los trajes de vacío ya plegados y metidos en sus bolsas protectoras y enganchadas a los arneses de equipamiento. Estaban cubiertos de polvo de la capucha a los tacones, más parecidos a fantasmas Jedi que a Caballeros Jedi,

sentados contra la pared del pasillo, atentos a los coralitas que siempre parecían llegar para espolvorear algún agente nervioso cada vez que se detenían. Dos series de huellas, una de ellas enorme y evidentemente de un wookiee, se dirigían hacia el AT-AT.

Jaina buscó mediante la Fuerza y sintió a Lowbacca dentro del caminante con Jovan Drark.

—¿De dónde ha salido esa cosa?

—Los adiestradores son muy concienzudos —explicó Lomi—. Mantienen una ciudad entera de esclavos para que manejen equipo capturado con el que habituar a sus voxyn a esas *abominaciones sin vida*. No hay nada que no harían para librar a la galaxia de los Jedi.

—Incluso tienen un trasgaláctico en una gruta hangar —añadió Welk.

La idea de estrellar una nave de un millón de toneladas contra el centro de clonaje empezó a llenar la mente de Jaina. —¿Está...?

—Le han quitado los conversores energéticos —dijo Lomi—. Hasta los caminantes y los aerodeslizadores se mueven con baterías de baja capacidad en vez de con combustible. No pueden alejarse mucho más de la ciudad de los esclavos.

—Claro —suspiró Jaina.

Con algunos recursos y un poco de tiempo, Lowbacca y ella podrían encontrar el modo de recuperar la máquina, pero ya llevaban treinta horas dentro y lo último que podía hacer el grupo de asalto era dar a los yuuzhan vong más tiempo para reaccionar. Un pálido tinte verde empezaba a llenar el pasillo de tiza, y Jaina alzó la mirada para ver que el disco esmeralda que era Myrkr asomaba por un tramo desigual de membrana de ventana empleado para arreglar una grieta de treinta metros en el casco externo del mundonave. De pronto se sintió rejuvenecida, algo menos nerviosa y preocupada. Había algo en la aparición de un brillante cuerpo celestial que la hacía sentirse como si acabara de despertarse de un largo sueño en una cálida cama.

La voz de Jovan Drark zumbó por el comunicador.

—La Fuerza nos favorece hoy. Las baterías aún tienen carga, pero los enlaces energéticos han quedado aislados por secreciones minerales.

Un escalofrío de peligro surcó la espalda de Jaina.

—¿Secreciones?

—Parece un nido de insectos. Lowbacca lo está limpiando ahora.

—¿Qué clase de insectos? —dijo la voz de Jacen por el comunicador. Aunque su hermano siempre estaba interesado en conocer nuevas criaturas, su lazo con él le decía que no lo preguntaba por curiosidad—. Parecen gusanos con patas...

—No es una colmena de insectos pateadores —repuso Jovan—. Son como pequeños zumbadores, completamente inofensivos.

—Nada de lo que hacen los yuuzhan vong es inofensivo —le dijo Alema a

Anakin—. Es una trampa.

—Para ti todo es una trampa —objetó Tahiri. Mientras hablaba, la carlinga del caminante se encendió, proyectando una banda de luz pálida en la siguiente duna—. ¿Por qué no puede acompañarnos la Fuerza por una vez? A todos nos vendría bien que nos llevaran.

—¿Qué sabes tú de esas cosas? —le preguntó Anakin sabiamente a Lomi.

—Que son un riesgo innecesario —señaló a la parte donde se acababa ese pasillo, en una pared lisa de coral yorik—. Ya casi hemos llegado a nuestro destino. El principal laboratorio de clonaje esta un kilómetro más allá de esa pared.

—Ya era hora —dijo Zekk, uniéndose al resto del grupo—. Empezaba a pensar que nos estabas retrasando. Lomi sonrió con amargura.

—Comprenderás que prefiera seguir viva a ir deprisa. Aquí todos compartimos el mismo destino.

—Hasta ahora nos ha mantenido a salvo —añadió Anakin, frunciendo el ceño ante el tono provocativo de Zekk. A diferencia de todos los demás miembros del grupo, no parecía preocuparle el tiempo que les había llevado cruzar la zona de entrenamiento—. Vayamos sobre seguro y evitemos el caminante. De todos modos, en dos horas habremos acabado con esto y estaremos camino de casa. Cuatro, como mucho.

—Cuidado, Anakin —dijo Jaina—. Empiezas a sonar como papá.

Pese a su sonrisa jovial, Jaina estaba muy alterada por el exceso de confianza que mostraba su hermano. Al haber perdido sólo a Ulah y a los dos droides pese a tantos contratiempos, Anakin parecía creer que el grupo de asalto era intocable, que ni siquiera todo una mundonave lleno de yuuzhan vong podía con un único pelotón de Jedi bien entrenados. Quizá fuera cierto, pero Jaina había aprendido en el Escuadrón Supremo que ser el mejor no te garantiza nada, que los planes le salen mal a cualquiera, y siempre pasa en el peor momento posible.

Anakin hizo una seña con la cabeza a los barabeles, que nunca parecían cansarse de caminar delante y el grupo de asalto empezó a subir la duna envuelto en una nube de polvo. Jaina se mantuvo al lado de su hermano, debatiendo si sería inteligente recordarle el aprieto en que estaban.

Antes de salir de Eclipse, Ulah y los estrategas habían calculado que las posibilidades de éxito de la misión se reducirían en un dos por ciento por cada hora que pasara, así que las posibilidades del grupo debían estar rondando ya el cero. Si a eso le añadía que los yuuzhan vong se habían adelantado a su asalto lo bastante como para tenderles una emboscada y enviar a Nom Anor a recapturarlos, las posibilidades debían ser ya minúsculas.

Hasta el Escuadrón Espectro habría renunciado en ese momento y solicitado que les sacaran de allí, pero eso no era una opción. Habían sabido desde el principio que

cualquier flotilla de apoyo que pudiera enviarse sería destruida cuando intentase cruzar la zona de guerra o una vez fuera detectada en las cercanías de Myrkr. A pesar de ello, y al ver aquí una posibilidad de salvar a la galaxia, Anakin había insistido en ir, argumentando que si el grupo necesitaba ser rescatado, ya podían ir dando por perdidos a los Jedi, y a la Nueva República con ellos. Y por mucho que le asustara, Jaina creía que tenía razón.

—¿Jaina? —preguntó Anakin cuando estaban a punto de coronar la duna.

Ella le miró y le sorprendió lo alto que estaba su hermano, lo apuesto que se había vuelto, incluso tras la barba de varios días que se veía a través de la tiza de su rostro.

—¿Sí?

—¿Que haces fuera de la fila? —él la miró por encima del hombro y habló en voz tan baja que tuvo que usar la Fuerza para llevar las palabras a sus oídos—. ¿Quieres decirme algo?

—Pues sí —Jaina sonrió. Alargó la mano y le estrechó el antebrazo—. Estás haciendo un buen trabajo, Anakin. Si conseguimos hacer esto, será gracias a tu confianza y decisión.

—Gracias, Jaina —Anakin debía querer que su sonrisa ladeada fuera de chulería, pero a su hermana le pareció más de sorpresa, quizá incluso de alivio—. Lo sé.

—Seguro que sí —repuso ella riéndose. Le dio en el hombro un puñetazo lo bastante fuerte como para hacer que se tambaleara—. Pero no olvides estar siempre en guardia.

Coronaron la cumbre y se encontraron mirando a la ventana de transpariacero del AT-AT. Al principio Jaina pensó que la luz del interior había disminuido, pero entonces vio sobresalir de detrás del panel de instrumentos las caderas de Lowbacca cubiertas por el mono y se dio cuenta que la penumbra no se debía a la iluminación sino a enjambres de zumbadores. Tantos insectos había que el principal túnel de acceso no era visible, fuera de un ligero oscurecimiento allí donde la carlinga se comunicaba con el compartimento de pasajeros.

Anakin habló al instante por el comunicador.

—Mechones, ¿qué estáis haciendo ahí? Os dije...

Lowbacca gruñó una réplica tensa, mientras su mano peluda sacaba un filtro de la consola.

—El amo Lowbacca informa de que sólo intenta rescatar un equipo que necesitamos—tradujo Eme Tedé para los que no entendían el shyriiwook—. Y que por favor le perdonen la brusquedad. Los zumbadores están empezando a picar.

—¿A picar? —repitió Jaina. Calculó la distancia hasta la carlinga y empezó a hacer acopio de la Fuerza para dar un largo salto—. ¿Y tú, Jovan?

—¿Jovan? —repitió Anakin al no recibir respuesta.

La peluda cabeza de Lowbacca apareció tras la consola de instrumentos y se

volvió hacia la parte trasera de la carlinga. Ladró una pregunta al túnel de acceso, y luego se puso en pie, con un segundo filtro en la mano.

—El Jedi Drark no responde —informó Eme Tedé—. El amo Lowbacca no lo ve.

—Cuelga de una escotilla de la parte inferior —le interrumpió Tesar—. Krasov puede bajarlo.

Lowbacca gruñó en agradecimiento y, tras rascarse furiosamente bajo el cuello del mono, volvió a la consola de instrumentos.

—¿Lowbacca? —llamó Jaina—. ¿Qué haces? ¡Sal de ahí!

El wookiee gruñó una explicación confusa sobre que necesitaban más máscaras respiradoras y cayó pesadamente de rodillas para volver al trabajo. Un largo brazo apareció a la vista y amontonó torpemente un puñado de tuberías con filtros, y luego se deslizó tras la consola y no volvió a aparecer.

—Cielos —informó Eme Tedé—. Parece que al amo Lowbacca se le ha colgado el procesador.

Jaina usó la Fuerza para superar los cinco metros extra de altura y saltó desde la duna de tiza para aterrizar suavemente en el techo de la cabina, y estuvo a punto de caer hacia atrás cuando Anakin y Zekk aterrizaron a su lado. Anakin conectó el sable láser y lo hundió en la ranura de la escotilla de escape de la carlinga. Jaina encendió su propio sable láser y empezó a hacer lo mismo en dirección contraria, mientras Zekk se tumbaba y se colgaba por la parte delantera para mirar por la ventana.

—¡No puedo creerlo! —dijo—. Sigue intentando conseguir las máscaras.

—Igual se está cansando de cargar con Jedi inconscientes —dijo Lomi, aterrizando junto a los otros. Señaló dos placas en lados opuestos de la escotilla—. Cortad allí y allí. . Jaina y Anakin siguieron sus instrucciones, y sus sables láser chirriaron agudamente al fundir el cerrojo de la escotilla y las bisagras reforzadas.

Mientras trabajaban, por los comunicadores les llegó la voz de Ganner.

—Jovan está vivo, pero mareado y enfermo. Tekli cree que podrá salvarlo.

—¿Salvarlo? —repuso Anakin sorprendido.

—Deberías verlo —comunicó Tahiri—. No sabía que los rodianos pudieran hincharse así.

Anakin palideció y no dijo nada, concentrando todos sus esfuerzos en sacar a Lowbacca.

—¿Órdenes? —pidió Ganner.

—Debemos retirarnos y probar por otro camino —sugirió Lomi.

Anakin negó firmemente con la cabeza. —Nunca.

Dentro de la carlinga sonó un golpe amortiguado.

—¡Baba de hutt! Se ha desmayado —dijo Zekk.

El sable láser de Jaina acabó con el cerrojo de la escotilla con un último siseo. Apagó la hoja y colgó el mango de su arnés de equipamiento.

—Igual deberías escucharla, Anakin —dijo nerviosa—. Si esto es una trampa, vendrán a por nosotros.

—¿Y qué si lo hacen? —sus nudillos se emblanquecieron mientras seguía cortando—. Somos Jedi, ¿no?

—El valor de un sacrificio tiene un límite hasta para los yuuzhan vong —le previno Lomi—. Nos matarán antes de permitir que lleguemos al laboratorio de clonaje. Debemos dar la vuelta.

—Creía que por eso habíamos venido por aquí —dijo Zekk mirando por encima del hombro.

—Se nos han anticipado —se limitó a decir Lomi—, pero hay otros caminos.

—¿Y cuando se anticipen a esos? —preguntó Anakin, mientras cortaba el último centímetro de bisagra reforzada.

—Entonces probaremos con otro y con otro —dijo Jaina. Sabía que su situación sólo empeoraría a medida que pasase el nernpo, pero también que sería fatal que los acontecimientos presionasen a Anakin a tomar una decisión apresurada—. Tarde o temprano habrá que luchar con ellos, pero que sea en nuestros términos y no en los suyos.

El suave siseo de un sello al romperse brotó de la escotilla al soltarse por fin ésta y aposentarse en su marco circular. Anakin desactivó su sable láser, y se apartó, sin responder todavía a Jaina o Lomi.

—Anakin, por el desfiladero se acerca una nube de polvo, y no creo que sea un aerodeslizador de la Nueva República —dijo Ganner—. ¿Qué nos ordenas?

—¡Enseguida! —exclamó Anakin. Respiró para calmarse, y se arrodilló junto a la escotilla y miró a Jaina—. ¿Lista?

—Lista —incluso sin la fusión de combate, puede que incluso hasta sin la Fuerza, seguía estando lo bastante cerca de su hermano como para saber lo que él quería que hiciera—. Con cuidado.

Jaina hizo levitar la pesada escotilla fuera de su marco y la movió a un lado. Unos pocos zumbadores salieron por la abertura, emitiendo con las alas un zumbido apenas audible cuando rodearon a Anakin y empezaron a posarse en su rostro. Este no les prestó atención y miró a la carlinga y usó la Fuerza para levantar a Lowbacca hasta la escotilla. Los zumbadores eran visibles en su rostro incluso a través del espeso vello, sobre todo en los párpados y moviéndose dentro de su negra nariz. Mejillas y labios se le habían hinchado hasta el doble de su tamaño, y respiraba en estranguladas toses.

Los enormes hombros del wookiee resultaron ser demasiado anchos para pasar por la escotilla y Anakin tuvo que volver a bajarlo a la carlinga. En cuanto la abertura estuvo despejada, empezaron a salir nubes de zumbadores, que fueron a atacar la "cara de Anakin y le arrancaron una maldición cuando empezaron a picar. Se apoyó en el AT-AT y cogió a Lowbacca primero por los brazos para que fueran lo primero

en salir. Jaina y Zekk se pusieron a su lado y tiraron cada uno de un brazo para que Anakin se concentrara en pasar al inconsciente wookiee por el estrecho espacio. Las manos y el rostro de Jaina estallaron de dolor cuando los zumbadores fueron a por ella. Lomi se puso detrás e hizo un débil intento de invocar un viento con la Fuerza que fracasó en llevarse a los insectos.

Cuando el torso de Lowbacca empezó a pasar por la escotilla montones de zumbadores hinchados de sangre empezaron a caer de sus mangas. Tenía las manos en carne viva y le estaban brotando ampollas púrpuras del tamaño de las yemas de los dedos de Jaina.

La única reacción de Anakin fue terminar de sacar a Lowbacca. Una nube creciente de zumbadores salió detrás del wookiee, obligando a Jaina a buscar la tapa de la escotilla. Las picaduras la estaban mareando ya, y sentía un picor tan enorme que necesitó un segundo para concentrarse antes de poder levitar el pesado trozo de acero. Cuando se volvió, fue para encontrar a Lomi haciendo levitar por la escotilla un puñado de filtros y máscaras respiradoras.

—No debemos olvidarnos de esto —Lomi cogió el equipo en sus brazos y se dirigió hacia la parte frontal de la carlinga, donde Anakin ya bajaba a Lowbacca hacia las dunas—. El wookiee ha arriesgado la vida por ello.

Jaina volvió a poner la escotilla en su sitio, y sintió la mano de Zekk en su brazo. Le sorprendió descubrirse tropezando mientras él la hacía bajar tras los demás. Aunque la caída era breve, bastaba para que a su estómago enfermo le diera un vuelco. Aterrizó con dureza entre Anakin y Lomi, cayendo de rodillas y quedándose en esa postura, ahogándose por el polvo de tiza, enloquecida por los picores e intentando no vomitar.

Tras ella, Lomi preguntaba:

—¿Qué dices ahora, joven Solo? ¿Sigues decidido a luchar? Anakin lo pensó un momento.

—¡Rayos de láser! —ayudó a Jaina a ponerse en pie y la envió tambaleante hacia la parte de atrás de la duna. Luego activó el comunicador—. Ganner, nos vamos. De retirada.

Capítulo 6

Mara rodeó el casco del *Sombra* acunando a Ben en sus brazos. No buscaba señales de abuso o descuido, aunque sabía que eso era lo que creían Cilghal y Danni, sino señales de microagujeros y marcas de gas. Esa clase de desgaste era la consecuencia inevitable de cualquier viaje por el espacio rico en masa que rodeaba Eclipse, y se enorgullecía del aspecto elegante de su nave tanto como Han del carácter del *Halcón*. Sólo encontró un puñado de cosas que requerían atención, señal de lo que debía de haber sido un acercamiento final muy lento.

Mara se detuvo ante el ascensor de carga trasero, donde Danni y Cilghal descargaban el equipo que habían llevado a Borleias.

—Habéis cuidado bien de ella. Gracias.

—Gracias por confiárnosla —Danni colocó sobre el palé de repulsores algo que parecía un anillo gigante con un ojo negro en el centro—. Intentamos meterlo todo en el bombardero, pero...

—Está muy bien, Danni —dijo Mara. Tanto ella como los demás estaban esperando el regreso de Luke del Senado cuando Danni y Cilghal la llamaron para pedirle que les dejara llevar el *Sombra* a Borleias—. Vale que me agobié cuando me di cuenta de que ya estabais en camino para cogerla, pero era por una buena causa.

—Ojalá hubiéramos tenido más éxito —dijo Cilghal. Depositó en el palé un generador de gravedad del bombardero, al lado de la cosa anillada—. Estaba segura de entender la estructura del resonador gravitacional del yammosk. Puede que la congelación alterase algo.

Mara sintió un arrebató de alegría de Ben y no tuvo que darse la vuelta para saber que Luke venía por el hangar acompañado de Corran, Leia y la mayor parte de los jefes de Eclipse.

—Prepárense, señoras —les avisó en voz baja—. Han pasado todo el viaje desde Coruscant discutiendo sobre cómo han podido caer tan deprisa las defensas de Borleias.

—Ésa es una pregunta fácil de responder —dijo Cilghal—. A los yuuzhan vong les importa tan poco sus vidas como las nuestras. Sacrificaron naves.

El bramido de una alarma de asalto ahogó las últimas palabras de la mon calamari. Ben añadió su propia voz al escándalo, irradiando miedo e incomodidad en la Fuerza, y el hangar se puso en movimiento cuando las tripulaciones de las naves corrieron a prepararlas para el despegue.

La alarma se silenció y fue sustituida por la voz del oficial de Vigilancia:

—Atención a todas las tripulaciones: esto no es un simulacro. Se acercan naves de coral yorik.

Danni y Cilghal se miraron culpables. Mara experimentó un fogonazo de rabia contra ellas por guiar a los yuuzhan vong hasta allí y poner en peligro a su hijo, y entonces se dio cuenta de que eso no era posible. Había inspeccionado el Sombra lo bastante cuidadosamente como para saber que no había ningún molusco rastreador pegado al casco, y habría sido imposible hasta para los yuuzhan vong seguir a una nave a lo largo de tantos saltos hiperespaciales sin algún aparato rastreador.

—No han podido seguimos hasta aquí, pero eso no supondrá ninguna diferencia cuando empiecen a volar los rayos. Será mejor que vayamos a nuestros puestos de combate —Mara puso a su hijo en brazos -de Cilghal y lo besó en la frente, mientras Danni corría hacia el bombardero de los Caballeros Salvajes—. Ben, ve con Cilghal al refugio de emergencia.

Ben gorgojeó inseguro, y luego agitó brazos y piernas mientras Mara corría hacia su Ala-X. Aunque no era de los que se asustan en una crisis, concentró deliberadamente sus pensamientos en la tarea que tenía entre manos y sintió que Luke hacía lo mismo. La inseguridad produce miedo, y por potente que fuera Ben en la Fuerza, no quería que sintiera en sus padres emociones del Lado Oscuro.

Para cuando llegó a su caza, los mecánicos ya estaban colocando en el alveolo a su droide astromecánico, al que llamaba Bailarín por ningún motivo especial. Cogió el mono de vuelo situado a un lado de la carlinga y se lo puso mientras escuchaba atentamente lo que decía el oficial de Vigilancia por el comunicador.

—Las estaciones centinelas informan de una nave semejante a un crucero ligero persiguiendo a un destructor estelar imperial de clase Mark II, posiblemente el *Ventura Errante*.

Corran Horn estuvo al instante en el canal de comunicaciones, pidiendo respuestas que el oficial de Vigilancia no podía proporcionarle. El destructor no enviaba una señal de transpondedor, cosa nada anormal en Booster Terrik, ni había enviado una señal a la base. El desconcierto de Mara reflejaba el que sentía en Luke. Se suponía que el *Ventura Errante* debía esconder a los estudiantes de la Academia Jedi en la base que la Nueva República tenía en Reece, y no hacer viajes peligrosos a Eclipse, y un crucero ligero tampoco era la clase de flota que habrían enviado los yuuzhan vong a atacar la base de sus odiados *Jeedai*. Algo extraño estaba pasando allí, algo que sentía lejanamente relacionado con la presencia del Sombra en Borleias, al tiempo que no era consecuencia de ello.

Mara se detuvo en lo alto de la escalerilla de su carlinga y miró a Luke, que sentía mirándola. Al instante supo lo que le preocupaba. Corran Horn seguía en el comunicador, gritando al oficial de Vigilancia que rompiera el protocolo de la base y llamara al destructor.

Mara asintió y Luke activó su comunicador.

—No estableceremos comunicación con el destructor, oficial de Vigilancia.

—¿No? —la voz de Corran era casi un chillido—. Mis hijos están en ese destructor, ¡puedo sentirlos!

—Entonces podemos asumir que es el *Ventura* —dijo Mara. Comprendía sus sentimientos; si una flotilla yuuzhan vong estuviera persiguiendo a Ben, seguro que estaría igual de preocupada y sería mucho más peligrosa—. También podemos asumir que Booster tiene un buen motivo para guardar silencio.

—El destructor está bajo constante fuego granizado —informó el oficial de Vigilancia—. Es posible que hayan destruido todas sus antenas.

¡Rayos! —pensó Mara—. Gracias por la ayuda, Vigilancia.

El Ala-X de Corran encendió los repulsores y se elevó del suelo del hangar.

—¡Comandante Horn! —ladró Luke—. ¿Adonde crees que vas?

—¿Adonde crees tú? —esta vez hablaba Mirax. El constante sonido de los tacones golpeando el duro cemento sugería que estaba en un pasillo en alguna parte, caminando deprisa—. ¡A quitarle al *Ventura* esos pedruscos de encima!

El Ala-X de Corran se dirigió hacia el campo de contención en la entrada del hangar. Lo seguía un puñado de cazas.

—Vigilancia, solicito que se desactive el campo para salida de combate.

—Es demasiado pronto —comunicó Mara. Encendió sus sistemas e hizo que Bailarín probara todo para calentar los circuitos—. No estamos listos para formar y podemos pillarlos por sorpresa si esperamos.

—Eso es fácil de decir cuando Ben está a salvo y aún te preocupa ocultar el paradero de Eclipse —replicó Mirax—. No es tan fácil cuando el *Ventura* puede explotar en cualquier momento y llevarse a Valin y Jysella consigo.

—Vigilancia, reconozcan la salida —la voz de Corran tenía un tono alarmante—. Desactiva este escudo.

—Corran, Mirax, no sois los únicos cuyos hijos corren peligro —dijo Han, y en vista del riesgo que estaban corriendo sus propios hijos en ese momento, sus palabras hicieron que hasta Mara se sintiera algo culpable por pensar sólo en la seguridad de Ben. Corran se sintió avergonzado y guardó silencio—. Y ninguno de los dos está pensando con claridad. Si Booster estuviera en apuros, ya podéis apostar a que estaría acribillando esa roca con misiles de impacto.

—Los contactos han entrado dentro del campo de visión —informó Vigilancia—. Identidad confirmada, es el *Ventura Errante*.

Y se acercaban deprisa. Mara activó su pantalla táctica y vio que el destructor estelar se dirigía hacia la estrella de Eclipse. Las baterías de turboláser delanteras abrieron un sendero por entre el enorme disco de asteroides que pasaba por ser un sistema planetario incluso en los confines del Núcleo Interior. Le perseguían ocho cruceros ligeros y el doble de corbetas y fragatas yuuzhan vong, y todos iban demasiado deprisa como para pretender desacelerar en alguna parte cerca de Eclipse.

—¿Qué pasa, Corran? —dijo Mirax por el sistema de ¡í comunicaciones—. ¿Por qué no despegas?

—Han tiene razón. Booster se guarda algo en la manga —hubo una pausa y Corran añadió—: Me disculpo, Maestro Skywalker.

Mara no estaba segura de si el alivio que sentía era el de Luke, el suyo o el de los dos.

—Estoy seguro de que tú harías lo mismo por mí, Corran —dijo Luke. No había ni asomo de irritación en su voz o en sus emociones—. Saldremos en cuanto pasen. ¿Puedo contar con que mantendrás la mente clara?

—Sería mejor si Han se ocupa del Control de Combate —admitió Corran—. Creo que me he sentado en el caza que no es.

Han no lo discutió. Al igual que Mara y Luke, y otros lo bastante mayores como para haber luchado en la Rebelión, había realizado suficientes heroicidades para llenar cinco vidas; ahora se conformaba con ir a donde lo necesitaban y dejar que el combate acudiera a él.

—Han alcanzado el *Ventura* —informó Vigilancia.

Mirax se las arregló de algún modo para limitar su grito a un jadeo estrangulado. Mara habría llenado el canal con maldiciones que habrían hecho sonrojarse incluso a Rigard Matl.

—Está dejando una hilera de restos.

Mara vio en su pantalla táctica una nube de restos que caía en dirección a Eclipse cuando el *Ventura* pasó por su lado. El destructor estelar se balanceaba salvajemente de un lado a otro, como si luchase para recuperar el control tras ser alcanzado, y de repente abrió un nuevo sendero con una andanada de sus turboláseres de babor. Giró en el ángulo más cerrado que puede girar un destructor estelar y se dirigió hacia una densa masa de asteroides, alejándose de Eclipse.

—Nos lo ha preparado —dijo Han—. Lanzamiento.

—¡Esperad! —dijo Mara, mirando todavía la nube de restos que descendía hacia Eclipse—. Vigilancia, escanea los restos buscando formas de vida. Booster no ha sido alcanzado, nos ha lanzado todo eso a propósito.

—Gracias, Mara —dijo Corran antes de que Vigilancia pudiera hacerlo—. Puedo sentir a Jysella y Valin buscándome en la Fuerza.

—Afirmativo —dijo Vigilancia—. Son cápsulas de evacuación.

—Leia, ¿puedes enviar a Han a Control y encargarte de, supervisar la recuperación de las cápsulas desde el *Halcón*? —preguntó Luke—. Corran, Mirax y tú podríais ayudarla.

Corran ya estaba situando su Ala-X junto al *Halcón*.

—Nada me gustaría más. Gracias.

—Que todos los demás despeguen, con cuidado, por escuadrones —ordenó Luke

—. Vigilancia, baja el escudo. Sables... Tres, dos, ya.

Mara activó los repulsores y siguió al Ala-X de Luke fuera del hangar, volando alrededor de una cápsula de evacuación y saludando a una pareja de estudiantes Jedi que los miraban con ojos muy abiertos desde la ventanilla. Cuando los otros tres escuadrones formaron tras ellos, el destructor estelar y sus perseguidores ya estaban fuera del alcance visual y, a medida que se internaban en el racimo de asteroides, cada vez era más difícil verlos por la pantalla táctica.

Mara pensó que su aproximación seguiría sin ser detectada, hasta que un puñado de fragatas sacó la nariz del racimo de asteroides y empezó a soltar coris.

—Deben de estar desesperados por coger a Booster —observó Mara.

—O no saben quién es —respondió Luke. Ya tenían a la vista el racimo de asteroides, y el fogonazo de las sesenta baterías de turboláseres iluminaba el interior como una enana roja—. Todos los Ala-X en posición de disparo. No seáis tacaños con las bombas sombra.

—Granjero, será mejor que te contengas un momento —dijo Han.

—¿Contenerme?

—Afirmativo. Contente.

La voz de Han se desvaneció en estática cuando el racimo de asteroides empezó a explotar roca a roca, sesenta en rápida sucesión, cada una de ellas dispersando en todas direcciones millones de toneladas de piedra supercaliente a varios miles de metros por segundo. Mara vio en su pantalla táctica cómo un peñasco partía por la mitad una de las fragatas y atisbo al análogo de un crucero caer del racimo en tres partes separadas. Entonces Luke gritó: *¡Dispersaos, dispersaos!*, y los guió para protegerlos poniéndolos al abrigo de un asteroide del tamaño de una ciudad.

Cuando volvió a oírse la voz de Han, ya se estaba explicando.

—... viejo truco de traficante. Desvías a los escudos de partículas todo el poder de los motores y calientas un asteroide con ellos hasta que explota —hizo una pausa antes de continuar—. Funciona de miedo con un destructor estelar.

—Podías habernos avisado antes, Control —comentó Mara.

—Eh, ¿tengo pinta de Jedi lector de mentes?

Entonces les alcanzó la oleada de escombros que pasó por su lado en relampagueantes borrones de gris partiendo de vez en cuando algún asteroide cercano y provocando fogonazos parecidos a los de la detonación de un torpedo de protones. El propio escudo montañoso tras el que se habían refugiado encajó varios impactos que hicieron temblar visiblemente al peñasco entero y apedreó sus escudos de partículas con chorros de guijarros. Al final, la tormenta pasó, disipándose lentamente a medida que disminuía el chorreo de cascotes, que fueron perdiendo impulso en las colisiones hasta que los pedazos individuales dejaron de tener energía suficiente para explotar con el impacto.

Cuando asomaron el morro desde detrás de su escudo. Mara se sorprendió de encontrar el *Ventura* en su pantalla táctica allí donde antes sólo estaba el racimo de asteroides. En la pantalla había algunos lugares en blanco, allí donde nubes de polvo o vapor congelado confundían a los sensores, pero lo más alarmante eran los escuadrones de cazas Ala-A y Ala-Y que se derramaban desde las cubiertas de lanzamiento del destructor estelar. La pantalla táctica los señalaba a todos como pertenecientes a la Nueva República, pero... El destructor redujo el número de análogos de crucero a cinco con una devastadora andanada de sus turboláseres, y los; Ala-A lo redujeron a cuatro con una combinación de torpedos de protones y misiles de impacto de alta velocidad.

—Granjero, el *Ventura Errante* no tiene escuadrón de cazas —comunicó Mara—. Y mucho menos seis.

—Pongamos que son diez, Jedi —dijo una voz desconocida aves de la red táctica—. Solo vamos de polizones en el *Ventura*. Somos la flota de Reece, o lo que queda de ella.

Una pieza encajó en la mente de Mara, y vio la tenue conexión que había percibido antes relacionando la presencia del Sombra en Borleias y la inesperada llegada del *Ventura* a Eclipse.

—¿Un ataque sorpresa? —preguntó—. ¿A la vez que en Borleias?

—Justo a continuación —corrigió la voz—. Y querían que siguiera siendo así. Lo primero que hicieron fue anular nuestras comunicaciones. Sólo podíamos comunicarnos con los cazas, y sólo cuando abandonamos el destructor estelar.

—¿Cómo las anularon? —preguntó Luke.

—Creemos que con alguna clase de dovin basal —respondió el piloto—. La primera noticia que se tuvo en Reece del ataque fue cuando atacaron los escudos de la base. Al principio creímos que sería cosa de mynock, pero cuando intentamos transmitir, esas cosas absorbieron la señal como por un agujero negro.

—¿Nadie pudo enviar un mensaje? —preguntó Mara.

—Nadie. El *Ventura* se llevó una buena ración de esos bichos cuando vino a recogerlos —dijo—. Estábamos intentando librarnos de ellos cuando nos atacó ese escuadrón en la frontera del Núcleo Interior.

—Entonces, la Nueva República no sabe que Reece ha caído —dijo Luke.

—O que los astilleros de Bilbringi han quedado aislados —añadió Han—. Pero lo sabrán muy pronto. Ahora mismo les envío un mensaje.

La forma del destructor estelar fue haciéndose visible a medida que se acercaba, mostrando el morro a los Sables mientras giraba para apuntar los turboláseres contra un crucero que intentaba atacarlo desde arriba. Mara pudo ver algo que parecían como motitas con forma de corazón salpicando el casco blanco, que sin duda eran los dovin basal absorbedores de señales que había mencionado el piloto. Otro análogo de

crucero seguía al *Ventura* atacando sus vulnerables puestos de escape de gases con bolas de plasma y proyectiles de magma.

—Sables y Conmocionadores, lanzaos sobre al crucero que tiene en la cola —ordenó Han—. Caballeros y Docena, ocupaos del que intenta cortarle el paso.

—¿Han oído eso? ¿Reece? —preguntó Luke. Un chaparrón de clics le dijo que sí—. Bien, veamos si podéis despejarnos el camino. Vamos para allá con todo el equipo.

Los escuadrones de Reece atacaron primero a los coralitas que se interponían en el camino de los Jedi y luego intentaron alejar-los simulando huir. Los coris empezaron cayendo en la trampa, pero enseguida variaron de rumbo y se reagruparon ante sus objetivos previstos.

—¡Tienen un yammosk! —Danni parecía encantada—. En ese crucero de babor. Si pudiéramos...

—Entendido —dijo una voz de Reece—. Gracias por la información, Jedi.

Dos escuadrones de Ala-A se lanzaron al instante contra el crucero, descargando misiles de impacto en su descenso. Tomando ejemplo de los cazas, el *Ventura Errante* concentró en la nave el fuego de todo un banco de turboláseres y el casco empezó a vomitar coral yorik de inmediato.

—¡Esperad! —exclamó Danni—. ¡Me refería a capturarlo! ¡Lo necesitamos con vida!

La nave quedó inmóvil en el espacio y empezó a ir a la deriva. Por los boquetes de su casco escapaban cuerpos y atmósfera. Los coralitas continuaron amontonándose en el camino del Jedi, eructando plasma por sus cañones volcán.

—Maestro Skywalker, la nave sigue comunicándose con los coris —informó Danni—. Si pudiéramos abordarla lo bastante deprisa...

—Acabemos primero con esta tanda, Danni —replicó Luke—. Sables y Caballeros, retiraos.

Conmocionadores y Docena, tendréis que limpiarnos el camino.

Rigard se limitó a coger su escuadrón y dirigirse directo al objetivo. Pero Kyp no pareció haber entendido su misión.

—Vamos, Docena —dijo por el comunicador, acelerando—. ¡Dispararemos los primeros!

Los Conmocionadores entraron en contacto con los coralitas del enemigo un kilómetro por delante de la Docena y empezaron a disparar, limpiando el camino hasta el crucero además de obligar a los coris a esquivarlos quitándose de en medio. Mara vio cómo un Conmocionador perdía el control y se estrellaba contra un asteroide cuando un cañón volcán acabó con sus alas, y luego a otro que desapareció en una bola de fuego al estrellarse de cabeza contra un Proyectil de plasma.

Tam y ella empezaron a entrelazar escudos con Luke, cada uno entiendo en la

Fuerza las intenciones del otro y moviéndose en perfecta armonía. Mara mantuvo una andanada constante de disparos láser, usando la Fuerza más para evitar dar a sus propias naves que para alcanzar al enemigo. Dos coris se volvieron escombros cuando se puso detrás de Luke.

La oscuridad que tenían delante se iluminó cuando los Conmocionadores lanzaron los torpedos de protones, y se iluminó aún más cuando desplegaron las bengalas señuelo. El crucero contraatacó con una andanada de grutchins y proyectiles de magma. El escuadrón de Rigard ya se estaba alejando, dejando las siguientes naves a la Docena.

—¡Lanzamiento! —ordenó Luke.

Las bombas sombra de Mara ya habían desaparecido, siguiendo el mismo camino que las de Luke, directas al crucero. Sin pararse a pensar en ello, Mara bajó el Ala-X hasta situarlo detrás del de Luke, con un ojo en el objetivo mientras usaba la Fuerza para guiar las bombas sombra hasta su blanco. El cañón láser de Tam se iluminó y derribó a un grutchin de su carlinga antes de que pudiera aferrarse a ella. Luego, el brillante fogonazo de la primera detonación de protones hizo que el tintado de sus cristales se oscureciera. Le siguieron más explosiones en rápida sucesión, y la nave ya estaba desintegrándose cuando Luke hizo dar media vuelta a la Docena.

El crucero inerte yacía más allá, rodeado por una nube de equipo y cuerpos flotantes. Los boquetes de su casco eran oscuros y ominosos, algunos lo bastante grandes como para que pasase un Ala-X. Mara examinó su pantalla táctica y vio que Luke podía estar pensando lo que ella temía. El *Ventura*, ahora escorado junto a los Sables, estaba acabando con el último crucero y los escuadrones de Reece acorralaban a los coris supervivientes en una esfera cada vez más cerrada, rematándolos de dos en dos o de tres en tres.

—Skywalker —comunicó Mara—. Una cosa es un yammosk muerto...

—Necesitan uno vivo... ¿y cuándo va a ser más fácil que ahora? —Luke dirigió el Ala-X hacia el boquete más grande de la nave—. Danni ha demostrado lo valioso que es saber cuándo hay un yammosk presente. Imagina lo que podríamos hacer cuando sepamos interceptar sus mensajes.

—¿Cómo vas a transportarlo? —preguntó Mara—. ¿Bajo el asiento?

—Han, envíanos el *Hombre Alegre*.

—Esperad un momento —dijo Danni—. Algo va mal. El yammosk se ha callado por completo y ahora los coris parecen confusos.

—Ya vale, Luke —dijo Mara. Estuvieran cerca de casa o no, esto resultaba demasiado fácil para ser seguro—. La Fuerza nos acompañó en Talfaglio. Hoy no.

Luke ya daba la vuelta a su Ala-X cuando el fogonazo de una carga de magma al explotar partió la nave por la mitad haciendo que el coral yorik rebotase contra sus escudos de partículas y lamiera los puertos de escape con llamas de cien metros.

Capítulo 7

Aunque la balconada al aire libre siempre era la entrada más grandiosa de cualquier apartamento de la alta sociedad, Viqui Shesh siempre había pensado que la entrada interior revelaba más sobre la categoría de los ocupantes.

El apartamento de los Solo estaba situado en un callejón sanilimpio tan ancho como una avenida para deslizadores, con un suelo de piedrolarmal lechoso, un material no fabricado y muy costoso que sólo se encontraba en el campo de asteroides de Roche, y raros ladalum rojos floreciendo en redondos nichos entre columnas de mármol blanco. Un techo abovedado en forma de barril con paneles luminosos hechos de encargo llenaba la zona de luz difusa, y ante la puerta de cristacero esperaba paciente un sonriente servodroide anfitrión, sin duda provisto con el equipo completo de vigilancia de seguridad.

Desde luego, los Solo se habían desprestigiado mucho desde los tiempos en que Leia era Jefe de Estado. Cuando le dijeron que habían cambiado discretamente su elegante escondrijo en Orowood por algo en el más económico distrito administrativo de Puertoeste, Viqui casi no cree a su informador. Uno no espera encontrarse a dos de los héroes más aclamados e influyentes de la Rebelión viviendo entre burócratas, y mucho menos en una dirección a casi trescientos metros por debajo de la cumbre de una torre no muy alta. Pero los ladalum la convencieron. Eran originarios de Alderaan, y el arbusto sólo daba flores rojas cuando su linaje se había mantenido puro desde su planeta de origen. Como tantas cosas de Alderaan en estos días, tendían a morir poco a poco por cuestiones de enfermedad y polinización cruzada.

Y Viqui suponía que eso era lo que le pasaba a quienes perdían poder. Se marchitaban lentamente, hasta que un día morían. Como *Mon Mothma*, como el almirante Ackbar, como Leia Organa Solo, como la propia Viqui, tras ser destruida en el Senado por Luke Skywalker y sus trucos Jedi.

No quería llamar la atención por pasar demasiado tiempo mirando al apartamento de los Solo, así que apartó la mirada y continuó caminando como cualquier otro burócrata de Puertoeste que volvía en pleno día a su casa por un asunto personal. Y, desde luego, parecía justamente eso, con la elegante sobrecapa de cuello alto y el sombrero de ala ancha, lo bastante como para despistar al joven Jedi que la seguía cuando intercambió sus ropas con una ayudante en una estación de aseo de una abarrotada estación de tránsito. Siguió por el pasillo hasta doblar la esquina, llegó a un banco de ascensores y se metió en uno mientras se quitaba el sombrero y la sobrecapa camino del tejado.

Vestida ahora con el tabardo conservador de un banquero, salió a la plataforma de aterrizaje de la aerolanzadera, depositó las ropas en un desintegrador de basuras y

cruzó hasta otro banco de ascensores. Tras proporcionar la autorización de visita adecuada para un apartamento del mismo nivel, descendió hasta el piso de los Solo y volvió a su apartamento pensando en la forma de insertar la sensibabosa sin ser vista. Quedaba descartado entrar en el callejón, ni siquiera con la excusa de examinar los hermosos ladalum. El droide anfitrión sería educado y solícito, pero también escanearía su imagen y huella de voz para verificar su identidad.

Esta vez se dirigió a la entrada de frente, caminando y mirando por encima de un fajo de documentos de plastifino que había llevado para tal efecto. No había forma de entrar en el callejón sin ser vista por el droide anfitrión, lo que significaba que debía encontrar otro modo de insertar la sensibabosa. Su contacto le había asegurado que las criaturas eran capaz de encontrar su propia forma de entrar una vez se les dirigía a su objetivo, pero los yuuzhan vong entendían el concepto de droides limpiadores menos aún que ella el de las sensibabosas. Ya había perdido media docena de esos gusanos intentando colar uno en la sala del comité del CSMNR, y estaba razonablemente segura de que en cuanto la sensibabosa se acercara a menos de veinte metros de un ladalum, cualquier droide cazador de plagas acabaría destruyéndola.

Viqi empezaba a plantearse otras salidas, como una entrega de comida o usar a terceros, cuando oyó a la solución acercarse por el pasillo.

—... no es buen momento para ir a ver el paisaje, querida —decía Han Solo.

—Es el momento ideal —contrarrestó Leia—. Tienen un motivo para mantener en secreto la captura de Reecee, y ese motivo es más acuciante ahora que lo sabemos.

Viqi siguió simulando que estaba concentrada en sus documentos, mientras se llevaba la mano al bolsillo y sacaba lo que parecía una sanguijuela del tamaño de un pulgar. En lugar de cabeza tenía un enorme ojo compuesto. Enfocó el ojo hacia la puerta de cristacero de los Solo y apretó a la criatura hasta que sintió que su cuerpo se caldeaba mostrándole que entendía lo que debía hacer. Han y Leia se desviaron hacia el centro del pasillo y se pusieron a su altura. Una criatura de su grupo gorgojeó suavemente cuando pasaron, y dos pares de pies metálicos resonaron en el suelo tras ellos.

—Además, conocemos el motivo —argumentó Han—. Bilbringi.

—Ése es el motivo obvio —contrarrestó Leia—. ¿Cuándo has visto tú que los yuuzhan vong sean obvios?

Los Solo adelantaron a Viqi sin mirarla dos veces, los dos vestidos con arrugados trajes de vuelo.

Han acunaba a un bebé en los brazos. Viqi no era ninguna autoridad en bebés, y cuando llegara el momento de tener uno pensaba contratar personal y un telbun para que cuidaran de él, pero sabía que los hijos de los Solo ya eran adultos, o casi. Debía de ser el heredero de los Skywalker.

El famoso droide dorado de la pareja llegó tras ellos, con un droide niñera TDL

de cuatro brazos desplazándose silencioso a su lado. Viqi se apartó algo más hacia la pared. Sabía que los dos humanos no la reconocerían con su disfraz porque ése era el último lugar en el que esperaban verla, pero los droides eran algo muy distinto. Escaneaban, analizaban y no permitían que sus expectativas los confundieran. Y estaba muy segura de que el droide de protocolo la tendría en su banco de datos.

El droide parecía más preocupado por la discusión entre sus dueños que por quién era ella.

Cuando Han no respondió a la Pregunta de su esposa, dijo: —Perdone que le moleste, pero estoy seguro de que cuando el amo Luke y la señora Mara dijeron que Ben estaría mas a salvo en Coruscant esperaban que nos quedásemos aquí algo más de cincuenta y siete minutos.

Leia le dirigió una mirada por encima del hombro que habría fundido a droides de menor categoría.

—Deja que yo me preocupe de eso, Trespeó.

—Sí, princesa.

Por la presencia del bebé Skywalker, Viqi supuso que venían de la base secreta Jedi. Tsavong Lah seguía intentando descubrir su paradero, lo cual era uno de los motivos por los que le había asignado esta tarea, y, dado lo que le había hecho Skywalker en el Senado, estaba dispuesta a complacer al Maestro Bélico. Esperó un momento más para asegurarse de que no venía nadie más con los Solo y, cuando se acercaron al cruce que había ante el apartamento, lanzó la sensibabosa hacia la espalda del droide de protocolo.

El gusano se pegó a él en completo silencio y se deslizó hacia la junta de la cintura, pero el droide se detuvo en la esquina y giró la cabeza para mirar detrás de él. Viqi ocultó su rostro tras los documentos y dobló la esquina para chocar contra algo que le llegaba casi al pecho. Gritó por la sorpresa y lanzó los plastifinos en todas direcciones.

—Le ruego me perdone —dijo una voz ronca.

Bajó la mirada para ver a un pequeño alienígena de ojos saltones, piel gris y una boca llena de aguzados colmillos recogiendo sus documentos con dedos de largas garras.

El noghri le entregó los documentos.

—Me disculpo.

Viqi permitió que el alienígena le pusiera los documentos en la mano y sintió que los Solo la observaban. Se había molestado en disfrazar su aspecto tiñéndose el pelo de color ceniza y haciendo uso a discreción de un kit de disfraces del Servicio de Inteligencia, pero en se momento deseó haber aceptado la oferta de su contacto de darle un enmascarador oogolith. No pudo resistirse y dirigió una mirada a los Solo para descubrir que los dos la observaban.

—¿Se encuentra bien? —la expresión de Han era de preocupación—. ¿Quiere pasar dentro un momento?

Viqi sentía el corazón en la garganta. Murmuró algo indescifrable y se alejó negando con la cabeza.

Capítulo 8

Anakin no podía sentir a través de la fusión de combate nada que no fuera duda y resentimiento, por lo que se quedó tan sorprendido como el que más cuando el estallido de un detonador térmico reverberó en la calle detrás de él. Alzó el sable láser a postura de guardia y pulsó el interruptor, pivotando a continuación para descubrir una bola de luz blanquiazulada contrayéndose entre Raynar y Eryl, destruyéndolo todo en un radio de cinco metros y abriendo un profundo cráter en la calle. Los conductos de servicio subterráneos empezaron a escupir agua y gas de alcantarilla, llenando el agujero de vapor y de fuego.

En las varias docenas de intentos para llegar a la fábrica de clones, los Jedi se habían topado con docenas de réplicas de casi cualquier clase de entorno en el que los voxyn pudieran tener que darles caza, desde réplicas de agriterrenos y robofábricas hasta granjas de pantano y hasta una ciudad minera en las nubes automatizada. Y ahora estaban cruzando la ciudad de los esclavos en sí. La metrópolis, con sus hileras de ventanas y balcones construidos directamente sobre las paredes, recordó a Anakin las fotos que su madre le había enseñado de Ciudad Crevasse en la perdida Alderaan. Además de una docena de diferentes especies de esclavos, en la ciudad artificial había turboascensores, aceras móviles y hasta aerocoches operados por droides.

Anakin pasó junto a Tahiri y Tekli y miró al llameante cráter por encima del hombro de Raynar.

Nada quedaba de lo que había Provocado el ataque.

—¿Un voxyn? —preguntó. Los ataques de voxyn era cada vez mas frecuentes desde que se retiraron en el caminante.

—No lo vi —dijo Raynar encogiéndose de hombros.

—Salió por la tapa de la alcantarilla —explicó Eryl desde el otro lado. Sus ojos verdes parpadearon brevemente en dirección a Raynar—. No había tiempo de hacer nada aparte de meterle un detonador en la boca. Siento la pérdida.

Anakin apagó el sable láser.

—No sé si yo lo consideraría una pérdida —al equipo sólo le quedaba una docena de detonadores térmicos, once ahora, y puede que el doble de granadas, y al menos no habían perdido a nadie después de Ulah—. Probablemente Raynar vale el coste de un detonador.

—¿Probablemente? —objetó Raynar—. De haber alguna duda, la casa de Thul reembolsará encantada a los Jedi por cualquier detonador usado en mi beneficio.

—¿Estás seguro? —preguntó Eryl dubitativo.

Rodeó el ardiente cráter, pellizcó a Raynar en la mejilla y se rió. La siguieron Zekk y Jaina, completamente recuperados de su encuentro con los zumbadores, igual

que Anakin y Lomi. Ni siquiera Lowbacca y Jovan tenían algo más grave que un fuerte picor, gracias a que Tekli se había dado cuenta de que los insectos se habían diseñado para producir una reacción alérgica debilitadora.

Los micrófonos que llevaba Anakin en los oídos se sellaron contra la descarga desorientadora de un chillido de voxyn. Esos ataques se habían vuelto tan regulares que ya no sorprendían a nadie.

Anakin se limitó a ponerse bien la máscara respiradora y se dirigió hacia el lugar del que se alejaba una multitud de esclavos.

Un sable láser se encendió, enviando hacia la multitud la punta de una cola cortada de voxyn, y entonces todos pudieron ver a la criatura cuando Tenel Ka empleó la Fuerza para hacerla levitar de una alcantarilla de la calle. Ganner y los barabeles se dedicaron a hacerla pedazos con sus ardientes hojas antes de que Anakin pudiera llegar hasta ellos. Lo de matar voxyn se estaba volviendo rutinario; el grupo de asalto apenas podía recorrer unos kilómetros sin ser atacado por al menos una de esas cosas.

Anakin empleó la Fuerza para buscar más. No parecía haber más acechando bajo la calle, pero percibió a alguien angustiado en medio de la creciente nube de toxinas liberadas por la sangre nociva de la criatura. Pasó de largo por el lugar del enfrentamiento y encontró a un esclavo cubierto de moco encogido en posición fetal, tan quemado por el ácido que sólo sus protuberancias nerviosas lo identificaban como un gotal.

Anakin llamó a Tekli. Ella debió sentir la necesidad por su cuenta, por que la fusión de combate estaba tan llena de discordia que servía de poco más que para confirmar que todos estaban vivos y conscientes. La chadra-fan se arrodilló junto al gotal moribundo, y en ese momento llegaron Lomi y Welk, llevando las máscaras por las que tanto se había arriesgado Lowbacca. Contemplaron los esfuerzos de Tekli, no con el desdén del distanciamiento que esperaba Anakin, sino con clara furia.

Anakin sabía que no empatizaban con el sufrimiento del esclavo, sino que se limitaban a usar la ira que les producía para alimentar su poder del Lado Oscuro.

—No me gusta que vayamos por aquí —dijo Anakin mirando al creciente número de residentes esclavos que se alejaban de los humos tóxicos—. Los ponemos en peligro con nuestra presencia.

—Ya están en peligro —dijo Lomi—. Y fuiste tú quien quiso probar a ir por la madriguera de los voxyn. Sólo se puede llegar por aquí.

—¿Sabes que vas a hacer que nos maten? —preguntó Welk—. Ni siquiera los yuuzhan vong bajan allí.

—Por eso debemos hacerlo —dijo Anakin. Fuera intencionado o no por parte de Nom Anor, estaba agotando al grupo de asalto, consumiendo poco a poco sus municiones y dejándolos sin fuerzas—. Tenemos que entrar ya, o nunca lo

conseguiremos.

—Si esto no funciona, habrá que aceptar que igual nunca lo conseguimos —dijo Lomi—. Hay un momento en que debemos pensar en nosotros.

—Sí, como haremos después de vaporizar a la reina —dijo Tahiri poniéndose al lado de Anakin—. No se intenta, se hace.

Lomi dedicó a Tahiri una sonrisa condescendiente.

—Muy impresionante, niña. Te sabes de memoria las máximas de Skywalker —volvió a mirar a Anakin—. En serio, si esto no funciona, deberás avisar a tu equipo de extracción. No pienso renunciar a mi vida.

—Está en juego algo más que tu vida, o la nuestra —dijo Anakin.

Lomi puso los ojos en blanco.

—Lo sé... Todos los Jedi.

—Los Jedi son la mejor esperanza que tiene la galaxia de sobrevivir —replicó Anakin—. O los yuuzhan vong no se esforzarían tanto para matarnos.

Lomi recorrió con los ojos la figura de Anakin, con expresión casi seductora.

—Eres tan serio, Anakin. Es de lo más adorable —su sonrisa se volvió de hielo—. Pero no vi que Skywalker enviara a sus Caballeros Jedi a salvar a las Hermanas de la Noche cuando los yuuzhan vong capturaron Dathomir. Te mostraré la cueva de los voxyn, pero si no podemos abrirnos paso por ella, llamarás a tu equipo de extracción.

Anakin dudó un momento, preguntándose cómo de serio lo consideraría una vez le mintiera, y entonces se dio cuenta de que no había necesidad de ello. Le devolvió la sonrisa con la misma frialdad.

—¿Equipo de extracción? ¿De qué equipo de extracción hablas?

Los ojos de Lomi se estrecharon, y usó la Fuerza para probar a Anakin.

—¿Crees que puedes...? —se quedó boquiabierta al no encontrar resistencia y abandonó el sondeo—. ¿Venís en una misión suicida?

—No es una misión suicida —dijo Tahiri—. Hemos recorrido senderos más difíciles que éste, y muchas veces.

Lomi la ignoró y siguió mirando a Anakin.

—El Maestro Bélico se anticipó a nuestros planes —le explicó éste—. Perdimos la nave al llegar.

—¿Y el plan de reserva? —preguntó Lomi—. ¿Tendréis un plan de reserva?

Anakin asintió.

—Matar a la reina, destruir el laboratorio y robar una nave en la confusión.

—Ya veo —la ira en los ojos de Lomi se acentuó—. No se intenta...

—... se hace —acabó Welk, con voz burlona—. ¡Que me revienten los huesos!

El gotal quemado por el ácido murió al fin, y el grupo de asalto volvió a recorrer la calle. En cuanto dejaron atrás la nube de toxinas, la multitud se les acercó,

rogándoles que los liberaran, entregándoles a sus hijos para que los rescataran, presentándose voluntarios para luchar. Había miles de esclavos... ranatos, ossanos, togorianos, hasta especies que Anakin no podía nombrar, todas conocedoras de su destino, todos desesperados por escapar de su destino, justo la gente que necesitaba a los Jedi: los débiles, los desposeídos, los indefensos. Anakin sentía una punzada en el corazón cada vez que se veía obligado a decir que no podía ayudarlos, que su misión allí era demasiado importante, que no tenía forma de sacarlos de la mundonave. Pronto le resultó demasiado doloroso explicarse tanto. Se limitó a disculparse con voz tranquila y calmada, usando las técnicas de persuasión Jedi para consolar a los desesperados y redirigir la ira de los que estaban furiosos.

Lomi bajó por una atestada avenida que no habría estado fuera de lugar en los niveles inferiores de Coruscant. Apenas tenía tres metros de ancho y descendía en ángulo pronunciado bajo un laberinto de balconadas y pasarelas para desaparecer en la lóbrega negrura que apestaba a humedad que había más allá. Las ventanas y puertas que salpicaban las paredes a ambos lados estaban cerradas tras membranas vivientes. Un extraño sendero doble en el suelo polvoriento tenía las medidas justas para las anchas patas de un voxyn. Al ver que los esclavos residentes no mostraban deseo alguno de seguirles por ese callejón, Anakin dio tres pasos y se detuvo.

—Atento todo el mundo. Esto tiene que funcionar —se volvió a su hermano—. Si puedes hacer algo para mantener tranquilos a los voxyn, éste es el momento.

Jacen palideció.

—Haré lo que pueda, Anakin —empezó a andar—. Pero no son animales normales. No puedo limitarme a llegar a ellos...

Anakin no oyó el resto, ya que presencia general de yuuzhan vong se volvió de pronto fuerte y casi definida. Se volvió para estudiar a la multitud y descubrió un grupo que se dirigía hacia Jacen. Los cinco eran grandes, con el rostro curtido y expresión ausente, tan parecidos unos a otros que podrían ser clones. Cuatro de ellos se llevaron la mano al cinturón. El quinto arrojó a los pies de Jacen una cápsula del tamaño de un pulgar y una fina capa de gelatina verde se dispersó por la calle.

— ¡Gelatina blorash! —Anakin disparó contra la cápsula y usó la Fuerza para mantener a su hermano lejos del suelo—. ¡Cuidado con la multitud!

Una docena de sables láser cobró vida y formaron una danzarina jaula de luz alrededor de la retaguardia del grupo de asalto. Anakin depositó a Jacen en la entrada del callejón. Alguien encajó un puñetazo y una ola de oscuridad recorrió la fusión de combate mientras luchaban para mantenerse consciente.

—¡Jaina! —gritó Jacen.

La multitud rugió y se dispersó, empujándose unos a otros presos del pánico. Los impostores les lanzaron más gelatina blorash, capturando a esclavos y Jedi por igual, convirtiendo la calle en una maraña de confusión. Lowbacca rugió, y su sable láser

color bronce descendió, cortando algo que Anakin no podía ver. Tenel Ka gritó pidiendo ayuda. Alema maldijo en ryl, su hoja plateada traspasó un cuerpo blando. Eryl gritó cuando el gel verde le cubrió el pie. Cortó esa cosa en dos, pero el segundo pedazo se pegó a su pie sujetándolo al suelo. Buscó en su bolsa una defensa más potente.

Un insectocortador voló desde la multitud alcanzándole bajo la nariz y partiéndole la cara en dos.

Se le pusieron los ojos en blanco y el sable láser cayó de su mano, seguido por ella presa de convulsiones.

El shock se abrió paso a través de la fusión de combate como una descarga de iones. La duda y el resentimiento dieron paso a la ira y la culpa, ninguna de las cuales era útil. Las emociones sólo aumentaron el caos, anulando la consciencia de Anakin. Sólo sintió una cosa con claridad, el velo negro que amenazaba con tragarse a su hermana.

Anakin salió del callejón y oyó el siseo de un anfibastón. Atrapó la cabeza serpentina con el sable láser, giró sobre sí mismo, le dio una patada en el vientre a su atacante y giró su ardiente acero a la altura del cuello. El impostor se derrumbó, con la cabeza separada de los hombros.

Tahiri dio una voltereta para saltar bajo el sable láser de Anakin y se puso en pie con la hoja por delante, hundiendo la punta en el torso de un macho duro. Al no ver anfibastón alguno, Anakin pensó que ella había cometido un terrible error, pero sintió el dolor de un yuuzhan vong y vio que un enmascarador gablith se desprendía de la cara del duro.

Anakin tiró de ella para ponerla detrás de él.

—¡Ten cuidado!

—¡Mira quien habla! —soltó ella.

Tahiri sacó de su bolsa un puñado de arsensales y lo esparció sobre la gelatina blorash que se acercaba a sus pies. La cosa retrocedió, y luego empezó a dividirse hasta desintegrarse. Anakin se volvió y primero sintió y luego vio más impostores saliendo de entre la multitud, tres humanos y dos duros.

Empujó a Tahiri hacia Ganner y los barabeles y les ordenó que aseguraran la entrada al callejón, saltando luego en el aire para hacer que la Fuerza lo llevara más allá de los yuuzhan vong. Al pasar sobre ellos, golpeó con el sable láser el cráneo de un impostor, partiéndolo por el centro. Aterrizó tras el grupo y lanzó a otro de una patada hacia la hoja de Tesar.

El barabel esquivó un sibilante anfibastón y atrapó el brazo que lo manejaba, llevándose el codo a su boca de afilados colmillos. Estando la situación del callejón claramente en favor del grupo de asalto, Anakin se volvió para encontrar a Raynar con el cadáver inmóvil de Eryl en los brazos, con el rostro empapado en lágrimas y

parecía ignorar la gelatina blorash que le sujetaba la rodilla al suelo.

Anakin salpicó sales sobre esa masa.

Raynar alzó la mirada, con los ojos muy abiertos.

—No puedo sentirla, Anakin. No está en la Fuerza.

Anakin compartía su shock. Antes Nom Anor parecía querer recapturar vivo al grupo de asalto.

¿Por qué les lanzaban ahora insectocortadores? Porque, de pronto, el grupo de asalto tenía una posibilidad de llegar a los laboratorios de clonaje, por eso. Puso a Eryl en brazos de Raynar y los empujó hacia el callejón.

—Te enviaré a Tekli.

Anakin se apresuró a entrar en la multitud de esclavos que no paraban de gritar. Había algunos muertos y muchos sangrando, pero la batalla ya se libraba en la calle y muchos gritaban sólo porque estaban atrapados por la gelatina. Tiró varios puñados de arsensales al pasar, y se encontró con Tenel Ka que venía en dirección contraria, que llevaba a Jovan Drark levitando. Tekli lo a horcajadas del rodiano, con las manos enterradas hasta las muñecas en el pecho abierto.

Anakin lo tocó en la Fuerza y al instante se sintió mal y vacío. Jovan sólo tenía una chispa de vida y se estaba apagando.

—Jaina tiene problemas —dijo Tenel Ka—. Intentan...

Anakin ya estaba corriendo, saltando sobre los cuerpos de esclavos doloridos y de yuuzhan vong caídos, arrojando arsensales a los pocos parches que quedaban de gelatina blorash. Debió haberlo anticipado, debió suponer que Nom Anor usaría la ciudad de los esclavos para emboscarlos. Y ahora Eryl había muerto, Jovan moribundo, Jaina a punto de ser secuestrada y el grupo de asalto aún no había llegado a los laboratorios de clonaje.

Encontró a Jaina atrapada contra un edificio, una masa de gelatina blorash la sujetaba por un costado y la sangre manaba de una herida de la cabeza. A pesar de eso, mantenía a raya a dos impostores yuuzhan vong con el sable láser. Lowbacca y Zekk luchaban en su dirección con media docena de guerreros aún enmascarados. Alema Rar estaba agazapada detrás de un aerocoche, usando la carabina de Jovan Drark para mantener a raya a una compañía de refuerzos. Anakin reunió Fuerza y cargó hacia delante, saltando en el aire como había hecho unos momentos antes.

Los contrincantes de Zekk se apartaron de él para arrojar contra Anakin sus anfibastones como si fueran lanzas. Anakin desvió uno, y sintió un dolor penetrante en el abdomen cuando el segundo traspasó el forro blindado de su mono.

Mientras terminaba el salto, la cabeza del bastón giró dentro de su abdomen. Se oyó gritar, y se vino abajo, aterrizando de pie pero a punto de dar con el trasero en el suelo. Una angustia helada le invadió el vientre. Sus rodillas intentaron doblarse, pero no las dejó, no podía dejarlas.

—¡Anakin!

Anakin se guió por su voz para arrojar un puñado de arsensales hacia Jaina, usando al Fuerza para que llegasen a la gelatina. Entonces agarró el anfibastón y se lo arrancó del cuerpo. El dolor fue abrumador.

Anakin lo ignoró, usando el entrenamiento Jedi para impedir que el dolor lo dejara tullido. Estaba herido, aunque no mortalmente. Uno de los atacantes de Jaina se volvió para atacarlo, cambiando el anfibastón en látigo a medio golpe.

Anakin apartó la cabeza con colmillos, saltó hacia delante, simuló un mandoble. El impostor intentó volver a meter su arma, tenía que intentarlo. Anakin pasó un pie tras el talón de su contrincante y lo levantó. Éste cayó, rodó por el suelo, y él mismo se abrió el cuello al chocar con el sable láser de Anakin.

Libre ya de la gelatina blorash, Jaina hacía retroceder a su enemigo con un salvaje entramado de mandobles. Anakin recurrió a la Fuerza para que le diera energías, dio un paso adelante y le cortó las piernas al yuuzhan vong a la altura de las rodillas. Jaina le traspasó el peto al guerrero antes de que tocara el suelo, y luego se volvió para coger a Anakin por el codo.

—¡Por los Sith, Anakin! ¿Por qué has hecho algo así?

—¿El qué?

Jaina se le quedó mirando; los dos sabían que su rescate había sido imprudente.

—Hemos perdido a dos... y no pensaba dejar... —las palabras se bloquearon en la garganta de Anakin, y tuvo que volver a intentarlo—. Estabas en apuros.

—Y ahora lo estás tú —Jaina intentó secarse la sangre de los ojos y fracasó, y empezaron a andar hacia el callejón—. Anakin, esto ha sido... ¿Cuándo vas a aprender?

Al doblar la esquina, Anakin se encontró mirando una pared de Jedi, con Lowbacca y Zekk flanqueados por Jacen, Ganner y todos a los que había ordenado que se quedaran en el callejón.

Tras ellos, tirados en el suelo, estaban los últimos impostores yuuzhan vong, con sus enmascaradores y su armadura de cangrejo vonduun convertidos en humeantes pedazos. Zekk acudió enseguida al lado de Jaina. Tahiri se adelantó a Lowbacca y Jacen para coger a Anakin.

Intentó apartarle la mano de la herida, pero él no le dejó. Alzó la barbilla hacia Alema, que seguía agazapada tras el aerocoche abriendo agujeros en pechos yuuzhan vong.

—Que lo deje —dijo—. Vamonos antes de que maten a alguien más.

Tahiri no le prestó atención y siguió tirando de su brazo.

—Anakin, ¿es muy grave? Deja que...

—Ya vale, Tahiri —Anakin le apartó el brazo—. Sólo es un Pequeño corte.

Capítulo 9

—¿A esto lo llamas un atajo?

—Confía en mí —Han apartó la mirada del remolino sin estrellas de la nebulosa gaseosa negra de fuera y sonrió a su esposa—. Si los vong que atacaron a Booster querían proteger algo, lo descubriremos al final de esta ruta. Es la única forma de llegar a la región del Núcleo sin tropezar con una mina.

—¿Y por qué no tropezaremos con una mina? —preguntó Leia.

—Porque no hay ninguna. La Nueva República no conoce esta ruta. No la conoce nadie.

—¿Nadie?

—Bueno, Lando sí —Han volvió a mirar los sensores de largo alcance y empezó a escanear en busca de centros de masa peligrosos—. Y Chewbacca también. Y Roa. Y Talón Karrde, claro, siempre la ha conocido.

—Así que, ¿básicamente me estás diciendo que este atajo lo conoce cualquier contrabandista o jugador que haya tenido alguna vez motivos para entrar en Reecee?

—Sí. Ya te digo, nadie.

Habían hecho cinco saltos en otras tantas horas y ahora pilotaban el *Halcón* hacia el corazón de tinta del Bantha Negro. El Bantha, clasificado erróneamente en muchos mapas como zona de riesgo tipo gamma para la navegación, que normalmente solía referirse a un agujero negro sin localizar, era en realidad una Protoestrella, una pequeña nube de gas relativamente frío que se contraía lentamente para convertirse en una estrella. Dentro de vanos millones de años se contraería lo suficiente para empezar a fusionar hidrógeno, pero por el momento lo más peligroso que emitía su núcleo era un aura imprecisa de calor infrarrojo. Cualquier buen piloto podría atravesarla a una velocidad cercana a la luz, siempre que no tocara su anillo de polvo y evitara el pulsar de rayos gamma del otro lado, que no figuraba en ningún mapa.

Una alerta tintineó una vez dos, media docena de veces, y se convirtió en un campanilleo constante. Un montón de formas oscuras aparecieron en la pantalla, delante del *Halcón* y un poco más abajo, cada una con un conjunto de lecturas numéricas debajo.

—Han —preguntó Leia—. ¿Qué es eso?

—Un campo de asteroides —dijo Han—. Se supone que debía estar más lejos, pero estará derivando hacia el centro.

—¿De verdad? —Leia sonó dubitativa—. ¿Asteroides corrientes de mineral de hierro?

—Eso es —Han miró las lecturas e inmediatamente entendió a qué se refería. Los contactos eran demasiado uniformes para ser asteroides, y no lo bastante densos.

Hizo girar el *Halcón* bruscamente y apagó los motores de iones para no iluminar su posición—. Te dije que los encontraríamos aquí.

—Al final de la ruta.

—Parece que éste es el final de la ruta.

A medida que flotaban en la protoestrella siguieron apareciendo formas oscuras en la pantalla.

Leia activó un grabador de datos y empezó a hacer un análisis. Han activó el resto de los sensores y centró su atención en las formas oscuras a medida que éstas reducían la marcha y empezaban a desplegar naves guía. De momento "no parecían darse cuenta de que estaban siendo vigilados, lo cual no le extrañaba; los sensores del *Halcón* estaban a la par con los de cualquier nave de reconocimiento, y una de las pequeñas ventajas que tenía la Nueva República en esta guerra estaba en sus sistemas de vigilancia. Aún así, no pasaría mucho tiempo sin que una de las naves guía se les acercara lo bastante como para detectar su presencia.

—Bueno, Leia, creo que será mejor irse.

—Todavía no. Esto es demasiado importante.

—Esa es la cuestión.

—No, Han. Quiero decir que es importante de veras. ¿No se preparaba la Nueva República para dar el salto hasta Reece?

—En unas... —Han miró al cronómetro del panel de instrumentos— ... tres horas. Extraoficialmente, claro.

—No creo que vayan a encontrar nada. Aquí debe de haber unas mil naves.

Han empezó a preguntar a Leia qué quería que hiciera al respecto, pero se dio cuenta de que ya lo sabía. La retorcida ruta hiperespacial que tenía detrás zigzagueaba a través de las colonias hasta el borde de la región del Núcleo. Desde allí, los yuuzhan vong tendrían el camino libre para atacar tanto Eclipse como Coruscant, y a Han ni se le pasaba por la cabeza que Tsavong Lah pudiera enviar mil naves para atacar Eclipse.

—No quiero hacer esto. —demasiadas veces en su vida habían estado en el lugar adecuado en el momento adecuado. Ya no tenía gracia—. De verdad que no quiero hacerlo.

—Prepararé un mensaje —dijo Leia.

—Envíalo a Adarakh y a Meewalh. Puede que sólo podamos intentarlo una vez, y ellos están mejor situados para hacer que la noticia le llegue a Wedge y Garm.

—Ya había pensado en eso.

—Y díles que busquen a Lando. La flota necesitara un guía.

—También lo había pensado.

—Y dile a Luke...

—¡Han!

—Oye, que venir aquí no ha sido idea mía. Yo sólo quiero ayudar...

Leia le clavó una mirada que sugería que siguiera en ello.

Han se arriesgó a hacer un escaneo subespacial y localizó el verdadero campo de asteroides donde esperaba que estuviera, justo dentro del anillo de polvo de la protoestrella. Trazó un rumbo de propulsión escasa que los alejaría de los yuuzhan vong, y en un ángulo oblicuo que los situara tras el campo de asteroides. Una vez allí, a salvo, podrían vigilar la nube gaseosa entera con sensores de largo alcance y transmitir los datos a la flota de la Nueva República en cuanto llegara, siempre y cuando llegara, claro. Siempre existía la posibilidad de que Fey'lya o cualquier otro burócrata se asustara y decidiera mantener la flota en casa.

—Habrà que arriesgarse a encender un momento el motor de iones —dijo Han—. No creo que lo vean dentro de esta nube, pero si lo ven...

—Ya he trazado un salto de emergencia —dijo Leia—. No será muy largo, pero nos dará tiempo para preparar algo mejor. El paquete de datos ya está listo.

—Agárrate bien. Giraremos en redondo e iremos directamente a por ellos.

—Maravilloso. Siempre he deseado pasar por eso. Leia aferró los brazos del güan asiento de copiloto y asintió con seriedad. Han apretó los dientes, activó el motor de iones y conectó las toberas de altitud. Aunque el compensador de aceleración estaba graduado al máximo, el *Halcón* giró sobre sí mismo de forma tan brusca que la red protectora de los asientos crujió por la tensión.

Han estuvo a punto de soltarse de los mandos y tuvo la sensación de caerse de lado. Entonces, su estómago se rebeló y tuvo que apretar los dientes para no vomitarse encima.

El compensador reaccionó cuando ya volvían a viajar en línea recta, y Leia abrió un canal subespacial a Coruscant. Sólo necesitó unos segundos para que la señal encontrara su camino entre el laberinto de relés hasta su apartamento en Puertoeste, mientras Han empleaba el tiempo en comprobar el estado de los sensores y veía cómo una pareja de coris se separaba de los demás para investigar. Si hubiera visto el brillo de la tobera, los yuuzhan vong habrían enviado una flotilla completa, así que era probable que la pareja sólo siguiera la estela que el *Halcón* estaba trazando en la nebulosa. Han empezó a desviar la energía a los escudos de partículas con una pauta vertical arriba y abajo, intentando confundir las lecturas del enemigo y dar a su nave la signatura variable de un asteroide perdido, y desplegó el recogedor de gases para emergencias. Si hacía falta, el reactor de la nave podía utilizar de combustible hidrógeno en bruto.

Por fin les llegó la voz de Meewalh por el subespacio, un poco rota por la pérdida de señal dentro de la nebulosa.

—Lady Vader, no esperábamos noticias tuyas. ¿Va todo bien?

—De momento —Leia empezó a enviar los datos—. Procura que esta

información llegue...

Leia se sobresaltó e interrumpió la frase. Se llevó una mano al pecho y su expresión se tornó dolorida y distante.

—¿Lady Vader?

—¿Leia? —Han alargó la mano para tocarle el brazo, pero ella le hizo señas para que esperase.

—Ahora, Meewalh —Leia cerró los ojos y pareció hacer acopio de fuerzas. Y luego continuó—: Necesito que te encargues de que esos datos lleguen a Wedge Antilles y Garm Bel Iblis en el Mando de la Flota, y enseguida; haz lo que haga falta. Envía una copia a Luke y a Lando Calrissian, junto con mi sugerencia de que ofrezcan sus servicios al almirante Sow. Esto podría suponer la guerra.

—Así se hará, Lady Vader.

El tono de voz de Meewalh era tan inexpresivo que bien podría haber prometido decirle a un vecino que los Solo no podrían llegar a casa a tiempo para el aperitivo, pero Han compadecía al pobre centinela o burócrata lo bastante imprudente como para negarle el acceso al Mando de la Flota. Por suerte, los noghri eran tan creativos como discretos, y seguro que sorprendía a los generales en el baño o algo así, evitando un innecesario derramamiento de sangre.

Por minúscula que fuera la fricción dentro de una nebulosa gaseosa, el retraso que provocaba bastaba para que tuvieran que seguir usando los motores iónicos dos segundos más. Han miró nervioso mientras el camino del *Halcón* se cruzaba con el de las naves exploradoras, intentando adivinar cuándo le delataría la luz de las toberas, pero los coralitas continuaron su camino hasta que por fin se apagó. Respiró aliviado cuando vio que frenaban para situarse detrás de él, en una maniobra estándar de aproximación a un contacto desconocido, y que sus trayectorias no se cruzarían antes de llegar al campo de asteroides. Seguían sin saber lo que tenían delante.

Han encontró a Leia mirando por la ventana, con el rostro del color de las perlas y una expresión distante y reservada. Al recordar su inexplicable sobresalto de antes, y su costumbre de diplomática de no mostrar sus emociones mientras no las tuviera bajo control, se dispuso a preguntarle qué le preocupaba.

Ella lo interrumpió antes de que hablase.

—Luego, Han —en su cuello había una tensión alarmante, Pero también algo implacable que él había descubierto que era tan flexible como el duracero—. Presta atención al pilotaje.

Una alarma de variación sonó cuando pasaron junto a un asteroide rezagado lo bastante grande como para tener tirón gravitatorio propio. Han silenció la alarma y trazo su nueva trayectoria sin hacer la corrección sugerida. Cualquier cambio de ese tipo alertaría instantáneamente a los coris de la verdadera naturaleza del *Halcón* y arruinaría cualquier posibilidad de que la Nueva República pillase desprevenida a la

flota.

La nueva trayectoria llevaba al *Halcón* a través del anillo de polvo, donde Han se vería obligado a retraer el recogedor de gas para no atascar los filtros. Aún luchaba con la forma de conseguir eso sin alterar la signatura de su vuelo cuando volvió a sonar la alarma de variación y otro asteroide los acercó más al campo.

Han trazó la nueva trayectoria y vio que chocarían, y muy pronto. Era un asteroide muy grande, lo bastante como para que su propia gravedad le hubiera dado la forma de una esfera, y cada vez les alteraba más la dirección. Al otro lado del transpariacero, Han sólo veía los negros tentáculos gaseosos de la nebulosa, pero el asteroide seguía estando allí, a su izquierda, moviéndose hacia el centro de la ventanilla y haciéndose más grande a cada momento.

Que era justo lo que necesitaba.

Han se volvió hacia el ordenador de navegación y empezó a meter ratios de impacto y pautas de aceleración. El resultado fue más elevado de lo que le habría gustado, y tuvo que contenerse para no maldecir en voz alta.

—Leia, ¿conoces ese truco que siempre hace Kyp con las bombas sombra?

—Define *conoces*.

—Un kilómetro por segundo. Puedo obtener cierta aceleración inicial presurizando el tubo de proyectiles...

—¿El tubo de proyectiles, Han?

—... y volando la esclusa —acabó—. Pero estaríamos justo detrás de él cuando detonase la cabeza, y ni siquiera Han Solo es tan rápido.

Leia empalideció.

—No irás a...

—No tenemos mucho tiempo —dijo Han, armando el proyectil—. ¿Puedes hacerlo?

Leia cerró los ojos.

—¿Cuál de ellos?

—El de babor.

Han ordenó al ordenador que abriera el tubo, luego desactivó el motor de iones del proyectil y anuló las medidas de seguridad. Cuando acabó de hacer todo eso, una oscuridad más profunda empezaba a emerger de la niebla giratoria de la nebulosa, con una inmovilidad que no dejaba lugar a dudas sobre su naturaleza sólida.

Han soltó el disparador y oyó un suave chasquido cuando se abrió la tapa de la esclusa. El proyectil, absorbido al exterior por la descompresión repentina, vagó entre las mandíbulas de carga del *Halcón* y pareció detenerse allí.

—Éste sería un buen momento —urgió Han.

—¡Lo intento!

El proyectil avanzó. Iba cogiendo velocidad, pero poco a poco.

—Bueno, era una idea —dijo Han preparando los motores de iones para una salida rápida. Leia no era Jedi, nunca había tenido tiempo para entrenarse, pero podía controlar la Fuerza y él la había visto mover cosas más pesadas que un misil. Puede que la nebulosa interfiriera con la Fuerza o algo así—. Buen intento, pero...

El misil salió disparado y desapareció en la oscuridad. —... podría funcionar —acabó Han.

Posó la mano en el motor de los repulsores y esperó. En la pantalla de sensores, los coralitas omitieron el desvío provocado por el primer asteroide y se dirigieron directamente al siguiente.

Tendrían una visión clara del impacto, pero con suerte no tan clara como para ver la silueta negra mate del *Halcón* contra el fogonazo.

En cuanto el primer fogonazo de luz hizo que los cristales tintados de la carlinga se oscurecieran, Han activó los repulsores y se alejó, decelerando y girando de forma casi tan cerrada como antes.

Los coralitas estarían ya en una posición que les permitiría escanearlo, pero los repulsores no eran tan visibles como los motores iónicos, y apostaba a que el estallido de energía del misil de impacto anularía lo que fuera que usaran los coris como sensores.

Ya estaban en el horizonte antes de que el fogonazo empezara a desvanecerse. Han voló con los sensores apagados y sólo con los instrumentos. Coló el *Halcón* por una profunda grieta, orientó el morro hacia arriba y usó el tren de aterrizaje para encajarlo contra las paredes, de modo que las góndolas de las toberas no resultasen dañadas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Leia.

—Esperaremos a que terminen su exploración.

—¿Crees que seguirán explorando? Ese misil de impacto dejó un cráter muy convincente.

—Sí, pero es una flota muy grande. Lo registrarán todo y luego volverán a registrarlo.

Han apagó todos los sistemas del *Halcón* que pudieran liberar aunque sólo fuera un fotón de energía y luego se recostó en el asiento, igual que Leia. Los dos miraron a la oscuridad. Había elegido a propósito una grieta que mirase al interior del Bantha, para que hasta las estrellas estuvieran demasiado envueltas en el gas de la nebulosa para poder contarlas. Le recordaba cuando estuvo congelado en carbonita, sólo que no pasó todo ese tiempo consciente.

—¿Cuánto crees que habrá que esperar? —preguntó Leia.

—Más de lo que nos gustaría —Han tenía un mal presentimiento sobre el sobresalto que ella había tenido antes y quería preguntarle al respecto, pero sabía que no debía presionarla—. Lo sabremos.

—¿Cómo?

—Nos cansaremos de esperar.

Estuvieron en silencio algo más y entonces Leia lo dijo:

—Anakin está herido.—El corazón de Han se colapso como un agujero negro, —
¿Herido?

Empezó a presionar botones y a mover interruptores. La secuencia de encendido del *Halcón* era notablemente rápida para tener tantos sistemas apagados y los motores fríos. Saldrían y estarían en camino en menos de tres minutos.

—¿Han? —había fragilidad en la voz de Leia—. ¿Adonde vamos?

—¿Eh? —cebó los motores iónicos e inició una cuenta atrás de veinte segundos—. ¿Adonde crees que vamos?

—No tengo ni idea. Porque sé que nunca habrías permitido que Anakin participara en ese absurdo plan de rendición si hubiera algún otro modo de llegar a Myrkr.

La cuenta atrás llegó a quince. El dedo de Han se movió automáticamente hacia el activador y se quedó allí flotando, esperando el veinte. Por fin se dio cuenta de por qué había esperado Leia a que el *Halcón* se enfriara antes de decírselo, y dejó de contar.

—No había otra forma —desactivó los cebadores y empezó a apagar los demás sistemas. Sólo entonces encontró fuerzas para preguntar—: ¿Es muy grave?

La única respuesta de Leia fue un asentimiento.

Han quería hacer algo, proteger a Anakin o ayudar a Leia con lo que debía de estar sintiendo a través de la Fuerza, pero ¿cómo defender a un hijo que estaba a mil años luz de distancia? ¿O asumir la carga de Leia cuando él no podía sentir la Fuerza y mucho menos sentir la herida de Anakin a través de ella?

—Al menos no está solo —Han alargó la mano hacia ella. Notó que le temblaba la mano, pero la posó de todos modos en su brazo—. Jaina está allí.

—Y Jacen.

—Sí, y Jacen —dadas las últimas dudas morales que tenía Jacen acerca de usar la Fuerza, Han no estaba acostumbrado a pensar en su hijo mayor como guerrero Jedi, pero fue Jacen quien se enfrentó a Tsavong Lah en Duro y salvó la vida a Leia—. Los gemelos cuidarán de él.

—Cierto —Leia asintió con aire ausente, pensando en Myrkr, a mil años luz de distancia—. Tiene a los gemelos.

La última luz desapareció de los paneles de la carlinga y se sumieron en la oscuridad, a solas con sus pensamientos y lo bastante cerca el uno del otro como para oírse respirar.

Con el tiempo, Han no pudo soportarlo más.

—Ojalá no le hubiera dicho esas cosas cuando murió Chewbacca —dijo—. Ojalá

no le hubiera echado la culpa a Anakin.

Una mano cálida encontró la suya.

—Eso ya pasó, Han. De verdad.

Esperaron en silencio, dando vueltas durante lo que pareció una eternidad a las mismas preguntas sin respuesta: *¿Cómo de grave?*, *¿Cómo le ha pasado?*, *¿Estará ya a salvo?*. En una ocasión, Han vio un ligero brillo púrpura cruzar la grieta, pero era tan débil y fugaz que le pareció más una ilusión de sus ojos ansiosos de luz que el brillo de la carlinga de un yuuzhan vong. La mayor parte del tiempo la pasaron sentados y esperando, incapaces de confirmar si la Nueva República enviaría o no una flota de ataque, dado que la antena receptora subespacial del *Halcón* estaba bloqueada por varios kilómetros de asteroide de hierro.

Con el plato de sensores apuntando al corazón del Bantha sólo podían hacer pasadas periódicas para actualizar sus datos. Con el tiempo resultó evidente que los yuuzhan vong estaban congregando naves no sólo de la flotilla que había atacado Reece, sino de todas sus estaciones activas de la galaxia. La mayoría de las naves que llegaban iban directamente al centro de la flota y se alineaban para recibir alimentos y municiones de las grandes naves proveedoras. Han sintió alivio al ver que los yuuzhan vong sólo eran algo más rápidos en hacer ese proceso que su propia flota cuando él era general. Al ritmo que se estaba reaprovisionando el enemigo, hasta el cansino Mando de la Flota de la Nueva República tendría tiempo para tomar una decisión. Sólo esperaba que llegaran con naves suficientes.

El primer asomo de acción lo tuvieron cuando un barrido de sus sensores les mostró dos naves, casi con seguridad las que les habían seguido hasta el asteroide, dirigiéndose a toda velocidad hacia el corazón del Bantha. Han sintió un escalofrío por todas las veces que habían hablado de salir del escondite y activó todos los sistemas de escaneo pasivos. Luego pasó los resultados a la pantalla principal de datos. Era como si alguien hubiera reventado un nido de zumbavispas asesinas sobre la pantalla, con las fragatas y corbetas de coral yorik dirigiéndose al otro borde de la protoestrella y más de un centenar de cruceros y destructores desplazándose al centro de la formación, configurando una esfera protectora alrededor de las enormes naves proveedoras.

—Desde luego, no parece una formación de salto —comentó Leia.

—No, es su formación de *pillados por sorpresa*. Almacena esto para analizarlo, no es una formación que la Nueva República haya visto antes.

Han encendió en frío los motores repulsores y sacó al *Halcón* de la grieta. Apenas habían salido cuando oyeron la voz de una oficial de comunicaciones por la unidad táctica de comunicaciones.

—... llamando al *Halcón Milenario* —los efectos absorbentes de energía de la nebulosa hicieron que la voz de la joven sonara débil y llena de estática—. Repito,

aquí la nave exploradora Gabrielle, As la Nueva República, llamando al *Halcón Milenario*. Por favor, responda en la banda S seis cero nueve.

—Sus coordenadas no tienen sentido respecto a la batalla

—dijo Leia. Dio un golpecito a la pantalla de datos, indicando una posición a un cuarto de distancia del lugar al que se dirigían corbetas y fragatas, y en el lado de Reece del Bantha—. ¿No estarán haciéndonos los yuuzhan vong un hutt amigo?

—Si algún traidor les ha dicho que estamos aquí, ¿por qué no? —un hutt amigo era una vieja táctica imperial con la que se intenta engañar a una presa para que revele su posición—. Pero habrá que arriesgarse. No es momento para ser cobardes, no estando la guerra en juego.

Han no añadió *y menos con nuestros hijos arriesgando la vida*, pero Leia le oyó igual. Cuando él empezó a conectar los demás sistemas, ella activó el transmisor subespacial y entró las coordenadas que les habían dado.

—Aquí el *Halcón Milenario*.

—¡Gracias a la Fuerza! —exclamó Wedge Antilles—. Hace una hora que intentamos llamaros.

Pensé que os había pasado una desgracia.

Han y Leia se miraron, pero no dijeron nada de Anakin.

—Teníamos un par de coris encima —los dedos de Leia volaron por el ordenador—. Estos son los datos que os prometimos.

Mientras hablaba, en la pantalla de sensores aparecieron los primeros estallidos de estática de la batalla. La flota de asalto en sí estaba demasiado lejos para ser detectada a través del gas de la nebulosa, incluso con sensores activos, pero Han podía deducir por los disparos que sólo atacaban unos pocos cientos de naves. Aun así, docenas de fragatas y corbetas yuuzhan vong desaparecían en estrellas de energía en dispersión antes de que pudieran organizarse para formar una defensa. El *Halcón* estaba demasiado lejos de la batalla para detectar algo tan pequeño como un caza, pero Han sabía que los había gracias a las chispas de estática de las explosiones, que aparecían con demasiada frecuencia entre las naves yuuzhan vong.

Ahora la flota de la Nueva República tenía sus propias naves de vigilancia controlando la batalla, pero Han y Leia mantuvieron su posición y continuaron enviando datos a ese puesto de mando posicionado de forma tan extraña. En un conflicto de ese tamaño, la información resulta más valiosa que las naves, y ambos contrincantes se esforzaban en destruir, cegar o confundir a las naves de reconocimiento del enemigo. Esto hacía que el *Halcón*, como recurso de observación no detectado, fuera más importante para el ataque que tres destructores estelares juntos.

Las fragatas y corbetas de los yuuzhan vong superaron lenta, dolorosamente, su desorganización inicial y empezaron a mantener a los cazas a raya. Una vez

controlada esta amenaza, las grandes naves capitales dejaron sus puestos en el centro de la formación y pasaron al frente para apoyar a sus compañeras de menor tamaño. A medida que se iban poniendo al alcance de las naves capitales de la Nueva República, brillantes barras de energía empezaron a avanzar y retroceder en la pantalla de datos, a veces iluminándola con tanta potencia que Han no podía ver nada más. Con el tiempo, la batalla empezó a derivar en la dirección equivocada y Han supo que su larga espera había sido para nada.

Activó el micrófono subespacial.

—Wedge, ¿estás recibiendo esto?

—Lo recibimos, Han, pero eres el único que sigue informándonos de la situación en el corazón de la protoestrella. Por favor, sigue ahí.

—¿Para qué? —gruñó Han—. Sow no ha traído suficientes naves. Dile que se retire y salve lo que pueda.

—No, Han —Wedge no parecía lo bastante preocupado—. No podemos hacer eso.

El análogo yuuzhan vong de un destructor presionó demasiado fuerte en su ataque y estalló en una bengala luminosa de dos segundos, mientras fragatas y corbetas seguían desapareciendo de forma constante. Pero la batalla siguió desviándose hacia las líneas de la Nueva República. Pronto apareció una abertura clara entre las naves capitales que participaban en el ataque y las que se habían quedado atrás para proteger las enormes naves proveedoras. En un gesto que debía de ser el último desprecio a los comandantes de la Nueva República, la cuarta parte de las naves grandes volvieron a las naves proveedoras y continuaron reaprovisionándose.

—Eso sí que es pasarse de arrogante —comentó Wedge—. El almirante Sow tiene que darles una lección.

—Espero que regañe mejor que cuenta —musitó Han. —Han... —le avisó Leia.

Han la ignoró y continuó hablando con amargura:

—Nuestro mensaje decía que había un millar de naves, ¡y que llegaban más a cada momento!

—Pero yo sólo tenía novecientas listas para el combate —dijo una voz sullustana algo molesta—. Y tu mensaje también decía que nos apresurásemos.

Leia cerró los ojos y bajó la barbilla de golpe.

—Almirante Sow, por favor, disculpe la impaciencia de mi marido.

—No hace falta que se disculpe —dijo el almirante Sow—. Estaremos fuera de contacto durante ocho minutos, pero les envío la orden de batalla. ¿Podrá tener una actualización táctica lista para cuando volvamos a hacer contacto?

En vez de contestar, Leia se volvió hacia Han con una expresión expectante.

—Esto, claro —dijo Han. Cuando Leia le frunció el ceño, añadió:— Almirante.

—Bien —era Wedge—. Tenemos una petición de Eclipse. Quieren el yammosk y

apreciarán cualquier indicación que podáis proporcionarles.

—Diles que intentaremos reducir las posibilidades a no más de cien naves —Han puso los ojos en blanco mientras Wedge y el almirante cortaban la comunicación, y se volvió hacia Leia—. Supongo que Luke ha debido encontrar los arpones de abordaje.

—O ha hecho que alguien se los haga. Espero que sirvan en el coral yorik.

Los arpones de abordaje eran un invento reciente utilizado legal o ilegalmente en toda la galaxia por fuerzas de seguridad, piratas y todo el que quisiera abordar una nave. Eran básicamente hipodérmicas gigantes llenas de gas coma que atravesaban el casco del objetivo fundiéndolo con una punta supercaliente. Una vez se enganchaban al agujero, extendían una membrana de flexicristal para sellar la entrada e inyectar el gas. Dependiendo del tamaño de la nave y el sistema de ventilación, toda la tripulación quedaba inconsciente en un plazo que oscilaba entre el minuto y el cuarto de hora. Han esperaba que fuera más bien un minuto, por el bien de los Jedi que fueran a utilizarlo.

Pasaron los siguientes minutos escaneando el corazón de la protoestrella, identificando objetivos prioritarios, calculando probabilidades de alcance y cuánto tardarían las naves capitales de primera línea en abandonar el combate y volver al corazón de la protoestrella. En menos de cinco minutos tuvieron un informe de la situación que dejaba muy claro que lo mejor era atacar de forma precavida y conservadora, pese a la ventaja de la sorpresa. No es que fuera el golpe decisivo que esperaba Han, pero los datos eran indiscutibles.

Entonces Leia frunció el ceño, dijo que *sentía* que algo no estaba bien y empezó a trabajar en el ordenador. Han escaneó una y otra vez el Bantha y miró los datos sin pestañear. A él todo le parecía bien. Hasta consiguió reducir la localización probable del yammosk a tres análogos de destructor y media docena de cruceros grandes.

Leia seguía trabajando en el ordenador, musitando para sus adentros y tomando notas en un datapad, cuando los contactos de la Nueva República empezaron a moverse en la pantalla de sensores, apareciendo casi directamente en el combate debido a la sombra de masa dispersa de la protoestrella. Cuando la nave capitana del almirante Sovv salió del hiperespacio, las naves en vanguardia ya tenían una hemorragia de cazas y castigaban las naves capitales yuuzhan vong con las baterías de turboláser.

El oficial de comunicaciones estableció enseguida una conexión y Leia envió la actualización táctica por un canal de datos codificado. Mientras esperaban a que Wedge y el almirante Sow digirieran la nueva información, a Han le sorprendió ver a las naves capitales yuuzhan vong manteniéndose cerca de las naves proveedoras en vez de correr a enfrentarse a la flota que se acercaba y ganar tiempo para que sus camaradas volvieran de la batalla.

Abrió un canal de voz.

—Wedge, igual deberías retener a tus naves de vanguardia. Esas piedras ocultan algo.

—Sí, así es —dijo Leia, alzando por fin la mirada del datapad—. Pero no los retengas. Esas naves no se han reaprovisionado todavía. Eso es lo que ocultan.

El almirante Sow se puso enseguida al canal.

—¿Estás segura?

—Lo estoy, almirante. Nuestro ordenador asigna un identificador a cada contacto, y acabo de hacer una historia completa de cada uno. Ninguno ha atracado con las proveedoras.

—Ya veo —dijo Sow—. ¿Y su recomendación es?

Leia miró a Han antes de responder. Si su análisis era acertado, la táctica que se seguiría a partir de su informe sería demasiado conservadora, y quizá proporcionaría al enemigo una oportunidad de abandonar el combate y escapar. Pero si se equivocaba... No se equivocaba. Sentía que Han estaba con ella.

El asintió.

Leia le sonrió, y entonces habló:

—Vaya a por sabacc, almirante. Nuestra recomendación es que apueste la flota.

—Ya veo —Sow apenas era capaz de asimilarlo: los sullustanos rara vez son jugadores felices—. Es una forma inusual de plantearlo, pero... Gracias por su sugerencia.

Han hizo una mueca y se aseguró de que no estuvieran transmitiendo.

—Es lo malo de poner sullustanos al mando. Están más interesados en construirse una carrera que en ganar batallas. —Creo que éste no.

Leia señaló a la pantalla, donde la mayor parte de la flota de la Nueva República, incluidos todos los destructores estelares y la mayoría de los cruceros que atacaban a las naves proveedoras, se alejaban de ella y se dirigían en abanico hacia el otro extremo del Bantha. Sus turboláseres ya castigaban la retaguardia de la línea de combate yuuzhan vong. Varios análogos de crucero y dos naves del tamaño de destructores empezaron a desmoronarse. Les siguieron otros cuando dieron media vuelta para enfrentarse a la nueva amenaza y se vieron atacados por detrás. Los dos frentes de naves de la Nueva República empezaron a unirse, aplastando entre ellos a los desorganizados yuuzhan vong.

En el corazón de la protoestrella, un torbellino de naves Pequeñas se precipitó contra las naves proveedoras y sus escoltas. Los yuuzhan vong contuvieron su ataque hasta que tuvieron al enemigo casi encima, y entonces liberaron una andanada tan intensa que Han y Leia pudieron ver cómo el resplandor iluminaba el corazón del Bantha como la estrella que sería un día. Los sensores necesitaron casi todo un minuto para despejarse, y cuando lo hicieron había desaparecido la cuarta parte de los contactos de la Nueva República.

Leia cerró los ojos.

—Han, he...

—Son yuuzhan vong, Leia. Sabías que contraatacarían... con piedras si hacía falta.

Miraron con aprensión cómo los escoltas de los proveedores seguían cubriendo el corazón del Bantha con bolas de plasma y misiles de magma, a veces eliminando fragatas enteras con una sola andanada. Al final, los disparos empezaron a disminuir y los análogos de destructor empezaron a encajar disparos enemigos. Escuadrones enteros de la Nueva República pasaron junto a los rescoldos de naves para golpear a las indefensas naves proveedoras con torpedos de protones y misiles de impacto. Sólo se necesitaron unos minutos de bombardeo para que el núcleo de la protoestrella volviera a iluminarse incluso con más intensidad que antes, cuando una nave proveedora tras otra se fueron desintegrando debido al calor emitido por su propio cargamento al explotar.

Unos minutos después, les llegó la voz de Luke por el comunicador:

—Han, ¿puedes acercarte por aquí? Tenemos un cargamento que debes llevar a Eclipse.

—¿Un cargamento vivo? —preguntó Leia. Danni Quee llevaba queriendo capturar un yammosk vivo desde antes de que Booster les contara la caída de Reecee.

—Afirmativo.

—¡Sabacc! —dijo Han—. ¡Es puro sabacc!

Capítulo 10

El cuerpo estresado de Anakin clamaba por un descanso, un trance, cualquier tipo de huida. Pero no era posible, no con Nom Anor y compañía pisándoles los talones. Los yuuzhan vong habían quedado atrás, lo bastante lejos para que incluso los barabeles no pudieran oírlos, pero Anakin sentía al enemigo a través del cristal lambent, una fría aura de rabia y malicia que obligaba al grupo de asalto a seguir adelante, siempre acosado, siempre amenazado.

Los yuuzhan vong habían regresado desde la ciudad de los esclavos, acosando a los Jedi siempre que frenaban la marcha, asediándolos con insectos bélicos y provocándolos para que disparasen sus armas. Aunque los ataques aumentaban, Nom Anor no cambiaba de táctica. Seguía sitiando el grupo de asalto, desgastándolo, intentando coger vivas a sus presas.

Y Anakin no daba ninguna razón al espía tuerto para que cambiara de táctica. Había evitado la trampa del AT-AT, sólo para caer en una emboscada en la ciudad de los esclavos, como un paleta pateapolvo salido de una granja de humedad. Angustiado por la difícil situación de sus habitantes, había permitido que los impostores de Nom Anor se acercaran al grupo de asalto. Ahora, Eryl y Jovan estaban muertos. Anakin debió recordar la afición de Nom Anor al subterfugio y haber previsto el ataque o, al menos, haber mantenido a la multitud lejos de sus Jedi. Debió ser más cuidadoso, debió...

Jaina le dio un golpe detrás de la oreja.

—Basta.

—¿Qué? —Anakin se frotó la oreja. Su concentración se disipó y el dolor rugió a través de él en oleadas—. Gracias por preocuparte.

—Puedes sentir lástima por ti mismo —dijo Jaina. Una delgada línea cruzaba su frente en diagonal, allí donde Tekli había sellado con sintocarne la cuchillada sobre su ojo—. Has sido temerario, Anakin, y estás pagando el precio... pero ésa no es la cuestión. Tienes que dejar de culparte.

El distante rumor de pasos de los yuuzhan vong llegó hasta ellos. Anakin intentó que no debilitaran su concentración y preguntó: —¿Y a quién voy a echarle la culpa?

—A la guerra —respondió Jaina—. ¿Crees que el tío Luke nos envió aquí para entrenarnos? Esto es importante. Si la gente muere, muere de verdad.

—Eso es un poco frío.

—Ya lloraré en casa —Jaina arriesgó una mirada por encima de su hombro—. Puede que cometieras un error o puede que no. Pero empieza a concentrarte en la misión o morirá más gente.

Jaina sostuvo su mirada un momento. Entonces, el rumor de pasos se hizo más

fuerte y se concentraron en huir. El grupo de asalto pasó junto a un túnel alto hasta la cintura, que descendía hasta las madrigueras de los voxyn *salvajes*. Según Lomi y Welk, los salvajes eran criaturas que los entrenadores habían perdido. Llegaba un momento en que las bestias encontraban el camino hasta la ciudad de los esclavos — la única fuente constante de presas en el laberinto de entrenamiento— y convertían esas cuevas en su madriguera. Con un trazado irregular, paredes excavadas con ácido y un abrumador hedor a descomposición, los túneles parecían algo que bien podían haber excavado las criaturas. Todos, salvo los barabeles, llevaban máscaras para poder respirar.

Anakin llevó puesta la suya unos mil pasos, antes de quitársela y descubrir que no respiraba con más facilidad aunque el aire fuese más fresco. Se sentía febril, y comprendió que su dolor iba en aumento y se abría paso a través de sus defensas en la Fuerza. Algo iba mal.

Despejó su mente mientras corría, abriéndose completamente a la Fuerza. Aunque no era un sanador de talento, conocía su propio cuerpo lo suficiente como para seguir las ondulaciones hasta su herida y sentir que algo se había soltado dentro de él. Rebuscó bajo el arnés de su equipo y palpó una venda empapada. Cuando retiró la mano, la palma estaba teñida de escarlata.

—¡Anakin! —el grito era de Tahiri que, como siempre, corría junto a él—. ¿Qué es eso?

—Nada.

Anakin se concentró en su herida interna, intentando usar la Fuerza para unir los bordes... pero estaba demasiado débil para concentrarse. Tropezó, y habría caído si Tahiri no hubiera llegado hasta él con la Fuerza, ayudándole a levitar.

—¡Necesito ayuda! —gritó la chica.

El grupo de asalto frenó en seco. Jaina y varios de los demás se apiñaron alrededor de Anakin, a pesar de sus protestas de que se encontraba bien.

—¡Cállate! —ordenó Tahiri—. No estás bien... ni mucho menos.

El sonido de pisadas de los yuuzhan vong creció hasta resonar con fuerza. Tekli emergió de alguna parte entre Ganner y Raynar, que compartían la carga de llevar el cuerpo de Eryl.

—¡Mantedlo levitando! —pidió Jaina. Levantó a Tekli y la puso a horcajadas sobre las piernas de Anakin; entonces, le cogió de la muñeca y se puso en marcha—. ¡Moveos, todos!

Anakin intentó insistir en que no necesitaba ayuda, pero sólo logró emitir un gorgoteo. Uno de los barabeles dejó caer una mina de dardos para retardar a los yuuzhan vong, y el grupo de asalto reemprendió la carrera. Tekli empezó a deshacer el vendaje, mientras las piernas de Anakin, sostenidas por la Fuerza, apenas notaban su peso. La chadra-fan tiró a un lado la venda de bacta empapada en sangre y puso la

mano sobre la herida. La Fuerza fluyó en Anakin, pero sus fuerzas siguieron disminuyendo.

—Hay que parar —sugirió Tekli.

—No —la voz de Anakin apenas era un siseo—. No permitiré que...

Tekli lo ignoró.

—Tiene una hemorragia interna. Necesito ver lo que le pasa.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Jaina.

—Depende de lo que encuentre —dijo Tekli—. Quince minutos, quizá el doble.

El ruido de las pisadas yuuzhan vong aumentó aún más, y la Fuerza se agitó con el ansia familiar de los voxyn a la caza. Estas no eran las bestias que habían atormentado hasta ahora a los Jedi, sino criaturas bien entrenadas guiadas por adiestradores experimentados. El grupo de asalto ya había matado tres; si era una jauría típica, sólo quedaría una.

Todos desearon que fuera una jauría típica.

Alema miró fijamente hacia atrás, hacia la posible amenaza, y luego se volvió hacia Jaina.

—Puedo conseguiros quince minutos —su voz sonaba extrañamente distante—. Sólo necesito media docena de granadas de impacto.

Anakin apenas oyó a Ganner responder: —Hazlo.

Y vio como le lanzaba algo a la twi'leko. Ésta bailó hasta los barabeles, y los cuatro se alejaron a toda velocidad por el pasaje, adelantándose al grupo de asalto.

Anakin se sumió en el delirio y empezó a dejar de sentir a los demás por medio de la Fuerza, aunque sí a Tahiri que, a su lado, le repetía que se iba a curar. Él la creyó, pero no podía reunir fuerzas suficientes para decírselo, así que a cambio le apretó la mano.

Pasó el tiempo —no pudo ser mucho— y el zumbido de un sable láser resonó en el pasaje.

Pasaron cerca de Tesar, y Anakin vislumbró a Alema sentada sobre sus hombros abriendo en el techo un agujero con su hoja color plata. Tras ella, Bela estaba subida a los hombros de su hermana, utilizando el láser de Jovan Drark para encajar un pedazo de tela en un agujero similar.

Alema tomó una granada de Tesar y la metió en el agujero que había hecho, pero Tahiri dobló una esquina con Anakin y éste perdió de vista lo que estaba ocurriendo. Oyó claramente a una de las barabeles sisear *seis segundos*, y Tekli supo que estaba estabilizándolo, quizá incluso trayéndolo de vuelta.

Anakin levantó la cabeza, y vio a Alema y las barabeles doblar la esquina y llegar corriendo tras el resto del equipo; entonces, escuchó un zumbido demasiado familiar surgiendo del pasaje. Un par de insectos aturdidores impactaron en la espalda de Alema; no le perforaron el mono, pero el golpe bastó para derribarla. Tesar la cogió a

la carrera, tiró de ella y siguió corriendo sin disminuir la velocidad.

Un momento después, una onda de choque sacudió a Anakin y sus oídos se sellaron contra el rugido del coral yorik desprendiéndose. Una nube de polvo onduló por las paredes del pasaje y cuando alcanzó al equipo, Tekli volvió a colocarle la máscara respiratoria.

Los Jedi siguieron treinta pasos más y se detuvieron. Tekli bajó al suelo a Anakin y le dio a Jaina un tubo de sales para despertar a Alema; entonces, metió sus pequeñas manos en la herida de Anakin, bajo la caja torácica. Él intentó no gritar, pero fracasó. Ella siguió trabajando, medio susurrando instrucciones a Tahiri. Anakin miró hacia abajo para descubrir los pequeños brazos de Tekli metidos en su cuerpo hasta el codo. La oscuridad se cerró alrededor de los bordes de su campo de visión, y no volvió a mirar.

Oyeron sonido de disparos láser en el punto donde se había hundido el techo del pasadizo. Anakin intentó levantar la cabeza, pero su hermano le obligó a bajarla.

—No te preocupes —le tranquilizó Jacen—. Todo el mundo está a cubierto.

—Alema... ¿herida...? —jadeó Anakin.

—Furiosa —Jacen señaló en dirección al campo de batalla—. Machacando yuuzhan vong... y disfrutando.

—¡Buena razón! —replicó Anakin—. Después...

—¡ Calma! —Jacen levantó las manos en ademán de rendición—. No estoy juzgando.

Anakin hizo una mueca de dolor, como si una aguja afilada le agujereara las entrañas. Enarcó una ceja en una expresión de duda.

—De verdad, no lo hago —confesó Jacen.

La intensidad del fuego cruzado se incrementó. Lowbacca rugió anunciando la muerte de un voxyn.

Inquieto, Jacen levantó la vista hacia el jubiloso rugido antes de decir:

—¿Si estoy preocupado por lo que nos está pasando? Claro. Esta guerra está sacando todo lo malo y egoísta de la Nueva República, corrompiendo la galaxia estrella a estrella. Veo como un Jedi tras otro es empujado al Lado Oscuro, obligado a luchar para ganar y no para proteger. Pero no puedo obligar a nadie a seguir mi camino, cada uno debe elegirlo por sí mismo. *Centralia* me enseñó eso.

—Me engañó.

—También a mí —reconoció Jacen—. Creí que era el único en conocer la diferencia entre el bien y el mal, hasta que comprendí que no era así. En realidad, fue Tenel Ka quien me hizo verlo después de lo que dije en el *Muerte Exquisita*. He estado intentando disculparme contigo desde entonces.

—¿De verdad? —Anakin hizo una mueca, cuando una de las diminutas manos de Tekli frotó un órgano al que no le gustaba ser frotado—. No lo sabía.

A Jacen se le escapó la retorcida sonrisa de los Solo.

—Lo suponía.

El entrecortado sonido de las pistolas láser dio paso al siseo de los sables láser, y Anakin levantó la cabeza. Por encima del montón de escombros, una sólida línea de hojas coloreadas bailaba contra la oscuridad.

—¡Tenemos que salir de aquí! —se apoyó en los codos—. Nadie más morirá.

—¡Excepto tú, si no me dejas terminar! —cortó Tekli. Le hizo una seña con la cabeza a Tahiri, que empujó rápidamente a Anakin hacia atrás—. Nosotros podemos escapar en unos segundos.

Anakin se atrevió a mirar y descubrió que la chadra-fan cubría el interior de su herida con unguento. Se alarmó al descubrir que ya no la sentía trabajar.

—¿Me has anestesiado? —preguntó.

—Te aliviará el dolor —Tekli tomó un paquete de vendas bacta de Tahiri y las metió en la herida—. Pero no puedo hacer más. Necesitas un trance curativo.

Anakin asintió con la cabeza.

—Cuando terminemos.

Tekli lo miró, moviendo su chata nariz.

—Antes. Mucho antes.

—¿Antes? —repitió Tahiri. Miró atrás, hacia la pelea entre los escombros—. Pero los trances curativos requieren horas... ¡incluso días!

Tekli la ignoró y siguió hablando con Anakin.

—Tienes el bazo perforado —anunció, volviendo a su trabajo y cosiendo los bordes de la herida con hilo y no con sintocarne por si necesitaba volverla a abrir—. He cerrado el agujero, pero seguirá supurando hasta que entres en trance y te cures.

—¿Cómo va a hacerlo? —protestó Tahiri—. ¡No podemos quedarnos aquí, no con los yuuzhan vong tan cerca!

Se produjo un tenso silencio al resumir la situación. Jacen apretó los labios para que no le temblasen y buscó a Anakin a través de la Fuerza, intentando tranquilizarlo. Tahiri aferró a Tekli por el brazo y la puso en pie. —¡Haz algo! ¡Usa la Fuerza!

La chadra-fan puso una mano consoladora sobre la que sostenía su brazo.

—Ya lo he hecho.

—Empecemos con lo posible —dijo Jacen, apartando a Tahiri—. Quizá encontremos una forma de ganar tiempo.

—No podemos quedarnos —negó Anakin. Se sentía más culpable que asustado. Su herida ponía en peligro la misión... y las vidas de sus compañeros. Rodó sobre los codos y se irguió haciendo una mueca cuando la anestesia bacta de Tekli demostró ser más suave de lo que esperaba. Activó su comunicador: —Preparaos para huir. Conseguídnos espacio.

Defendiéndose con un brazo, Tenel Ka usó la Fuerza para sacar una granada de

fragmentación de su arnés, activó el interruptor y la lanzó más allá de su antagonista. Dos segundos después, explotó con una intensa llamarada, y el fragor de la batalla disminuyó hasta ser un simple murmullo.

—Lowbacca, Alema, Ganner, Lomi, Raynar... vosotros primero —ordenó Anakin.

Los cinco Jedi saltaron por encima de los escombros, volando por los aires y aterrizando lejos del alcance de sus enemigos. Anakin asignó a Alema, Lomi y Ganner que cubrieran a los demás; e hizo una seña a Lowbacca y Raynar para que fueran a recoger a sus muertos, Eryl y Jovan.

—¿Adonde? —preguntó Raynar—. ¡El cuerpo de Eryl no está aquí! ¡Y tampoco el de Jovan!

—¿Qué? —Anakin miró hacia atrás para descubrir a Raynar y Lowbacca de pie, sobre un par de manchas de sangre—. ¿Han desaparecido?

Lowbacca rugió, antes de ponerse en cuclillas y estudiar unas marcas en el suelo. Rugió algo más.

—El amo Lowbacca desea preguntar a dónde pueden habérselos llevado los voxyn salvajes —a esta traducción bastante exacta, Eme Tedé agregó su propia opinión—. Debo añadir que apenas parece posible... no en nuestras mismas narices.

Anakin se volvió hacia Jacen, que ya había cerrado los ojos y buscaba a los salvajes a través de la Fuerza.

—Son cuatro... no, cinco. Se mueven por el pasaje que tenemos delante. Parecen, bueno, excitados.

—¿Excitados? —repitió Alema, centrando su atención en el pasaje que tenían ante ellos—. ¿Cómo?

La cacofonía al otro lado del montón de cascotes creció repentinamente, y Anakin miró hacia allí para ver siluetas de yuuzhan vong trepando por él.

—Después, Alema. Ahora, poneos a cubierto —activó su comunicador—. ¡Retroceded todos!

Mientras el resto de la línea del frente Jedi escalaba los escombros, Anakin aferró el brazo de su hermano para apoyarse en él y ponerse en pie... y al instante se derrumbó. Era como si una lanza le hubiera atravesado el corazón, y gritó tan alto que su voz levantó eco en la caverna. Jacen y Tahiri lo llevaban en brazos, arrastrándolo media docena de pasos por el pasaje antes de hacerlo levitar de nuevo.

Un enjambre de insectos yuuzhan vong voló desde la cima de los escombros, arrancando furiosas maldiciones cuando se aplastaban contra los monos blindados del grupo de asalto. Alguien activó un control remoto, detonando las minas colocadas a ambos lados de los cascotes, y la tormenta de insectos cesó abruptamente. Anakin miró hacia allí y vio toda la zona sembrada por la metralla de las granadas, con sus fragmentos enterrándose unos milímetros en carne, armadura de cangrejo vonduun o

coral yorik antes de volver a detonar. Los yuuzhan vong desaparecieron literalmente entre el humo de la detonación y las salpicaduras de sangre.

La angustia en el pecho de Anakin disminuyó, y se vio rápidamente reemplazada por algo diferente que le llegaba a través de la batalla. Un dolor más pesado, más triste, que sólo podría describirse como pesar. Dio media vuelta, rompiendo el sostén de Tahiri en la Fuerza, y corrió junto a los otros. Un enorme cuerpo de barabel flotaba entre sus compañeros de nido, sostenido por ellos.

El anfibastón que la había derribado todavía sobresalía entre sus hombros.

—¡Bela! —Anakin se volvió hacia Jacen—. ¿Está...?

No necesitó terminar la pregunta. Podía sentir que estaba muerta, sabía que el anfibastón enterrado en su espalda era la fuente del dolor que sintió momentos antes. Había permitido que otra Jedi muriera... Peor aún, ni siquiera se había dado cuenta de su muerte. Había vuelto a fallar a su grupo de asalto.

La voz apagada de Nom Anor gritó una orden al otro lado de los cascotes, y un sordo traqueteo inundó el pasaje mientras los guerreros trepaban por encima de los cadáveres de sus compañeros caídos.

Jacen sujetó el brazo de Anakin.

—Deja que Tahiri te...

—No —Anakin dio un tirón para liberarse—. Otra vez, no. Ha sido por mi herida. Tuvimos que detenernos por mi culpa.

Lowbacca activó un segundo juego de minas, y de nuevo reinó el silencio en el montón de escombros. El grupo de asalto dio la vuelta a una esquina y quedó fuera de la vista de sus perseguidores, abriendo una brecha sustancial. Anakin utilizó la Fuerza para mantener el paso.

Estaba debilitándose, y, por las ansiosas miradas de sus amigos, supo que eso era obvio para todos, pero no permitiría que Tahiri se cansara por él. Ni ella ni nadie. Ningún Jedi más moriría por su culpa.

Ni siquiera un Jedi Oscuro.

No pasó ni un minuto antes de que Anakin captara que los yuuzhan vong ganaban terreno. No había emboscada, ni trampa que los retrasara. Nom Anor seguía persiguiéndolos, forzando a los Jedi a seguir avanzando, quitándoles municiones con los cuerpos de sus guerreros y reduciendo su capacidad de fuego con sus vidas. Y los Jedi no podían hacer nada por retrasarlo, sólo seguir huyendo.

Un hedor agrio inundó el pasaje. Todos, excepto Tesar y Krasov, se pusieron las máscaras respiratorias. Rodearon una esquina y vieron el pelo rojo de Eryl desapareciendo por un bajo túnel dentado a la derecha. Raynar corrió hacia allí y se dejó caer de rodillas, gritando al voxyn que lo soltara e intentando penetrar en la madriguera excavada con ácido.

Anakin llegó hasta él con la Fuerza y tiró hasta devolverlo al pasaje principal.

—¡Eh! —gritó Raynar, manoteando.

Un sonido similar a un eructo surgió de la madriguera y un chorro de pegajoso ácido cayó en el pasaje. Raynar dejó de luchar.

—Uh, gracias —miró por encima de su hombro—. Ya puedes soltarme, Anakin. No pienso entrar ahí.

—¿Seguro? —Alema fue hasta el túnel y, con muchas precauciones, se inclinó hacia él para asomarse—. Porque es, precisamente, donde necesitamos ir.

—Tienes locura espacial —arguyó Welk.

—Los twi'lekos no tienen locura espacial —respondió Alema con ligereza.

El distante sonido de las pisadas yuuzhan vong empezó a resonar en el pasaje.

Alema sostuvo la palma de su mano sobre la entrada del túnel, la retiró y miró el túnel principal.

—¿Nadie más ha notado que hemos estado dando vueltas en torno a algo?

Anakin negó con la cabeza.

—Tendremos que confiar en tus instintos —como twi'leko, su sentido de la orientación era indudablemente mejor que el de los demás; su especie vivía en una vasta conejera de ciudades subterráneas, en el inhóspito planeta Ryloth—. ¿Qué opinas?

—Este agujero respira —parpadeando repetidamente tomó la mano de Anakin y la mantuvo ante la brisa que transportaba el sucio hedor del voxyn—. Desemboca en algo grande, y se cruza con lo que sea que estamos circunvalando. Podría ser un atajo.

—Uno que no podemos usar —apuntó Jacen—. Los voxyn están protegiendo algo ahí abajo.

Intento hacerles pensar que deben seguir con ello.

El sonido de pasos inundó el pasaje. Todos miraron atrás, hacia sus invisibles perseguidores.

—Será mejor que en vez de eso hagas que los voxyn se vayan —dijo Ganner. Se volvió hacia Anakin—. Tenemos que hacer algo.

Antes de que Anakin pudiera preguntar si lo que Ganner sugería era posible Jacen movió casi imperceptiblemente la cabeza. Anakin miró a Lomi.

—¿Qué hay ahí abajo?

La Jedi Oscura se encogió de hombros.

—Voxyn, estoy segura... Pero esa cabeza de serpiente puede tener razón, podría ser un atajo. Hay más túneles como éste cerca de la puerta.

—¿La puerta? —Anakin se imaginaba la dificultad de abrirse paso a través de una compañía de guardias, mientras Nom Anor los presionaba por la retaguardia—. ¿Una puerta protegida?

Lomi asintió.

—Puedes estar seguro.

Anakin empezó a sentirse enfermo. No había salida. No había huida.

Los pasos se acercaban más y más.

—¿Anakin? —preguntó Ganner.

—No tenemos elección —aseguró Jaina, interponiéndose entre los dos—. Necesitamos tiempo para tu trance curativo.

—No creo que lo encontremos en una caverna llena de voxyn —observó Tenel Ka—. Más bien al contrario, estoy seguro.

Anakin miró con culpabilidad en dirección a Bela. Sabía lo que quería hacer, pero se había equivocado tantas veces en esta misión... y cada vez que se equivocaba, alguien moría. Ahora, tenía que volver a escoger. Decidiera lo que decidiera, morirían más Jedi. Quizá morirían todos.

—¿Joven Solo? —preguntó Lomi—. Estamos esperando.

Anakin se volvió a Jacen.

—¿Qué hace...?

—Gracias por preguntar —le interrumpió Jacen, sin ocultar su sorpresa. Tomó un detonador térmico del equipo de su arnés y se dejó caer de rodillas ante el hediondo túnel—. Pero sabes lo que necesitamos hacer. Lo sabemos todos.

Capítulo 11

El olor era más dulce que fétido, al menos para Tsavong Lah, cuyo miembro era el que se estaba pudriendo. La pata de radank con la que los cuidadores habían reemplazado su brazo ya le sobrepasaba el codo, con las agresivas células del injerto atacando y eliminando su propio tejido desde el punto de la amputación. Las escamas y espinas surgían ya de sus bíceps hinchados y, por encima de esa zona, en su brazo, pululaban dípteros sembrados por los cuidadores para que devorasen su carne moribunda.

Si la alteración se detenía en el hombro, se le otorgaría el respeto debido al que había sacrificado mucho y arriesgado todavía más por su devoción a los dioses. Si se extendía hacia su propio torso, o perdía el brazo, sería apartado de sus deberes y expulsado de su casta como un *Avergonzado*, desfigurado por los dioses en señal de su disgusto. Tsavong Lah sospechaba que el lugar donde se detuviera la alteración dependería de cuánto tiempo permitiría que la pérdida de la flota de Reece retrasase la captura de Coruscant... lo cual dependía a su vez de lo que tardasen Nom Anor y Vergere en capturar a los gemelos Solo. Con la mitad de sus fuerzas de ataque desaparecida y la posibilidad—no, la probabilidad— que los *Jeedai* hubieran capturado un yammosk vivo no se atrevía a atacar hasta asegurarse de la bendición de los dioses.

Con la mente alerta, el Maestro Bélico asió un villip que descansaba junto a él y empezó a hacerle cosquillas para despertarlo. Tsavong Lah no se molestó en taparse, aunque estaba sentado desnudo en los vapores purificadores de su célula 1Ripiadora privada. El villip en posesión de su siervo sólo mostraría Su cabeza.

Tras una irritante espera de casi un minuto, el villip adoptó la forma de un Nom Anor irritado.

Tsavong Lah frunció el ceño sin dar oportunidad al Ejecutor para disculparse por hacerle esperar.

—Confío en que estarás dando caza a los *Jeedai*, Nom Anor, y no huyendo de ellos.

—Nunca —aseguró el Ejecutor—. Mientras hablamos, los persigo liderando la compañía Azote Dos del *Ksstarr*.

—¿Los atraparás?

—Sí —aseguró Nom Anor—. Estamos teniendo bajas, pero Azote Tres les ha tendido una emboscada al final de su ruta. Esta vez no escaparán.

Las bajas no interesaban a Tsavong Lah. Sabía lo de las naves que los *Jeedai* habían destruido sobre Myrkr y cómo habían matado a la primera compañía del *Ksstarr*, el Azote Uno. Aunque el número de pérdidas hubiera sido el doble, él las

habría considerado insignificantes.

—Que los gemelos Solo no sufran daño —era la cuarta o quinta vez que Tsavong Lah daba la misma orden, pero, ahora más que nunca, quería que Nom Anor la comprendiera bien—. ¿Tus guerreros conocen el destino que le espera a quien mate a cualquiera de ellos?

—Tanto como yo, Maestro Bélico —respondió Nom Anor—. Los gemelos son objetivos prohibidos.

También he ordenado a Yal Phaath que tenga listas sus tropas... aunque discuta mi autoridad. Sería sabio por vuestra parte subrayar la orden.

—Acepto la sugerencia —accedió Tsavong Lah, ignorando el atrevimiento de su siervo al decirle lo que debía hacer—. Necesito esos sacrificios, Nom Anor. Cuanto más esperemos, más se deteriorará nuestra situación.

—No necesitaré esperar mucho más, Maestro Bélico —prometió Nom Anor—. Mi plan es excelente.

—Eso sería lo mejor para ti —advirtió Tsavong Lah—. Espero tus noticias pronto.

Presionó la mejilla del villip con el dedo pulgar, lo que causó la interrupción del contacto y que el animal se invirtiera. El Maestro Bélico lo dejó a un lado y cogió el de Viqi Shesh, considerando el tiempo que había dedicado al particular recurso que constituía la exsenadora. Desde que la habían apartado del Comité de Supervisión Militar de la Nueva República había trabajado el doble para demostrar su utilidad a los yuuzhan vong. Movida menos por la codicia o el ansia de poder, pensó Tsavong Lah, que por la simple sed de venganza. Tales armas tendían a ser muy volátiles... lo cual podía ser bueno o malo, dependiendo de cuándo estallasen.

La puerta espiral de su célula se abrió tras él y dejó entrar una bocanada de aire fresco que recorrió agradablemente su espalda desnuda. Sin darse la vuelta, dijo: —¿No he dicho que estaba purificándome? ¿Cómo te atreves a importunarme?

—Ofrezco mi vida en pago, Maestro Bélico —la voz pertenecía a Seef, una hembra, su ayudante de comunicaciones—. Pero no tenía elección. El villip del Señor Shimrra se ha activado.

Sin molestarse en taparse, Tsavong Lah se puso en pie y se volvió, buscando el coufee que Seef tenía preparado para él. Un subordinado tenía prohibido mirar su desnudez y vivir salvo en circunstancias que involucrasen la cría..., pero cuando vio sus ojos parpadear y apartarse de la supurante carne del injerto, dejó el arma en la mano de la mujer. Si la mataba ahora, los dioses podrían creer que quería mantener en secreto el estado de su brazo.

Tsavong Lah estudió un momento a su oficial de comunicaciones, lanzó el coufee lejos y entrecerró los ojos de una forma que dejaba claras sus intenciones.

—Prepárate tú misma.

—Sí, Maestro Bélico —Seef devolvió el coufee a su vaina e inclinó la cabeza sin que su rostro diera alguna pista sobre si consideraba aquél un destino mejor que la muerte—. Os esperaré en vuestra cámara.

Ella se hizo a un lado y Tsavong Lah abandonó su célula de vapor echándose una capa sobre los hombros y con cuidado de mantener la manga por encima de su codo para que el estado de su injerto fuera visible para todos. Encontró el villip del señor Shimrra sobre la mesa, con sus rasgos tapados por la oscuridad que proyectaba la protuberancia de una melena epidérmica semejante a una capucha. El Maestro Bélico se tocó el pecho a modo de saludo y apoyó la palma de su nueva garra sobre la mesa, delante del villip. Luego presionó la frente contra el dorso de las manos.

—Perdona el retraso, Supremo —se disculpó—. Estaba Purificándome.

—Los dioses valoran la pureza —la voz de Shimrra retumbaba tenue—, pero también el triunfo.

¿Qué hay de la flota perdida?

—Los dioses tienen razones para sentirse disgustados. La pérdida fue total... Seis racimos.

—Una finta muy cara, siervo mío.

Tsavong notó la garganta seca.

—Supremo, no era...

—Estoy seguro de que tu plan requería ese sacrificio —cortó Shimrra—. Pero no estamos hablando por eso.

—¿Seguro? Tsavong no intentó corregir a Shimrra; si el Sumo Señor declaraba la pérdida de la flota una finta, que fuera una finta. La mente del Maestro Bélico saltó de inmediato al problema de doblegar las formidables defensas de Coruscant con un solo ataque... quizá una variante de la luna sembrada de minas que quiso utilizar en Borleias, o algo que involucrase a las naves de refugiados. Eso estaría bien —el escándalo de los rehenes en Talfaglio demostró lo vulnerable que era la Nueva República a tácticas como ésa. Mientras un esbozo de idea tomaba forma en la mente del Maestro Bélico, dijo—: Puedo asegurarle que mi plan es excelente, Supremo, pero me sentiré honrado de hablar con usted sobre cualquier tema.

Antes de continuar, Shimrra dudó lo bastante como para expresar su disgusto sin tener que hablar. Entonces dijo: —¿Es dudoso el éxito de tu nuevo injerto?

—Así es —contestó Tsavong Lah. No se preguntó, ni siquiera a sí mismo, cómo era posible que el señor Shimrra conociera sus problemas con la pata de radank—. Temo que mi brazo pueda haber ofendido a los dioses.

—No es tu brazo, siervo mío. No he visto nada de eso.

Tsavong Lah permaneció callado, intentando desesperadamente deducir si la razón de que estuvieran hablando era la visión de Shimrra o sólo la excusa.

—Los gemelos, siervo mío —dijo por fin Shimrra—. Los dioses nos darán

Coruscant, y tú les darás esos gemelos.

—Así será, Supremo —aceptó Tsavong Lah—. En este momento mis siervos están a punto de capturarlos.

—¿Estás seguro? —preguntó Shimrra—. Los dioses no aceptarán una nueva decepción.

—Mis siervos me aseguran que su plan es excelente —no se le escapó a Tsavong Lah que las palabras de Nom Anor habían sido muy parecidas a las del señor Shimrra—. No pueden escapar.

—Que así sea —Shimrra calló un instante, antes de añadir—: Ver y ser visto, siervo mío.

Tsavong alzó la cabeza, pero no dijo nada. Había sido invitado a mirar, no a hablar.

—Has de saber algo, Tsavong Lah —continuó Shimrra—. Al permitir que su villip viva, te has guardado para ti a alguien que debería pertenecer a los dioses.

Tsavong Lah sintió frío por dentro.

—Así es, Supremo, pero no era mi intención...

—A los dioses les place que la conserves. No los insultes explicándoles lo que ya saben —el villip de Shimrra comenzó a invertirse—. Úsala bien, siervo mío. Todo se perdona en la victoria.

Capítulo 12

Escasamente tatuado por debajo de sus ojos hundidos y sin apenas mutilaciones, salvo por un agujero bajo el labio que parecía una segunda boca, era evidente que el yuuzhan vong era un recluta novato, probablemente asignado con el único propósito de atraer el fuego enemigo. Rezando porque las sombras del túnel fueran lo bastante profundas para ocultarla, Jaina usó la Fuerza para presionar su espalda contra el techo. Aguantó la respiración mientras el guerrero se arrastraba otro metro dentro de la cueva. Sostenía con el brazo extendido un cristal lambent activado mientras usaba el anfibastón para tantear el suelo debajo de Jaina. Ella podía ver la serpentina cabeza del arma y sabía que su propia silueta tenía que ser igual de visible, pero el yuuzhan vong no miró hacia arriba. Se limitó a tener arcadas ante el hedor del lugar y retirarse. Cuando llegó a la entrada, se irguió, gritó: ¡Fas!, y siguió ascendiendo por el pasaje principal.

Jaina permaneció inmóvil, mirando el desfile de piernas enfundadas en armaduras de cangrejo vonduun, deseando desesperadamente que lo próximo que asomara no fuera un voxyn. Aunque ya habían matado a cuatro de aquellas bestias —Lowbacca había destrozado la última al hundir parte de la caverna—, el punto débil del plan del grupo de asalto radicaba en la posibilidad de que Nom Anor hubiera traído más del número habitual. Podía esperarse que los yuuzhan vong pasaran por alto el rodeo que habían dado los Jedi, pero no un voxyn. Un voxyn captaría el cambio de dirección.

Un segundo yuuzhan vong, éste con los lóbulos de las orejas cortados y el rostro tatuado de un veterano, metió su cristal lambent dentro del túnel. Como la mayoría de los Jedi del grupo de asalto, Jaina había jugado con la idea de apoderarse de uno de los cristales, pero en ese momento no valía la pena correr el riesgo.

El vínculo de Anakin era único, sin duda debido al papel jugado durante su crecimiento, e incluso él dudaba que pudiera recrear la hazaña. Nadie en Eclipse había podido descubrir cómo se reproducían aquellas cosas. Esta vez, el guerrero examinó tanto el techo como el suelo, pero se irguió y continuó caminando por el pasaje principal sin reptar al interior.

Permitiéndose por fin respirar profundamente, Jaina sacó una mina de dardos del arnés de su equipo. Conectó la señal a la frecuencia de su comunicador y la pegó en el techo. No la activó. Una vez colocado el selector de detonación en movimiento, sólo tenía tres segundos para alejarse del alcance del sensor y no podía arriesgarse a moverse hasta que hubieran pasado todos los yuuzhan vong.

La compañía pareció tardar una eternidad en pasar frente a su escondite. Sin un voxyn para advertirles de la presencia cercana de los Jedi, se movían cautelosamente, guardando una distancia de cinco metros entre ellos y buscando trampas. A pesar de

todo, el grupo de asalto seguía vivo, en movimiento y, con algo de ayuda de la Fuerza, con posibilidades de destruir a la reina. Jaina ya consideraba una victoria en sí misma que Anakin siguiera de una pieza. Alternaba entre estar preocupada por su hermano y furiosa con él. No podía culpar a Anakin por haber acudido en su rescate —ella habría hecho lo mismo por Jacen o por él—, pero lo hacía. Había sido algo temerario y típico de Anakin, espectacular, precipitado, eficaz... estúpido. Tekli dejó claro lo que pasaría si no conseguían ganar tiempo para que se curase, y Anakin también dejó claro que la misión era más importante que su vida. Jaina estaba dispuesta a conseguir ambas cosas, pero si tenía que elegir... Bueno, sólo tenía dos hermanos, y no pensaba perder a ninguno de los dos.

Jaina sintió que Jacen llegaba hasta ella a través de su vínculo de gemelos, y supo que, en alguna parte más profunda del túnel, los otros habían encontrado el primer voxyn salvaje. Se abrió a la batalla y descubrió que la herida de Anakin había reagrupado al equipo, aunque Zekk seguía resentido con el Jedi Oscuro y los otros estaban distraídos, inquietos por Anakin. Preocupada porque el ruido de la batalla reverberase hasta el pasaje principal, invocó mentalmente la quietud de un templo massassi y usó la Fuerza para expandir ese silencio, creando, o eso esperaba, una esfera de silencio entre sus compañeros y los yuuzhan vong.

Otro conjunto de piernas blindadas con armaduras de cangrejo vonduun pasó ante el túnel. Poco después aparecieron un par de piernas delgadas y articuladas a la inversa. Se detuvieron frente a la entrada y se doblaron, haciendo descender un torso emplumado. Jaina tuvo que calmarse por temor a que los latidos de su corazón rompieran la esfera de silencio. Un rostro simiesco con ojos sesgados y bigotes delicados apareció sobre una bola de plumas y se asomó al túnel.

Vergere. O alguien muy parecido a ella.

Una presencia extraña tocó la mente de Jaina, sobresaltándola de tal manera que perdió la concentración y cayó la anchura de una mano antes de recuperar la compostura y alzarse de nuevo al techo. Apuntó su pistola láser a la cara de Vergere.

Una retorcida sonrisa cruzó los labios de aquel ser único, y Jaina supo que Vergere la había tocado a propósito. Pero, ¿cómo? ¿A través de la Fuerza? No parecía posible. Si Vergere era una portadora de la Fuerza, los voxyn también la cazarían a ella, ¿no?

Un bosquecillo de piernas forradas de cangrejo vonduun se aglomeró ante el túnel. La barrera de silencio impedía que Jaina oyera si los yuuzhan vong hablaban entre ellos, pero estaba segura de que Vergere sabía que ella estaba cerca... aunque no hubiera llegado a verla. La presencia extraña seguía tocándola, mofándose de ella, casi retándola a atacarla.

Jaina activó la mina de dardos y se empujó para quedar fuera del alcance del sensor. La sonrisa de Vergere se transformó en una mueca, y el toque desapareció tan

rápidamente de la mente de Jaina, que incluso se preguntó si realmente lo había sentido.

Vergere habló con alguien tras ella. Jaina quitó el seguro de su pistola láser, pero su blanco dio media vuelta y se alejó brincando por el pasaje antes de que pudiera disparar. Los yuuzhan vong la siguieron, y hasta el recuerdo del toque extraño pareció menguar.

Jaina bajó la pistola láser y, temblando tanto que tuvo que usar ambas manos, volvió a poner el seguro del arma. No entendía porqué estaba tan asustada, la criatura ni siquiera sabía que estaba allí.

El otro extremo del túnel voxyn se abría a un pasillo muy amplio, de seis o siete metros de altura y lo bastante ancho como para que cupiera un aerocoche, pero húmedo y hediondo. Incluso en la pequeña zona iluminada por la barra luminosa de Jacen, se curvaba suave pero perceptiblemente, desapareciendo en la oscuridad a ambos lados. En la pared opuesta al escondite del grupo de asalto podía verse un par de aberturas en forma de arco, separadas unos veinte metros y bastante grandes como para que pasase un rancor. Entre ambos arcos había alcobas de la altura de un wookiee, con esculturas del dios de la guerra yuuzhan vong, Yun-Yammka, de cabeza bulbosa y muchos tentáculos. Sobre cada alcoba colgaba otra, vacía e invertida, con la parte superior apuntando al suelo.

Lomi les había explicado que, antes, la gigantesca mundonave giraba sobre su eje, generando gravedad artificial gracias a la fuerza centrífuga, tal como hacían sus versiones más pequeñas. En algún momento del viaje entre galaxias, el cerebro central había perdido la habilidad de controlar el giro, destrozando los brazos espirales de la nave y desestabilizando todo el sistema. Los cuidadores habían optado por pasarse a la gravedad inducida por los dovin basal, obligando a la mundonave a reorientar su concepto de arriba y abajo. Había lugares como éste donde quedaban restos de esa transición. u A través de los arcos susurraba el incesante crujido de escamas y, de vez en cuando, el eructo de un voxyn furioso. Jacen podía sentir más de una docena de criaturas acechando en la oscuridad más allá de la luz de su barra luminosa, tan pacientes como arañas de la especie y mucho más letales.

—Parece el exterior de un circo —murmuró Anakin. Yacía sobre el suelo del túnel, junto a Jacen—. Uno muy grande.

—O de un templo —añadió Lomi. Ganner y ella estaban sentados en cuclillas sobre las caderas, sobre los pies de los hermanos, con Tesar y Krasov inclinados tras ellos, y todos los demás apiñados en el túnel.

—Si Jacen puede usar su poder para mantener despejado el corredor principal, quizá podamos escabullimos...

—No podemos —interrumpió Anakin—. De una manera u otra, habrá que pelear.

¿Cuántos, Jacen?

—Demasiados.

Jacen no podía percibir criaturas individuales lo bastante claramente como para hacer un recuento exacto, pero podía sentirlos ocultándose en la oscuridad más allá de los arcos, esparcidos por una especie de depresión en forma de cuenco, que podía tener fácilmente un kilómetro de diámetro. En la mayoría de las criaturas reconoció la misma determinación para defender su territorio que en muchas especies, pero con un fanatismo añadido, que sugería algún tipo familiar de devoción desinteresada.

—¡Nidos! —el esbozo de un plan empezó a tomar forma en la mente de Jacen—. Están defendiendo sus nidos.

—¿Nidos? —repitió Lomi—. ¿Para qué necesitan nidos unos clones?

Anakin impuso silencio levantando la mano. —Dejad que me concentre.

—Pero no demasiado —dijo Ganner, en alguna parte tras él—. Tarde o temprano, Nom Anor se dará cuenta de que lo hemos esquivado.

Jacen se concentró en el voxyn más cercano y no sintió un instinto protector, ni siquiera hambre, sino algo' más cercano a la nostalgia. Percibió a las demás criaturas bajo los arcos, una a una, y, al captar un deseo similar, supo que había acertado. Volvió al túnel y se enfrentó a Tesar y Krasov.

—Tengo una idea...

—Hazlo —siseó Tesar—. Honraremos a Bela.

—¿Hacer qué? —preguntó Welk, pasando la mirada de un Jedi a otro—. ¿Por qué nadie aquí termina nunca una frase?

—No hay tiempo —cortó Ganner—. Vamos. Los yuuzhan vong ya sabrán que hemos desaparecido.

Jacen lo ignoró y le preguntó a Krasov.

—Comprendes que...

—Ella dio su vida por los Jedi —dijo Krasov. Tesar y ella se juntaron e hicieron levitar a su compañera de nido hasta situarla entre los dos—. Su cuerpo no es nada.

Frotaron brevemente los hocicos contra el suyo, sacaron el equipo del arnés de Bela y los trajes de vacío. Tesar puso el cronómetro de un detonador térmico de clase-A en cuatro minutos y lo introdujo profundamente en su garganta de reptil. Krasov se Pegó el sable láser de su hermana en la mano con sintocarne e intercambiaron lugares con Lomi y Ganner, antes de hacer flotar el cuerpo de Bela por el gran corredor.

Aguantando las lágrimas, y preguntándose si hubiera podido hacer lo mismo de haber sido el cuerpo de Anakin, Jacen contempló con horror como más de una docena de los voxyn salvajes aparecieron en el círculo de su barra luminosa. Las criaturas llenaron el pasillo con aullidos sónicos y los micrófonos de las orejas se activaron. Tesar usó la Fuerza para conectar el sable láser de Bela y rebanó el hocico del primer

voxyyn que llegó hasta el cadáver. El segundo le arrancó el brazo desde el hombro. El tercero hizo rodar el cadáver y se subió sobre él.

El resto de los voxyyn se abalanzaron sobre éste, gruñendo y mordiéndole las patas. Varios de ellos lo aferraron con sus mandíbulas y lo arrastraron por el pasillo, donde la batalla se convirtió en una melé de eructos de ácido que redujo a los combatientes a montones de escamas humeantes. El resto adoptó una táctica más conservadora, cada uno intentando subirse al cuerpo de Bela y los demás luchando por derribar al poseedor del cadáver, arrastrándolo pasillo abajo hacia una de las entradas en forma de arco.

La batalla siguió en la oscuridad, y el grupo de asalto pudo escuchar cómo los gruñidos y los siseos eran cada vez más distantes y ahogados. Por fin, el estallido de un detonador térmico destruyó el silencio y una intensa luz destelló a través de uno de los arcos. Jacen llegó hasta los voxyyn transmitiéndoles pensamientos tranquilizadores, asegurándoles que no habría más luces como aquella. Las criaturas supervivientes, y sintió que eran bastantes, agradecieron sus esfuerzos con chillidos sónicos y rasgar de garras, pero se calmaron gradualmente y volvieron a sus nidos.

Jacen se aseguró de que no quedaba ningún voxyyn emboscado, y lideró la marcha hacia el pasillo más amplio. El hedor era tan espantoso que ni siquiera su máscara podía filtrarlo todo. Buscó a Jaina y la sintió acercarse, aprensiva y confusa, pero no aterrada.

Anakin reunió a los barabeles y habló con ellos. Aunque Jacen sabía que Tesar y Krasov se sentirían más incómodos que agradecidos con una disculpa, guardó las distancias. Anakin necesitaba charlar con ellos; quizá harían por él lo que Jacen no podía.

Llegó Jaina y, ante la insistencia de Ganner, el equipo se puso en marcha. Anakin, renuente, dejó que Tesar y Krasov asumieran su posición habitual delante, aunque sólo fuera porque parecían sentirse insultados por la sugerencia de que la ocupara alguien más. Cada treinta metros, otro arco se abría a una susurrante oscuridad. Aunque Jacen no percibía más voxyyn acechando en ellos, los barabeles no corrieron riesgos. Siempre saltaban hacia la pared y extendían sus garras para sostenerse con ellas, asomándose a la apertura para asegurarse.

Jacen caminaba al lado de su hermana.

—¿Todo bien ahí atrás? Pareces intranquila.

—Hecho —dijo Tenel Ka, uniéndose a ellos—. Tienes más surcos entre las cejas que el ayudante de un hutt. —Gracias —aceptó Jaina—. Vi a Vergere.

Jacen esperó, hasta que finalmente preguntó:

—¿Y?

—Y nada... se alejó —los ojos de Jaina parecían ausentes. Señaló hacia delante con su barbilla—. ¿Cómo va nuestro hermanito?

Jacen miró hacia Anakin, que mantenía el ritmo del paso largo de Lowbacca. Su hermano era tan poderoso en la Fuerza, que resultaba difícil decir cuánto dolor estaba reprimiendo o cuantas fuerzas estaba quemando, pero Jacen pudo sentir la fatiga pellizcando los bordes de la fachada cuidadosamente mantenida de Anakin.

—Es difícil saberlo —confesó—. Tengo miedo. Jaina calló, hasta que sorprendió a Jacen aferrándole el brazo. —No lo tengas. No permitiremos que le pase nada. Tenel Ka sujetó el otro brazo de Jacen. —Hecho.

Anakin seguía a Tesar y a Krasov por el pasillo. Cada vez que ellos saltaban hacia una pared para asomarse a una entrada en forma de arco, él se encogía. Sus esfuerzos por explicar lo mucho que sentía la muerte de Bela los desconcertaba y los incitaba a disculparse con el por las otras bajas del grupo de asalto. Terminó por sentirse más culpable que antes, y los barabeles parecieron vagamente ofendidos Por la idea de que necesitaran consuelo. Recordar a los compañeros de nido que tuvieran cuidado estaba fuera de lugar, pero la Fuerza en la inmensa cámara más allá de los arcos estaba repleta de una agitación brutal y él seguía esperando que una masa de bilis marrón destruyera a uno de ellos... o a los dos.

En cambio, sintió una súbita oleada de ansia primigenia. Anakin conectó su sable láser y su grito se unió al de todos los demás. Un par de mandíbulas abiertas surgieron de la oscuridad. Krasov siseó y retrocedió, pero no lo bastante rápido. Un colmillo enganchó su máscara y la rasgó, arrancándosela.

Anakin saltó hacia delante, acuchilló al voxyn bajo la mandíbula y giró la muñeca, seccionándole el hocico. La criatura aulló, hasta que Tesar y Krasov se colocaron ante él y le amputaron las garras.

Lo que quedaba de las mandíbulas del voxyn empezó a abrirse. Krasov lanzó un tajo contra su garganta y la bestia se tambaleó con la cara cubierta de ácido gomoso. Tesar usó la Fuerza para sostener al voxyn en pie, mientras Anakin le clavaba el sable láser en el pecho traspasándolo y haciendo surgir la hoja púrpura por el lomo. El voxyn quedó flaccido y suspendido en el aire.

La cara de Krasov estaba oculta por el humo ascendente, pero el sonido chirriante de la queratina fundida no dejaba lugar a dudas sobre lo que estaba pasando.

— ¡Tesar! —gritó—. ¡Mis ojos...!

—Aquí, Krasov.

Dejando caer al voxyn, Tesar la arrastró lejos del arco.

Un fuerte martilleo resonó más allá, en la oscuridad. Anakin sacó un detonador térmico de su arnés y lo lanzó todo lo lejos que pudo. Se produjeron el chisporroteo y la llamarada luminosa habituales, pero ninguna onda de choque o explosión de calor. Lo que hacía que los detonadores térmicos fueran tan útiles era su precisión. Todo dentro del radio de la explosión quedaba absolutamente desintegrado; todo lo que

estuviera más allá permanecía completamente intacto.

Cuando Anakin se dio cuenta que los voxyn ya no atacaban, se giró para llamar a Tekli y descubrió que ya estaba guiando a Krasov para que se sentara contra la pared. La chadra-fan empezó a raspar la pegajosa bilis con la hoja de una herramienta multiusos. Demasiadas escamas se desprendían con ella.

Anakin apartó la vista sin decir nada. Cada decisión le costaba la vida a alguien. Su misión empezó a parecerle distante e imposible.

—¡Más problemas!

Anakin apenas escuchó las palabras de Jacen. No quería tomar más decisiones, causar más bajas.

—¿Anakin?

Captó la sonda de Jacen, comprobando si la batalla había provocado que su herida se reabriera.

No era así. El dolor seguía siendo soportable, y podía resistirlo gracias a la Fuerza.

Un susurro sordo llegó hasta el pasillo procedente de ambas direcciones.

—¡Sangre de Sith! —maldijo Jaina—. Está cediendo.

Alguien disparó una pistola láser. Alguien más disparó en dirección opuesta. La Fuerza quedó impregnada de ansia primigenia y los voxyn aparecieron en masa por el pasillo, cayendo desde ambos lados sobre el grupo de asalto. El ruido de los láseres se volvió ensordecedor. Anakin desenfundó su propia arma. Sería más fácil así; ninguna decisión que tomar, todo lo que tenía que hacer era apuntar y disparar.

Anakin dio un paso adelante, pero Lowbacca lo sujetó por el hombro, señalando el arco que tenían detrás y rugiendo una pregunta.

Anakin negó con la cabeza.

—Que vigile Tahiri, yo pienso combatir como todos los demás.

—Será mejor que vigilez tú —siseó Tesar. Y empujó a Anakin hacia el arco—. Por Krasov.

—No estoy herido —protestó Anakin, siguiendo al barabel hacia primera línea de fuego—. Aún puedo luchar.

—¡ Anakin, quédate! —Jaina apuntó hacia el arco con su pistola láser—. Recapacita.

Aunque dichas en un tono bajo, las palabras golpearon a Anakin como un puño. Su propia hermana no quería que combatiera a su lado. ¿Tan mal lo había hecho hasta ahora?

Jaina se unió a los otros en plena batalla. Anakin se puso en cuclillas tras el voxyn muerto y miró fijamente a la oscuridad, alerta a cualquier cambio en el sonido o en la Fuerza que significara que acudían más criaturas. Aunque no era tan sensible a las bestias como Jacen, sabía cuándo la mayoría de las criaturas que se encontraba al otro

lado de la entrada en forma de arco estaban sedientas de sangre o simplemente a la defensiva, prácticamente inmóviles.

—No debes permitir que te presionen —dijo Tahiri, arrodillándose a su lado y casi gritando para hacerse oír por encima del fragor de la batalla—. Sigues siendo el líder del equipo.

—¡Menudo líder! —se quejó Anakin, amargamente.

Tahiri esperó casi un segundo entero antes de preguntar:

—¿Qué quieres decir?

—Sigo haciendo que la gente muera.

—La gente muere, sí, pero, ¿quién dice que sea culpa tuya?

—Yo —Anakin contempló fijamente la batalla—. Ellos.

—¡Negativo a eso! Sólo quieren que nos saques de aquí —una granada de impacto hizo temblar todo el pasillo y fue contestada por una docena los aullidos sónicos—. Y yo también, así que piensa algo... ¡y rápido!

Tahiri lo besó y volvió al combate láser en mano. Hasta ahora, estaban manteniendo a los voxyn a raya, pero eso cambiaría. Y pronto. Varios Jedi ya estaban usando las últimas baterías de sus armas, y los voxyn no tardarían en atacar a través del arco donde se encontraba Anakin... a menos que el grupo de asalto atacara primero.

Tesar siseó una maldición, lanzó su mini-cañón contra un voxyn y atrajo el arma de Krasov hasta su mano. Su objetivo saltó hacia su cabeza con las garras por delante. Raynar Thul atrapó la criatura al vuelo con su sable láser y abrió en canal su vientre para después apartarse a un lado... pero no contó con su restallante cola.

La punta se le clavó. Raynar hizo una mueca de dolor y se retiró hacia las líneas Jedi, cortando un metro de la cola que tenía clavada en el mono y dejando colgar el resto. Anakin giró sobre sí mismo para llamar a Tekli, pero ella ya acudía antídoto en mano.

Tenían que moverse. Tenían que moverse ya.

Anakin hizo que su barra luminosa brillara al máximo y lo lanzó a través del arco, atrapándolo en pleno aire con la Fuerza y sosteniéndolo lo más alto posible. Los voxyn vomitaron ácido contra él, pero se calmaron al acostumbrarse al fulgor. Anakin vislumbró muchas docenas de criaturas — probablemente casi un centenar— diseminadas por las gradas de un inmenso estadio. La mayoría estaba sentada sobre cadáveres de esclavos, arrastrados hasta allí desde la ciudad, mirándose unos a otros con las escamas de los cuellos erizadas.

No había forma de levitar por encima de aquello. Al fin y al cabo, los Jedi no podían volar y la distancia superaba el kilómetro. Quizá si utilizaban las acrobacias que les permitía la Fuerza...

Jacen llegó a su lado y, al captar sus pensamientos, le echó un vistazo al circo.

—No queremos sobresaltarlos. No dejarán sus... esto..., nidos, a menos que se sientan amenazados. Quizá pueda evitar que nos ataquen.

—Estupendo —apoyó Anakin—. Sería agradable que algo saliera bien.

Se giró para encontrar a Ganner señalando un túnel voxyn excavado con ácido en el pasillo, un poco más arriba de donde se encontraban, y gritándoles que tenían que ir hacia él. Temiendo que no pudieran oírlo por encima del fragor de la batalla, Anakin activó su comunicador.

—Buena idea, Ganner, pero mala elección —señaló la entrada en forma de arco—. Por aquí.

—¿A la arena? —era Jaina—. No podrás curarte si...

—Yo me curaré cuando terminemos —la interrumpió Anakin. Lo que no quería, era que se metieran en un túnel de voxyn y quedar atrapados en él—. Por aquí.

Tesar Sebatyne fue el primero en asentir.

—Como ordenez —creó una barrera de fuego de cobertura—. ¡Retiraos!

Lowbacca hizo lo mismo ante los que atacaban en dirección opuesta, y Jacen abrió camino hasta el circo, mientras se concentraba en apaciguar a los voxyn. Las criaturas más cercanas erizaron sus escamas y arañaron las gradas abriendo surcos en ellas, pero permanecieron en sus nidos sin atacar.

Anakin dejó escapar un suspiro y se volvió hacia Krasov. Aunque tenía cubierta la cara con la máscara respiradora de Bela, huesos y dientes asomaban por los bordes. Anakin captó la mirada de Tekli y levantó una ceja interrogante.

—Ezta vez no, Hermanito —la voz de Krasov apenas era un graznido—. Permíteme que cubra vueztra... retirada.

—No —protestó Anakin—. Lanzaremos un detonador y...

—Demaziado tarde —Krasov abrió la mano para mostrar un detonador térmico, preparado para estallar tres segundos después de que su pulgar soltara el gatillo—. Ezto es mejor.

Alema Rar pasó junto a ellos, tirando de un Raynar Thul embobado. Su estado se debía al antídoto, no al veneno. Anakin envió a Tekli tras la pareja y dejó que Lowbacca los cubriera.

—Krasov, pon el seguro a ese detonador —rogó Anakin. Media docena de voxyn llegaban por el pasillo. Abatió al líder de un disparo en el ojo—. ¿Krasov?

—Krasov ha muerto —Tesar lanzó una granada aturdidora al resto de la manada y, cuando la explosión hizo temblar todo el pasillo, se arrodilló junto a Krasov para tocarla mejilla con mejilla.

Mantuvo el contacto hasta que los restos del ácido hicieron humear sus propias escamas; entonces, se levantó y señaló el pulgar de Krasov, que apenas sostenía el disparador. —Este cree que debemos darnos priza.

Capítulo 13

Anakin se agachó a través del arco para entrar en el circo, con Tesar pisándole los talones. El resto del grupo de asalto ya estaba tres gradas por debajo, alumbrando el camino con las barras luminosas y serpenteando nerviosamente para evitar un nido de voxyn. Los dos Jedi los siguieron, rodeando el cráter de cuarenta metros que Anakin creara minutos antes con un detonador térmico.

Un tumulto de gruñidos y bramidos retumbó a través del arco tras ellos, incitando a Anakin y a Tesar a lanzarse precipitadamente gradas abajo. El detonador térmico que Krasov empuñaba al morir estallaría tres segundos después de que los voxyn golpearan su mano inanimada. Algo se desgarró dentro de la herida de Anakin, provocando un dolor entumecedor en todo su vientre. Lo ignoró y completó un salto mortal, aterrizando sin fuerzas dos gradas más abajo, rodando por encima del borde.

Entonces, ocurrieron dos cosas. Primero, los voxyn que había perturbado pasaron a la ofensiva y abrieron la boca para escupir ácido; segundo, el detonador térmico estalló en el túnel, provocando un fogonazo de cegadora blancura por todo el circo y desintegrando unos cuarenta metros de pared, haciendo que incalculables toneladas de coral yorik cayeran a la arena.

Pero Anakin estaba mucho más preocupado por los furiosos voxyn. Conectando su sable láser, rodó y se puso en pie para descubrir que la bestia arañaba su propia garganta porque estaba ahogándose misteriosamente con su propia lengua y goteaba ácido marrón por la comisura de la boca. Un escalofrío recorrió su columna vertebral cuando dio media vuelta y vio a Welk tras él, gesticulando con una mano convertida en una especie de garra y su cara en una furiosa máscara de concentración.

—Jacen nos necesita a todos abajo! —la susurrante voz de Tenel Ka surgió del comunicador—. ¡Descended en silencio!

Anakin obedeció rápidamente, al igual que Welk, y contempló en silencio como el Jedi Oscuro usaba la Fuerza para estrangular a la criatura. Ciertamente, ni Anakin ni ningún otro del grupo de asalto habría usado la Fuerza para matar directamente, utilizar su poder para extinguir la vida que la sostenía era un camino directo hacia el Lado Oscuro, pero Anakin tampoco podía considerarlo del todo inmoral. Dada la situación inversa, no habría dudado en usar una pistola o un sable láser para salvar a Welk.

Mientras se desvanecía el estrépito del derrumbe de coral yorik, los voxyn seguían gruñendo y arañando el suelo bajo sus patas. Anakin sintió cómo Jacen llegaba hasta las bestias mediante la Fuerza, mandando pensamientos tranquilizadores, luchando por persuadirlos de que aquella sería la última molestia. Dada toda la conmoción de la última hora, era una tarea difícil, pero los voxyn

estaban tan ansiosos por no separarse de sus nidos que se calmaron.

—Podemos movernos despacio —recomendó Tenel Ka—. Pero no hagamos ningún gesto amenazador. Que nadie los ataque bajo ninguna circunstancia.

Cuando Anakin se puso en pie, una oleada de vértigo lo obligó a apoyarse contra el muro, pero nadie se dio cuenta. Todos los ojos estaban centrados en Zekk, que se acercaba a Welk furioso.

—¡Has utilizado el Lado Oscuro! —siseó.

—¿Preferías que la bestia matara al joven Solo? —preguntó Lomi, interponiéndose entre los dos.

—Has roto tu promesa —escupió Zekk.

—Me ha salvado la vida —dijo Anakin, situándose junto a Zekk antes de mirar significativamente a su alrededor. No había ningún voxyn vivo a menos de veinte metros, pero todas las bestias dentro del halo de sus barras luminosas tenían erizadas las escamas de los cuellos y miraban fijamente al grupo de asalto—. Y si nosotros podemos sentir tu ultraje, los voxyn también.

La furia desapareció del rostro de Zekk.

—Lo siento, Anakin —miró a Welk y a Lomi, antes de añadir—: No vuelvas a utilizar la Fuerza... no cerca de mí.

Giró sobre sus talones y descendió por las gradas tras Jacen y Jaina. Anakin lo vio alejarse, demasiado cansado para preocuparse por el rígido punto de vista de Zekk sobre el Lado Oscuro. Sus piernas temblaban por el simple esfuerzo de permanecer en pie. Tardó un momento en concentrarse, usando la Fuerza para calibrar sus energías; entonces, hizo señas a Welk y Lomi para que se le acercasen.

—A propósito, gracias por salvarme la vida —le dijo a Welk.

—Entonces, ¿no te sientes corrompido por el Lado Oscuro? —preguntó Lomi.

—No le tengo miedo, si es eso lo que preguntas —contestó Anakin—. Pero Zekk tiene razón, has roto tu promesa.

—No te preocupes —le advirtió Welk sin mirarlo—. No volveré a hacerlo.

Descendieron por las gradas zigzagueando, mientras Jacen pasaba lo más lejos posible de los nidos voxyn. El hedor se hizo cada vez más insoportable a pesar de las máscaras, y vieron cuerpos en todos los estados de descomposición, madres esperanzadas guardando la comida con la que esperaban nutrir sus estériles huevos. En algunos casos, el voxyn se había dejado morir de inanición, desplomándose sobre los huesos de su nido. Aquella visión golpeó a Anakin, aunque realmente no lo sorprendió. Por sus estudios, y por los discursos interminables de Jacen durante los largos viajes espaciales, sabía que muchas criaturas se enfrentaban a la muerte con tal de proteger a sus crías.

Según Jacen, esa buena voluntad, y el hecho de que en algunas especies eso fuera incluso necesario, era la prueba tangible de la eterna naturaleza de la Fuerza.

A medio descenso, llegaron a un desnivel de diez metros, que resultó ser otra grada de arcos similar a aquella por la que habían entrado. En lugar de arriesgarse a atraer más voxyn sin nido por esos portales, empezaron a rodear el circo, o lo que fuera, subiendo y bajando gradas para evitar los nidos de voxyn. El esfuerzo hizo rápidamente mella en Anakin, aunque recurriera a la Fuerza para ayudarse. Sus rodillas no tardaron en temblarle y el vientre en arderle.

Tahiri, por supuesto, se dio cuenta en seguida. —Anakin, estás temblando.

El asintió con la cabeza.

—Es culpa del hedor.

—El hedor no provoca temblor en nadie más —apuntó Tesar, apareciendo tras Anakin—. Ezte te llevará.

Antes de que Anakin pudiera protestar, el barabel lo cogió en brazos. Tahiri insistió en informar del estado de Anakin a Tekli, cuyo examen terminó abruptamente cuando un voxyn enfadado alzó la cabeza y escupió ácido en su dirección. Temeroso de agitar al resto de las bestias, el grupo de asalto reanudó la marcha, con Anakin acunado en los escamosos brazos de Tesar.

Mientras seguían circundando el circo, Anakin vio que las gradas que había por debajo de ellos estaban en mejor estado que aquellas por las que avanzaban. Las paredes estaban decoradas con estatuas de Yun-Yammka; en muchas de ellas, el dios se arrancaba sus propios miembros o derramaba su sangre. Unas cuantas mostraban a guerreros yuuzhan vong siendo devorados por el dios o emergiendo de nuevo entre sus tentáculos. Cuando empezó a vislumbrar largas púas y ganchos afilados surgiendo de las paredes que rodeaban el suelo del circo, Anakin pensó que probablemente era un estadio en el que los yuuzhan vong se entretenían haciendo luchar gladiadores esclavos entre sí.

Entonces, Anakin notó la serie de rampas que se extendían desde la grada más baja hacia la arena y comprendió que se había equivocado. Los únicos que habían combatido allí eran yuuzhan vong... al menos aquellos lo bastante afortunados como para sentarse entre las privilegiadas gradas bajas. Desde ese punto de vista, las estatuas de Yun-Yammka adoptaban un tono religioso, y empezó a imaginar el circo como una enorme iglesia. Podía ver el lugar lleno de fieles yuuzhan vong mientras el mundonave viajaba por la oscuridad entre galaxias, los ciudadanos más prominentes y los líderes más famosos en la arena, honrando a sus dioses con su sangre, asegurando con sus muertes un nuevo hogar para los yuuzhan vong en la distante galaxia de la Nueva República.

—Bájame —dijo Anakin. Guerreros como aquellos no serían derrotados por alguien que tuviera que ser llevado en brazos de otro durante la batalla—. No quiero que me lleves, no aquí... no hasta que salgamos de esto.

Tesar dejó a Anakin de pie en el suelo.

Lowbacca rugió, antes de gemir una pregunta.

—Entonces, ¿cómo esperas...?

—Tesar puede ayudarme —explicó Anakin, interrumpiendo la traducción de Eme Tedé. Se volvió hacia el barabel—. Cuando Ulaha estaba siendo torturada, tú le diste tu fuerza.

—No ez para tanto —advirtió Tesar—. Eramos trez.

—Tomaré lo que pueda —insistió Anakin—. Sólo quiero terminar esto en pie.

El barabel mostró sus dientes afilados como agujas.

—Entonces, ézte se zentirá honrado.

Anakin sintió el contacto de Tesar a través de la Fuerza, y experimentó un peculiar escalofrío reptilisco mientras se fundía emocionalmente con el barabel. El mundo se volvió extrañamente escarlata, y Anakin sintió su debilidad vertiéndose a raudales en Tesar, y la fuerza de Tesar fluyendo hacia él. Con ella le llegó un extraño sentimiento de soledad, no de dolor en sentido humano, sino de dos dolorosas ausencias que nunca se llenarían.

Sin comprender que los había cerrado, Anakin abrió los ojos.

—Yo... no es lo que esperaba.

—¿No? —siseó Tesar—. ¿Queríaz escamas?

Asombrado al descubrir que realmente había entendido la broma, Anakin rió entre dientes. Su conexión con Tesar era similar a la de la fusión de combate, sólo que lo que compartía ahora era la fuerza del barabel.

Unos minutos después, Alema anunció que habían dado la vuelta al circo hasta el punto opuesto al arco por el que entraron, y el equipo empezó a subir los escalones. Anakin pudo hacerlo por su propio pie, pero Raynar seguía padeciendo los efectos del antídoto y tenía que ser ayudado con la Fuerza. Sólo se encontraban a una grada de la salida cuando Raynar, que esperaba que Alema llegara a su altura, señaló a diez metros más abajo de la grada.

—¡Mirad! —su lengua era tan espesa que, al principio, Anakin no lo entendió—. ¡Eryl!

Raynar se volvió y empezó a tambalearse en dirección al lugar que señalaba, provocando un gruñido de advertencia en un voxyn cercano. Alema se movió velozmente hacia el desorientado Jedi, mientras Anakin y varios más llegaban hasta él en la Fuerza y lo hacían retroceder.

El voxyn escupió ácido, pero falló; entonces, arremetió contra d y desgarró a Raynar dos veces. En el primer ataque destrozó su mono blindado; en el segundo, abrió cuatro surcos profundos en su carne. Anakin dejó que sus compañeros atendieran al Jedi herido, extrajo el sable láser de su arnés y conectó la hoja.

—¡Anakin, no! —gritó Jacen—. Deja que regrese a su nido.

Anakin desactivó la hoja, pero mantuvo el arma en alto. Tesar flotó hasta la

balbuceante figura de Raynar por encima de Ganner' y de Alema, que rápidamente desaparecieron con él tras el borde de la grada. El voxyn siguió mirando fijamente el sable láser que sostenía Anakin entre las manos.

—¿Necesitas ayuda, joven Solo? —preguntó Lomi—. Puedo matarlo, pero mi promesa...

—Manten tu promesa —le recomendó Anakin. Bajó poco a poco el sable láser y retrocedió—. No quieras ver a Zekk furioso.

—No estoy segura —añadió Lomi—. Dicen que cuando está furioso es muy poderoso.

El voxyn se retiró a su nido. Anakin suspiró de alivio y se unió a los otros en la última grada de salida. Alema y Zekk ya estaban al otro lado con Tekli y Raynar, pero Jacen y el resto esperaban bajo el arco.

Anakin llegó hasta allí y miró a Raynar por encima del pequeño hombro de la chadra-fan. Cuatro surcos profundos le cruzaban diagonalmente el pecho, pero no sangraba mucho y tampoco tenía ningún hueso al descubierto.

—¿Cómo está?

—Bastante bien de momento —aseguró Tekli, llenando las heridas con espuma limpiadora—. Todo dependerá de cómo funcionen los antígenos de Cilghal.

Anakin siguió contemplando a Raynar. Otra baja, esta vez un amigo íntimo de Jacen y Jaina... Pero habían conseguido pasar entre los nidos de voxyn. Se sentía afligido y aliviado, pero no culpable.

Habíahecho todo lo que había podido.

Aunque Raynar estaba demasiado incoherente para darse cuenta, Anakin se arrodilló y le palmeó el hombro.

—¿Puede seguir?

—Mientras alguien lo ayude a levitar —dijo Tekli—. Yo lo guiaré.

Zekk elevó al paciente por los aires antes de que Anakin pudiera dar la orden. Alema estaba a su lado, sosteniendo el botiquín de Tekli con expresión apenada. Anakin le apretó tranquilizadamente el brazo, cogió el botiquín que sostenía la Jedi y se lo pasó a Tahiri.

—Te necesitamos para que nos guíes —le dijo a Alema—. Lomi nunca ha salido del terreno de entrenamiento y todos los demás están perdidos aquí abajo.

Alema lo pensó un momento; entonces, los guió por el pasaje en dirección opuesta a la que llevaban antes. Este nuevo pasillo se parecía al que les había llevado hasta el circo, salvo que no tenía cuevas excavadas con ácido que conectaran con túneles paralelos. En su momento, el grupo pasó por una intersección bloqueada con coral yorik, probablemente para impedir que los voxyn escaparan hacia el resto del mundonave. Alema pasó por delante de la primera, después de la segunda, pero finalmente se detuvo ante la tercera.

—Siento que estamos muy cerca de la superficie —un temblor recorrió su lekku mientras hablaba—. Supongo que estamos lejos de la puerta hacia la que nos empujaban. A lo mejor por fin podemos pillarlos por sorpresa.

Jaina comprobó su comunicador.

—Quizá podamos. Todavía no han tropezado con la mina de dardos.

Anakin gesticuló hacia la barricada.

—¿Quién quiere hacer los honores?

Lowbacca y Tesar conectaron sus sables láser simultáneamente y se pusieron a trabajar. El coral yorik era mucho más duro que a bordo del *Muerte Exquisita* y tardaron casi veinte minutos en abrirse paso a través del tapón de un metro de espesor. Anakin pasó la mayor parte de ese tiempo meditando, haciendo todo lo posible por su herida, pero Tekli no quiso volver a abrirla. Se le había saltado un punto, pero no tenían nada con qué volver a coserlo.

Por fin, Ganner sacó el último bloque de coral de la intersección. Ante ellos, un enorme túnel de acceso ascendía hasta la superficie en un ángulo poco empinado. Unos cincuenta metros más allá, el túnel terminaba en una membrana transparente con una válvula que daba paso a una de las rutas de servicio amuralladas que habían visto desde el espacio. No obstante, era obvio que ya no se utilizaba aquella senda. Estaba abarrotada de equipo capturado: deslizadores, carretillas de transporte, aerotaxis, incluso un coche nube SoroSuub. Todo aquello había sido almacenado lejos de la yista, hasta que se necesitara en el curso de entrenamiento.

Y allí, en medio de la maraña, con las compuertas selladas y el tren de aterrizaje medio extendido, se veía un carguero ligero.

—¡Vaya! —exclamó Anakin—. Parece que por fin la Fuerza nos acompaña.

Capítulo 14

Fue un viaje de cuarenta y dos segundos en turboascensor hasta la planta de los Solo en su torre residencial Puertoeste. Nunca cuarenta segundos le habían parecido tan largos. Leia extrajo su sable láser del estrecho bolsillo de su grasiento y sucio traje de vuelo y Han comprobó el nivel de potencia de su famoso BlasTech DL-44. Debido al discreto pero eficiente departamento de seguridad, Leia daba por hecho que habría un par de droides de vigilancia y un supervisor alerta, esperándolos con un escáner de retina cuando salieran del ascensor. Quizá aquello fuese lo mejor, si así Han no empezaba un tiroteo. Siempre es inteligente tener un pequeño apoyo en situaciones como éstas.

—¿Esta cosa no puede ir más rápido? —gruñó Han.

—No colocan compensadores de aceleración en los turbo-ascensores —recordó Leia—. Ten paciencia, Han. Seremos más útiles sin las rodillas en el pecho.

Han se mantuvo en silencio durante un momento y después preguntó: —¿Adarakh dijo que estaban en camino o que ya se encontraban en el edificio?

—En nuestra planta —dijo Leia—. Dijo que ya estaban en nuestra planta.

Con sus raros ladalum rojos y su lechoso suelo de piedrolarmal, el atrio de los Solo parecía tan desierto y plácido como la primera vez que lo había visitado. En lugar de deambular con indiferencia, como había hecho entonces, Viqui Shesh se dirigió al callejón sin salida. Le seguía la amenazadora forma de toda una célula de infiltrados yuuzhan vong.

Vestidos con el mono azul del Departamento de Salud y llevando enmascaradores oogolith notablemente similares, los compañeros de Viqui parecían más una cuadrilla de asesinos que un equipo de control de plagas, pero eso no importaba mucho. Los droides no serían capaces de realizar el razonamiento necesario para interpretar como una amenaza esa extraña semejanza, ni habría centinelas alerta para notarlo. Diez minutos antes, Viqui había pasado por allí sin detenerse, lanzando un inofensivo silbido ultrasónico que había provocado que su sensibabosa se autodestruyera y liberase una nube de esporas inductoras del sueño. A partir de ese momento, todos en el apartamento de los Solo, incluido Ben Skywalker, debían estar pacíficamente dormidos.

Viqui casi había puesto los pies en el atrio cuando escuchó un inesperado murmullo a su espalda. Se dio la vuelta y vio cómo los infiltrados se desabrochaban los cuellos para poder llegar a los respiradores gnullifh que llevaban ocultos bajo el mono.

—Todavía no, caballeros —intentando evitar que el sistema de seguridad

identificase un rastro de tensión en su voz, Viqi habló con un escaso hilo de voz—. No queremos alarmar a nadie.

—Pero las esporas...

—Dejan de tener efecto después de cinco minutos, o al menos eso me han hecho creer —a Viqi no le agradaba mucho que su juicio fuera cuestionado por un subordinado varón—. Han pasado diez minutos.

—Se asientan en la superficie después de cinco minutos —corrigió el líder. Su nombre era Inko, Eagko o algo igual de extraño—. Si se vuelven a esparcir por el aire.

—Nos pondremos los respiradores cuando hayamos entrado, Inkle —Viqi empujó la mano del líder de vuelta bajo su mono y después señaló con un gesto hacia el servodroide GL-7 que esperaba paciente al otro lado de la puerta de cristacero—. Si el droide anfitrión ve aproximarse a un equipo de control de plagas con gnullith puestos, los guardias de seguridad de la torre estarán aquí abajo antes de que podamos cruzar el atrio. Hay que desactivarlo antes de que nos descubra.

El líder lo consideró durante un momento, después hizo una seña con la cabeza a sus guerreros y apartó la mano del gnullith.

—Ingo Dar —dijo—, me llamo Ingo Dar.

—Por supuesto —Viqi torció la mirada y se volvió hacia el atrio— Sigúeme, Ingo, y haz sólo lo que ordene.

Aunque Viqi iba a descubrirse como una de las más notables traidoras en la corta historia de la Nueva República, no se había preocupado por enmascarar ni su apariencia ni su voz. Un cuidadoso análisis de los datos de seguridad sería igual de efectivo aunque ella fuera disfrazada, y, por su espía en el departamento de seguridad, sabía que sería inútil cualquier intento de evitar las holocámaras y los micrófonos escondidos. Por otro lado, una parte de ella, una parte importante, quería que Luke Skywalker supiera quién se había llevado a su hijo. Nadie podía interponerse en el camino de Viqi Shesh y escapar a las consecuencias, ni siquiera el Maestro de los Jedi.

Por supuesto también habría consecuencias para ella. Se convertiría en una mujer perseguida, una traidora vilipendiada, y todo su planeta quedaría estigmatizado por su traición. Pero no durante demasiado tiempo, lo sabía a ciencia cierta. Desde que perdió su puesto en el CSMNR se las había arreglado para aumentar su valor ante el Maestro Bélico reclutando una red de espías que creían trabajar sólo para que ella recuperase el prestigio perdido. Ya había proporcionado al Maestro Bélico no sólo el secreto de las bombas sombra Jedi, sino las lecturas técnicas de los proyectores de gravedad a bordo del *Mon Mothma* y del *Elegos A'Kla* y la localización en el hiperespacio de las minas que la Nueva República había situado entre Borleias y Coruscant. Tsavong Lah sabía que ordenándole distraer a los Jedi de esta manera

perdía la baza más valiosa de su aparato de Inteligencia. A Viqi sólo se le ocurría una razón para ese comportamiento.

Tsavong Lah iba a atacar Coruscant, y pronto.

Mientras Viqi se aproximaba a la puerta, el GL-7 giró su rostro sonriente hacia ella e hizo una demostración escaneando sus rasgos, aunque sabía que ya lo había hecho antes, a unos veinte metros, cuando ella había pisado el panel de presión a la entrada del atrio. Sonrió cálidamente y deslizó la mano dentro de su bolso de diseño para alcanzar el arma láser de dos cañones que llevaba escondida en su estuche de maquillaje antiescaneo.

—¡Senadora Shesh, qué amable por su parte visitarnos! —emitió el GL-7 con entusiasmo electrónico—. Trespeó me informa de que en este momento todos duermen en la casa, pero espera que se despierten en breve. Si a usted y a sus amigos no les importa esperar, les ofreceré un refrigerio.

—¿Refrigerio?

No era el tipo de recibimiento que se esperaba Viqi, pero quizá la programación del droide no había sido actualizada desde su *retiro* como miembro del COSERE. Ciertamente, Leia Solo habría estado ansiosa por ofrecer una cálida recepción al senador que controlase los esfuerzos y recursos económicos de los refugiados. Dejando la pistola láser extensible en su bolso, Viqi dijo: —Sí, un refrigerio estaría bien. —Trespeó les espera —la puerta de cristacero se deslizó a un lado—. Por favor, disfruten de su visita.

Sólo su experiencia como política evitó la estupefacción de Viqi.

—Gracias, estoy segura de que lo haremos.

Viqi cruzó el umbral, esperando que los infiltrados que iban detrás de ella no estuviesen haciendo ninguna locura, como sacar los anfibastones que llevaban en la cintura, y se adentró en el vestíbulo: un atrio abovedado similar al precedente, aunque mucho más pequeño e incluso menos ostentoso.

A la izquierda, una gran puerta doble se abría al balcón que daba a la línea del cielo de rascacielos, y donde un aerotríneo que les había proporcionado un popular vendedor de camas de aire les esperaba dos metros más abajo para permitirles una huida rápida.

El droide dorado de protocolo de los Solo surgió del interior del apartamento.

—Soy Trespeó, experto en relaciones humanas y cibernéticas.

—Toda la galaxia sabe quién eres, Trespeó —comentó secamente Viqi.

—Es muy amable por su parte decir eso, senadora Shesh. —C-3PO señaló a un conjunto de sillones tipo puf extendidos alrededor de una jardinera de ladalum—. La estábamos esperando. Por favor siéntense y tomaré nota de las bebidas para usted y sus amigos.

De hecho, el tono del droide era tan agradable que Viqi no se dio cuenta de lo que

ocultaban sus palabras hasta que se dio la vuelta y desapareció al doblar la esquina. Al instante, los infiltrados comenzaron a buscar el gnullith bajo el mono, pero Viqu sacó la pistola láser de donde la tenía escondida y comenzó a gritar al droide:

—¡Trespeó! ¿Estabas esperándonos?

—Sí. ¿Por qué, senadora Shesh? —el droide reapareció al instante, sosteniendo en sus manos metálicas una delicada esfera de cristal vors salpicada por dentro con algún tipo de material orgánico—. Se me ha comunicado que esto le pertenece.

Todavía luchando por entender la situación. Viqu levantó su pequeña pistola láser hasta la cabeza del droide.

—Quédate quieto.

C-3PO se detuvo.

—¡Oh, Dios mío! —la esfera de cristal se resbaló de entre sus manos—. ¿Es esto realmente necesario?

Viqu tuvo tiempo suficiente para tomar aire antes de que la esfera se hiciese añicos contra las baldosas del suelo. Entonces, un pequeño alienígena de piel grisácea pasó junto al droide con una pistola láser de repetición T-21 sin que éste se diera cuenta. Notó que llevaba una máscara para respirar.

Viqu disparó hacia él y escuchó el golpe que hizo el primer infiltrado al caer al suelo. El alienígena disparó en su dirección, pero sin darle, y dos guerreros más se desplomaron.

Cuando cayó un cuarto, Viqu comprendió que la situación no tenía salida y emprendió la huida. No podrían derrotar al noghri aunque alguno de los yuuzhan vong permaneciera consciente el tiempo suficiente para ponerse el gnullith.

Las puertas deslizantes del balcón se abrieron automáticamente al llegar ella, y un segundo noghri se tiró al suelo. Viqu avanzó dos pasos más y desperdició el último disparo de su pistola láser contra él. Falló el tiro, naturalmente, pero obligó al alienígena a perder un instante en esquivarlo.

Ese instante era todo lo que Viqu necesitaba. Cruzó velozmente el balcón y saltó a ciegas la barandilla de seguridad.

Con algo de suerte, el aerotrino estaría aún allí, dos metros más abajo.

Luke sentía el regazo extrañamente vacío sin Ben. En los más extraños momentos se sorprendía sosteniendo la mano delante de su vientre y apartando un poco el codo del cuerpo, balanceándose y canturreando suavemente. A veces, como ahora, hasta notaba calidez en las costillas allí donde su hijo se apretaba contra ellas, o que el aire era dulce, con el olor a leche que exhalaba Ben.

Percibiendo un repentino silencio en el ambiente, Luke buscó con la mirada a las tres mujeres de la habitación: Mara, Danni y Cilghal, que lo observaban con sonrisa cómplice. Sintió que se ruborizaba y supo que no tenía sentido negar que sus

pensamientos estaban en otro lugar.

—Bien, nada más parecía funcionar —se encogió de hombros y sonrió avergonzado. Después miró a través del ventanal de transpariacero hacia la masa de tentáculos que se retorcían en el depósito de nutrientes—. Pensé que podíamos probar también con música.

—Seguro, Luke —dijo Mara—, estoy segura de que a los coordinadores de guerra yammosk les cautivará *Baila, baila, pequeño ewok*.

—¿Por qué no? —dijo Cilghal—. Funciona tan bien como cualquier otra cosa que hayamos probado. Sabemos que se comunican por modulaciones gravitacionales, pero debe de haber algo en el patrón de onda que se nos escapa. Nada de lo que hemos intentado nos ha servido.

—¿No sirve o él se niega a reaccionar? —dijo Luke, estudiando la criatura más de cerca—. Seguimos hablando de los yammosk como si fueran animales, pero no estoy seguro de ello. ¿Y si no quieren responder? Si son lo suficientemente inteligentes como para dirigir una batalla.

—Desde luego que son lo suficientemente inteligentes para no querer ayudarnos —dijo Danni.

Negó con la cabeza cansinamente—. Por cada paso que damos hacia delante...

El comunicador de Luke sonó, después el de Mara.

Ella fue primero a por el suyo.

—Aquí Mara.

—Todo va bien, pero Leia cree que deberías saber que acabamos de tener una pequeña escaramuza —la voz de Han sonaba muy baja y rasposa, como resultado de dividir entre dos comunicadores la transmisión del centro de comunicaciones de Eclipse. Luke apagó el suyo y la voz sonó más como la de Han—. No hay nada por lo que preocuparse.

Luke y Mara se miraron el uno al otro, después Mara preguntó:

—¿A qué te refieres con que no hay nada por lo que preocuparse?

Si no hubiera algo de lo que preocuparse, ¿dirías que no hay nada por lo que debamos preocuparnos?

—Viqi Shesh nos ha hecho una visita —dijo Leia—. Vino con una cuadrilla de infiltrados.

—¿Van a por Ben? —preguntó Luke.

—Eso parece —dijo Han—. Adarakh y Meewalh los sorprendieron en el vestíbulo. Los yuuzhan vong están muertos o camino de una instalación de interrogatorios del Servicio de Inteligencia de la Nueva República.

—¿Y Viqi? —preguntó Mara.

—Saltó por el balcón —dijo Leia.

—No cayó muy lejos —añadió Han—. Tenía un trineo de transporte una planta

más abajo.

Inteligencia lo está rastreando.

—No llevará mucho tiempo encontrarla —se apresuró a añadir Leia—. En una hora cada escáner de voz de Coruscant estará intentado rastrear su huella.

Luke y Mara volvieron a mirarse el uno al otro, entonces Mara se encogió de hombros.

—¿Quién dijo que yo estaba preocupada? —preguntó Mara—. Si hay alguien en la galaxia que sepa cómo tratar con secuestradores, esos son Han y Leia Solo.

Eso arrancó una sonrisa a Han y Leia, que ya habían perdido la cuenta de las veces que habían secuestrado a sus hijos.

—Pero vosotros seguid así —ordenó Mara—. Nada de ocultarme que vais en misiones de reconocimiento secretas cuando se supone que estáis vigilando a mi hijo.

—Te tomo la palabra —dijo Han—. Me vendrá bien pasar un rato tumbado en el sofá.

Tras cortar la comunicación, Luke todavía podía sentir que Mara se resistía de forma persistente a descansar. Esperó a que estuvieran en el gélido pasillo, donde el sistema de calefacción de Eclipse volvía a funcionar por debajo de sus especificaciones. Mara miró a ambos lados y se abrochó el termotraje hasta el cuello.

—No es fácil estar aquí —dijo él—. No con los yuuzhan vong yendo a por Ben en Coruscant. Mara esbozó una sonrisa.

—Justo ahora, que estaba todo tan tranquilo...

—Podrías tomarte algunos días. A Ben también le gustaría ver a su madre.

—Y a su madre verlo a él —dijo Mara. Se quedó callada, reflexionando, después negó con la cabeza—. Pero también quiere protegerlo y la única manera de hacerlo es mantener a los yuuzhan vong lejos de Coruscant. Con todos esos convoyes de refugiados desapareciendo entre Ralltiir y Rhinnal, esto no es sólo tranquilidad.

Luke asintió.

—Yo también lo siento así —le cogió la mano y ambos se dirigieron hacia los hangares, donde Corran Horn quería enseñarles un sistema de localización de objetivos que estaban insertando en los XJ3S—. Esto es la oscuridad antes de la nova.

Capítulo 15

Buenas noticias, el Maestro Lowbacca desea informar de que el *Taquión Volador* estará listo para el despegue antes del ataque a la reina.

Horrorizado por si la áspera voz de Eme Tedé descendía por las polvorientas pistas hasta llegar al seto de espinas defensivo del grashal, Anakin y otros dejaron caer sus auriculares. Estaban examinando el laboratorio de clonaje a más de cien metros de distancia, pero el aire en esta parte de la mundonave era tan estable que incluso se transmitían los sonidos suaves.

—Ahora está reinsertando los núcleos del reactor —dijo Eme Tedé—. Volvemos a casa, Maestro Anakin. ¡Al final saldrá con bien de ésta!

—Afirmativo —la voz de Anakin era un susurro desnudo. Antes, Jacen había sentido la presencia de un único voxyn dentro del enorme grashal, por lo que parecía que por fin habían encontrado a la reina. Sólo les quedaba matarla antes de que los yuuzhan vong se dieran cuenta de que estaban allí—. Mantén el sistema de comunicación en silencio.

—¿El sistema de comunicación en silencio? —la voz de Eme Tedé se volvió más silenciosa—. ¿Significa eso que estás en...?

La pregunta terminó bruscamente cuando algo apagó al droide. Después, Lowbacca se dio por enterado con un clic del sistema de comunicación. Anakin respondió con un doble clic y continuó su reconocimiento. El grashal, de forma cónica, estaba en el corazón de lo que una vez había sido una cámara abovedada que se había convertido en una inmensa oquedad donde los cuidadores reorientaban la gravedad de la mundonave. Como el grupo de asalto había visto desde el otro lado del espaciopuerto, la cumbre de la enorme estructura sobresalía a través de la capa exterior de la mundonave y, a juzgar por el número, de membranas parcheadas, proporcionaba una parte importante del apoyo necesario para el techo provisional.

Era imposible saber si Nom Anor habría deducido que su presa estaría allí, pero Anakin sentía una urgencia en la Fuerza. El grupo de asalto había escapado de la guarida del voxyn hacía una hora, así que el Ejecutor ya sabría con certeza que había perdido a su presa. Anakin dio por hecho que su enemigo conocería una ruta más corta, que incluso podía estar esperándolos dentro. Alguien tendría que poder aclararle eso, pero no acertaba a pensar quién. ¿Alema? ¿Tahiri? Ambas tenían experiencia en bases yuuzhan vong, pero su conocimiento de este complejo no era más específico que el de cualquiera. Negó con la cabeza. Había alguien más, pero por su vida que era incapaz de recordar quién..

Dentro del *Taquión Volador*, un averiado pero fiable carguero ligero YV-888 de la

Corporación de Ingeniería Corelliana, Lowbacca apretó el último anclaje de los escudos hasta una presión adecuada.

Después inició una autoevaluación. El panel de instrumentos devino en una ráfaga de danzantes luces mientras el cerebro del reactor comprobaba sus circuitos. Finalmente, un vapor verde brillante comenzó a ascender por la puerta del panel de observación de los escudos. Cuando ninguno de los vapores pareció filtrarse a través del sellado, autorizó la comprobación de la presión. Colocó la hidrollave de tuercas en su cinturón de herramientas y comenzó a examinar a su paciente. Tekli le había asegurado que la dosis de sedotran mantendría inmóvil un buen rato a cualquiera, incluso a un Jedi, hasta que los demás hubieran vuelto, pero Lowbacca quería estar seguro. Ya se había visto obligado a atar a Raynar después de que el febril Caballero Jedi se machacara la muñeca contra la barandilla de seguridad de la litera.

Cuando Lowbacca pasó la esclusa, escuchó a alguien golpeando en la cubierta exterior. Fue hasta el panel de seguridad y activó el monitor externo. La videocámara estaba tan llena de polvo que sólo pudo ver la vaga estampa del traje aislante de un hombrecillo que martilleaba en el duracero con la culata de un minicañón láser. Activó su comunicador y empezó a preguntar qué iba mal. Después recordó la petición de Anakin de mantener en silencio el sistema de comunicación y se adentró en la cámara de ecualización. Selló su traje aislante, y acortó dos cables que colgaban desde la caja de control.

Cuando el sellado exterior cedió, sintió un súbito escalofrío de miedo y cogió el sable láser del cinturón. Se abrió la compuerta y la voz de Lomi Pío sonó a través del canal privado.

—Esto no es necesario —ella extendió el minicañón hasta su cintura forzándole a él a que bajase los brazos para coger el arma—. Acompáñame, los caracortada tienen acorralados a tus amigos.

Ella se volvió y empezó a bajar por la rampa de acceso, esgrimiendo su propia pistola láser T-21 de repetición mientras corría. Lowbacca salió corriendo tras ella, parándose sólo para enganchar el sable láser a su arnés.

El wookiee ya había llegado al final de la rampa cuando sintió otro humano detrás de él, acechando en alguna parte debajo del *Taquión Volador*. Alzó instintivamente el minicañón, miró a un lado y a otro y encontró a Welk saliendo de detrás del tren de aterrizaje. Una pistola láser le apuntaba al pecho. Sin necesitar más evidencia de la traición de la pareja, Lowbacca apretó el gatillo del minicañón.

A la batería no le quedaba energía ni para activar el chivato que indicaba que estaba vacía. Dolido por la enormidad de la traición Lowbacca bajó el minicañón y conectó con el canal personal de Welk para gruñir una pregunta de una sola palabra.

—Porque tus amigos se dirigen a la muerte y quieren llevarse consigo a todos los que estén a su lado, por eso —respondió Welk.

Disparó y acertó de lleno en el pecho de Lowbacca con un rayo azul aturdidor. El wookiee sofocó un gruñido de dolor, hincó la rodilla en el suelo y recurrió a la Fuerza para mantener la consciencia.

Arrojó el minicañón contra Welk y cogió el sable láser, mientras rodaba con el hombro y se levantaba sobre una de sus rodillas. La hoja de bronce líquido lanzó una cuchillada hacia la cintura del Jedi Oscuro.

Comenzaron a lloverle rayos aturdidores desde atrás.

—Juega limpio, wookiee —dijo Lomi—. Podríamos haber configurado nuestras armas para matar.

Anakin casi había terminado de explicar su plan cuando un resplandor azul brilló con fuerza entre los parches transparentes del techo. Levantó la mirada y vio al *Taquión Volador* disparando en el cielo verde. El carenado de las turbinas resplandecía con intensidad mientras los motores de iones cobraron vida con un destello.

—¿Lowie? —exclamó.

Jaina y los otros estuvieron al momento en sus comunicadores, intentando comunicarse con Lowbacca y tratando de averiguar por qué se iba. Su única respuesta fue el zumbido de la electricidad estática.

—Ez extraño —dijo irritado Tesar Sebatyne—, siempre me han dicho que no hay nada más leal que un wookiee.

—Eso es cierto —dijo Jacen—. Y Lowbacca es más leal que la mayoría. Algo va mal.

—Es un hecho —dijo Tenel Ka.

Los integrantes del grupo de asalto se miraron los unos a los otros inexpresivos mientras Anakin intentaba restablecer la comunicación con Lowbacca. Cuando aquello no funcionó, Jaina cambió los canales y mandó una señal de activación a Eme Tedé.

—¿... peligro? —preguntó el droide, terminando la pregunta que había estado en sus circuitos cuando Lowbacca lo apagó—. Oh, Dios mío, ¿cuándo hemos despegado?

—Eme Tedé, ¿qué hace Lowie? —preguntó Jacen—. ¿Por qué se va?

—¿Se vá? ¿Por qué dice eso? El Maestro Lowbacca no está haciendo nada por el estilo. Está justo aquí con... —el droide dejó la oración en suspenso, después gritó como si chirriara—: ¡Ayuda! ¡Están robándome!

—¿Quién? —preguntó Anakin.

—¿Quién? —se oyó el eco de Eme Tedé—. Lomi y...

—Welk —terminó Zekk, con voz dura y furiosa—, Lomi y Welk.

Tan pronto como oyó los nombres, Anakin se acordó de la Maestra Oscura que

los había guiado por el campo de entrenamiento y cuyas últimas palabras habían sido parecido a *nunca estuvimos aquí*. Había visto cómo alzaba la mano y había sentido la Fuerza en sus palabras, pero Lomi eran tan sutil como poderosa. Ni siquiera conseguía recordar si había tenido tiempo para resistirse a ella.

Puede que Ganner no fuera el primero en darse cuenta de lo que suponía para Anakin el robo de la nave, pero, como de costumbre, era el único suficientemente audaz como para decirlo.

—Anakin, lo siento. Una vez que supimos que eran Jedi Oscuros nunca debimos...

—Sí, debíamos —dijo Anakin. Le sorprendió descubrir lo calmado que estaba, lo concentrado en su deber—. Sin ellos no habríamos llegado tan lejos, y de todas formas habría muerto en la arena.

—De ninguna manera —insistió Tahiri—. Encontraremos otra forma de salir de esta roca.

—Lo primero es lo primero —dijo Anakin suavemente, aunque Tekli todavía trabajaba en él, abordando su herida con la Fuerza para reparar sus deteriorados órganos, podía sentir su fortaleza desapareciendo y su creciente dolor—. Concéntrate en la misión.

El punto azul de las toberas del *Taquión Volador* brillaba intermitente casi completamente fuera de la vista. Entonces, un grupo de coralitas atravesó como un rayo una membrana remendada y disparó. Un momento después, la oscura forma de la fragata de Nom Anor surcó el horizonte, también persiguiendo al YV-888.

—Ojalá los atrapen los caracortada —dijo Alema Rar con tono amargo—. Ojalá los tiren como desperdicios en un corral de voxyn.

—Yo no —Tenel Ka miró su comunicador, que ya estaba recibiendo pulsaciones de electricidad estática cuando las primeras bolas de plasma se estrellaron contra los escudos del Taquión—. Nuestro amigo Raynar aún va a bordo.

La angustia que notaba Anakin en el pecho le resultaba demasiado familiar. Activó el comunicador de Lowbacca de forma remota y lo encontró en completo silencio.

—Pero Lowie no —dijo él—, y estoy bastante seguro de que si lo hubieran asesinado, lo habríamos sentido morir.

Como nadie decía nada, apartó la mirada del comunicador y los encontró a todos pendientes de él. Brotaban lágrimas de los ojos de Jaina y Jacen. Tahiri se enjugaba las mejillas con el puño de la manga.

—Será mejor que salgamos ya —dijo Anakin intentando no' perder la concentración. Se separó de Tekli, después descolgó la pistola láser G-9 de Raynar de su hombro y levantó la mira de larga distancia—. Jaina, manten un canal abierto a Raynar. Igual así nos enteraremos de lo que le pasa.

Y quizá no —se dijo Anakin—. En la guerra, a veces la gente desaparece sin más, sin que nadie llegue a saber nunca lo que les pasó, dejando a amigos y familia llevando una vida de añoranza e incertidumbre.

—Este sería un buen momento —dijo, al ver que nadie se movía.

El grupo de asalto preparó sus armas y dejó fluir sus emociones. Dejando a un lado la persistente indignación y algunos sentimientos de culpa debidos a la traición de los Jedi Oscuros, parecía la fusión de combate más firme que habían tenido desde que estuvieron en los calabozos. Anakin se arrodilló a algunos metros de la boca del pasadizo y apuntó a una de las oscuras formas que se veían desde el borde roto. Cuando sintió que los otros también habían localizado sus objetivos, un guardia para cada dos Jedi, disparó.

Ocho rayas de color barrieron la polvorienta pista y atravesaron los setos hasta alcanzar a las cuatro oscuras siluetas que había más allá. Ninguno de los disparos erró. No podían echar a perder un ataque tan importante. No con la Fuerza guiando su puntería. Pero sólo dos disparos llegaron a perforar las armaduras de cangrejos vonduun de los guardias, y seis rebotaron en ellas, levantando columnas de polvo en el aire o haciendo agujeros ardientes en la pared del grashal.

Los guardias supervivientes se lanzaron en busca de refugio. La mitad del grupo de asalto ya descendía por la cuesta a toda velocidad, disparando sus T-21 de repetición mientras corrían, manteniendo a los yuuzhan vong inmovilizados y despejando el camino para armas más potentes.

Anakin y Jaina dispararon otra vez. Sus pistolas láser, de disparos propensos a desviarse y perderse en la distancia, solo podían mantener a raya a los guardias. Un guerrero cayó blanco de la carabina de Alema. Los otros se tambalearon ante el minicañón de Tesar y rematados por los T-21 cuando entraron en su alcance de tiro. Pese a la fortaleza que le prestaba Tesar, Anakin fue incapaz de mantener el paso. Tahiri, Jaina y Tesar retrocedieron para mantenerse a su altura.

—¡Iros! Os alcanzaré.

—Cuando los jawas naden —respondió de sopetón Tahiri.

—Anakin, no estás en condiciones —dijo Jaina—. Vuelve al refugio del equipamiento y localiza a Lowie. Quizás si encuentras un lugar seguro para esconderte y entrar en trance curativo...

—Es demasiado tarde para eso —dijo Anakin—. Llegaré hasta el final.

—¿Aunque eso signifique poner a otros en peligro? —preguntó Jaina—. Si eres lento eres un peligro para todos nosotros. Al menos intenta entrar en trance.

Anakin sabía que las cosas habían ido demasiado lejos para un trance. Tenía bastante sed como para beber sudor y sentía el abdomen endurecido por la sangre coagulada. Probablemente, el esfuerzo de buscar un lugar lo bastante seguro como para entrar en trance lo mataría de todas formas. Pero pensar que podría estar

perjudicando a los demás le hizo pararse. Una cosa era afrontar lo inevitable y otra hacer que los demás comulgasen con eso. Buscó guía en la Fuerza, abriéndose a su marea, intentando sentir a dónde le llevaba.

El sonido ondulante de los pequeños voxyn afloró en su mente. Volvió a sentir el sobrecogimiento que había sentido en la arena, al darse cuenta de que quienes lucharon allí habían sido patricios yuuzhan vong. Entonces la Fuerza le habló.

—Voy —dijo él.

Jaina cerró la mandíbula, después apartó la mirada. —Lo suponía.

La primera tanda de Jedi llegó al seto y se agachó en los agujeros hechos por los láseres. Los tallos de los setos les golpeaban como si fueran serpientes. Media docena de sables láser cobró vida con un chasquido y empezó a cortar las zarzas, y los Jedi llegaron al otro lado quitándose los espinosos tallos que se envolvían alrededor de sus cuellos y piernas. El seto volvió a atacar cuando llegó la segunda tanda. La primera dejó que se las arreglaran solos mientras se encaminaba al grashal. La rapidez era crucial. Durante su reconocimiento, Anakin había sentido la presencia de yuuzhan vong acechando a unos cientos de metros más allá del laboratorio de clonaje, presumiblemente donde se esperaba que el grupo de asalto saliera de las madrigueras de los voxyn.

Cuando Anakin y sus tres acompañantes cruzaron el seto, la primera tanda ya había cortado la pared del grashal. Tenel Ka, Zekk y Alema se pegaron al bloque recortado y entraron con él, mientras Ganner utilizaba la Fuerza para empujarlo al interior.

Una nube de insectos salió del interior. Los Jedi se pegaron unos a otros dentro de sus monos blindados y las hojas de sus sables dejaron rastros de colores chisporroteantes con forma de abanico mientras batían a los insectos en el aire. La explosión de una granada sacudió el grashal, después otra y otra más, y la tormenta de insectos fue convirtiéndose en llovizna.

—¡Despejado! —gritó Zekk.

Ganner y Jacen se agacharon para entrar. Jaina aumentó la potencia de su pistola láser para seguirlos, pero entonces los comunicadores de todos se conectaron para emitir estática. Se produjo una perturbación en la Fuerza, lo suficientemente fuerte como para deberse a la muerte de Raynar.

Anakin miró al techo, pero no vio nada a través de las membranas parcheadas aparte del verde resplandor de Myrkr. Nunca lo sabría.

—Lo pagarán —Jaina lloró mirando al techo—. Lo pagarán.

—Entonces que así sea —dijo Anakin. Jaina estaba ojerosa por la fatiga, su boca se curvaba hacia abajo por el pesar y parecía más débil y atribulada de lo que Anakin la había visto nunca—. Estamos aquí para destruir a la reina, no para vengarnos.

—Cierto —Jaina cruzó la entrada—, la venganza vendrá luego.

Anakin dejó a Tahiri y a Tekli en la abertura de la pared, con la carabina de Alema, y siguió a su hermana dentro del grashal. Era como entrar en una tormenta nocturna de Yavin 4. Una oscura niebla flotaba sobre sus cabezas, un brillante liquen proyectaba una luz cetrina desde algún lugar sobre sus cabezas, mientras disparos láser surcaban el aire, los sables láser centelleaban como rayos coloreados y el aire húmedo amortiguaba el griterío y el rugido del combate, haciendo que toda esa muerte pareciera más distante de lo que era.

Anakin miró a ambos lados del bloque de la puerta y abatió a un insectocortador en el aire. Luego avanzó y se encontró en medio de una selva de pulsantes lianas blancas cuyos tallos huecos con forma de sacacorchos se alzaban desde contenedores de crianza llenos de barro con olor salado.

Ante ellos había yuuzhan vong por todas partes, y su presencia era demasiado dispersa e indistinta para decirle algo más. Un par de insectos aturdidores lo hicieron arrojar al suelo. Cambió el sable láser por la pistola láser y se levantó disparando.

Los primeros disparos le dejaron tan deslumbrado que sólo vio una forma oscura al otro lado del enorme contenedor, agachándose para cubrirse. Rodeó el contenedor, oyó el siseo de un sable láser al encenderse y el siseo familiar de Tesar. Los yuuzhan vong habían lanzado su último insecto.

Anakin buscó con la Fuerza y encontró al resto del grupo de asalto enfrentándose a un fuerte ataque, inmovilizado en la oscuridad. Era fácil de arreglar. Cogió las granadas incendiarias, pero sintió que Tesar ya levantaba tres objetos hacia la niebla oscura.

Una petulante presencia yuuzhan vong atrajo la atención de Anakin hacia el siguiente contenedor.

Rodó saliendo de su escondite y vio una figura oscura que atravesaba de un salto el pasillo que tenía delante, con el anfibastón preparado para atacar. Sacó la pistola láser... y cayó hacia delante cuando un insectocortador le acuchilló el cuello desde atrás. Las mandíbulas vibrocortantes llegaron hasta el forro blindado de su mono. El insecto se bloqueó y volvió a la carga, desplegando las pinzas hacia su rostro. Anakin se volvió, recibió un corte en la mejilla y disparó a su objetivo inicial.

El disparo alcanzó al yuuzhan vong en la unión del brazo con el hombro y le hizo girar sobre sí mismo. Un brazo salió volando dejando atrás olor a carne quemada. El guerrero ni siquiera gritó. Se limitó a girar sobre sí mismo y a tambalearse, soltando el anfibastón.

El insectocortador volvió a atacar a Anakin, esta vez buscando cortar el cuello. Tuvo que darse la vuelta para esquivarlo. Detrás de él, el sable de Tesar cobró vida, pero su zumbido sonó intermitente. Anakin bloqueó al insecto con el cuerpo de la pistola láser, encajó dos insectos aturdidores en el flanco y cayó al suelo. Escuchó el sordo impacto de un anfibastón golpeando un espeso cráneo reptiliano y notó que el

flujo de fortaleza desaparecía a medida que el barabel quedaba inconsciente.

Anakin no disparó su pistola láser de forma consciente. Estaba demasiado ocupado palpando en la oscuridad, buscando las granadas caídas. ¿Cuántos segundos quedaban? La pistola láser dio un fogonazo y el atacante de Tesar cayó al suelo.

Anakin encontró lo que estaba buscando y empujó. Una perturbación de peligro le hizo rodar cuando el insectocortador se estrelló contra el suelo justo donde había estado su cabeza. Golpeó a aquella cosa hasta matarla y oyó el crujido revelador de la detonación de una granada. Cerró los ojos, rezando por seguir allí cuando el ruido se disipase, e intentó encontrar a su atacante a través del cristal lambent.

No era fácil, había demasiados yuuzhan vong en demasiados lugares, pero sintió algo a su izquierda. Se volvió y disparó.

El chivato de la batería de su pistola láser sonó lo bastante fuerte como para oírse sobre el crepitar de las llamas. La presencia yuuzhan vong estaba más cerca, impaciente. Arrojó a un lado la inservible pistola láser, cogió el sable del cinturón y lo hizo nacer a la vida, adoptando una postura de guardia cruzada para parar un anfibastón que caía sobre su cabeza. Con los ojos todavía entornados por el brillo de las alturas, pasó las piernas alrededor de su oponente y le hizo una presa de tijera. La contienda terminó con una rápida estocada de sable láser.

El fulgor se apagó. Anakin abrió los ojos y vio el amarillento liquen resplandeciendo brillante y las últimas volutas de una nube de vapor disipándose en el aire caliente. Permaneció un rato tumbado, pensando en su estado, intentando combatir su angustia. Tuvo que respirar hondo cinco veces para constatar que el dolor que sentía sólo procedía de su antigua herida, diez latidos más y lo tendría bajo control.

Poco a poco, Anakin volvió a ser consciente del fragor de la batalla, de la creciente euforia del grupo de asalto. Dejó a un lado su agonía, recurrió a la Fuerza y se puso en pie. Los Jedi avanzaban por el lado izquierdo del grashal, haciendo retroceder al último puñado de cuidadores y guardianes, cortando las lianas de nutrientes y las cápsulas de clonación conforme avanzaban. No podía ver lo que cazaban a través de la maraña de pulsantes tallos, pero podía sentirlo, más allá del muro del grashal, atrapado un poco por debajo del suelo, alterado, salvaje, feroz. Asustado.

Detrás de Anakin la carabina hizo un ruido enorme. Sintió el pánico de Tahiri y volvió para encontrársela corriendo hacia el grashal. Una bola de fuego la siguió a través de la brecha y explotó contra el bloque que seguía allí, Tahiri salió volando.

Anakin corrió en su ayuda, pero ella estuvo en pie antes de que pudiera dar dos pasos.

—¡Escupidores de magma! Estamos aislados.

Anakin no se molestó en mirar.

—¿Tekli?

Tahiri señaló tras él, donde la chadra-fan espolvoreaba malolientes sales en la lengua bífida de Tesar. El barabel sonreía pero no despertaba.

—Cógelo... y llévatelo —cada palabra llenaba el vientre de Anakin con fuego. Señaló a los demás—. Igual necesitáis abriros un camino por el que escapar.

—¿Nosotros? —dijo Tahiri—. No iré.

—¡Hazlo! —gritó bruscamente Anakin. Para luego hablar con más suavidad—: Tienes que ayudar a Tekli. Ya os alcanzaré.

—Sí, Tahiri —dijo Tekli. Dirigió una mirada reconocedora a Anakin, se puso a horcajadas sobre el barabel y empezó a abofetearlo—. Tesar no responde, no puedo moverle y trabajar sobre él a la vez.

Tahiri miró dubitativa, pero difícilmente podía negarse a ayudar. Contuvo una lágrima y se estiró para besar a Anakin en los labios. Pero se contuvo y negó con la cabeza.

—No, así tendrás que volver.

Anakin le brindó su mejor sonrisa de medio lado.

—Pronto, entonces.

—Pronto —repitió Tahiri—. Que la Fuerza te acompañe.

Esta segunda parte la dijo en voz tan baja que Anakin no creyó que ella quisiera que él la oyera.

Plenamente consciente de la creciente debilidad de sus piernas, fue a la improvisada entrada y miró por el borde. Había un escuadrón de artillería al otro lado del seto con sus cuatro escupidores de magma apuntando a la abertura. Ninguno intentaba acercarse, lo que significaba que la fuerza principal atacaría desde el otro lado. Anakin se volvió hacia la entrada principal y se concentró en lo que percibía a través del cristal lambent. No le sorprendió del todo percibir una fuerte presencia yuuzhan vong en el emplazamiento de la emboscada.

Inició una dolorosa carrera lenta. Cayó dos veces sobre una rodilla cuando le flaquearon las piernas, una vez al intercambiar golpes con un yuuzhan vong de ojos vidriosos. Ganó esa pelea cortando con el sable láser uno de los contenedores y levitando mientras el barro nutriente se derramaba sobre su enemigo y lo desequilibraba. Estuvo a punto de no sobrevivir al siguiente combate, ya que la culata del anfibastón le golpeó en la herida e hizo que se le saltaran los puntos.

Sólo se salvó al usar la Fuerza para lanzar su pistola láser contra la frente tatuada del guerrero.

Al recuperar el arma y levantarse, Anakin vomitó sangre. Y ya estaba usando la Fuerza incluso antes de terminar, para ponerse en pie y ayudarse a correr. Tenía que llegar a la puerta antes que la fuerza de asalto enemiga. Por fin dejó atrás los contenedores y vio la membrana puerta veinte metros a su izquierda. Era tan ancha

como un Ala-X y el doble de alta. La esquina más lejana de la membrana se levantó ligeramente. Anakin retrocedió para ocultarse tras los contenedores, con las manos libres para accionar el detonador térmico que llevaba en el arnés.

Casi suelta el detonador al ver la figura que apareció por la membrana. El recién llegado estaba de espaldas, se dio la vuelta. Llevaba un mono destrozado y era una cabeza más alto que la mayoría de los humanos. Salió corriendo hacia los corrales de voxyn.

—¿Lowie? —llamó Anakin, utilizando la Fuerza para hacerle llegar su débil voz.

Intentó alcanzarlo, pero sólo sintió la misma presencia borrosa de yuuzhan vong de antes. El recién llegado se dio la vuelta, revelando el perfil de un humano de cabellos color arena que empuñaba un antiguo rifle láser E-II.

Anakin . ya estaba detrás del contenedor, activando el comunicador.

—¡Impostor! —avisó—. Va a los corrales.

El sonido de los disparos láser aumentó hasta ser un rugido ensordecedor, igual que la frustración del Jedi. Los ángulos de tiro eran imposibles. En alguna parte explotó una granada y Jaina gritó pidiendo una carga.

La puerta-membrana empezó a abrirse enrollándose hacia arriba, dejando ver cuarenta pares de pies de yuuzhan vong esperando entrar.

Anakin se abrió por completo a la Fuerza, dejándola entrar en su ser mediante la intensidad de sus emociones, pero no a través de la ira o el miedo, como haría un Jedi Oscuro, sino a través del amor por su familia, sus compañeros y sus compañeros Jedi, a través de su fe en el propósito de los Jedi y en la promesa del futuro. La Fuerza llegó hasta él por todas partes, llenándolo con un torbellino de poder y finalidad, saturándolo y consumiéndolo. Podía sentirla fluir dentro de su ser y a sí mismo fluir en ella. Anakin era la Fuerza y la Fuerza era Anakin.

Anakin se levantó. Su cuerpo emitía una débil aura de luz, el brillo de sus células al consumirse, y el aire crepitaba a su alrededor. Ya no le dolían las heridas. Era lúcidamente consciente de todo lo que había en el grashal, del mohoso olor de los insectos aturdidores, del bochornoso calor que desprendían los contenedores, de la respiración ansiosa de sus colegas Jedi, incluso de los yuuzhan vong. Su presencia le resultaba tan clara como la de sus compañeros, casi como si la Fuerza se hubiera expandido para incluirlos.

Anakin corrió al tiempo que disparaba, pasando ante la puerta abierta. Cada disparo acertaba en el pie de un yuuzhan vong. Rugidos ahogados reverberaron en la membrana. Media docena de guerreros se tiró al suelo y entró rodando en el grashal. Acabó con ellos antes de que pudieran levantarse, después llegó al otro lado de la puerta y cosquilleó el panel. La puerta descendió, cerrándose de nuevo.

—¡Aliento de hutt! —maldijo Jaina por el comunicador—. Se escapa.

Anakin también puedo sentirlo. El voxyn se alejaba. Activó su propio

comunicador.

—El impostor debe de haber abierto un túnel de escape —hablar ya no le dolía, pero su aura brillaba más que antes. Sus células ardían como el fuego—. Jacen, estás al cargo. Llévate a todo el mundo y ve a por ella.

La sorpresa de Jaina al no ser nombrada surcó la Fuerza como un grito sobre el agua, pero anuló cualquier resentimiento que pudiera sentir y dijo: —No podemos ir por ahí, Hermanito.

—El camino estará despejado.

Anakin cortó el panel sensible de la membrana y se dirigió hacia el corral vacío del voxyn. Podía sentir a los yuuzhan vong delante, agazapados tras la última hilera de contenedores, convencidos de que la ayuda estaba en camino. Eso cambió un momento después, cuando Anakin comenzó a acribillar su flanco con disparos láser. Estaba mal situado para dispararles a la cabeza y no tenía suficiente potencia para atravesar la armadura de vonduun, pero cuando los yuuzhan vong se dieron cuenta, ya estaban siendo superados por el Jedi.

Una bola de plasma rugió a través de la puerta del grashal y prendió fuego a una franja de veinte metros de lianas de clonación. Anakin cargó otra vez contra la membrana derretida, diminutos relámpagos luminosos bailaban en brazos y piernas, la Fuerza era un torbellino de fuego en su interior, ardiendo con más ferocidad a cada momento. Ahora le llenaba por completo la fortaleza de la luz, y su cuerpo herido no podría aguantar más. La energía le quemaba al abandonarlo, consumiendo un cuerpo demasiado debilitado para contenerla.

Más yuuzhan vong, con los pies completamente intactos, entraban de cinco en cinco. Disparó a la primera fila desde unos quince metros; la pistola láser cantaba dos veces a cada paso que daba, cada uno de los disparos quemando a través de un cuello o un rostro. El volcán cañón volvió a rugir y una esfera de fuego blanco, aparentemente surgida de la nada, floreció frente a él. Anakin se tiró al suelo y rodó contra el muro, golpeándolo primero con las botas, poniéndose en pie de una voltereta hacia atrás, a unos diez metros de la explosión.

—¡Anakin! —el llanto de Jaina se asemejaba a un grito.

¡Ve! —le ordenó a través de la Fuerza—. Se escapa.

La pistola láser cantaba en manos de Anakin, derribando oponentes yuuzhan vong tan rápido como podía disparar. Entraron más guerreros. Un insectocortador se le clavó en el hombro, tenía el mono medio desintegrado por la energía de la Fuerza que escapaba de su cuerpo y no tardaría en quedarse sin protección. Dejó que el impacto le voltease, disparó otra vez, y otra, sonó el chivato de la pistola láser. Los yuuzhan vong le lanzaban puñados de insectos aturdidores y corrían hacia él, sacando ya los anfibastones de los cintos.

Anakin arrojó la pistola láser contra el primero y lo derribó. Luego saltó sobre el

segundo, encendiendo el sable en el aire. Aterrizó ante la entrada y comenzó una embarullada danza de cuchilladas y bloqueos, cubriéndose una vez y atacando dos; cada ataque, un golpe mortal. Su aura ardía tan brillantemente que proyectaba una sombra detrás de sus enemigos. Batió el sable de izquierda a derecha, golpeando con tanta fuerza dos paradas que abrió dos cuellos. Luego hizo caer a otro guerrero de una patada de gancho a la cabeza.

Y seguían llegando, y alcanzaron a Anakin en tres sitios. Un anfibastón hundió los colmillos en su carne, La Fuerza consumió el veneno de su sistema antes de que pudiera sentirlo y las nuevas heridas le supusieron menos problema que la antigua, pero tras ellos iba otra docena de guerreros y no podría seguir aguantando. Mató uno más, luego otro, un golpe atroz en el muslo y cedió terreno.

Un yuuzhan vong intentó sobrepasarlo por la derecha.

La carabina rugió desde la zona de los corrales y abrió en un yuuzhan vong un agujero del tamaño de una cabeza y otro del tamaño de un puño al que iba detrás. Anakin saltó dando una voltereta hacia atrás y aterrizó a cinco metros. Su aura parpadeaba a medida que sus células ardían y se consumían. Aventuró una mirada por encima del hombro y vio a Jaina mirando por encima del muro del foso, con las mejillas llenas de lágrimas y la carabina apoyada contra el hombro. Jacen estaba a su lado, llorando también y tratando de tirar de ella.

¡Marchaos! —gritó Anakin en la Fuerza—. No puedo contenerlos.

Los yuuzhan vong cargaron de nuevo y Jaina disparó. Otro guerrero cayó y el resto siguió avanzando. Anakin dio otra voltereta unos cinco metros atrás y sintió a alguien, un yuuzhan vong, que se desplazaba sigilosamente a lo largo del muro más lejano del grashal. Retrocedió hasta que pudo ver la figura del Jedi impostor, a unos treinta metros de distancia, arrastrando una pesada capsula de carga hacia la puerta improvisada por el grupo de asalto.

Los guerreros volvieron a atacar y Anakin tuvo que defenderse. La hoja púrpura del sable bailaba tanteando y atacando, bloqueando, rechazando y cediendo golpe tras golpe. Retrocedió un par de pasos y vio una abertura. Alzó los pies y los plantó en el pecho del yuuzhan vong que estaba en el centro. Su sable láser centelleó dos veces partiendo los cráneos de los guerreros adyacentes. Luego saltó y dio una serie de volteretas laterales asistido por la Fuerza.

Anakin continuó lo bastante lejos como para ver de dónde procedía el impostor, un área de trabajo cerca del corral de la reina. Docenas de zarcillos se extendían por un banco de trabajo, cada uno terminaba en una pequeña cápsula de clonación, algunas abiertas, otras cerradas. Parecía una estación de transferencia de tejidos.

Eso era lo que tenía el impostor, una cápsula llena de tejido de voxyn, suficiente para clonar un millón de ellos. El aura de Anakin centelleó y se oscureció, volvió a centellear y a apagarse más. Sus células se estaban disgregando en una reacción en

cadena. Los ciclos eran cada vez más y más rápidos a medida que él tenía menos energía. Sintió no exactamente que moría, sino que se fundía con la Fuerza. Soltó el último detonador térmico de su arnés y pulsó tres veces el temporizador.

Iros ya.

— ¡Anakin, no puedo! —dijo por el comunicador.

Anakin levantó el detonador para que sus hermanos pudieran verlo.

Treinta segundos —soltó el disparador—. Llévatela, Jacen. Besa a Tahiri por mí.

Ya casi volvía a tener encima a los guerreros y tiró el detonador a través del grashal. No fue consciente de utilizar la Fuerza para dirigirlo, pero debió de hacerlo porque dio al impostor en la cabeza.

Anakin estaba demasiado ocupado rechazando los ataques como para ver lo que pasó en los segundos siguientes. Cuando por fin consiguió librarse de sus atacantes ya no le quedaban fuerzas para saltar o dar volteretas, el impostor se estaba levantando, frotándose la cabeza y buscando qué le había golpeado. Incluso a treinta metros de distancia, su nariz rota y su desbaratada órbita ocular lo identificaban claramente como Nom Anor.

Cuando la mirada del Ejecutor cayó sobre la esfera plateada, su ojo real se abrió tanto como su plaeryin bol. Se agachó.

Anakin usó la Fuerza para alejar la esfera y encajó un anfibastón en las costillas. Cayó estrepitosamente, soltando el sable láser. Su aura ya sólo era un débil resplandor que oscilaba entre la oscuridad y la inexistencia. El torbellino de su interior se apagaba, fluyendo de vuelta hacia la Fuerza.

Nom Anor volvió a correr hacia el detonador. Anakin esperó a que el Ejecutor estuviera casi sobre él y utilizó la Fuerza por última vez, haciéndolo rodar hacia la cápsula de carga.

No escuchó la furiosa maldición que siguió ni vio a Nom Anor huyendo.

Para entonces Anakin ya no existía.

Capítulo 16

—No hay forma de que vengan a Eclipse, no con la armada que dejó Borleias — estaba diciendo Kenth Hamner, que ahora servía como oficial de enlace entre los Jedi y la Nueva República. Había llegado una hora antes para informar sobre algunos movimientos alarmantes de la flota yuuzhan vong—. Incluso si pudieran venir con tantas naves, necesitarían un año estándar para cruzar por el pasaje hiperespacial.

Los mejores estrategas Jedi estaban reunidos en la sala de guerra de la estación de Eclipse, estudiando las tres pantallas dispuestas por Luke. Un holograma mostraba las rutas hiperespaciales que se extendían como líneas de spray desde el planeta Borleias. Otro, la tortuosa ruta hasta el interior de Eclipse, con el planeta oculto tras los cinturones de asteroides y sus gigantes de gas vecinos. El tercero mostraba todo el sistema de Coruscant. Todos estaban pendientes de este último, concretamente de un oscuro cúmulo de cometas situado en la vertiente de los planetas principales del sistema.

Mara señaló la arremolinada masa de cometas.

—¿Hay asteroides sin explorar orbitando el OboRin?

—Los estamos vigilando —dijo Kenth—. Podemos eliminarlos en cualquier momento.

Nadie sugirió que los asteroides pudieran ser otra cosa que naves de reconocimiento. Corran Horn, uno de los Jedi que estudiaba la pantalla, les había confirmado no mucho antes que el aspecto de roca espacial era el camuflaje favorito de las naves de exploración yuuzhan vong.

—Entonces son eso —dijo Luke.

Ajustó el holoprojector para anular las pantallas de las rutas hiperespaciales de Borleias y del sistema Eclipse. Y, entonces, su unión con Anakin se fortaleció repentinamente y no pudo ampliar la imagen del mapa de Coruscant. Vio la imagen de yuuzhan vong atacando entre una maraña de lianas ardientes, una hoja de sable púrpura amagando y atacando y una luz dorada ardiendo en un lugar oscuro. Luke pudo sentir a su sobrino calmado y concentrado, en armonía con la Fuerza y consigo mismo, pero débil, y debilitándose cada vez más.

—Maestro Skywalker —dijo Corran—. ¿Qué pasa?

Luke se dio la vuelta y no contestó. Sabía que Saba Sebatyne había sentido morir a las hermanas Hará, y a otros que también se habían ido, no podía sentir cuáles, pero sí que había una creciente ausencia Jedi en la Fuerza. Ahora, el grupo de asalto también estaba perdiendo a Anakin, y había sido Luke quien lo había enviado allí, quien los había enviado a todos.

—¿Luke? —Mara estaba en pie detrás de él, cogiéndole la mano.

Luke la dejó, pero utilizó la Fuerza para buscar a Jacen y a Jaina. Los encontró tristes y horrorizados. Había miedo y rabia, pero al menos estaban vivos y fuertes.

Entonces Anakin desapareció.

Luke sintió entrar a los yuuzhan vong y arrancar a su sobrino de su cuerpo. Notó un vacío oscuro en su corazón, una tempestad tan fiera y fría que empezó a temblar sin control.

—¡Luke, para! —los dedos de Mara se le clavaron en el brazo y él se dio la vuelta bruscamente para encararse con ella—. Tienes que parar esto. Ben te sentirá. ¡Piensa en cómo le afectará esto!

—Ben...

Luke cubrió la mano de Mara con la suya y la atrajo, ahogando su propia presencia en la Fuerza y perdiendo la conexión con los gemelos. Incapaz de contener la ira que crecía en su interior y sin querer infligírsela a su hijo, se volvió y llevó la mano al holoprojector.

—Maestro Skywalker —gritó Kenth.

—Es Anakin —dijo Mara.

—¿Anakin? Oh... —la habitación prorrumpió en gemidos y gritos exaltados, y entonces Corran se aventuró a preguntar—: Maestro Skywalker, ¿podemos hacer algo?

Entonces Luke se hizo esa misma pregunta. Miró a Mara, luchando para recuperar la compostura y centrar sus pensamientos. La pregunta no era qué podían hacer, sino qué tenían que hacer.

—Anakin... —Luke se ahogó y no pudo decir nada. Lo intentó otra vez—: Anakin ha muerto por una razón.

Corran y los otros esperaron en silencio, mirándole expectantes.

—Lo que tenemos que hacer es preparar las unidades para el combate —dijo Mara, tomando la iniciativa. Se giró hacia Kenth—: Ponte en contacto con el almirante Sow. Vamos a necesitar un lugar donde dormir cuando llegemos a Coruscant.

La videoimagen del general Yeel, con las cuencas de sus ojos casi tan oscuras como su vitreas pupilas negras de sullustano, recordaba a la de un yuuzhan vong de gordas mejillas, un niño yuuzhan vong de gordas mejillas echado a perder. Han golpeó el tablero de comunicaciones con la palma de la mano, fuera de la captura de la videocámara, y simuló una sonrisa indulgente en su rostro.

—No estoy diciendo que hayan relajado la seguridad, general Yeel —dijo Han. Estaba con Lando en el estudio de su apartamento de Puertoeste, intentando hacerle un favor a la Nueva República y encontrándolo tan imposible como de costumbre—, pero Viqi Shesh estaba en el CSMNR. Pudo introducir a alguien en el equipo de

defensa en cualquier momento de los dos últimos años ¿Por qué arriesgarse?

—¿Tienes alguna evidencia de eso, Solo? —ni general Solo o general retirado, ni siquiera Han, únicamente Solo—. Si tienes pruebas, ordenaré una revisión de inmediato.

—Esa es la cuestión, que no tengo pruebas —Han levantó una mano por encima de su ceja—. Veamos, ¿qué daño podría hacer asignar una pareja de CYV a cada estación generadora? Es un gran negocio.

—Sí, sin coste sería un gran negocio —contestó Yeel—. ¿Qué tienen de malo? Lando se coló en el campo de visión de la videocámara.

—No hay nada malo en ellos general, se lo aseguro. Soy un leal ciudadano de la Nueva República y hago todo lo que puedo para ayudar.

Yeel parecía dubitativo. .

—¿No fue un droide CYV el que falló en proteger al Jefe de Estado Fey'lya cuando atentaron contra él?

—Aquello fue un fallo en el programa de demostración —dijo Lando pacientemente—. Los droides que estoy donando a la Nueva República están listos para el combate, plenamente listos.

—Eso es lo que me asusta, Calrissian —Yeel parpadeó dos veces, después colocó sus brazos en la mesa y se inclinó hacia la videocámara—. El jefe de Estado Fey'lya me pidió que atendiese tu llamada y lo he hecho, pero no pienso incluir ninguna tecnología nueva en mis estaciones generadoras sin una evaluación completa de compatibilidad. Y el sistema de protección planetario no hará ninguna evaluación mientras no sepamos dónde está la flota que dejó Borleias. Lo siento, Calrissian.

El eco de un angustioso gemido cruzó a lo largo del corredor, tan estridente y frenético que Han no lo reconoció como una voz humana, y mucho menos la de Leia, hasta que saltó de su asiento, cogiendo su cartuchera de la mesa.

—¡Leia!

El gemido aumentaba de volumen y sonaba cada vez menos humano. Han corrió por el corredor hasta el estudio privado de Leia, donde encontró a Adarakh y a Meewalh a ambos lados del escritorio, mirándola confusos e indefensos, algo poco habitual en ellos. En la videopantalla se seguía viendo la peluda imagen del general Bothan del comando de defensa orbital, que miraba confuso y repetía a lo tonto:

—¿Leia? ¿Princesa Leia?

Al no ver ninguna amenaza real en la habitación Han se arrodilló al lado de Leia y la sujetó por el brazo.

—¿Leia?

Ella no parecía darse cuenta de su presencia. Tenía los ojos enrojecidos y lloraba incesantemente.

Lo único que Han obtenía de ella era un largo lamento.

El general bothano seguía repitiendo:

—¿Leia? ¿Princesa Leia?

Lando entro en la habitación e, ignorando la unidad de comunicación, puso una mano en el hombro de Han.

—¿Qué ocurre?

Han movió la cabeza y miró a los noghri.

—Lady Vader estaba hablando con el general Ba'tra —explicó Meewalh—. Le explicaba que lady Risant Calrissian ya estaba en camino con mil CYV, y de repente dejó de hablar.

Leia agarró el brazo de Han y comenzó a balbucear. Entonces Han supo que Anakin había muerto.

Y Leia le había sentido morir.

—¿Princesa Leia? —zumbó Ba'tra—. Princesa, ¿está bien?

Han utilizó el DL-44, todavía en su mano, para silenciar la unidad de comunicación con un disparo.

Se sintió tan bien que apuntó al holopad y volvió a disparar. Después disparó al banco de vídeo del sistema de seguridad y a cualquier otra cosa que crepitase o hiciese chispas cuando un rayo de partículas sobrealimentado lo agujereaba y quemaba.

—¡Han! —gritó Lando—. Han, ¿qué haces?

—Está muerto —Han disparó al datapad del escritorio de Leia, después hizo que Lando se tirase al suelo al esgrimir la pistola a su alrededor para acertarle a un panel holográfico—. Han matado a nuestro hijo.

Han apretó el gatillo y contempló las cumbres de Ciudad Terrarium entrando en erupción en medio de una tormenta de chispas. Adarakh se echó encima de él y le hizo una llave de control para atraparle el brazo con el que sujetaba el arma. Han se derrumbó y comenzó a sollozar. Estaba demasiado harto, demasiado furioso. Lo que se vislumbraba en los ojos de Leia era demasiado cierto como para dudar de la verdad.

Leia no parecía estar al tanto de nada de esto. Se levantó sin dejar de gemir angustiosamente y salió corriendo de la habitación. Han la vio alejarse y en alguna aparte de su mente se dio cuenta de que Ben estaba llorando. Lando se agachó a su lado, y Han le miró, con Adarakh sujetando aún el brazo con el que había disparado.

—Anakin ha muerto.

—Lo siento, Han —Lando se agachó a su lado, después percibió la mirada de Adarakh e hizo una seña con la cabeza hacia la puerta—. Primero Chewie y ahora esto. No puedo creerlo.

—Yo tampoco. Aquellas cosas terribles que le dije... —dijo Han. En la parte trasera del apartamento, Ben lloraba con más intensidad que nunca y Leia sollozaba

aún más alto—. Yo le conduje a ello. El tenía que demostrar...

—No —Lando se inclinó y miró fijamente a Han—. Escúchame, viejo amigo. Anakin ha muerto porque era un Caballero Jedi haciendo lo que hacen los Caballeros Jedi. No por lo que le pasó a Chewbacca ni porque intentara demostrarte nada.

—¿Cómo puedes saberlo? —soltó Han con brusquedad. No se castigaba porque lo que había dicho Lando fuese falso, sino porque volvía a estar furioso y necesitaba enfurecerse con alguien—. No era tu hijo.

—No, no lo era —una dolorosa mirada, puede incluso que culpable, inundó los ojos de Lando—. Pero fui yo quien le entregó a los yuuzhan vong. No se culpaba por lo que le pasó a Chewbacca y sabía cuánto le querías. Cualquiera podía verlo.

La ausencia de galantería en la voz de Lando arrancó a Han su ira, que fue sustituida por desesperación. Sabía que su amigo sólo intentaba consolarlo, evitar que volviese a caer en el ostracismo como cuando murió Chewbacca, pero las palabras le parecieron huecas. Sabía cómo se había comportado al morir Chewie, cómo había volcado su rabia en Anakin y había alejado a su familia de él mientras se revolcaba en la autocompasión y la pena. Había estado a punto de perderlos y estaba volviendo a pasar. Y esta vez, Leia no estaría para arreglarlo. Esta vez Leia necesitaba a alguien que fuese fuerte.

C-3PO irrumpió en la habitación. Su voz electrónica chillaba alarmada.

— ¡Que alguien me ayude, por favor! La ama Leia ha desconectado a Nana y va a aplastarlo.

Lando se levantó sin apartar la mano del hombro de Han.

—¿Aplastar a quien, Trespeó?

C-3PO alzó sus dorados brazos.

—¡A Ben! No quiere soltarlo.

—Veré qué puedo hacer —Lando empujó a C-3PO hacia Han y se encaminó hacia la puerta—. Vigílalo.

—No, Lando. Iré yo. —Han se apoyó en C-3PO y se puso en pie—. Debo hacerlo yo.

Lando arqueó las cejas.

—¿Podrás con esto?

Han asintió.

—Tengo que poder.

Se dirigió al cuarto del niño al final del apartamento. Leia estaba parada ante el ventanal de transpariacero. Estrechaba a Ben con fuerza y miraba fijamente el tráfico mientras daba palmaditas al bebé en la espalda y lo acunaba insistentemente. Si se daba cuenta de que el niño lloraba, no entendía que era por la forma en que lo acunaba.

Han se acercó a ella y echó al noghri. Después pasó una mano entre Leia y el

bebé.

—Déjalo, Leia —suavemente comenzó a quitarle a Ben—. Tienes que dejar que lo coja.

Su mirada deambuló hacia su rostro, pero sus ojos parecían mirarlo sin ver.

—¿Han?

—Así es —Han vio a Lando a su lado y le pasó a Ben. Luego rodeó a Leia con sus brazos y la abrazó, sólo la sostuvo—. Estoy aquí, princesa. Siempre estaré aquí.

Capítulo 17

Vinieron como la nieve. Al principio, unos cuantos contactos salidos del hiperespacio. Después, una lluvia constante en cascada hacia el cúmulo de cometas OboRin. Finalmente, una ventisca de información que barrió la pantalla táctica de Luke con innumerables líneas de vectores y blancos enemigos.

—Los sensores exteriores confirman contactos hostiles—incluso por la red de combate, el coordinador de señales, o SegCor, sonaba nervioso—. Permanezcan a la espera de un mensaje del almirante Sow.

La voz nasal del almirante sonó con un tono sullustano no muy inspirador por la red de combate, dirigiéndose a lo que suponía la mitad del ejército de la Nueva República. La atención de Luke comenzó a vagar casi de inmediato. Todavía aturdido por la muerte de Anakin, no podía evitar volver a cuestionarse lo hecho y analizar otra vez por qué permitió a su sobrino embarcarse en una misión tan peligrosa. Había sobreestimado la capacidad del grupo de asalto o subestimado la de los yuuzhan vong.

La voz de Mara se escuchó por un canal privado: —Luke, deja de martirizarte, no puedes cargar con algo así durante una batalla.

—Lo sé, Mara —había veces en las que Luke deseaba que sus emociones no fuesen un libro abierto para su mujer. Esta era una—. Pero no es tan fácil. Sigo pensando que los envié a una misión suicida.

—No lo hiciste —dijo Mara—. ¿Te ha culpado Leia?

—L eia no está en condiciones de culpar a nadie —dijo Luke. Podía sentir la angustia de su hermana bajo la suya, un dolor casi físico que lo dejaba entumecido, no muy diferente al que experimentó cuando perdió la mano frente a Darth Vader. Ella estaba en estado de shock, luchando para aceptar que una parte de sí misma había desaparecido para siempre—. Pero ya has oído cómo estaba Han.

—Estaba preocupado por Leia.

—Eso es lo que ha dicho —contestó Luke.

Esta vez, Mara no discutió. Luke podía sentir lo mucho que le asustaba dejar a Ben a cargo de un Han y una Leia sumidos en una pena tan abrumadora. Pero sabía que no debía volver a sugerirle que fuese a Coruscant. Ya le había dicho que iría tras la batalla. Además, Luke Skywalker, Luke Skywalker más que nadie, sabía que era preferible no presionar a Mara cuando ya había tomado una decisión.

Un momento después, Mara dijo: —Luke, habría sido un error negar a tu sobrino la oportunidad de salvar a los Jedi, y Han y Leia lo saben. Piensa en aquella reunión en la sala del cráter, fueron ellos los que te pidieron que le dejaras ir.

Conociendo a Mara, ella notaría su asentimiento incluso sin verlo. Luke

permaneció tranquilo y se concentró en su respiración, utilizando una técnica de relajación Jedi que le permitía focalizar sus pensamientos. La verdad era que tenía un mal presentimiento sobre una batalla que no tenía nada que ver con Anakin. Si se ajustaban a lo planeado, Eclipse perdería pilotos, puede que muchos.

El almirante Sow volvió a captar la atención de Luke, agradeciéndole a él y al *aparato de Inteligencia Jedi* que hubieran alertado a la fuerza defensiva del momento y lugar en que llegaría el "enemigo". Eso hizo que Mara y el resto de los Caballeros Jedi formaran una sonrisa. El *aparato* había sido una percepción creciente entre los Maestros más poderosos de que se acercaban problemas procedentes del racimo de cometas de OboRin. Dado que la Fuerza era ciega a los yuuzhan vong, las perturbaciones dejaron perplejos a los Jedi y renuentes a actuar basándose en ellas, hasta que Talón Karrde les informó de que una enorme flota de asalto yuuzhan vong había llegado a Borleias coincidiendo con las perturbaciones. El almirante Sow, que había estado buscando respaldo político para concentrar sus defensas alrededor de Coruscant, había aprovechado eso como si fuera un fidedigno informe de Inteligencia Jedi, utilizándolo como excusa para solicitar el regreso a casa de numerosas flotas desplazadas a zonas muy alejadas. Wedge le había dicho a Luke en privado que, en realidad, el almirante no esperaba que los yuuzhan vong se presentaran, pero había dispuesto la emboscada de hoy por aquello de mantener las apariencias.

Cuando finalmente los contactos dejaron de salir del hiper-espacio en la pantalla táctica, Sow dijo:

—El momento se acerca, amigos míos. Por favor, cambiad ahora al canal de combate asignado y que la Fuerza os acompañe.

Luke abrió el canal asignado a Eclipse.

—Todos sabéis lo que estamos intentando y por qué. Manteneos en formación y seguid las órdenes de vuestros líderes de escuadrón. La batalla se volcará en nosotros...

—Y la guerra en la batalla —contestaron varias voces.

—Lo sabemos, Maestro Skywalker —dijo Saba Sebatyne—, has dicho eso al menos siete veces.

Eso dibujó una sonrisa nerviosa en las fuerzas de Eclipse.

A Luke le habría gustado poder relajar la tensión con algún comentario ingenioso, pero esa parte de su mente seguía demasiado aturdida por la pena.

—Lo siento. Tan sólo quería estar seguro. ¿Control?

—A la espera de localizar objetivos —dijo Corran—. Susurros, ve delante y asoma el morro. Todos los demás, mantened las posiciones.

El bombardero de Saba se deslizó fuera de la formación y se situó suavemente al lado del cometa—una estela de amplias oscilaciones— tras el que se escondían los escuadrones de Eclipse. Luke pasó del canal táctico de la flota al de los Jedi. La

imagen de la pantalla rotó noventa grados, de forma que la imagen del racimo de cometas quedó a un lado y los contactos enemigos se movían horizontalmente, cruzando la pantalla. El contador de la parte inferior de la pantalla mostraba decenas de miles y seguía aumentando.

Un pequeño recuadro apareció en el centro de la pantalla táctica de Luke, trazando un contorno de cinco bips cerca del corazón de la flota invasora. La voz de Danni Quee sonó por el canal del sistema de comunicaciones:

—Yammosk detectado. Localizaremos con exactitud en qué nave se encuentra cuando la lucha se recrudezca.

—¿Todos listos y preparados? —preguntó Corran.

Luke comprobó su pantalla de órdenes para confirmar las lecturas de las naves de su escuadrón, con una lectura completa de MEA (motores, escudos y armas). Cuando vio que todo funcionaba plena capacidad, abrió sus emociones a Tam, con el tercer miembro de su trío de escudos, y masculló en su micrófono: —Los Sables están bien.

Tras verificar a los otros tres escuadrones, Corran les dejó vía libre para avanzar. Las naves, setenta y dos Ala-X y ocho bombarderos sobrecargados salieron desde detrás de su cometa y aceleraron hasta una velocidad cercana a la de la luz, que pasaron ante las naves guía del perímetro antes de que los yuuzhan vong pudieran dispararles un solo proyectil de magma. Luke tomó el mando y trazó una trayectoria de intercepción que los llevaría directos al corazón de la flota principal pero sin convertirlos en un objetivo claro.

—Bien hecho —dijo Corran por el comunicador.

La pantalla táctica cambió la escala y mostró los símbolos azules de las naves de Luke, rodeados por un mar amarillo de símbolos yuuzhan vong. Cada uno indicaba la masa de la nave y la categoría análoga a la que pertenecía, siempre que los ordenadores del *Hombre Alegre* pudieran encontrar coincidencias con los perfiles de la base de datos. De vez en cuando, incluso encontraban una denominación. La flota enemiga, decidida a atravesar el cúmulo de cometas y continuar con su ataque sorpresa, mantuvo una formación abierta, de manera que cada nave tenía su propio espacio de maniobra. Cuando Luke miró al exterior desde la cabina, sólo pudo percibir? las naves como distantes manchas negras que tapaban la luz de las estrellas. Tan lejos del sol de Coruscant había muy poca luz que iluminase el casco de las naves.

Una fragata identificada como la Saqueador disparó la primera andanada yuuzhan vong, pero sólo una bola de plasma siguió a las veloces naves atacantes lo bastante lejos como para hacer blanco.

Dio en uno de los Ala-X de los Conmocionadores, sobrecargándole los escudos, y reduciendo el caza a un destello de fotones y átomos.

—No disparéis aún —ordenó Luke. Empezó a esquivar dando bandazos bruscos y

manteniendo deliberadamente a sus naves entre dos naves enemigas, de forma que la artillería enemiga corría el peligro de alcanzar a sus propias naves si fallaba el tiro—. Si nos paramos a luchar estaremos perdidos.

A medida que se adentraban en la flota, los yuuzhan vong siguieron castigándoles con un chaparrón de disparos continuado pero poco eficaz, mientras maniobraban para poder conseguir una línea de tiro despejada. Fue un fútil ejercicio contra los ágiles Ala-X y sus escoltas de bombarderos. Con los equipos de vigilancia del *Hombre Alegre* vigilándoles la retaguardia, Luke siempre sabía cuándo tenía el camino despejado y pasaba a un nuevo vector de ataque. Los Conmocionadores perdieron un bombardero por un proyectil de magma, pero la tripulación tomó represalias y disparó sus torpedos y bombas de forma masiva antes de la evacuación. Casi la mitad de las ráfagas atravesó las singularidades protectoras del crucero yuuzhan vong y una larga hilera de grietas a babor empezó a expulsar cuerpos y atmósfera.

Un portacoralitas deceleró y viró con brusquedad, cortándoles el paso. Apenas los coralitas empezaron a despegar de la nave y a moverse en formación, la pantalla localizadora de objetivos de Danni se empequeñeció para aislar la proa de un crucero pesado sin denominación, situado en el centro de un grupo de cinco naves que había localizado antes.

—Yammosk confirmado.

Luke estudió la pantalla táctica, después tocó con un dedo el destructor análogo situado en su vector actual. El nombre que apareció bajo el destructor fue *Sunulok*.

—Márcalo como objetivo secundario, Erredós —un círculo apareció alrededor de la nave y Luke abrió un canal de comunicaciones con Corran—. Control, ¿tenemos permiso para un ataque de distracción contra esa nave?

—Adelante, Granjero —Corran dividió el objetivo en sectores de ataque por escuadrón, después comunicó con Luke—: Por cierto, SegCor dice tener lecturas de estelas iónicas a la cabeza de la flota.

—¿Estelas iónicas?

Los yuuzhan vong no usaban motores iónicos.

—Quizá vengan con la Brigada de la Paz —dijo Mara—. Eso explicaría por qué sentimos su llegada.

Luke amplió su consciencia en la Fuerza. Por un momento no encontró nada, después sintió todo un muro de vida en la vanguardia de la flota.

—Demasiados para un cártel criminal. Siento a dos o tres millones de seres.

—Debe de ser uno de sus ejércitos de esclavos —dijo Tam.

Luke no estaba tan seguro. La presencia carecía de esa perturbación muda, semejante a la estática causada por las excrecencias en la cabeza que los yuuzhan vong usaban para controlar a sus esclavos, pero no tenía tiempo para pensar en que

más podía estar percibiendo. Del portacoralitas salían los últimos coralitas y los primeros escuadrones ya acudían a recibirlos.

—Ala-X, disminuid la velocidad. ¡Bombarderos separaos! —ordenó Luke.

Los siete bombarderos supervivientes viraron bruscamente, situándose detrás de las fragatas de escolta más alejadas del destructor. Luke esperó a que se hubieran situado para ordenar a los Ala-X que los siguieran. Los cuatro escuadrones pivotaron sobre sí mismos, poniendo dos motores en reversa y apretando a fondo el par opuesto, pasando como un relámpago junto a los bombarderos en un relámpago y yendo a por los dos escoltas.

Destellos de fuego color rubí florecieron del rocoso cuerpo de la fragata al escupir proyectiles de magma contra sus atacantes. Luke inclinó el morro y descendió unos dos segundos para forzar a los artilleros yuuzhan vong a vaciar sus proyectiles, para luego ascender veloz y hacer una pasada por la popa mientras se reorganizaban. Comprobó su pantalla táctica y vio una docena de escuadrones de coralitas procedentes del portacoralitas, pero iban a por ellos en un ángulo tan malo que nunca tendrían a los Ala-X a su alcance.

Cuando Luke volvió a alzar la mirada encontró que el espacio ardía a su alrededor. Por un instante creyó que le habían alcanzado, pero no sintió preocupación en Mara o Tam. Entregó su mano a la Fuerza y siguió pilotando y esquivando sincronizado con sus dos compañeras de vuelo, y la tormenta de fuego se concretó en bolas de plasma que estallaban y estelas de proyectiles de magma. El siseo de la electricidad estática anunció la destrucción de alguien de su escuadrón, y R2-D2 le reprendió con una larga serie de pitidos.

—A mí tampoco me gusta —dijo Luke—, pero el almirante Sow depende de nosotros.

La tormenta se desvaneció tan rápidamente como había estallado y Luke comprobó su pantalla táctica. Había llevado a sus escuadrones justo hasta donde pretendía, entre las dos escoltas, pero éstas habían demostrado que no le tenían miedo a dispararse entre ellas. Él había perdido un bombardero Sable, mientras que la Docena y los Conmocionadores habían perdido un Ala-X cada uno. Las fragatas habían pagado un alto precio por los ataques fallidos, pero sus señales parpadeaban de forma regular, indicando que estaban moderadamente dañadas.

—Debemos de estar haciendo algo bien —comentó Kyp—. No nos quieren cerca de esa gran roca.

Otro par de escoltas entraron en el campo de visión, con popas brillantes al lanzar sus proyectiles.

La popa del *Sunulok* era visible entre ellos como un oscuro disco del tamaño de un pulgar. Luke inició una táctica evasiva consistente en ascender y descender, y los proyectiles enemigos pasaban por encima y por debajo de él. Comprobó la pantalla

táctica y se dio cuenta de que lo perseguían docenas de escuadrones procedentes del portacoralitas.

—Parece que habrá que mantener la maniobra todo el camino —dijo por el comunicador—. Nos separaremos por escuadrones y haremos pasadas rasantes sobre los cascos de las escoltas. Los Conmocionadores y la Docena por la izquierda y los Sables y los Caballeros por la derecha.

La orden fue recibida por un aluvión de clics del sistema de comunicación. Los cuatro escuadrones se separaron en grupos de dos. Luke guió a Sables y Caballeros por un ondulante camino hasta la escolta de la derecha y escapó por poco de un trío de bolas de plasma lanzadas a la desesperada.

Luego condujo su Ala-X hasta situarse sobre los bancos de armas de la fragata y a casi dos metros estuvo de rozar el flanco casi desnudo del casco. Para su sorpresa, ambas escoltas continuaron atacando a los escuadrones pese a estar una frente a la otra, derrochando cada una tanta munición que R2-D2 tuvo que reforzar los escudos de partículas para repeler todo el coral yorik que les lanzaban.

—Danni, ¿seguro que el yammosk está en el crucero? —comunicó Kyp—. Porque por la forma en que actúan...

—Estoy segura. El yammosk está enloquecido. —La transmisión de Danni terminó con el siseo de la electricidad estática, antes de oírla gritar—: ¡Drif!

Luke no necesitó comprobar su pantalla de órdenes para saber que Saba había perdido a uno de sus pilotos Jedi. Sentía la muerte del barabel. Los Sables alcanzaron la proa de la fragata y él cambió el ángulo de descenso para cruzar ante la parte delantera de la nave enemiga, confundiendo a sus artilleros y situar al escuadrón para la maniobra de distracción.

Después, el altavoz del sistema de comunicación repiqueteó con un inmenso pulso de electricidad estática y un resplandor con el brillo de una nova iluminó el espacio detrás de Luke. Comprobó la pantalla táctica y vio cómo la escolta adyacente se desintegraba detrás de los Conmocionadores, envolviendo a la Docena de Kyp en fuego y restos y arrojando a los Ala-X en todas direcciones. Tres, cuatro, finalmente cinco símbolos correspondientes a cazas estelares explotaron en su pantalla, seguidos de los bombarderos y de dos pilotos más.

—Incursor —comunicó Corran —¿Incursor, estás ahí?

No recibió respuesta.

—¿Algún miembro de la Docena?

Nuevamente ninguna respuesta.

—Sólo circuitos fritos —dijo Rigard con optimismo—. Nosotros también hemos tenido una buena sobrecarga.

—Esperemos que sea eso —dijo Luke. Comprobó su pantalla y vio que seis de los escuadrones de coralitas que los perseguían se descolgaban para ir a por lo que

quedaba de la Docena—. Miembros de la Docena, si podéis escuchar esto, estáis fuera de combate. Huid, si podéis, o apagad los sistemas y tratad de esconderos.

La orden fue contestada por un único y rasposo clic del sistema de comunicación. Luke sintió que Mara llegaba hasta él y le rogaba en silencio que dejase a un lado el abatimiento que le oprimía el estomago y se concentrase en la misión que tenía entre manos. Luke volvió al *Sunulok* y descubrió que la proa del análogo de destructor se agrandaba ante él, grande como un reptador jawa de las arenas y aumentando más y más de tamaño, con media de estaciones artilleras escupiendo plasma del tamaño de banthas.

—Armad un torpedo de protones —ordenó Luke—. Disparad a mi señal, después id arriba y preparaos para alejaros.

Para cuando el último clic le anunció que su orden había sido recibida, Luke perdía su segundo bombardero víctima de una de las grandes bolas de plasma, y los coralitas del *Sunulok* despegaban en masa de la parte inferior del destructor para entablar batalla contra los Ala X.

—¡Listo, ya! —ordenó Luke.

El brillo azul de cincuenta motores iónicos llenó la oscuridad, convirtiéndose en un deslumbrante muro de círculos decrecientes. Los encargados de los escudos activaron los dovin basal, atrapando a más o menos un tercio de los torpedos de protones y obligando a los detonadores de proximidad a estallar a una distancia segura del *Sunulok*. Luke ascendió hacia lo alto del análogo de destructor y contempló con satisfacción cómo los demás torpedos alcanzaban su objetivo. Toda la popa se desprendió arrojando un muro de fuego y guijarros de coral yorik al paso de los Ala-X.

Confiado en la protección de sus escudos, éstos dispararon por entre los restos y acribillaron a la nave herida a lo largo de su columna. Luke continuó en línea recta durante quizá medio kilómetro, cambió bruscamente de dirección y se zambulló hacia el crucero pesado. R2-D2 lanzó un pitido de apoyo y mostró en pantalla un mensaje para Luke.

—Gracias, Erredós —Luke armó el resto de sus torpedos y bombas sombra—. Veinte segundos hasta el objetivo. Preparados para el ataque principal.

—Recibido —Corran estuvo en silencio durante un instante y luego dijo—: He pasado el mensaje.

Buena caza.

Estaban a medio camino de su objetivo cuando un muro de fuego de turboláser de la Nueva República brotó del cúmulo principal de la agrupación de cometas y recortó brevemente la silueta de toda la flota yuuzhan vong. No parecía haber nada más amenazador que una inmensa extensión de negros asteroides con forma ovalada, pero Luke experimentó una terrible perturbación en la Fuerza, como si varios miles de

seres de su propia galaxia fueran reducidos a sus átomos elementales.

Todo volvió a oscurecerse y un tenso silencio se adueñó de los canales de Eclipse. Aunque sólo la mitad de los pilotos y la tripulación eran sensibles a la Fuerza, los demás llevaban con los Jedi el tiempo suficiente como para poder hacerse una idea de lo que experimentaban sus compañeros.

Un momento después, la vanguardia de la flota yuuzhan vong respondió a la emboscada con una relampagueante tormenta de destellos carmesí y bolas de fuego. Los turboláseres de la Nueva República volvieron a disparar centelleantes, la Fuerza tembló con mil muertes más, y la batalla estalló en todo su horror.

Luke vio un par de fragatas acelerando para interponerse entre ellos y el crucero. Accionó la pantalla táctica y designó objetivo secundario a la más rezagada.

—Iremos a por ésta —dijo—. Susurros, ¿puedes tomar el mando?

—Será un honor —replicó la barabel.

Los Caballeros Salvajes se dispusieron en formación cerrada y avanzaron, mientras un aura dorada se formaba alrededor del bombardero de Saba. Las fragatas lanzaron sus coralitas y comenzaron a disparar a la brillante esfera luminosa, lo cual sólo la hizo ir más deprisa, ya que Izal Waz usaba la Fuerza para atrapar la luz. Cuando la esfera fue lo bastante grande, Luke alineó a los otros dos escuadrones detrás de ella, derribando coralitas a medida que intentaban llegar desesperadamente hasta la esfera dorada y abatir a los Caballeros Salvajes.

Tal como Danni había descrito que sucedió en Arkania, la fragata se alarmó tanto por la cercanía de la esfera que desvió contra ella una singularidad de los escudos. La bolabrillo se alargó bruscamente al quedar atrapada y aceleró por la gravedad del diminuto agujero negro.

—¡Suelta el bloque! —ordenó Saba.

Para cuando terminó de dar la orden, la bolabrillo ya era un ovoide dos veces más largo que grueso. Izal Waz dejó la esfera dorada y los Ala-X de los Caballeros Salvajes se desplegaron en abanico y dispararon los torpedos de protones. Los encargados de los escudos intentaban redirigir las singularidades, y no vieron el bloque de dos toneladas de duracero que acababa de ser acelerado a varios cientos de miles de kilómetros por hora. Más que explotar, la fragata desapareció de la existencia con un fogonazo, y las naves de Eclipse se encontraron descendiendo hacia sus objetivos a través de una nube de polvo supercaliente.

Del crucero despegó todo un batallón de coralitas para interceptarlos. La nave misma abrió fuego con todas sus baterías, derramando constantes ráfagas de fuego de proa a popa, intentando desviar a los atacantes Ala-X para que así se enfrentaran a sus coralitas.

—Es hora de probar el nuevo sistema de localización de objetivos —dijo Luke—. Separaos en vuestros tríos protectores y vamos hacia el centro.

—Y no os olvidéis de los coralitas del portacoralitas que seguís teniendo detrás —dijo Corran.

Luego sintonizó un canal privado y añadió—: Granjero, tienes que hacer bien esto a la primera.

Escucha.

Hubo una pausa mientras Corran lo conectaba con el canal de emergencia civil. Un confuso balbuceo llenó la carlinga de Luke. Un momento después empezó a reconocer voces individuales y deseó no haberlo hecho.

—... sobre nosotros, por favor! Somos civiles de...

—... somos elHuttFeliz con cinco mil refugiados...

—*Corredor Meteoro*, fuera...

—Seiscientos traspondedores se han encendido de golpe, Luke —dijo Corran—. Confirman lo que estás oyendo. —Desde luego que sí.

Luke no necesitó más explicaciones para saber lo que estaba pasando. El Hutt Feliz era una de las naves de refugiados perdidas en la evacuación de Ralitiir, y estaba seguro de que una búsqueda en los registros también identificaría al *Corredor Meteoro*.

Los yuuzhan vong estaban usando las naves de refugiados como escudo, haciéndolas avanzar en vanguardia.

La unidad de coralitas del crucero del yammosk comenzó a disparar desde los límites de su alcance de tiro, sin duda para forzar a sus atacantes a decelerar y que los pillaran por detrás. En lugar de eso, los Ala-X y los bombarderos continuaron avanzando a la velocidad máxima de disparo.

Luke cortó la comunicación con Corran e hizo que R2-D2 activase su sistema de reconocimiento de objetivos suplementario. La retícula enmarcó rápidamente los pulsos gravitacionales de los dovin basal del morro de su objetivo. Apretó el gatillo, con los láseres a máxima potencia. Uno de los disparos se adelantó un milisegundo a los demás, directo al morro del coralita. Los demás divergieron en un radio de distancia y velocidad cuidadosamente calculados hasta que quedaron atrapados por la gravedad de los escudos del coralita que los desvió hacia sí mismo. El primer disparo se desvaneció en la singularidad, pero los otros tres convergieron a tres metros del primero, alcanzando al coralita directamente en el compartimento del piloto.

—Casi tan bueno como la Fuerza —dijo Luke.

Dos coralitas salían del campo de detonaciones que un momento antes había sido el destacamento de coralitas del crucero y situó la retícula de disparo sobre el de la izquierda.

—Ya está pillado —dijo Mara. Ella y Tam dispararon simultáneamente, un momento más tarde, ambos coralitas desaparecieron—. Lo siento, Granjero.

—Estás perdonada —dijo Luke.

El crucero, al haber sido eliminado en un abrir y cerrar de ojos todo su destacamento de corralitas, concentró su potencia de ataque en el vector de aproximación del enemigo. Sabiendo que una de sus grandes esferas de plasma podía acabar de un plumazo con uno de los tríos de Ala-X que se escudaban mutuamente, Luke ordenó que las naves formaran en abanico. En cuanto los pilotos obedecieron, un trío de Sables se evaporó en una llamarada y los Conmocionadores perdieron su último bombardero.

Pero ya tenían el crucero delante de ellos, un bloque de oscuro coral yorik de un kilómetro de largo con franjas llenas de abultadas baterías de armas. Con Mara a un lado y Tam al otro, Luke saltó y escoró durante una cuenta de tres, disparando los láseres cuádruples para arrancar crecientes nubes de fuego a la nave, dando tiempo al resto de sus pilotos para situarse en posición de tiro.

Finalmente, estuvieron situados.

—Disparad todo lo que tengáis, porque no volveremos por aquí.

Luke disparó los dos torpedos de protones que le quedaban en el compartimiento abierto y disparó tres más por el otro compartimiento, después soltó las bombas sombra almacenadas en el tercer lanzaproyectiles y utilizó la Fuerza para guiar su trayectoria. Vio a los primeros dos torpedos desvanecerse en la singularidad de los escudos y una bola de plasma que brotó de un nódulo de armas ante él, acercándose tan deprisa a esa distancia que apenas tuvo tiempo para maniobrar y esquivar su trayectoria, casi besando las ala de Mara.

—Muy cerca, Granjero.

Luke se apartó e hizo una mueca para su interior cuando ella hizo bajar su caza y un proyectil de magma rebotó en sus escudos.

—Mira quién habla —comentó Luke.

Después, los ataques menguaron hasta desaparecer, y por fin pudieron ver las llamas y restos que brotaban de las brechas y desgarros que habían causado en el casco las bombas sombra y los torpedos. En algunos lugares podían verse explosiones secundarias expandiéndose por secciones expuestas del interior, y las nubes de cuerpos y materiales que se derramaban al vacío. Luke deceleró tanto como se atrevía a hacerlo teniendo a los corralitas pisándole los talones, y apretó el gatillo del cañón láser, quemando sección tras sección del interior del crucero.

—Danni, ¿cuál es la situación del yammosk?

—Silencioso pero aún vivo.

Luke comprobó la pantalla táctica y localizó a los corralitas del portacoralitas todavía a treinta segundos de él.

—¿En qué parte de la nave? —preguntó Luke.

—Negativo, Granjero —dijo Corran—. Ya lo hablamos. Has tenido tu oportunidad, y ahora sal de ahí.

—¿En qué parte, Danni? —reclamó Luke.

—Ya han muerto muchos héroes, demasiados para dejar esto a medias —Luke verificó su pantalla táctica; veinte segundos—. ¿Dónde? ¡Ya!

—Prueba en la cubierta inferior, en el centro de la nave —dijo Danni—. No puedo estar segura.

—Haré un ultimo disparo —Luke varió su ángulo de inclinación hacia la mitad de la nave y continuó decelerando—. Todos los demás, fuera.

—No mientras vivas —dijo Mara.

Ella y Tam deceleraron con él. Mientras el resto de la unidad se ponía a cubierto ellos volaban a lo largo del crucero, atravesando nubes de cuerpos y mirando en cada agujero viable.

—Granjero, tienes quince segundos para que tengas encima a todos esos coralitas —dijo Corran—. Y hay algo más.

Le conectó con el canal de Mando de la Flota.

— ¡... alto el fuego! —gritaba la voz nasal de Sow—. ¡El ejército de la Nueva República no mata a los suyos!

—No los estamos matando —respondió Garm Bel Iblis—. Son los yuuzhan vong quienes los matan.

Nosotros intentamos disparar a su alrededor.

—Y fallando miserablemente, general —contestó Traest Kre'fey.

—¿Qué pasa con Coruscant? —replicó Garm—. ¿Qué ocurre con los Jedi? ¿Sabe cuantos pilotos han perdido para darnos esta oportunidad?

Corran desactivó el canal.

—Luke, los yuuzhan vong ya están saliendo del cúmulo de cometas. Y Traest prefiere replegarse y maniobrar a disparar contra el escudo de naves de refugiados. Garm no tardará en unirse a él si no quiere quedar aislado, y Wedge lleva un retraso de dos minutos respecto a lo previsto porque la batalla se desplaza hacia Coruscant..

Según al plan original de Sow, Wedge debía ser el martillo que caería sobre el yunque que iban a formar Garm y Traest, sorprendiendo a los yuuzhan vong por su retaguardia y empujándolos para que cayeran en la emboscada.

—Wedge todavía podría sorprenderlos, si el yammosk está muerto —dijo Luke. Pudo sentir que Mara se sentía traicionada por la decisión de Sow de no disparar contra los refugiados, pero Luke no estaba seguro. ¿Merecería la pena salvar a una Nueva República dispuesta a disparar a través de una flota de los suyos?—. Esto no se ha acabado todavía.

—Cinco segundos, Granjero.

Luke metió el morro de su Ala-X en una brecha situada justo debajo de una batería inactiva de armas y perforó dos cubiertas más, atravesando un mamparo sellado del que salieron succionados al vacío una larga ristra de asustados yuuzhan

vong.

—¡Lo encontraste! —dijo Danni.

Mara y Tam unieron a él. Su potencia de fuego combinada bastó para, abrir un agujero hasta el otro costado de la nave, y Luke vislumbró una criatura de muchos tentáculos expulsada por la brecha entre una nube de vapor congelado.

—Eso es...

La confirmación de Danni se disolvió en estática cuando la esfera de plasma de un coralita se disipó contra los escudos del bombardero. Una tormenta de disparos láser contestó de inmediato al ataque, pero lo último que pensaba hacer Luke era quedarse a luchar. Sacó al Ala-X de la brecha y descendió en picado.

—¡Nos vamos!

Luke los guió por debajo del crucero para ascender por el otro lado, forzando a los coralitas que tenían detrás a frenar o arriesgarse a acabar encontrándose con los Ala-X en la retaguardia. Sin el yammosk para coordinarlos, los coralitas estaban desorganizados. Algunos sobrevolaron la parte superior del crucero y otro sólo hicieron por debajo, mientras que unos pocos se detuvieron prudentemente al otro lado.

Luke suspiró en silencio, aliviado, y conectó el comunicador.

—Vamos a buscar a Wedge. Tenemos que repostar, rearmarnos...

—Y volver —dijo Saba. Sonó más ansiosa que determinada—. Todavía hay muchos yuuzhan vong para todos.

Capítulo 18

Habían comido cosas peores —le vino a la mente el hongo ácido que crecía en las paredes de las minas de ryll de Nola Tarkona—, por eso Jacen supo que no eran las delicadas sensibilidades de su hermana las que le hacían atragantarse con la insípida pulpa que Alema había requisado a su aterrorizado rehén yuuzhan vong. Tampoco era lo urgente de su situación. El grupo de asalto estaba escondido en una celda de la periferia, en una madriguera domicilio en lo profundo de la mundonave. Intentaban pasar desapercibidos hasta que Tesar les dio las novedades sobre la ubicación de la reina. No habían visto señales de Nom Anor o sus tropas desde la batalla en el grashal, de donde escaparon desplomando el techo del pasaje detrás de ellos y se internaron en el corazón de la mundonave.

Jacen cogió un cuenco lleno de pulpa de un barreño con apariencia de concha y lo apretó contra las manos de Jaina.

—Yo tampoco tengo ganas de comer, pero necesito conservar las fuerzas.

Jaina lanzó las gachas contra el muro bioluminiscente. Su cautiva yuuzhan vong, una ínfima trabajadora que resultaba casi atractiva en su total ausencia de mutilaciones o tatuajes, se agachó en una esquina creyendo que habían tirado el cuenco contra ella. El liquen comenzó a brillar con más intensidad conforme absorbía los nutrientes. Nadie hablaba.

Jacen podía sentir la culpabilidad y la rabia desgarrando a su hermana, aunque sus emociones estaban tan mezcladas con las suyas propias que apenas podía distinguir unas de otras. Compartían una pérdida que nunca se resarciría, un vacío que tiraba de su hermana como una brecha al vacío. Posó la mano en la rodilla de su hermana, esperando que el contacto le sirviese de apoyo.

—No podemos abandonar. Todavía tenemos que destruir a la reina.

Jaina miró hacia arriba, un débil chispazo de presencia se mostró finalmente en sus ojos vacíos.

—Lo dejaste a merced de los yuuzhan vong.

—Tuvimos que hacerlo —dijo Jacen, aceptando la reprimenda. A pesar de lo mucho que sufría, prefería que Jaina le echase a él todas las culpas que bullían en ella a que las afrontase sola—. Se echaban todos sobre él, ya lo viste.

Jaina apartó la mano de su pierna.

—Te dejó al mando y tú lo dejas atrás.

Jacen no dijo nada. Aunque sabía que era el sentimiento de culpa de su hermana lo que la empujaba a acusarlo, no tenía bastante confianza en sí mismo como para hablar con calma.

—Jacen no se merece que le culpes —Tenel Ka estaba sentada al otro lado de la

pequeña habitación con las piernas cruzadas y una postura tan erguida como siempre—. Todo el mundo oyó la orden y todos sabemos por qué la dio. Ignorar una orden así habría sido una deshonra a la memoria de Anakin y un menosprecio a su sacrificio.

—Mantente al margen, Tenel Ka —dijo Jaina—. Tu no puedes entender nada de esto. Tienes la profundidad emocional de un ronto.

La velocidad con la que Tenel Ka descruzó las piernas y se puso en pie junto a la pequeña mesa demostró lo equivocada que estaba Jaina. Jacen pensó por un momento que la dathomiriana abofetearía a su hermana, pero Tenel Ka se limitó a fulminarla con la mirada hasta que Jaina se sintió incómoda y desvió la mirada.

Cuando lo hizo, Tenel Ka dijo: —Todos sufrimos, Jaina. Tu hermano también.

Era difícil saber por su tono si hablaba de forma conciliadora o cortante, pero hizo que Jaina se levantara. Jacen sujetó la mano de Jaina, pero no tenía por qué preocuparse, Zekk ya se levantaba para interponerse entre ambas y detener cualquier golpe que pudieran lanzarse.

—¿En qué ayuda esto? —Zekk se dirigió sobre todo a Tenel Ka—. Cálmate.

Ambas mujeres abrieron las manos, pero continuaron en pie enfrentadas, cada una esperando a que la otra se disculpase. La habitación permanecía incómoda y silenciosa. Los demás Jedi se limitaban a concentrarse en sus gachas.

El gruñido grave que sonó por sus comunicadores evitó una larga espera.

—¿Tesar? —preguntó Jacen. Como miembro más sigiloso del grupo de asalto y único cazador nocturno natural, el barabel había sido la elección obvia para enviarlo a escabullirse a través de los turbios y sucios callejones del laberinto que formaban la madriguera—. ¿La has encontrado?

No le contestó la voz del barabel sino otro grave gruñido. Le tomó un tiempo reconocer el sonido de una palabra en shyriiwook. Las voces de los wookiee no se llevaban bien con los comunicadores.

—¿Lowie? —dijo con voz apagada Jaina, agarrando su propio comunicador—. ¿Eres tú?

Lowbacca confirmó su identidad con un gemido, después comenzó una larga petición de perdón por permitir que le robasen el *Taquión Volador*.

—Lowie, olvídalo, también nos engañaron a nosotros —dijo Jacen—. ¿Dónde estás ahora?

La respuesta que Lowbacca gruñó era considerablemente más larga que el nombre de un lugar.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Jacen.

Lowbacca gruñó un interrogante.

—Mantente alerta —dijo Jaina—. Y, hagas lo que hagas, quédate con él. Estaré allí tan pronto como pueda.

Ella apagó el comunicador bruscamente y Jacen apenas pudo agarrarla por el brazo antes de que alcanzase la puerta.

—¿Qué haces?

—Ir a por el cuerpo de Anakin, ¿tú qué crees? —fue Tahiri la que contestó, hablando por primera vez desde que huyeron del grashal—. No van a llevárselo a ninguna parte.

Se levantó y se puso al lado de Jaina, como hicieron Alema y Zekk un momento después. Jacen los ignoró a todos y continuó sujetando a su hermana por el brazo.

—¿Cuáles fueron las últimas palabras de Anakin? —preguntó él—. Nos dijo que matásemos a la reina.

—Pues matémosla —Jaina soltó el brazo de la mano de su hermano y accionó el panel sensible—. Pero yo pienso volver.

Jaina descolgó su sable del cinturón y condujo al resto en la ' oscuridad, sin pararse a comprobar si podrían verla.

Capítulo 19

De no ser porque Leia olía la dulce respiración de Ben en lugar de su propio sudor nervioso y el sofá no temblaba bajo ella, la guerra tenía el mismo aspecto en un holovideo del tamaño de una pared que desde la carlinga del *Halcón Milenario*.

Las esferas de plasma seguían alcanzando sus objetivos, que florecían con fuego blanco. Los turboláseres seguían acordonando el aire con resplandecientes lanzas de color, las naves heridas seguían sangrando oscuras nubes de tripulaciones congeladas. La imagen insertada de un corresponsal de guerra duro describía con tono desalentador cómo la inmensa flota yuuzhan vong presionaba por la retaguardia la cortina de naves de refugiados, a pesar de la fiera ofensiva contra su retaguardia realizada por el Grupo Tres de Wedge Antilles. Los invasores ya habían cruzado la órbita de Nabatu, décimo planeta del sistema de Coruscant, y se esperaba que alcanzasen los anillos de hielo de Ulabos hacia el final del siguiente día estándar.

El videonoticiero cambió de escena y mostró a la *Sueño Veloz* perdida en una cortina de fuego de turboláser. Leia sabía que debería haber percibido algo, debería haberse enfadado, asustado o algo parecido ante la enorme flota yuuzhan vong que amenazaba Coruscant, pero no había sido así. Sólo le preocupaba tener a Ben en sus brazos y mantenerlo caliente apretándolo contra su cuerpo.

Mientras, la *Sueño Veloz* empezaba a expulsar una nube de refugiados, un corresponsal bith apareció en un inserto del videonoticiero e informó de que el Grupo Dos de la flota de Garm Bel Iblis continuaba atacando a través de la barrera de refugiados, ignorando las bajas por fuego amigo como la que se mostraba, e ignorando las reiteradas órdenes del almirante Sow para que parase. Varias fuentes de confianza señalaban que, de hecho, Sow había relevado del mando a Bel Iblis, orden que habían ignorado el general y sus tropas. Existían informaciones no comprobadas de que grupos enteros de ataque habían abandonado el Grupo Uno de la flota de Traest Kre'fey para unirse a la de Bel Iblis en su esfuerzo por detener a los yuuzhan vong a cualquier precio.

El videonoticiero mostró entonces a un par de analistas militares que se pusieron a debatir si las acciones de Garm Bel Iblis eran la única forma de controlar al enemigo hasta que llegasen los refuerzos, o si era el primer signo de desintegración de la Nueva República, militarmente hablando.

—Menudo desastre —dijo Han. Leia no contestó. Era lo primero que decían desde que encendieron la videopantalla. Ella había olvidado que él estaba sentado a su lado. Han la había estado siguiendo por ahí desde entonces, como si temiera tener que volver a quitarle a Ben de los brazos. Su constante presencia empezaba a molestarla, pero se consideraba incapaz de afrontar el pequeño desorden emocional

que le ocasionaría si se lo decía.

Los analistas fueron reemplazados por una imagen de Luke y Mara saliendo de sus cazas estelares para unirse a una larga fila de Jedi exhaustos que se desplazaban tambaleándose a través de la zona de embarque de un destructor estelar. Un corresponsal devaroniano apareció al fondo y explicó que el principal grupo de ataque de la formación Jedi continuaba sus osadas misiones de incursión y había destruido más de quince naves capitales en el mismo corazón de la flota yuuzhan vong. Las bajas de Eclipse, sin embargo, eran información reservada por motivos de Inteligencia Militar. Se rumoreaba que, entre personal y equipo, eran elevadas. Nadie había visto al famoso Kyp o a su Docena desde que comenzó la batalla.

Han cambió a la información sobre el Senado con una orden de voz. Al bueno y viejo Han le preocupaba que a Leia le alterase saber por las noticias los peligros que afrontaba su hermano. A Leia le habría gustado sentirse irritada. Le habría gustado sentir algo, lo que fuera, algo diferente al vacío y el dolor que la consumían. ¿Por qué había sentido Han la necesidad de cambiar de información? Sólo quería que se fuera y la dejara sola.

El holovideo se dividió en dos imágenes. Una mostraba la cámara del Senado abarrotada, la otra, un holograma del almirante Sow de pie en la tribuna del alto consejo. El sullustano solicitaba que el CSMNR confirmase la destitución del general Ben Iblis, así como de una larga lista de oficiales que habían desertado de sus puestos para ponerse a sus órdenes. Un inserto mostró a Borsk Fey'lya con el pelo enmarañado y los ojos inundados de estrés.

—¿Conoce alguna otra forma de mantener al enemigo controlado, almirante Sow? —preguntó Fey'lya.

El holograma del sullustano continuaba mirando al frente.

—El amotinamiento de Bel Iblis está minando la integridad de mando de todo el ejército.

—Así que la respuesta es no —dijo Fey'lya—. En ese caso le sugiero que, en lugar de interferir en los esfuerzos del general Bel Iblis, siga su camino. No detendrá a los yuuzhan vong dándoles bocados en los talones.

Estas palabras causaron un tumulto tan fuerte en la cámara del Senado que Ben abrió los ojos y se puso a llorar. El droide niñera TDL se colocó de inmediato al lado de Leia y alargó sus cuatro brazos de piel sintética para coger al infante. Leia protegió a Ben con el cuerpo y espantó al droide. Nadie iba a quitarle al niño.

El almirante Sow parecía hablar directamente con Fey'lya, sin hacer caso al tumulto de la cámara, y como no esperó a la ecualización del sonido, su respuesta se perdió en el estruendo general.

—También estoy al tanto de cuántas vidas perderemos si permite que el enemigo empuje a esa flota de refugiados contra nuestros escudos planetarios —dijo Fey'lya

—. Almirante Sow, como presidente del CSMNR no sólo le ordeno que dispare a través de la flota de rehenes, que lo estoy haciendo, sino que, de ser necesario, dispare directamente sobre esas naves.

De nuevo, el almirante Sow no esperó a que ecualizasen el audio y su respuesta se perdió en el tumulto.

La respuesta de Fey'lya volvió a ser un *no*.

—Entonces queda relevado del mando, almirante Sow. Estoy seguro de que el general Bel Iblis comprenderá la necesidad de mi orden.

Esta vez el audio no pudo ajustarse para filtrar el estruendo de la cámara. Cientos de senadores se levantaron y empezaron a gritar con desdén contra el bothano. Un número más pequeño de senadores se levantó para aplaudir su valentía y resolución. Entonces, al lado de la tribuna del almirante, comenzaron a aparecer, uno por uno, los hologramas de los sullustanos que apoyaban a Sow. Allí se encontraban los generales Muun y Yeel, el almirante Rabb, el comandante Godt y otra docena más, todos figuras prominentes del ejército de la Nueva República a quienes el almirante Sow debía su cargo. Fey'lya no parecía demasiado sorprendido por los oficiales que habían aparecido, pero las cerdas de su piel se erizaron cuando el general Rieekan, el comodoro Brand e incluso su colega bothano Traest Kre'fey añadieron sus hologramas al grupo de leales al almirante Sow.

—No necesitamos ver esto —declaró Han, intentando proteger a Leia de lo que pudiera disgustarle—. ¿Qué tal si vemos uno de esos viejos holodramas de Garik Loran? Siempre te hicieron reír.

Leia negó con la cabeza.

—Estoy bien.

La desintegración del ejército de la Nueva República debía de mantener su mente alejada del dolor y el vacío que sentía en su interior. Leia hizo una seña al droide para que le trajera la bolsa del bebé y se acomodó de nuevo para alimentar a Ben. Podría sobrellevar el día si conseguía que Han se largara y la dejara sola.

Fey'lya se levantó y durante un instante trató de tranquilizar a la cámara, pero cuando comprobó que sólo conseguía intensificar la orgía de gritos se dio por vencido y volvió a su asiento. Luego desapareció tras su consola de instrumentos y comenzó a accionar los controles. Aparentemente, se percató de que su cara seguía saliendo en el canal de vídeo, pues frunció el ceño. En ese momento la imagen desapareció.

El sistema de comunicación de los Solo comenzó a emitir pitidos para llamar la atención. Han frunció el ceño y comenzó a levantarse.

—¡Han! —sorprendida por la alarma de su propia voz, Leia le agarró del brazo—. ¿Adonde vas?

Han gesticuló vagamente en dirección al estudio. —A contestar.

Leia meneó la cabeza y empujó a Han de vuelta al sofá. —No me dejes.

El rostro de Han se descompuso.

—Nunca. No me voy a ninguna parte.

La unidad de comunicación continuó sonando. La videopantalla se dividió en tres. Una mostraba las tumultuosas galerías del Senado, otra, los hologramas de Sow y sus apoyos, y la tercera, el busto de Borsk Fey'lya mientras permanecía tras su consola de instrumentos.

C-3PO entró por la puerta.

—Perdóneme, amo Han, pero la unidad de comunicación reclama su atención.

—Lo sabemos, lingote de oro —dijo Han—. Hemos perdido un hijo, no el oído.

Los fotorreceptores de C-3PO se oscurecieron notablemente.

—Oh, por supuesto...

El droide salió de la habitación. El desorden en la cámara del Senado empezó a amainar, pero seguía habiendo demasiado ruido para que el droide de sonido pudiera captar la voz del almirante Sow cuando su holograma volvió a dirigirse a Fey'lya.

El Jefe de Estado miró al frente el tiempo suficiente para indicar a los comandantes que esperasen. Después centró su atención en los instrumentos y habló brevemente.

Un momento después, C-3PO entró en la habitación con la pantalla portátil del sistema de comunicación. Echó una ojeada a la videopantalla e inclinó la cabeza en señal de desconcierto robótico. Después se volvió hacia el sofá.

—Siento interrumpir, pero el Jefe de Estado Fey'lya solicita hablar con la ama Leia.

—¿Conmigo? —en un estado normal la mente de Leia habría empezado inmediatamente a elucubrar las razones por las que Fey'lya la llamaba en un momento así, pero sólo podía pensar en que no había dormido ni se había bañado, ni siquiera se había peinado, desde que ocurrió—. No, desde luego que no.

C-3PO volvió a mirar la videopantalla y después comentó:

—Dice que quería hablar de un asunto de seguridad galáctica.

Leia miró a Han y no necesitó decir nada. Este se limitó a quitarle a C-3PO la pantalla del sistema de comunicación y a colocarla en el sofá entre ellos, con la holocámara integrada enfocándolo a él.

—Aquí Han, jefe Fey'lya. Leia no puede hablar ahora.

En la pantalla de la pared, Leia contempló la mano de Fey'lya mesándose la piel de la cabeza.

—Sí, he oído que algo podría haberle pasado a Anakin. Si es así me gustaría expresarles mis condolencias y las de toda la Nueva República.

—Lo apreciamos —Han echó una ojeada a la pared del muro y torció la mirada. Después volvió a mirar a la holocámara del comunicador—. Ahora estoy seguro de que entenderá por qué interrumpo esta comunicación.

La mano de Fey'lya se precipitó hacia el panel de instrumentos.

—Espere, hay otra cosa más, general Solo.

—¿General? —Han miró a Leia por encima de la pantalla del comunicador y arqueó una ceja—. ¿No me digas que me devuelve mi puesto? No puede estar tan desesperado con los oficiales de carrera.

Finalmente, Leia se dio cuenta de que su marido jugaba con el jefe de la Nueva República no para su diversión sino para intentar que ella se animase. El esfuerzo la enterneció, y eso que ni siquiera consiguió dibujar en su rostro algo cercano a una sonrisa.

—Aún no, general Solo —las orejas de Fey'lya se movían nerviosamente—. De hecho, esperaba convencer a Leia para que dirigiese a sus antiguos amigos del ejército unas pocas palabras en apoyo de mi gobierno.

Han miró por encima de la pantalla de comunicación?

Fey'lya pareció darse cuenta de que Leia estaba escuchando, pues rápidamente añadió:

—Estoy seguro de que Leia se da cuenta de cuánto la he apoyado recientemente en lo referente a los Jedi. Además, el ejército tiene pendientes de aprobación varios pedidos considerables de droides a Armamentos Tendrando.

Leia suspiró y contempló el suelo. *¿Anakin había dado la vida por esto?* El pensamiento era tan deprimente que empezó a llorar de nuevo.

—Lo siento, jefe Fey'lya —dijo Han, alargando la mano hacia el interruptor de encendido—. Esta vez está solo.

Para las sensibles fosas nasales de Cilghal, el espumoso hongo que corroía el quemado metal de los Ala-X supervivientes olía casi tan asqueroso como los sucios trajes de vuelo de los ocho pilotos exhaustos. Tenía un reborde ácido y notaba el húmedo olor metálico de la corrosión, tan común en mundos oceánicos como el suyo, pero que era una completa rareza en las aleaciones anticorrosión de los cazas estelares.

Cilghal utilizó una espátula de plastifibra para raspar parte de la sustancia amarilla y guardarla en una bolsa de muestras, y el olor a humedad se hizo más fuerte. Aunque ya había escaneado en busca de las típicas toxinas yuuzhan vong, se descubrió a sí misma preguntándose si tendría tiempo para regresar a su laboratorio a por su máscara respiradora.

Detrás de ella, Kyp Durrón estornudó y preguntó: —¿Qué piensas? —después de varias docenas de terroríficas horas abrochados y apretados en sus trajes de vacío por si se producía una fuga en su carlinga rota, Kyp era, con diferencia, el más maloliente de los supervivientes—. ¿Un nuevo tipo de arma?

—Una no demasiado efectiva, si es que es eso —dijo Cilghal—. Si sólo creció

esto en el tiempo que necesitaste para volver renqueando a Eclipse, no creo que destruya muchos cazas antes de que las tripulaciones técnicas lo limpien vaporizándolo.

Continuó rascando y finalmente dejó el casco libre. Como le había hecho sospechar la nariz, el metal estaba salpicado por marcas de corrosión. El hongo era capaz de metabolizar el metal del propio Ala-X, pero ¿cómo? Los yuuzhan vong no crearían sin un propósito concreto un hongo resistente al vacío y que generase su propio calor.

Kyp estornudó, y Cilghal volvió el rostro hacia él.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso? —preguntó ella—. ¿Has estornudado llevando el traje de evacuación puesto?

Kyp meneó la cabeza y se secó la nariz en la manga de su traje de vuelo.

—Empezó cuando me lo quité.

—Esporas —dijo, haciendo que Kyp se moviese. Cilghal tomó su bolsa de muestras y comenzó a andar por la cubierta del hangar—. Quieren que produzca esporas.

Cilghal estaba a punto de accionar el panel de control cuando el bramido de una alarma de asalto reverberó en la caverna haciéndola temblar. Continuó durante quince estridentes segundos, para ser reemplazada por la voz del oficial de Vigilancia: —Atención a todas las tripulaciones: esto no es un simulacro. Se acerca una nave de coral yorik.

—¡Sangre de Sith! Tiene que ser otra vez esa fragata —Kyp ya había explicado al oficial de Vigilancia que su vuelta se había demorado mucho debido a una fragata que no paraba de seguirlos—. Habría jurado que los habíamos despistado.

Antes de que Cilghal pudiera pararlo, Kyp se dio la vuelta y salió corriendo para unirse al ajetreo provocado por los mecánicos que preparaban para el despegue el variopinto conjunto de cazas estelares de reserva de Eclipse. Con el *Ventura Errante* en una órbita defensiva alrededor de la base, y bien tripulado por refugiados de Reece, resultaba impensable que una sola fragata pudiera destruir el bastión Jedi.

Desafortunadamente, Cilghal supo que ya no podrían mantener en secreto su posición. Cuando una nave viaja a través del hiperespacio, su casco acumulaba una carga de taquiones que no se disipa hasta entrar en el espacio real. Si estaba en lo cierto sobre el hongo que crecía en los ocho Ala-X, y aparentemente lo estaba, dada la cercanía de la fragata yuuzhan vong, las esporas estaban liberando taquiones al hiperespacio, creando un largo rastro de partículas más veloces que la luz que llevaba hasta Eclipse.

Tan absorta estaba en esta teoría que Cilghal regresó a su laboratorio e inmediatamente se puso manos a la obra y desmontó el proyector de taquiones de un comunicador hiperespacial. La mon calamari no era demasiado buena con el

equipamiento mecánico humano, y solía relegar esos menesteres en Jaina o Danni, por lo que la tarea requirió toda su concentración durante el siguiente cuarto de hora, hasta que la alarma de la base volvió a retumbar y el desanimado oficial de Vigilancia anunció que la fragata se había sacrificado a sí misma para colar tres coralitas por las defensas exteriores de Eclipse.

Toda la base vibró cuando se desplegaron los dos grandes turboláseres y dispararon contra las pequeñas naves. Al principio, Cilghal pensó que el errático traqueteo era una vibración debida a las armas, pero después se dio cuenta de que seguía un patrón recurrente más complicado. Provenía del codificador de pulsos gravitacionales situado frente a la celda del yammosk.

Cilghal corrió a gran velocidad hasta la ventana de observación y confirmó que los tentáculos de la criatura estaban extendidos en la bandeja y las membranas de su cuerpo latían en consonancia con el movimiento del codificador de pulsos.

—¡Así que sí hablas!

Cilghal se volvió hacia el codificador de pulsos y le vio trazar complicadas series de gráficos en una membrana de plastifino. Todavía no tenían suficiente información como para traducir esas marcas en un mensaje coherente, pero parecía plausible que los trazos pudieran ser códigos de identidad, instrucciones de vectores y prioridades de objetivos. Cilghal activó el improvisado modulador de ondas gravitatorias que había construido, ajustó la amplitud para que coincidiera con la grabada y empezó a generar el equivalente gravitacional del ruido blanco.

El yammosk cesó un instante en sus pulsaciones, se removió en tanque y se arrojó sobre el ventanal con un resonante golpe seco. Cilghal se echó atrás y la criatura se agarró al transpariacero.

Sus tentáculos tanteaban a lo largo de los bordes buscando uniones.

Cilghal apagó el modulador. Cuando el yammosk se arrojó de vuelta al agua y comenzó a pulsar de nuevo, supo que pasaba algo.

La voz del oficial volvió a sonar por el sistema de comunicación interno:

—¡Ataque suicida! Cierren herméticamente todas las cubiertas, abróchense los trajes de evacuación y prepárense para un impacto en diez, nueve...

Cilghal miró la membrana de plastifino del codificador de pulsos y súbitamente supo qué se había registrado allí. Aunque no podía traducir el mensaje tenía la certeza de que diría algo así como: *Estoy aquí, destruidme, destruidme a toda costa.*

No había tiempo para desconectar la corriente y la alimentación de datos y salvar el codificador de pulsos. Cilghal arrancó el plastifino del tambor de impresión, voló fuera del condenado laboratorio y casi se le olvida sellar la escotilla de emergencia al irse.

Capítulo 20

Los Sables salieron de la plataforma de embarque de cazas de la *Mon Mothma* y vislumbraron el disco que era Coruscant parpadeando en un hueco de la flota yuuzhan vong, el aura formada por el trillón de luces del planeta era un recordatorio de lo que protegían con su lucha. Ben estaba allí abajo, iluminado por una de aquellas luces, durmiendo profundamente en el apartamento de su tía y soñando con el regreso de su madre. Mara podía sentirlo a través de la Fuerza. Lo que no podía sentir era cuándo se harían realidad sus sueños. Los yuuzhan vong continuaban presionando y avanzando, pese al constante flujo de refuerzos de la Nueva República, rumoreándose incluso que el almirante Ackbar estaba en camino con una flota mon calamari. Su paso por el sistema estaba marcado por la franja de naves muertas y basura espacial, pero aún conservaban la mitad de su flota y tenían Coruscant a la vista.

Estaban todo lo cerca de su hijo que Mara pretendía permitir que llegaran.

Una sábana de energía azul iluminó el espacio cuando los compartimientos de turboláseres del *Mon Mothma* se abrieron y volvieron a disparar. Un momento después, la fragata yuuzhan vong desaparecía de la pantalla táctica y las alarmas de los sensores de la cabina aullaron cuando un grupo de coralitas se dirigió hacia allí.

La voz de Wedge Antilles sonó por el comunicador:

—Que todos los escuadrones permanezcan en defensa cerrada.

Esta vez los obligaremos a detenerse y a prestar atención.

Mara se vio inmersa en la reconfortante calidez del toque en la Fuerza que le enviaba su marido.

—Él estará bien —dijo Luke—, no permitiremos que le pase nada.

Los ojos azules de Mara se abrieron aún más cuando la franja de seguridad se redujo y el joven oficial de comunicaciones del *Bail Organa* preguntó:

—¿Debo solicitar a Defensa Planetaria que desactive el sector de minas para nosotros, general?

Garm Bel Iblis se retorció el bigote e, ignorando la pantalla táctica de la pared, fijó la mirada en el ventanal, donde una tormenta de plasma castigaba los escudos del destructor estelar. Entre los destellos podía verse un enjambre de siluetas avanzando desde detrás del ataque, aumentando de tamaño hasta conformar las formas de los buques transgalácticos y los enormes transportes de la Nueva República. Uno nunca debe sustituir su propia opinión por la de la tecnología, y supo instintivamente que la barrera de refugiados llegaría hasta ellos en menos de un minuto, como supo que Defensa Planetaria tendría que desactivar dos sectores de minas, no uno, si el Grupo Dos de la flota pensaba retirarse de forma ordenada.

—¿General? —preguntó una mujer joven—. Tengo un canal abierto con Defensa Planetaria.

—Muy bien, Anga —los ojos de Garm se posaron brevemente en la pantalla táctica, donde comprobó que, gracias a los desertores que habían cambiado de una flota a otra, su fuerza era mayor que al principio de la batalla—. Dile a Defensa Planetaria que mantenga activos todos los sectores del escudo de minas. No nos retiraremos.

El rostro de Anga se volvió tan blanco como su pelo.

—¿Perdone, general?

—Dame un canal abierto con todos los grupos de la flota —ordenó Garm—. Necesito decir unas palabras.

La Oficina Central Orbital de Defensa estaba ubicada en un satélite equipado con repulsores estacionado ante la ruta de invasión yuuzhan vong, era tan grande como una ciudad mon calamari flotante, la sala de control de su centro tenía el tamaño de todo un estadio de bolachoque y rebosaba de directores de armamento y coordinadores de tráfico. Además, en el momento en que Lando siguió a sus escoltas a través de la escotilla, el centro neurálgico estaba tan silencioso como el espacio.

Todos los pares de ojos estaban fijos en el techo. Lando levantó la mandíbula y se encontró mirando a un vasto abismo de estelas espirales de magma y florecientes esferas de fuego. Algunas de las explosiones parecían tan cercanas como para rozar los escudos. El instinto de Lando le pedía tirarse al suelo, ponerse a cubierto y avanzar lentamente hasta el *Dama Fortuna* tan pronto como sus manos y pies se lo permitiesen, pero su orgullo nunca le permitiría asustarse el primero. Al margen de lo que le decían sus ojos, la estación seguía estacionaria y no había ni un pequeño crepitar de estática en una habitación llena de sistemas electrónicos.

—¿Un techo óptico? —preguntó con calma deliberada.

—Así es —dijo su escolta, una atractiva contramaestre que habría hecho que Tendrá frunciera el ceño celosa—. A veces ayuda mover la estación para ver lo que está ocurriendo.

—Aja —dijo Lando.

Ahora que comprendía la escena que tenía delante, pudo distinguir los círculos azules de varios miles de motores iónicos inmersos en la tormenta de fuego. Garm Bel Iblis había rechazado a los invasores. El Grupo Dos de la flota pasaba entre las naves de refugiados para enfrentarse a la vanguardia del enemigo. Las corbetas y fragatas de la Nueva República desaparecían por docenas, cruceros y destructores estelares escupían fuego y caían uno tras otro.

Lando tomó el comunicador de su cinturón y abrió un canal a Tendrá.

—¿Has terminado ya con las plataformas de armas?

—Estoy con el último envío —contestó ella—. Todavía hay una sección de los escudos abierta en el otro lado del planeta, y pensé en enviar los sobrantes al palacio imperial.

—Mejor que te los quedes —dijo Lando—. Creo que cerrarán ese agujero en breve. Nos vemos en el lugar de encuentro.

—¿Cuándo? —Tendrá sonó preocupada.

—Pronto —contestó Lando—. Muy pronto.

La contramaestre se inclinó sobre la escotilla y convocó a los dos droides CYV de guerra que transportaba Lando, después los guió a través de la zona de control. Cuando concluyeron el recorrido a través del laberinto de pasillos y puntos de control hasta el transportador de la otra parte, el Grupo Dos de la flota ya había atravesado la barrera de refugiados e iluminaba la oscuridad con el fuego de sus turboláseres. Las naves de rehenes seguían avanzando mientras sus oscuras superficies eran iluminadas por los halos azulados de los iones.

La contramaestre accionó el panel de seguridad con la palma de la mano para autorizar el acceso y condujo a Lando y sus droides hasta el puesto de mando. Aunque el general Ba'tra ya estaba rodeado por sus ayudantes y oficiales —todos le hablaban al unísono—, el bothano hizo pasar enseguida a los recién llegados. Miró a los droides bélicos con el morro fruncido y gruñó su aprobación.

Agradecido por que finalmente alguien apreciase la calidad de sus droides, Lando sonrió cálidamente y le tendió la mano.

—General Ba'tra, es un placer conocerlo...

—Guárdatelo, Calrissian —gruñó Ba'tra—. Estamos en medio de una batalla.

Lando dejó caer la mano junto con su moral, pero mantuvo la sonrisa.

—Sí, señor, por eso quiero donar estos droides de guerra a su seguridad personal.

—¿Donar?

—Libre de costes —confirmó Lando.

Ba'tra le miró dubitativo.

—¿Y qué recibes a cambio?

—Nada todavía —dijo Lando—. Son buenos droides; sólo quiero mantener en pie el mercado lo suficiente como para que la gente se dé cuenta.

—¿Mantener en pie el mercado? —el bothano sonrió socarronamente, después golpeó ruidosamente y agarró la armadura del CYV1-302A—. ¿Quantum?

—Mejor —dijo Lando duplicando deliberadamente las maneras bruscas del general. Emular el tono del comprador era es una de sus técnicas de venta más efectivas—. Laminanium. Desarrollado por nosotros mismos.

—Ah.

Lando percibió la aprobación del bothano y dijo:

—Tengo veinte más en el *Dama Fortuna*, por si quiere usarlos para algo.

—¿No están comprometidos?

Lando negó con la cabeza.

—Esta es mi última parada.

Una llamarada estroboscópica de luz naranja centelleó a través de la cúpula de observación del puesto de control cuando un par de minas encendieron los motores y aceleraron hacia la nave ralltiiriana de refugiados. Los escudos reconvertidos del carguero absorbieron las detonaciones de la primera mina, pero la segunda les alcanzó en la proa, provocando una serie de explosiones secundarias que hicieron que la nave se evaporase de proa a popa.

—Eso responde a la pregunta —comentó Ba'tra contemplando la explosión de la nave—. Desde luego, había guardias yunzhan vong a bordo.

Una capa intermitente de luz naranja inundó el puesto de control mientras se encendía los motores de otra docena de minas.

Los rostros de los asistentes del general perdieron el ánimo y una hembra bith preguntó:

—¿Debo mantener los sectores dos, veinte y tres desactivados, general?

Antes de responder, Ba'tra se giró para consultar la pantalla táctica que colgaba de la pared de la cubierta de mando. El Grupo Tres de la flota de Wedge volvía de la retaguardia, pero un rápido vistazo a la situación revelaba que Garm no podía mantener a raya a los yuuzhan vong. Aunque los supervivientes del Grupo Dos habían abierto una brecha de proporciones considerables en la vanguardia enemiga, las naves yuuzhan vong llegaban por todas partes, siguiendo a las naves de refugiados hasta la barrera de minas.

La luz naranja del puesto de mando se apagó de golpe y no fue reemplazada por el destello de las minas que explotaban. Ba'tra giró la cabeza bruscamente el tiempo suficiente para ver una docena de naves de refugiados intentando cruzar la barrera de minas sin detenerse.

El bothano daba vueltas alrededor del bith que había sugerido desactivar el sector.

—Yo no autoricé eso.

Un pequeño rubor asomó veladamente en el rostro del bith.

—Yo tampoco.

Ba'tra sacó el comunicador de un bolsillo y caminó hasta la pared de transpariacero que daba a la planta principal de la zona de control.

—Activad los sectores dos, veinte y tres.

El bothano miraba fijamente a una solitaria mon calamari sentada a cuarenta metros de él, en el corazón mismo de la gigantesca planta. Se limitaba a cruzar los brazos y mirar al exterior a través del techo. Los controladores de minas que la flanqueaban hacían lo mismo.

—Ya veo —Ba'tra apagó de golpe el comunicador y se volvió hacia Lando—.

¿Son tus droides tan adeptos a tratar con traidores como con infiltrados?

Lando echó un vistazo a los controladores y tragó saliva, dudando si responder honestamente.

—¿Sabes lo rápido que nos alcanzará el enemigo cuando hayan despejado la barrera de minas? —pregunto Ba'tra—. Debería mencionar que no dejarás esta estación hasta que obtenga una respuesta.

—Has designado objetivos y dado una orden de anulación —dijo Lando.

—¿Lo qué significa...?

Lando no contestó, su pensamiento se llenó de repente de acelerados cálculos y obstáculos.

—¿Calrissian?

—General, ¿hay algún modo de evitar que las minas ataquen a las plataformas de defensa orbital?

Ba'tra frunció el ceño, pero miró a un asistente arcona.

—Podríamos darles los códigos de desactivación —sugirió su ayudante—. Con una transmisión restringida podrían desconectar la cabeza explosiva y dejar que las minas rebotasen contra sus escudos.

—Bien —dijo Lando—. Entonces sugiero que desactive todos los sectores.

—¿Qué?

—Déjeles pasar —explicó Lando—. A los refugiados, a los yuuzhan vong, a todos.

Los ojos de Ba'tra se estrecharon mientras pensaba, y Lando pudo comprobar que el general estaba pensando en los mismos términos que él. Al menos este bothano concreto se merecía su puesto.

Tras un momento, Ba'tra preguntó:

—¿Sabes qué ocurrirá si esas naves chocan contra los escudos planetarios?

Lando se encogió de hombros.

—Las minas detendrán a los primeros centenares de naves.

—Quizá no a tantas —dijo el bith.

—Entonces, utilice sus recursos como más le convenga.

Ba'tra levantó la mirada hacia el flujo de naves rehenes que se extendía por el sector de minas desactivadas camino de la superficie de Coruscant. Los primeros transportes ya se desvanecían detrás del borde de la cúpula de observación, largas agujas de flujo iónico quedaron atrás mientras aceleraban hacia el escudo planetario.

—¿Sabes que eso no salvará a los rehenes? —dijo Ba'tra.

—Pero al menos no será la Nueva República quien los mate —dijo Lando—, y quizá así se salve Coruscant.

Media esfera de luz dorada ascendió desde el planeta cuando la primera nave refugiada se desintegró contra el escudo.

Ba'tra se disgustó y después asintió.

—Muy bien, Calrissian, Hazlo.

Lando se quedó boquiabierto.

—¿Yo?

—Es tu idea, tu misión —dijo el bothano—. Haré que alguien te traiga unas estrellas. General, acabo de readmitirlo en la flota.

Para cuando el Grupo Tres de la flota se reunió con el Grupo Dos, el espacio local ya estaba tan atestado de restos espaciales que no se podía alcanzar algo parecido a la velocidad de combate. A través de la nube de restos, Mara podía ver media docena de destructores estelares, y quizá veinte o treinta naves más pequeñas, usando los turboláseres para despejar una ruta de salida, pero incluso así apenas se movían. Al menos la mitad tenía fugas por las que salían cuerpos y atmósfera, y una docena sólo podía moverse gracias a los rayos tractores de las naves cercanas. Era evidente que, Garm Bel Iblis y sus partidarios no podían continuar en la batalla.

La retaguardia yuuzhan vong llegaba por todas partes, intercambiando disparos con el Grupo Uno de la flota al atravesar por oleadas la barrera de minas desactivada. Al parecer, Traest Kre'fey había elegido no entablar batalla hasta unirse con el grupo de Wedge. Los pocos miles de naves que aún le quedaban estaban aisladas, conformándose con atacar desde lejos mientras los invasores se derramaban en la órbita del planeta y desbordaban a las plataformas de defensa de Coruscant.

Aunque su número estaba terriblemente mermado, a Mara le costaba creer que el almirante fuese tan cobarde. Siempre le había parecido un soldado honorable y un leal ciudadano, pese a su herencia bothana.

La escena al filo de la atmósfera de Coruscant hizo que el corazón de Mara se acelerase preocupado por la seguridad de Ben. Un escudo circular de mil kilómetros brillaba dorado bajo el constante bombardeo de las naves de rehenes. Cada nuevo impacto levantaba un pilar de fuego y enviaba ondas de choque por la superficie. De vez en cuando, una nave refugiada se liberaba en el último segundo, cuando la tripulación conseguía dominar a sus captores. Pero todos los intentos acababan mal, pues siempre acababa chocando contra el escudo, siendo tiroteada por una fragata a la espera o desintegrándose por la tensión del intento de escapar. La mayoría de las veces, los escuadrones suicidas yuuzhan vong obligaban a los pilotos a chocar en el mismo lugar, y las explosiones más grandes ya provocaban relámpagos de disrupción por todo el escudo.

La voz de Danni Quee sonó por el comunicador:

—Tenemos otro yammosk.

Mara lanzó una ojeada a la pantalla táctica, donde un recuadro de localización de objetivos se centraba en un crucero pesado dentro de la barrera de minas. Una docena

de cansados suspiros sonó por el altavoz del sistema de comunicación. Sería el cuarto yammosk que mataba Eclipse.

Habían acabado con el segundo gracias a la táctica de la bolabrillo de Saba, pero el tercero había costado tantos pilotos que Luke reorganizó las fuerzas de Eclipse en una única formación de doscientos quince escuadrones. Cuando Danni detectó la ausencia de pulsos gravitacionales, todos esperaban haber matado al último, pero era plausible que los invasores se hubieran traído otro de reserva.

Luke abrió un canal con el *Mon Mothma*.

—Necesitaremos ese apoyo, comandante. —Durante las últimas paradas para rearmarse, Wedge había ofrecido el apoyo del Escuadrón Picaro y del Espectro para el siguiente ataque contra el yammosk—. Esto va a ser duro.

—Negativo, Granjero —respondió Wedge—. No estás autorizado para atacar.

Mara notó que Luke se alteraba y supo lo cansado que estaba. El nunca se dejaba enfurecer tanto como para que ella pudiera notarlo.

—Este no es momento para cuidar de los viejos amigos, comandante. Ya ve lo desesperada que es la situación. Si no nos acabamos con ese...

—He dicho que no —le interrumpió Wedge—. No puedo ordenarte que vuelvas, pero confía en mí. Hay cosas que no puedo decir por un canal de combate.

Mara percibió en Luke el equivalente Jedi a contar hasta diez. Aún no tenían razones para creer que los yuuzhan vong pudiesen escuchar sus comunicaciones, y mucho menos descifrar los códigos militares, pero no podía decirse lo mismo de las naves de refugiados. Si alguno de esos pilotos era un contrabandista como Han Solo o Talón Karrde, podía llevar a bordo el mejor equipo de escaneo de sistemas de comunicación de la galaxia.

—Entendido —dijo Luke—. Haznos saber cuándo tenemos la autorización.

—Cuenta con ello.

—¿Wedge? —Mara se sorprendió tanto como cualquiera al oírse por el sistema de comunicación diciendo el nombre de Wedge, y ni siquiera estaba segura de por qué lo hacía hasta que preguntó—. ¿Puede conectarme con las comunicaciones civiles de Coruscant?

Hubo una breve pausa y después Wedge dijo:

—Claro que sí. ¿Con quién quieres hablar?

—Con mi cuñado —dijo ella.

La curiosidad que sintió en Luke duró sólo hasta que la siguiente nave de refugiados chocó contra los escudos de Coruscant. Esta vez, la discontinuidad estática se consumió sola y se enterró en los escudos. Dos naves más chocaron junto al agujero recién abierto, aumentando diez veces su tamaño, y un tercer piloto pudo hacer pasar sano y salvo su pesado buque trasgaláctico a través de aquella brecha. Los canales de comunicación crepitaron con una extraña aclamación contenida

cuando el Grupo Tres cedió a la alegría de ver sobrevivir una nave de refugiados. Las aclamaciones cesaron cuando dos de fragatas yuuzhan vong entraron tras ella por el agujero.

La voz de Han Solo surgió por el altavoz del sistema de comunicación:

—¿Mara? ¿Qué ha ocurrido? —el canal estaba lleno de estática—. ¿Es Luke...?

—Él está bien —interrumpió Mara—. Escúchame. Los escudos están cediendo. ¿Puedes sacar a Ben del planeta?

—Trespeó ya está haciendo las maletas —dijo Han—. Estaremos en el aire tan pronto como lleguemos al *Halcón*.

—Gracias —hubo una incómoda pausa durante la cual Mara se encontró atrapada entre volver a decirle cuánto lo sentía o pedir perdón por haber creído que la misión de Anakin había sido una buena idea. Al final preguntó—: ¿Cómo está Leia?

—Aguantando —contestó Han. Mara vio una imagen fugaz de Leia sujetando a Ben en su regazo, después Han dijo—: Nos vemos.

Él apagó el canal y dejó a Mara y a Luke a solas con la guerra. Sintió a Luke alcanzándola en la Fuerza, intentando llenarla con una sensación de seguridad que él mismo no tenía.

Estoy bien, Luke, pensó ella.

Pero Mara también podía sentir cómo aumentaba la irritación de Luke. Don Maestro Serio se estaba impacientando con este extraño juego de persecuciones y esperas. Más de una docena de naves yuuzhan vong cruzaron la sobrecargada brecha y entraron en la atmósfera de Coruscant antes de que pudiera activarse el generador de repuesto del escudo planetario.

El Grupo Tres ya estaba casi en la barrera de minas cuando Wedge dio la orden de interrumpir la persecución. Aunque hacía veinte minutos que ninguna nave enemiga se había situado lo bastante cerca para atacar a los Ala-X, Luke ordenó a Sables y Caballeros Salvajes que se dirigieran a las estaciones de combate situadas a doscientos kilómetros ante el destructor estelar. Intrigados por la vacilación de Wedge, ambos escuadrones se detuvieron a contemplar la mortífera tormenta de luz que se repartían una y otra vez las grandes naves capitales.

El enigma se resolvió en menos de un minuto, cuando se conectó toda la barrera de minas. Las naves capitales dejaron de disparar. Un asombroso silencio se adueñó de los canales de comunicación cuando las minas eligieron su objetivo en las naves enemigas y trazaron una curva hacia ellas. Los yuuzhan vong maniobraron de forma desesperada, pero estaban atrapados entre las minas y Coruscant y no tenían adonde ir. Algunas naves rozaron los escudos planetarios y se hicieron pedazos al instante. Algunas chocaron entre sí y otras se distrajeron tanto que fueron presa de los misiles y el fuego de turboláser de las plataformas de defensa orbital.

Al final, los yuuzhan vong se dieron cuenta de que lo mejor era parar y capear la

tormenta, confiando a sus armas y sus singularidades defensivas la destrucción de las minas que se aproximaban. Muchas fallaron y quedaron reducidos a añicos. Mil más sufrió brechas en el casco por las que expulsaron sus sistemas internos. Casi todos recibieron al menos un impacto, pero una cantidad asombrosa de naves mostraba muy pocos daños. Reanudaron su tarea, atacando las plataformas de defensa orbital y enviando naves de refugiados a la destrucción.

Entonces, casi al mismo tiempo, las naves yuuzhan vong en peor estado abandonaron la órbita y se lanzaron contra los escudos planetarios. La disrupción estática recorrió la atmósfera. Rejillas defensivas enteras brillaron y desaparecieron con un parpadeo. Las estaciones de generadores ligadas al planeta explotaron con destellos tan brillantes que pudieron verse desde el espacio. Los coris empezaron a abandonar las naves yuuzhan vong supervivientes y descendieron hacia la superficie.

En la pantalla táctica de Mara, el crucero con el cuarto yammosk parpadeaba lentamente, indicando los daños sufridos. Pero estaba casi intacto, flotando hacia la parte iluminada del planeta.

—Bueno, Granjero —comunicó Wedge—. Ya estás autorizado para atacar.

Capítulo 21

Incluso antes de que Jaina mirase dentro del complejo hundido, temió que hubieran llegado demasiado tarde. Una columna de aceitoso humo se elevaba desde la fosa, acumulándose bajo una válvula ennegrecida que se abría periódicamente para expulsar los vapores al vacío. El aire apestaba a carne carbonizada, hueso quemado y a olores procedentes de descomposiciones más lentas, lo que explicaba por qué aquel lugar estaba tan apartado de todo lo demás. Fuera lo que fuera lo que hicieran los yuuzhan el vong con sus muertos, no implicaba conservarlos.

Pese a guiarse por el señalizador de su comunicador, Jaina no vio a Lowbacca hasta que un brazo polvoriento se elevó de entre las cenizas y les hizo señas desde el balcón de observación situado junto a la boca del túnel. Se tumbó en el suelo e intentó no pensar que se estaba arrastrando sobre los restos incinerados de miles de yuuzhan vong. Avanzó hasta el borde de la fosa.

Lo que había abajo le pareció más un centro de procesamiento que un depósito de cadáveres. Era una instalación de cinco lados de la décima parte del espaciopuerto, situada en el centro de una docena de amplias rutas de desplazamiento, la mayoría de las cuales llegaba del oscuro interior de la mundonave. Muchos de esos pasos subterráneos se habían sellado de forma permanente con coral yorik. Los demás estaban llenos por apesadumbrados allegados de los muertos yuuzhan vong, cuyo número debía de haber aumentado mucho gracias a la eficacia del grupo de asalto — un pensamiento en el que Jaina encontró algún consuelo—. Los yuuzhan vong por fin habían resquebrajado la coraza emocional que se había estado formando a su alrededor desde la muerte en Ithor de Anni Capstan, su primera compañera de vuelo en el Escuadrón Picaro. Habían conseguido que la guerra volviera a dolerle, y quería devolverles ese dolor.

Al igual que en el espaciopuerto, las grandes columnatas dispuestas en la parte inferior de cada una de las cinco paredes daban a una red de madrigueras de servicios cuya utilidad Jaina sólo podía adivinar y que le importaba bien poco. Las cinco grutas que se encontraban en cada esquina de la instalación eran más interesantes. La efigie de un dios yuuzhan vong se sentaba en cada rincón, mirando a una profunda fosa situada justo ante él o ella. Junto a cada fosa había un sacerdote y varios ayudantes entonando oraciones a los dioses e invitando a los allegados, un grupo cada vez, a dar un paso adelante y arrojar a la fosa un trozo de su ser querido. Las partes que arrojaban parecían depender de cada efigie en particular. En una fosa arrojaban la piel, en otra los huesos grandes del cuerpo, en la de Yun-Yammka, único dios que reconoció Jaina, vertían la sangre.

La preparación de los cadáveres se hacía en una de las estaciones de variada

opulencia dispersas por el interior del complejo. La elección de un preparador parecía involucrar una buena cantidad de regateo, ya que podía ver a algunos allegados discutir, a veces violentamente, con los amortajadores vestidos con mandiles que hacían el trabajo. Una vez hecha esta labor, la primera parada siempre era una pira ardiente en el centro del lugar a la que se arrojaban cráneo y manos.

Jaina sintió frío.

—Si le hacen eso a Anakin... Lowbacca gimió suavemente y señaló más allá del borde. Teniendo cuidado de no tirar ceniza por el hueco, Jaina se inclinó hacia delante y vio, veinte metros más abajo, un puñado de guerreros yuuzhan vong que jugaban a algo que consistía en dar patadas a una criatura con espinas que gruñía y lanzarla contra el pecho desnudo de un oponente con fuerza suficiente como para que se le clavase. A un lado estaba Vergere, usando el sable de Anakin en un ejercicio de esgrima sorprendentemente fluido.

—Entonces, ¿dónde está Anakin? —susurró Tahiri.

Lowbacca señaló con gestos a la madriguera situada junto a los guerreros y luego a una esclusa de aire cercana, explicando con un ligero estruendo que el cierre daba a una pequeña fosa de aterrizaje donde Vergere y los demás tenían una lanzadera esperando. Jaina y los demás se pusieron los trajes de vacío, se camuflaron con una capa de ceniza y dedicaron la siguiente hora a contemplar los espantosos ritos que tenían lugar abajo. La espera habría sido interminable de no ser porque vieron a dos yuuzhan vong salir de la madriguera con el cuerpo de un camarada y partir en uno de los pequeños transportes de coral yorik que se veían a veces en la mundonave. Eso proporcionó a Jaina la oportunidad de contemplar ese horroroso espectáculo con la esperanza de que los guerreros que habían matado a Anakin estuvieran entre aquellos que se ofrendaban a los dioses.

Por fin, un subalterno yuuzhan vong salió de la madriguera y llamó a dos del equipo para que entrasen. Los demás se vistieron rápidamente, poniéndose delgadas túnicas sobre la cabeza y obligando a sus armaduras vivientes a abrirse para poder volver a colocárselas. Cautelosamente, Jaina levantó su pistola láser de la ceniza. Le echó el aliento en el cañón emisor y los sensores de objetivos para poder limpiarlos y se quitó la túnica.

—Disparad cuando Anakin esté fuera, donde podamos verlo —dijo Jaina por el comunicador. — Echaba de menos la intimidad con los demás que proporcionaba la fusión de combate pero quizá fuese bueno que Jacen no estuviera allí para unirlos. Estaba tan furiosa que no quería abrir sus emociones a los demás—. Saltaremos abajo y nos haremos con él, luego secuestramos la lanzadera, buscamos a Jacen y acabamos con esto. —Entendido —dijo Zekk reconociendo la orden.

Para cuando los demás estuvieron listos, el subalterno apareció donde podían verlo. Tras él venían dos tripulantes cargando entre los dos con una vaina de piel del

tamaño de Anakin.

—¿Puedo ocuparme del oficial? —preguntó Alema, apuntando con la mira de su carabina al subalterno.

—Abátelo —dijo Jaina.

Los demás también eligieron su objetivo. Tahiri se encargaría del primer porteador y Zekk del segundo. Lowbacca centró su mira en el piloto y Jaina apuntó a Vergere con su pistola láser.

—Tengo a tiro a Saco de Plumas —dijo Jaina—. Fuego a...

Cuatro disparos láser cayeron sobre la fosa de cadáveres, pero la mano de Zekk golpeó el cañón de Jaina y el tiro se desvió, quemando el suelo que pisaba Vergere. La criatura ya se estaba poniendo a cubierto, moviendo el sable de Anakin como si realmente supiera manejarlo, cosa que se desmintió cuando se le cayó de las manos y cayó estrepitosamente al suelo.

Jaina se giró hacia Zekk.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Ya la tenía!

—No sé por qué debes dispararle —replicó Zekk casi con pasión—. No nos ha hecho daño y tuvo oportunidad de hacérselo.

—¡Basta con que esté con ellos! —Jaina miró la fosa con detenimiento, pero su objetivo había recuperado el sable de Anakin y se había puesto a cubierto, al igual que el otro porteador de la vaina, llevándose el cuerpo de su hermano—. No vuelvas a hacerlo Zekk, no te atrevas a interponerte en mi camino.

Un murmullo de asombro recorrió el complejo cuando la muchedumbre comprendió que estaban siendo atacados. Jaina se echó al hombro su pistola láser, cogió el sable láser del cinturón y saltó precipitadamente a la fosa.

Utilizó la Fuerza para reducir la velocidad del descenso, y aterrizó en el suelo de la fosa con una pirueta, a medio camino entre Lowbacca y Tahiri. Alema estaba más allá de Tahiri, llevándose la carabina al hombro. El guerrero cuya vida había perdonado Zekk estaba contra la pared, utilizando el cuerpo de Anakin para protegerse del arma de la *twi'leko* y esgrimiendo el *coufee*.

—¡Vosotros dos asegurad la lanzadera! —ordenó Jaina a Lowie y Tahiri—. Alema y yo iremos a por Anakin.

Cuando se pusieron en acción, el *yuuzhan vong* hundió el *coufee* en la vaina y la abrió a la altura de la cabeza.

—¿Queréis a vuestro *Jeedai*? —pasó la hoja por una capa de claro lodo gelatinoso y puso la punta en la mejilla de Anakin.

—¡No os acerquéis u os lo devuelvo en pedazos!

La carabina rugió sin llegar a acertar al *yuuzhan vong* pero destrozando la piedra angular del arco que tenía detrás. El *yuuzhan vong* se sobresaltó y vio por encima de su hombro todas las toneladas de escombros que iban a caer sobre él, por lo que se

volvió hacia Jaina y acercó el cuchillo al ojo de Anakin.

La ira bullía como el magma en el interior de Jaina cuando recurrió a la Fuerza y apartó el cuerpo de Anakin. El yuuzhan vong gritó sorprendido y retrocedió hacia la arcada que se estaba derrumbando, apartando el coufee del ojo. Jaina arrancó a su hermano de manos del guerrero con una sacudida y lo envió levitando hacia Alema.

—¡Coge a Anakin!

Mientras hablaba se iba abriendo a la cólera, utilizando el poder de sus emociones para hacer que la Fuerza entrase en ella como habían intentado obligarla a hacer los Maestros Oscuros Brakiss y Tamith Kai tanto tiempo atrás, cuando fue encarcelada junto con Jacen y Lowbacca en la *Academia Oscura*. El poder acudió a ella en frías oleadas, alimentándose de su odio a los yuuzhan vong y duplicándose en ella.

Con un movimiento tan rápido que Jaina apenas pudo verlo, el guerrero se levantó y le lanzó el coufee a la garganta con un golpe de muñeca. Podría haberlo esquivado o detenido con su sable, pero no lo hizo. En cambio, utilizó la mano libre para apartarlo de un golpe, mientras la feroz energía se agitaba dentro de ella. Entonces levantó la mano hacia su atacante y liberó todo el poder oscuro de su interior. Un relámpago brotó a pocos centímetros de la punta de sus enguantados dedos para abrir luego un boquete en el pecho del yuuzhan vong y arrojarlo contra los escombros, inerte y humeante.

Jaina notó que alguien la miraba y se dio la vuelta para sorprender a Vergere mirándola fijamente desde el refugio de una arcada cercana. El sable de Anakin colgaba de sus manos y sus pequeños ojos se entornaron en lo que parecía una extraña muestra de pena. Jaina se rió de la criatura, alzó la mano y lanzó otro relámpago de Fuerza.

El sable de Anakin cobró vida en manos de Vergere, que lo levantó para interceptar el ataque.

Después abrió mucho los ojos, dio media vuelta y huyó por la madriguera agitando la hoja encendida tras ella como si fuera una cola.

Alema llegó al lado de Jaina y le agarró por el brazo con poca decisión.

—Será mejor que nos vayamos.

Jaina se percató del rugido procedente del otro lado de la fosa y se dio cuenta de que los sacerdotes encolerizados exhortaban a los allegados a atacarles.

—¿La lanzadera?

—Es nuestra —informó Alema—. Todo el mundo está abordo menos nosotros.

—Bien —Jaina le arrebató el cuerpo de Anakin y entró en la esclusa. Cuando la válvula externa se abrió, preparó el último detonador térmico que le quedaba para que explotase en diez; segundos y lo arrojó al centro de la esclusa.

—La brecha que abrirá al vacío le reventará los pulmones unos cuantos caracortada.

Capítulo 22

La línea del cielo de Coruscant, e innumerables años de uso la habían hecho crecer hasta salirse completamente de la fosa de los insectos, con serpenteantes torres que rasgaban el techo abovedado tras alzarse desde la cumbre de un montículo de treinta metros de alto compuesto por detritos de caparazones y crisálidas desechadas. Aunque la colonia estaba tan desierta como la mayoría de la mundonave, el líquen luminoso descuidado desde hacía tanto tiempo aún brillaba lo suficiente como para permitirles ver las piernas de un yuuzhan vong muerto sobresaliendo de un agujero causado por ácido en la base de la torre más interior, sacudiéndose y agitándose a medida que el cuerpo era devorado por un voxyn.

Jacen deseó que fuera el voxyn. Tenía los brazos pesados y las piernas temblorosas, y se sentía como si hubieran seguido a esa cosa por todo el diámetro de la mundonave, aunque era imposible saberlo sin el sentido de orientación subterránea de Alema.

—La lectura es correcta —susurró Tekli. Usó ambas manos para levantar el analizador de células y le mostró los números a Jacen—. ¿Quieres que probemos una segunda muestra? Veo algunas deposiciones por allí.

—No es necesario —replicó Jacen. Estaban examinando la colonia desde la boca de un callejón oscuro. Y habría sido imposible recoger las deposiciones sin ponerse al descubierto o sin utilizar la Fuerza, ya que ambas opciones les habrían expuesto al voxyn—. Tesar dijo que el rastro corresponde a la reina. Matémosla.

—Que no tengamos un láser de cañón largo es grave —dijo Ganner suavemente—. Creo que sé dónde está y podríamos agujerearle a través del nido.

—Éste pienza que sería mejor que me acerque sigilozamente por su lado ciego —silbó Tesar—. Si huye, vozotros estáis aquí para atacar y perseguirla.

Cuando Jacen asintió con la cabeza, el barabel saltó a la pared y trepó en silencio hacia el techo, donde pareció fundirse con las sombras. Un débil hormigueo recorrió la nuca de Jacen, un hormigueo que siguió creciendo cuando Tesar se acercó a la boca de túnel. Algo no iba bien, algo que no veían. Tenel Ka tocó el hombro de Jacen y supo que ella también lo había sentido.

—¡Tesar! —silbó Jacen. No quiso utilizar la Fuerza, ya habían aprendido que eso alertaría a la reina de su presencia—. ¡Espera!

—¿Esperar? —preguntó Ganner, dudando—. ¿A qué?

—Silencio —susurró Tekli. Ganner tenía el sentido del peligro de un mynock. Había estado a punto de toparse con una partida de búsqueda yuuzhan vong en dos ocasiones—. Algo no va bien.

Cuando el barabel no volvió inmediatamente, Jacen comenzó a tener visiones

sobre perder al último estudiante de Saba. Procuró no salir de entre las sombras y se deslizó por la pared, estando a punto de gritar cuando una sacudida agitó el pasadizo. Tesar siseó por la sorpresa, retrajo las garras y casi le corta la cabeza a Jacen al caer por la pared. Se retiraron adentrándose en el túnel, con la mirada en el débil brillo del techo de la colonia.

—¿Ha aterrizado algo? —preguntó Ganner.

—Algo grande —asintió Tesar.

—Aja. Intentaban conducirnos hasta una trampa —Tenel Ka golpeó a Jacen en el hombro—. Quizá sea el momento de retirarse, amigo mío.

—Quizá —Jacen no retrocedió. Algo seguía yendo mal, algo que aún no se había revelado—. Pero si es una trampa, ¿por qué se delatan?

Otro golpe, esta vez más pequeño, que hizo retumbar el coral yorik.

—Ézte podría ir a mirar —sugirió Tesar.

Jacen le pasó los electrobinoculares y el barabel saltó por el pasadizo a cuatro patas. Esa zona de la mundonave parecía destinada a producir sustancias alimenticias y otras necesidades, y más o menos cada kilómetro había grandes esclusas de aire con acceso a la superficie. Jacen había recorrido la mundonave lo suficiente como para saber que la red de superficie sería un sistema más eficiente para mover cargamentos que los estrechos y serpenteantes pasadizos del interior. Un minuto más tarde, Tesar informó: —Ez un análogo de fragata, quizá la que trajo a Nom Anor. No tiene lanzadera.

Jacen no estaba más preocupado que antes, pese al armamento y al personal extra que implicaba eso. Era sabido que las fragatas de este tamaño sólo llevaban tres compañías de asalto y, si no había contado mal, habían acabado con una y tullido bastante a las otras dos. Si Nom Anor tenía intención de lanzar algún ataque, lo haría con el personal de la mundonave o con la tripulación de la fragata, y en ninguno de los dos casos contaría con hombres lo bastante profesionales como para impedirles escapar.

—¿Alguna señal de una compañía de asalto? —preguntó Jacen.

—La rampa de accezo eztá bajada —contestó Tesar—. Pero los que la uzaron se han ido.

—Entonces no serán muchos —la voz de Tekli sonó más deseosa que confiada.

—Muy bien, Tesar —dijo Jacen—. Mantente alerta mientras decidimos qué hacer.

—Podríamos lanzar un detonador térmico al voxyn usando telequinesis y esperar a que ocurra lo mejor —sugirió Ganner—. O podría llevarlo yo.

—¿Y por qué va a funcionar eso mejor que las otras veces? —preguntó Tenel Ka—. Sólo nos quedan dos detonadores, debemos conservarlos.

Ganner aceptó el razonamiento con un encogimiento de hombros y el Jedi contempló la situación en silencio. Nadie sentía impulsos de huir, al menos no sin

saber qué estaba ocurriendo. Habían estado esquivando partidas de búsqueda yuuzhan vong desde que escaparon del grashal de clonaje y la llegada de la fragata era el primer indicio de que el enemigo había supuesto dónde estaban.

Unos minutos más tarde, Tenel Ka dijo: —Puede que la Fuerza nos haya traído esa fragata.

Señaló a la colonia de la colmena, donde varias decenas de siluetas de yuuzhan vong emergían desde escondites cercanos al voxyn. El líder desarmado salió de dentro de una torre y bajó con paso firme por el montículo de desechos, dando vueltas alrededor de un pasadizo situado a unos setenta metros de la fosa donde estaban los Jedi. Se reunió con un cuidador de ocho dedos cuya jaula de insectos brillo iluminó el rostro del líder revelando que era el de Nom Anor. De inmediato, ambos comenzaron a hablar y gesticular severamente. Un momento después salía Vergere del túnel, llevando el cinturón del equipamiento de Anakin en bandolera, con el sable láser y las bolsas de útiles aún en su sitio y el comunicador pendiendo de la cartuchera vacía de la pistola láser.

La vista del equipamiento capturado de su hermano llenó a Jacen de pena y culpabilidad. Las airadas acusaciones de Jaina le habían obligado a reconsiderar casi todos sus actos desde la metedura de pata a bordo del *Muerte Exquisita* y no dejaba de pensar que de haber estado menos preocupado por los desagrazos y más por atenuar el ímpetu de su hermano, Anakin aún seguiría vivo. Jacen también estaba preocupado por haberse refugiado en la tranquila respuesta de Anakin al robo del *Taquión Volador*. Si Jaina, que permanecía en calma incluso en las más encarnizadas batallas era incapaz de soportar la muerte de su hermano, ¿cómo podía él seguir preocupándose por la misión? ¿Cómo no se había vuelto loco de pena?

Vergere echó un vistazo hacia donde estaba el Jedi. Accionó el comunicador de Anakin y de repente dos furiosas voces yuuzhan vong sonaron por la red de comunicación.

Jacen apenas se dio cuenta. Su mirada permanecía fija sobre Vergere. A pesar de lo mucho que le dolía verla llevando el equipo de Anakin como un trofeo, no sintió la urgencia de atacarla, ni siquiera a Nom Anor. A decir verdad, aunque estaba decidido a matar a la reina, tampoco sentía necesidad de matarla. Nada de eso le devolvería la vida a Anakin.

Tenel Ka apretó el dorso de su brazo. Entonces alargó el brazo para coger el micrófono del comunicador y lo apagó.

—No sé a qué estará jugando, pero sería mejor que no nos oigan.

—Gracias —dijo Jacen.

Aunque no podía entender la conversación que sonaba por el comunicador, oyó dos palabras que le resultaron familiares: *Jeedai* y *Anakin*. Nom Anor gesticuló furiosamente hacia el escondrijo del voxyn. Vergere extendió las manos y señaló al

pasadizo por el que había venido el cuidador.

Recitó algo a toda velocidad, algo que incluyó la palabra *Jaina*, lo cual hizo que el cuidador de ocho dedos se volviera para señalar a las colmenas repitiendo la palabra *voxyn* una y otra vez.

Nom Anor se dirigió a él bruscamente, entonces Vergere y él comenzaron a gritar a Nom Anor y no tardaron en estar los tres gritando a la vez.

—Parece que *Jaina* ha estado ocupada —observó Ganner.

—¿Por qué será que no me sorprende? —preguntó retóricamente Tenel Ka—. Pero ahora será difícil matar a la reina. La fragata complica el asunto.

—No por mucho tiempo —dijo Jacen. Podía sentir algo en el sitio de su interior que reservaba a *Jaina*, algo que furioso y tenebroso—. No, si conozco a mi hermana.

El nuevo modulador de amplitud gravitacional de Cilghal se basaba sobre todo en la tecnología de los sable láser y en algunos concentradores de cristal que había tomado prestado con lo que pensaba controlar la enorme potencia necesaria para bloquear las ondas de un *yamosk*. Era en parte un generador gravitacional y en parte antena receptora de *plastiacer*. También era incluso más grande que el destruido cuando los coralitas de la nave rastreadora atacaron su laboratorio, por lo que Booster Terrik no pareció muy contento cuando remolcó el pesado aparato por el hangar, ayudado por Kyp. Bajó a trompicones por la rampa de embarque del *Sombra de Jade*, negando con la cabeza y agitando su dispositivo de llamada.

—Las órdenes son de evacuar, no de reubicar —gruñó—. El *Ventura* ya está lleno a rebosar con los refugiados de Reece. No hay sitio para esculturas Jedi.

—Esto no es una escultura —dijo Kyp—. Es un modulador de ondas gravitatorias y puede ayudarnos a ganar la guerra.

Booster torció el gesto.

—Y un gamorreano pude llegar a ser el próximo Jefe de Estado, pero no será hoy. El rostro de Kyp enrojó por el enfado. —Mira, viejo...

—Ya basta, Kyp —dijo Cilghal deteniéndolo. Le entregó los mandos del *aero trineo* y se volvió hacia Booster—. Estoy segura de que cuando el capitán Terrik vea este aparato en acción se alegrará de haberle encontrado un sitio a bordo del *Ventura Errante*.

Booster frunció el ceño y volvió a reiterar su negativa, pero entonces gritó de sorpresa cuando sus pies dejaron de tocar el suelo y Cilghal lo apartó flotando de su camino.

—Está bien, está bien —refunfuñó—. Si tanto significa para ti, veamos a este trasto en acción.

—Unasabiaidea—dijo Cilghal. Le disgustaba utilizar la Fuerza de esa manera con un compañero, pero Booster era tozudo y el tiempo escaso—. Estoy segura de que

quedarás impresionado, tanto que nos dejarás usar uno de los alimentadores de tus reactores de fusión.

El ceño de Booster volvió a su más obstinado gesto. —No abuses, Cilghal. Hablaremos sobre eso una vez que me enseñes qué puede hacer esa cosa.

Por hartado que estuviera Jacen de ver a Vergere y al cuidador discutir con Nom Anor, seguía sin ocurrírsele un modo de llegar al voxyn. Teniendo una fragata llena de yuuzhan vong en la zona, se descartaba la posibilidad de intentar acercarse pasando desapercibidos. Como lo de enviar levitando un detonador o una bomba incendiaria, ya que la criatura había demostrado muchas veces que huiría en cuanto percibiese una utilización de la Fuerza. Sólo les quedaba esperar, pero si era necesario esperaría incluso cincuenta años para destruir a la reina. Se lo había prometido a Anakin.

Vergere y los demás seguían discutiendo cuando una serie de chasquidos frenéticos sonó por la red de comunicación. Jacen buscó a Tesar con la Fuerza y sintió al barabel todavía a la espera en la superficie, concentrado pero no lo bastante excitado como para estar luchando con alguien. Un único clic confirmó que Tesar le había sentido, y después el ruido de un proyectil al explotar reverberó por todo el coral yorik. Vergere se dio la vuelta y saltó alrededor del montículo de desechos. Nom Anor y el cuidador se quedaron donde estaban, ladrándole mientras desaparecía.

—¿Jaina? —preguntó Ganner.

—¿Quién si no? —contestó Tenel Ka.

Jacen llegó a su hermana con la Fuerza y encontró la fría cólera que sentía sentido desde la muerte de Anakin, por lo que trató de abrir un camino hasta algún vestigio de la Jaina que había conocido toda su vida. Sólo encontró una oscuridad arremolinándose, tempestuosa, irracional, llena de odio. Temiendo utilizar el comunicador por si Vergere tenía el canal abierto, Jacen abrió sus emociones al resto, utilizando la fusión de combate, y envió a Tesar la pregunta que ya estaba en la mente de todos: ¿Era Jaina quien estaba haciendo esto?

Les contestaron con un clic de confirmación.

—Un plan excelente, el de pillar a la fragata por sorpresa —dijo Tenel Ka—. Nos ayudará cuando tengamos que escapar.

Otra explosión sacudió el pasadizo, esta vez más cerca que la primera, seguida de una segunda erupción aún mayor. Empezó a llover copos de liquen del techo. En el interior de la colonia, las piernas del yuuzhan vong muerto desaparecieron cuando el voxyn asustado lo arrastró hacia la parte de atrás de la colmena y desapareció sin ponerse a tiro del Jedi que estaba abajo. Una tercera explosión hizo saltar el polvo de las paredes y trozos sueltos del techo bombardearon la ciudad de los insectos.

La voz desesperada de Tesar sonó por el comunicador: —Palilloz, allí no, ¡para!

Pese al grito de Tesar, una cuarta explosión hizo caer en alud parte de la bóveda del techo sobre la colonia. Todo un barrio de la ciudad de los insectos se redujo a escombros alrededor de Nom Anor y el cuidador. Toda la fosa de los insectos se llenó con una espesa nube de polvo.

Mientras una esporádica lluvia de coral yorik continuaba desprendiéndose del debilitado techo, Jacen volvió a adentrarse en el túnel y se despojó del equipo.

—Será mejor que nos pongamos los trajes de vacío —susurró.

Tesar pensó que, tras fracasar dos veces en destruir la fragata, la lanzadera de asalto pilotada por Jaina se retiraría del combate. Habría sido la táctica de un cazador inteligente al enfrentarse a una presa tan peligrosa. Pero Jaina estaba poseída por un frenesí asesino y era incapaz de resistirse a la tentación de una fragata yuuzhan vong aparcada en la superficie, a ciento cincuenta metros de ella, con la rampa de desembarque aún desplegada, colgando como la lengua de un dewback cuando hiperventila. Dio vueltas a su alrededor, buscando el tiro de gracia, y perdió dos esferas de plasma que se desvanecieron de forma casi inmediata en los escudos de singularidad.

La lanzadera de asalto se dirigió hacia su objetivo y se detuvo bruscamente, disponiéndose a dar otra vuelta a su alrededor y realizar un último ataque.

La fragata reaccionó al fin, disparando contra su objetivo una ráfaga de proyectiles de magma y bolas de plasma desde las baterías de babor. A esa distancia tan corta, los proyectiles carecían de tiempo para fijar su objetivo y pasaron de largo sin hacer daños, pero dos esferas de plasma explotaron en la parte trasera de la lanzadera, arrasando los escudos y haciéndola girar sobre sí misma en el cielo.

Por un momento, Tesar temió que la lanzadera explotase o se hiciera pedazos, pero entonces Jaina —al menos pensaba que era ella quien pilotaba— consiguió dominarla y se alejó de allí. La nave ascendió quinientos metros, expulsó una llamarada e inició un largo y tambaleante descenso hacia el horizonte.

Tesar chasqueó la lengua en un gesto de cólera, después pensó un momento y decidió arriesgarse a enviar un mensaje por el canal de comunicación personal de Jacen. No era algo que quisiera transmitir con clics o mediante la Fuerza, aunque hubiera yuuzhan vong escuchando.

—¡No! —jadeó Jacen.

Había notado que pasaba algo incluso antes de que Tesar se comunicara con él, pero no sabía el qué. Olvidó el comunicador de Anakin en poder de Vergere y abrió un canal general y habría solicitado un informe de daños si Tenel Ka no le hubiese arrancado el micrófono del cuello.

—No ayudarás a nadie haciendo que nos maten —dijo—. Jaina aterrizará la nave sin problemas.

Lo sabes.

—No, no lo sé —Jacen inhaló profundamente, utilizando una técnica de meditación para calmarse y recuperar el control de sí mismo—. Pero tienes razón en lo demás.

Jacen buscó a su hermana en la Fuerza y se pasó todo el minuto siguiente intentando mantenerse en contacto con las oscuras emociones que ahora la llenaban. No parecía asustada, sólo colérica y concentrada en el esfuerzo que tenía entre manos. Después, percibió que sus intentos eran cada vez más intensos, su ira acentuándose a niveles que Jacen no pudo soportar, y la perdió.

—Se ha ido —dijo ahogando un grito.

—¿Está muerta? —preguntó Ganner.

—No lo sé —Jacen alzó la vista—. No he sentido eso, sólo he dejado de sentirla.

Tenel Ka lo rodeó con el brazo y se apretó contra él. —Lo siento mucho, Jacen.

Mientras, en la fosa de los insectos, el polvo se había asentado lo suficiente como para poder ver a los yuuzhan vong apartando los escombros. Aunque los trozos del techo cada vez caían con mayor frecuencia, pronto fue patente que el derrumbamiento había causado pocas bajas. Nom Anor estaba parado ante una colmena derruida, fulminando con una mirada de amargura a dos asistentes que sacaban al cuidador de debajo de los restos.

Cuando el cuidador recuperó la verticalidad y algo de dignidad, se sacudió el polvo y comenzó a hablar con brusquedad a Nom Anor. Por un momento, Jacen pensó que seguirían discutiendo, pero poco después Nom Anor sólo negaba con la cabeza y señalaba al túnel que conducía a la superficie y a su fragata. El cuidador contestó asintiendo, tomó a los guerreros y empezó a atravesar la colonia en persecución de la reina voxyn. El Ejecutor negó con la cabeza débilmente y se dirigió a la fragata a través del túnel.

Apenas se había marchado cuando una voz chirriante surgió de su comunicador:

—Ya puedes salir con seguridad, joven Jedi, no tienes por qué temerme.

Jacen hizo señas al resto para que preparasen las armas y activó el micrófono de su comunicador.

—¿Quién habla?

—No hay tiempo para explicarlo ahora —mientras hablaba, Vergere volvió a la colonia por el lado opuesto al que se había marchado, y señaló hacia donde había huido la reina voxyn—. Tu presa se escapa.

Capítulo 23

El séquito de los Solo estaba a medio camino del último paso elevado que daba a los muelles de Puertoeste cuando un crujido ensordecedor rugió en el cielo y sacudió los rascacielos circundantes.

Los reflejos de Han, condicionados a reaccionar de forma instantánea por demasiados roces con la muerte, le hicieron agacharse y buscar el origen del problema. Lo encontró en un millón de bolas de fuego anaranjado que se reflejaban en los paneles de transpariacero de los ventanas de un millón de torres, silueteando la forma de su aturdida esposa con Ben en brazos.

Como casi todos los que estaban en el puente, Leia seguía en pie y estiraba el cuello para ver qué provocaba ese ruido. Han la cogió por el codo y la hizo agacharse a su lado.

—Agáchate, cariño.

El viento caliente transportaba los olores del ozono y la ceniza. Una bola de fuego del tamaño de una corbeta rugió sobre sus cabezas e impactó a medio kilómetro más arriba del desfiladero de duracero, vaporizando cuarenta plantas de una torre residencial y arrasando con las fachadas de tres edificios adyacentes. El impacto barrió el tráfico del aerocarril antes de golpear el paso elevado y hacer que el aire estuviera tan caliente como el un día de sequía en Tatooine.

Adarakh y Meewalh dejaron caer el equipaje y cubrieron a Han y Leia con sus cuerpos. C-3PO patinó tres pasos en el suelo del paso elevado y el droide bélico CYV que Lando les había entregado lo agarró antes de que se cayera con la planta de ladalum que transportaba, mientras la niñera TDL de Ben caía de paso junto a un centenar de viandantes.

—¡Qué fatalidad! —C-3PO echó un vistazo al carril de seguridad—. Quedará destrozada en más pedazos que componentes.

—Y nosotros si no salimos de este puente —dijo Han levantándose.

Sujetando aún a Leia por el brazo, empezó a abrirse paso a empujones entre la muchedumbre. Al librarse la batalla por Coruscant en una órbita tan baja, las descargas de las armas parecían colosales fuegos artificiales y el planeta era bombardeado por una lluvia constante de naves espaciales ardiendo. El kilómetro que tuvieron que recorrer desde el apartamento lo habían hecho envueltos en humo, viéndose obligados en dos ocasiones a rodear los cráteres abiertos allí donde el puente se interrumpía de golpe a cien metros por encima de un edificio destrozado.

A medida que se acercaban a los muelles, la multitud parecía ir más despacio. Cuando estaban a pocos metros del edificio, Han supo por qué. Una pareja de corpulentos soldados de la Fuerza de Defensa vestidos con trajes de soporte vital

completo con casco flanqueaban la puerta de acceso escaneando cuidadosamente los identichips y cacheando uno por uno a los peatones. Parecía un esfuerzo absurdo, dadas las circunstancias. Uno de los guardias fijó en Han el negro visor de su casco y sacó el escáner.

—Identichips.

—¿No lo sabe? —preguntó Han mientras presentaba los identichips del grupo. Al no ir disfrazados, a lo largo del camino Leia y él habían sido objeto de incontables susurros y señalados con el dedo. Sólo la amenazadora presencia del droide bélico CYV de Lando había asustado a los ciudadanos lo bastante como para impedir que los asaltaran con preguntas que no habrían sabido responder y que habrían interrumpiendo su avance.

—¿Dónde os han reclutado? ¿En Pzob?

—Procedimiento... —el soldado miró a el lector de datos de su escáner—. Solo. Únicamente leo cuatro identichips, y son cinco.

—No te pases —dijo Han. Sintió que el droide bélico se estaba alterando tras de él y le hizo una señal silenciosa para que se mantuviera atrás—. El bebé sólo tiene cuatro meses.

El soldado continuó mirándole fijamente desde detrás del visor.

—Se necesitan seis meses para obtener el identichip —Han lanzó el farol. Si ese tipo no les reconocía a él y a Leia, tampoco sabría nada sobre la legislación sobre documentación de Coruscant—. Hasta entonces, el niño viaja con el identichip de sus padres.

—De acuerdo —el soldado bajó el escáner y después señaló un pasaje peatonal que conducía a una larga terraza atestada de droides—. Podéis pasar, pero tus droides deben quedarse. No hay espacio para evacuarlos.

—¿Quedarse? —repitió C-3PO—. Pero mi sitio está con...

Han hizo callar al droide.

—No ocuparán un camarote público —dijo—. Tenemos nuestra propia nave.

—La cual deberán usar para evacuar seres vivos —dijo el segundo guardia—. No a estos sin vida.

—Por favor, mantengan la calma —dijo el droide bélico CYV colocando un brazo entre Han y Leia—. Esto es una emergencia militar.

Han se dio la vuelta.

—¿Qué...?

Dos disparos pasaron rozándole el rostro y perforaron el pecho de ambos soldados. Leia chillaba y Ben se puso a llorar. Un murmullo de asombro recorrió la muchedumbre. C-3PO, sosteniendo todavía la maceta con el ladalum rayado de Leia, empezó a distanciarse del droide más grande.

—¡De verdad, Uno-Guión-Cinco-Cero-Siete, no se te ha pedido eso! Debes tener

mal la programación primaria.

El droide bélico gritó algo en código máquina que hizo que C-3PO diera un paso atrás. Después se volvió hacia Han.

—Le pido perdón por el retraso en la identificación. Los trajes de soporte vital oscurecían los criterios.

—¿Criterios? —Han rompió el cierre de uno de los cascos y encontró un enmascarador ooglyth intentando huir del rostro de su huésped—. Y yo que pensé que sólo querías evitar que te dejásemos aquí.

Burócratas, hombres de negocios y banqueros. La gente que iba atravesando la puerta tres mil setecientos de la instalación de embarque de Puertoeste no eran refugiados normales. Se arremolinaron en la terminal escoltados por droides, asistentes y aerotrineos cargados con tesoros artísticos y cámaras acorazadas portátiles llenas de piedras preciosas. La mayoría escoltados por criados armados provisionalmente, guardaespaldas de varias especies intimidatorias e incluso por droides de seguridad Ulban EP1, pero sólo una familia tenía porteadores noghri, un droide de protocolo con un ladalum y un droide bélico CYV1 completamente funcional controlando a la multitud. Como siempre, los Solo eran quienes más llamaban la atención entre los que llamaban la atención.

Con los poros aún irritados por el enmascarador ooglyth que llevaba desde el fracaso del intento de secuestro en el piso de los Solo, Viqui Shesh se volvió hacia el niño que iba con ella en el carril de seguridad de la cubierta de observación.

El niño, con esa maraña de rebelde pelo castaño y sus grandes ojos azules, redondos como las medallas al valor de la Antigua República, podría haber sido el gemelo del Anakin Solo de doce años cuyo retrato estaba en los archivos del videonoticiero. Debía serlo, dotarle de ese aspecto había costado a Viqui una pequeña fortuna en honorarios de cosmicirugía y tanques de bacta.

—¿Los has visto, Dab? ¿A los que llevan un gran droide bélico?

—¿Cómo podría no verlos? —respondió el chico—. Todo el mundo en la galaxia conoce a los Solo.

No dijiste que fueran ellos.

—Hay muchas cosas que no digo —dijo Viqui, gracias a la criatura con pinta de sanguijuela del tamaño de un pulgar que se alojaba en su garganta, la voz de Viqui, que una vez fuera sedosa, ahora sonaba temblorosa e irregular. El muchacho miró a lo lejos. —Entiendo.

Su madre y sus dos hermanas ya estaban a bordo del yate de Viqui, estacionado con nombre falso al otro lado del *Halcón*, más allá de un ferry estelar llamado *Byrt*. Estudió al chico, preguntándose si había juzgado erróneamente su carácter golfillo cuando lo pilló en los subniveles limpiándole los bolsillos a un arcona. Si el chico

resultaba tener sentido del honor, o algún asomo de conciencia, estaría tan sentenciada como Coruscant. Después de que la HoloRed informase de su fracaso en el apartamento de los Solo, el villip de Tsavong Lah se había invertido sólo para decir basta.

—Espero que lo entiendas, Dab —dijo Viki—. No quiero el más mínimo fallo, no lo aceptaré.

Nadie como un práctico de muelle para meter un ronto en la madriguera de un rabac. El notable Shev Watsn había metido un ferry estelar de doscientos metros en un hangar diseñado para yates y transportes ligeros, sin tocar la cúpula iridiscente y plegando los motores del *Byrt* con un magnocierre MLC-50.

Leia lo habría abofeteado con un sable láser.

Diez mil personas aterrorizadas esperaban para embarcar en una nave que como mucho podía transportar a cinco mil. La mayoría estaba parada ante el hangar de embarque tres mil setecientos treinta y tres, donde el *Halcón* estaba estacionado con nombre falso. Leia quería embarcar en su nave y sacar a Ben de Coruscant, pero también sabía que se verían asaltados por los desesperados refugiados en cuanto intentasen abrirse paso entre la multitud. De momento, lo mejor era esperar apartados de la multitud hasta que empezase a embarcar en el *Byrt*. Después intentarían abrirse camino, cuando la muchedumbre empujase hacia delante para entrar.

Leia esperaba que tuvieran el tiempo suficiente. A través del resquicio de cielo visible por encima del morro del *Byrt*, podía verse una corriente constante de yates gubernamentales saliendo de Ciudad Imperial: los eficientes senadores y leales oficiales del gobierno que abandonaban sus puestos. Hasta ahora, los yuuzhan vong habían estado demasiado ocupados con los militares de la Nueva República como para hostigar a los civiles que huían, pero eso cambiaría pronto. Incluso había oído que ciertos senadores habían pedido a almirantes de sus propios sectores que los escoltaran hasta casa, y en demasiados casos se habían cumplido tales peticiones. Costaba creer que fuese la misma Nueva República que ella había ayudado a fundar, y por la que Anakin había dado la vida.

—¿General? —la voz que preguntó era temblorosa e irregular—. General, ¿es usted?

Leia, Han, los noghri y los droides se volvieron para ver cómo una mujer cargada de equipaje, de nariz grande y ojos cansados, atravesaba la multitud hacia ellos. Un muchacho de unos doce años y con el pelo del color de la arena la seguía luchando por arrastrar una montaña de equipaje.

—¡General! —mientras la mujer decía esto, Adarakh y Meewalh se interpusieron en su camino—. ¡Es usted!

—Hace mucho que no soy general —dijo Han con calma y tratando de no ser

demasiado reconocible mientras miraba a su alrededor para ver quién podía estar oyendo a hurtadillas—. ¿Nos conocemos?

—¿No me recuerdas?

La mujer empujó a su hijo hacia delante con un bolso y Leia quedó impresionada por lo mucho que el muchacho se parecía a Anakin a esa edad. No era solo la nariz respingona y los pálidos ojos azules, sino todo el rostro; hasta su pequeña barbilla redonda era igual. Leia abrió su corazón a ese chico y a su madre.

Han contempló detenidamente a la mujer y a su hijo y después dijo: —No, no la recuerdo.

La mujer no parecía ofendida.

—Bueno, supongo que fue más importante para mí que para usted. Después de todo, usted era el general y Ran sólo un oficial de vuelo del Escuadrón Picaro.

—¿Ran? —preguntó Han—. ¿Ran Kether?

—Yo sólo era su novia en esa época, pero estuvimos juntos dos veces en Chandrila.

—De acuerdo —dijo Han enterneciéndose al instante. Hizo señas a los noghri para que se apartasen—. Siento no haberla recordado. ¿Cómo está Ran?

La expresión de la mujer se entristeció.

—¿No lo ha oído?

Han negó con la cabeza.

—No he estado al tanto.

—Pilotaba vuelos de transporte de refugiados para el COSERE. Le perdimos en Kalarba —la mujer miró a Leia por primera vez—. Tengo entendido que a su hija también la hirieron allí.

—Se recuperó rápidamente —colocando a Ben sobre su cadera, Leia alargó la mano de la mujer para estrechársela. Era la primera vez desde la muerte de Anakin que compadecía a alguien que no fuese ella misma, y, desde un punto de vista egocéntrico, era casi un alivio—. Siento mucho lo de Ran. Pasa demasiado en estos tiempos. —Gracias, princesa.

—Llámame Leia, por favor —puso la mano en el hombro del muchacho que se parecía tanto a Anakin—. Siento lo de tu padre, muchacho.

—Este es Tare y yo soy Welda —la mujer sonrió al niño que Leia llevaba en los brazos—. Los vídeos y los rumores no dijeron nada sobre el embarazo, así que supongo que este precioso niño es Ben Skywalker.

—De hecho, intentamos que no se sepa —dijo Leia. Luego lanzó una mirada significativa alrededor de la muchedumbre—. Entiéndelo.

Un fuerte golpe metálico sonó a unos cinco metros del *Byrt* y una nube de vapor se liberó en el aire cuando la compuerta de embarque perdió su aislamiento y se abrió. Aunque la rampa de acceso aún no había descendido, la multitud enseguida

empezó a empujarse.

—Parece que han solucionado los problemas de alineación con la gravedad artificial —Welda miró a la creciente multitud, ya más cercana a los doce mil que a los diez mil—. Espero que haya sitio para todos.

Han miró por detrás de la cabeza de la mujer y arqueó las cejas, como preguntando a Leia. Ella asintió. De todos modos, pensaban llevar a todos los refugiados que cupieran en el *Halcón* y no tenía intención de dejar en tierra a estos dos.

Han sonrió de medio lado y se inclinó hacia el oído de Welda.

—Eso no será un problema, la verdad.

La rampa de acceso descendió y la multitud comenzó a subir rápidamente. Cada grupo era detenido el tiempo necesario para un examen epidérmico que comprobaba que no fueran yuuzhan vong infiltrados.

Los noghri aprovecharon el movimiento para empezar a disgregar el grupo que esperaba junto al *Halcón*. Hubo miradas enfurecidas y murmullos sobre los prepotentes Solo, pero la presencia de un droide bélico y el hecho de que no se les impidiera el avance limitó las objeciones al plano verbal.

Leia tuvo cuidado de mantener cerca a Tare y a Welda y pudieron llegar ilesos a la entrada del hangar tres mil setecientos treinta y tres. Ahora venía la parte difícil: entrar sin ser pisoteados por refugiados desesperados. Han puso tranquilamente al CYV 1-507 ante la puerta de duracero y se acercó al panel de seguridad.

—Si intenta usted eludir la seguridad, ahórrese la molestia —dijo gravemente una voz—. Leia se volvió para ver la cornamenta de un gotal vestido con una llamativa túnica de escintohilo que se dirigía a ellos desde la multitud—. Quienquiera que sea el dueño de ese montón de chatarra no podrá permitirse los honorarios de atraque. Se le han quitado las conexiones de abastecimiento.

—¿Qué? —Han ahuecó las manos sobre el panel de inspección y miró detenidamente en su interior—. Tiene que estar bromeando. Hay fluido de contención por todo el suelo.

El *Halcón* podía arrancar en frío en pocos minutos, incluso tras varios días parado, pero no sin una unidad contenedora completamente llena. Demasiado cansada como para preguntar al servicial gotal por qué vigilaba el *Halcón* —no le cabía duda de que se le había pasado por la mente la idea de cortar el panel de seguridad— Leia se volvió para disculparse con Welda.

La mujer ya no estaba a su lado.

Algo metálico golpeó el suelo a un par de metros de distancia y Leia vislumbró a Tare abriéndose paso entre la multitud. Se cambió a Ben a la otra cadera para dejar libre la mano con la que disparaba, y CYV 1-507A se dirigió resonando hacia donde se había producido el sonido. Apartaba a la gente con sus potentes brazos todo lo

amablemente que le era posible.

—Conserven la calma y busquen refugio por favor —entonó—. Hay un detonador térmico activo en la zona.

Por supuesto, la multitud hizo cualquier cosa menos conservar la calma. Decididos a abordar el *Byrt* a cualquier precio, alguien pateó el detonador y lo envió deslizándose por el suelo. La turba empezó a presionar contra la rampa de acceso con más urgencia aún.

—No den patadas al detonador —ordenó CYV 1-507A—. Mantengan la calma y aléjense.

Alguien lo devolvió a quien lo pateó primero, y el droide se deslizó por entre una familia de aqualish que trataban de cambiar de rumbo. Increíblemente, la multitud continuaba empujando hacia delante entre los Solo y a ambos lados de ellos. Decidida a no separarse de Han, Leia sacó el sable láser de debajo de la chaqueta y se giró hacia los hangares. Se encontró con Welda bloqueándole el paso y esgrimiendo una pequeña pistola láser plegable con la que le apuntaba al pecho.

El arma no se movió durante aproximadamente medio segundo antes de que Adarakh, que todavía llevaba el equipaje, hundiese los colmillos en el brazo de la mujer. Se oyó un crujido escalofriante y la mano de Welda se abrió para dejar caer la pistola láser. El noghri utilizó una maleta para tirarla y, un momento después, estuvo encima de ella, atacando su cara con ambas manos. Ni siquiera eso detuvo a la desesperada turba de seguir empujando alrededor de la pelea.

Demasiado acostumbrada a asesinos y secuestradores como para perder el tiempo preguntándose quién los enviaba o por qué, Leia interpuso su cuerpo entre Ben y Welda y empezó a rodear la pelea.

Han estaba a dos pasos de ella, sujetando la pistola láser con una mano y utilizando la otra para introducir el código de admisión en el panel de seguridad.

—Trespeó, ¿dónde está Meewalh? —preguntó Leia.

—Se fue detrás de Tare, ama —el droide seguía a Leia alrededor de la pelea sosteniendo aún el ladalum—. ¡Espero que el muchacho dejase una mecha lo bastante larga en ese detonador térmico!

Uno-Guión-Cinco-Cero-Siete es tan terriblemente torpe.

El suave zumbido de una vibrocuchilla se escuchó detrás de Leia. Sorprendida de que Adarakh no hubiese acabado todavía con Welda, se volvió para ver que ésta empuñaba un vibropuñal con la mano que le quedaba sana. El noghri la bloqueó fácilmente, le asestó un golpe junto al oído y le arrancó la cara. El grito de la mujer no fue ni remotamente tan horroroso como debería haber sido.

Su cara se retorció en la mano de Adarakh como si estuviera viva y, por un instante, ni Leia ni los noghri entendieron lo que estaban viendo.

Era el momento que necesitaba Welda para hundir el vibropuñal en las costillas

de Adarakh. Los ojos del noghri se agrandaron por el impacto y su boca se abrió completamente. Entonces, Leia sintió que la vida de su sirviente escapaba de su cuerpo. Toda la desilusión y tristeza que había sentido desde la muerte de Anakin se convirtieron instantáneamente en ira. Activó el sable láser y, todavía con Ben en brazos, dio un paso adelante para atacar.

Welda arrojó el cuerpo de Adarakh a las rodillas de Leia y la hizo tropezar. Leia fue lo bastante rápida como para sujetarse con la Fuerza y evitar caer sobre Ben. Dos disparos láser silbaron sobre sus cabezas provenientes de donde estaba Han. Su atacante se vio forzada a retroceder, lo que provocó un alboroto aún mayor en una muchedumbre que ya era presa del pánico.

Leia hizo un barrido con sus pies en un movimiento de combate y descubrió que la asesina imitaba su posición a dos metros de distancia, mientras una sorprendida familia ho'din conseguía pasar detrás de ella.

Lo poco que quedaba del rostro era inconfundible, hasta con los poros sangrando tras habersele arrancado a la fuerza el enmascarador oog lith.

—Viqi Shesh —dijo Leia. Ben no pudo aguantarlo más y empezó a llorar, pero Leia estaba demasiado airada para prestarle atención—. Te suponía en las grutas de los niveles inferiores esperando a tus amos con el resto de las babosas de granito.

—Leia, siempre con la frase adecuada para cada situación.

—¡Han, tú eres mejor tirador que eso! —gruñó Leia, aunque sabía que había intentado no dar a los inocentes que había allí. Leia le pasó el niño a C-3PO—. Deja ese árbol y cógelo.

—¿Yo? —el droide soltó la maceta y enlazó sus metálicas manos bajo el bebé—. Pero, ama Leia, usted mandó borrar mi módulo de puericultura después de la vez que...

—Espera en el *Halcón* —ordenó Leia.

—De acuerdo, princesa, pero debo recordarle...

La objeción del droide se perdió en el alboroto general mientras Leia perseguía a Shesh entre la multitud. Oyó a Han llamarla por su nombre, pero no se volvió. Esa traidora no escaparía, no tras traicionar a la Nueva República, vender al COSERE y, sin duda, facilitar la muerte de tantos grandes Jedi. Quizás hasta la de Anakin.

El chirrido de un par de piernas con repulsores incorporados resonó en las vigas del hangar y CYV 1-507A se elevó saltando por encima de la muchedumbre en dirección a la puerta tres mil setecientos.

—¡Hagan sitio! Detonador térmico en camino —el droide chocó contra un aerotrineo cargado de esculturas de inestimable valor y volvió a saltar—. Conserven la calma y...

La frase concluyó con un crujido ensordecedor al conectarse el detonador, que se llevó consigo quinientos metros cúbicos de los muelles, incluyendo biomasa

inteligente y subestructuras de duracero. Cuando la siseante esfera implosionó, un prolongado crujido metálico reverberó por toda el hangar y una gran parte del suelo se hundió bruscamente hacia la ya inexistente puerta tres mil setecientos.

La multitud rugió y echó a correr hacia el *Byrt*, medio arrastrando a los que ya estaban ante la rampa de acceso. Leia se vio arrastrada por la muchedumbre y tuvo que usar la Fuerza para mantenerse donde estaba. No veía a su presa por ninguna parte, pero divisó a un rodiano manchado en sangre corriendo hacia ella. Se abrió paso entre la gente y se plantó en su camino, esgrimiendo su sable láser inactivo para detenerlo.

Le respondió con una objeción en huttesiano.

—Todo el mundo intenta subir a esa nave —Leia lo detuvo con un gesto de la mano extendida—. Y seguro que tú lo harás antes si te tomas el tiempo necesario para decirme por dónde se fue la mujer que te ha manchado de sangre.

El rodiano repitió la sugerencia de Leia y señaló al hangar tres mil setecientos treinta y dos, la contigua a la del *Halcón*. Leia lo dejó ir y luchó por recorrer esos cincuenta metros de corredor mientras la furia crecía en ella a cada paso que daba. El daño que Viki Shesh había hecho a la Nueva República era inconmensurable, y el dolor que había causado a los Solo imperdonable. Leia se lo debía a Anakin y a los millones de personas que habían entregado su vida defendiendo un ideal, les debía hacerle lo mismo a ella.

Leia alcanzó el hangar y lo encontró cerrado. No se molestó en presionar el botón de apertura y encendió el sable láser para golpear en la junta, cortando la cerradura de duracero como si fuese de hojalata. La alarma de seguridad, que empezó a resonar dentro y fuera del hangar, hizo poco para contribuir a la conmoción general que ya reinaba en los muelles. Utilizó la Fuerza para empujar la puerta de duracero que acababa de forzar, y la cerró tras ella para protegerse de posibles ataques por retaguardia. Se sorprendió al ver que los disparos láser ya rebotaban en el lúgubre interior de la zona de despegue.

En el centro del hangar había un yate Kuat. El piloto miraba detenidamente desde el ventanal de la cabina mientras accionaba los repulsores. Viki Shesh estaba a un tercio de la distancia que la separaba de la nave, sujetándose el brazo herido y dirigiéndose hacia la rampa de acceso mientras Han le disparaba por un hueco que alguien acababa de abrir en la pared de duracero que separaba el hangar tres mil setecientos treinta y dos del tres mil setecientos treinta y tres. Dos miembros de la tripulación le disparaban a él desde el hueco de la rampa, intentando proteger a su jefa.

Leia cruzó la zona de embarque en pos de su presa y oyó el siniestro zumbido de la torreta montada del techo del yate al girar en su dirección. Apenas tuvo tiempo para tirarse al suelo antes de que el arma descendiera y disparase abriendo en el

duracero junto a su cabeza un agujero de cincuenta centímetros.

Leia rodó y se levantó con el sable encendido.

—¡Leia! ¿Estás loca? —gritó Han, olvidándose de sí mismo y asomándose por el agujero—. No eres tan buena con esa cosa.

Los tripulantes atacaron el agujero con una nutrida lluvia de disparos, obligando a Han a tirarse al suelo y dando vía libre a Shesh para llegar a la rampa. El láser de la torreta volvió a disparar, pero Leia ya estaba esquivándolo, si bien con algo de torpeza, al menos lo bastante deprisa como para que no le acertaran. Tropezó y oyó un rifle láser disparar desde un lateral. Se volvió para ver a Viki Shesh ya bajo el yate y a punto de llegar a la rampa.

Leia bloqueó su sable en la posición de encendido mientras intentaba ignorar los disparos láser que rebotaban contra el duracero de su alrededor y arrojó el arma contra la traidora, utilizando la Fuerza para mantenerlo girando hacia su objetivo. La torreta volvió a disparar, igual que los miembros de la tripulación en la rampa de acceso. Leia entregó su cuerpo al instinto y se concentró en su ataque, confiando en que la Fuerza movería sus brazos y piernas de la forma adecuada.

Shesh se arrojó a la rampa de acceso. En vez de cortarla por la mitad, la hoja del sable láser pasó sobre su espalda quemándole la ropa y una gruesa capa de piel y hueso. Gritó y se derrumbó, y entonces se incorporó apoyando las manos y empezó a arrastrarse dentro de la nave. La rampa comenzó a subir y lo último que vio Leia de la traidora fue que unas manos masculinas tiraban de ella para subirla a bordo.

Leia ni siquiera se dio cuenta de que también la arrastraban y la ponían a salvo, hasta que oyó a Meewalh decir: —¡Lady Vader, agáchese!

Leia permitió al noghri que la empujase contra el suelo justo cuando otro disparo de cañón atravesó la pared encima de ella. Alzó la cabeza de mala gana cuando los repulsores del yate se encendieron emitiendo un zumbido y no se oyó un segundo disparo. Aún le consumía el corazón la noticia que debía darle a Meewalh.

Pero se encontró cara a cara con el rostro de Anakin a los doce años, en vez de con el noghri.

—Haga conmigo lo que quiera —dijo Tare. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared y las manos atadas con el par de esposas de plástiacero de Meewalh—. Al menos mi madre y mis hermanas están a salvo.

—¿A salvo? —Leia sólo pudo negar con la cabeza—. ¿Eso crees?

—Es lo que sé —el muchacho inclinó la cabeza hacia atrás y levantó la mirada hacia techo, donde el yate de Shesh se estaba viendo forzado a esperar hasta que el oficial del muelle les despejase la salida abriéndoles la cúpula—. Ahora mismo van a bordo del *Placer Malvado*.

Leia ya había cogido su comunicador cuando Han llegó corriendo.

—Olvídalo —dijo mostrándole su propio comunicador—. Lo he intentado. Shev

no piensa retener ninguna nave para nadie.

Leia asintió. Poco le importaba lo que dijera Shev; con su cañón láser, el yate podía abrirse paso y salir del hangar cuando quisiera.

Han sostuvo el sable láser desactivado. —¿Te sientes algo mejor?

—La verdad es que no —admitió Leia. Se levantó y recuperó el sable, colgandoselo otra vez dentro de la chaqueta—. ¿Qué tal tú?

—Peor —dijo Han. Señaló a Tare—. ¿Qué hacemos con él?

Lo último que quería hacer Leia era llevar a este niño en particular solo en el *Halcón*, pero no pensaba abandonar en Coruscant a un muchacho de doce años. Lo agarró por las muñecas esposadas y le hizo levantarse.

—Sí, lo suponía —Han frunció el ceño y después miró con expectación a la puerta—. ¿Qué hiciste con Ben y C-3PO?

—Se supone que están en el *Halcón*.

Han se quedó de piedra.

—No me parece probable. Cuando saliste corriendo aseguré la puerta para evitar a la muchedumbre.

Un gran estruendo sacudió el lugar cuando se abrió la cúpula iridiscente. Miraron hacia arriba y vieron al *Byrt* ascendiendo sobre una estela de flujo iónico. El *Placer Malvado* maniobró hacia fuera y lo siguió hacia las alturas. Entonces se oyó la voz de C-3PO por el comunicador:

—¿Amo Han? ¿Ama Leia?

Leia y Han activaron sus comunicadores a la vez.

—¿Dónde estáis?

—¡No fue culpa mía! —dijo el droide—. Estaba cerrado y yo estaba indefenso para defendernos.

—¡Trespeó! —dijo Leia —¿Me estás diciendo que vais a bordo del *Byrt*?

—Me temo que así es, Ama Leia —dijo—, y me amenazan con ponerme unos grilletes de contención.

Capítulo 24

Los coralitas se apilaban como las piedras de un muro ancestral massassi. Cada nave flotaba en el espacio que había entre las dos de debajo, y cada espacio estaba cubierto por el fuego cruzado procedente de un anillo interior de corbetas. Detrás esperaban las fragatas, y en algún lugar más allá de las fragatas estaba el crucero con el yammosk. Luke y sus compañeros de escudo lanzaron otra descarga de bombas sombra y las vieron de girar contra las singularidades-escudo. Los tres Jedi mantuvieron la trayectoria el tiempo suficiente como para engañar a los pilotos yuuzhan vong con una descarga cerrada de fuego de cañón láser, rompiendo luego la formación en medio de una tormenta de ardiente plasma y enfurecidos grutchins. Aunque los tres procuraban ofrecer ángulos de disparo atractivos, ninguno de los coralitas enemigos abandonó la formación para perseguirlos. El Maestro Bélico había aprendido por fin a proteger su yammosk, y pobre del guerrero que rompiese la formación.

Luke abrió un canal con la Oficina Central Orbital de Defensa, que se había ido ocupando del mando a medida que la batalla se acercaba a Coruscant.

—Nadie nos persigue, Jugador. El yammosk estará toda la batalla.

—Recibido, Granjero. Nohaypor qué decepcionarse —contestó Lando—. Los habéis forzado a dejar media flota al margen del combate.

—Ya es algo —Luke no tenía ni idea de cómo se había convertido Lando en el comandante de operaciones especiales del general Ba'tra, pero se alegraba de tener a alguien de su talla como coordinador de combate. A juzgar por los niveles de estática y repuntes en el canal, la misma Oficina Central Orbital de Defensa estaba bajo un ataque continuo—. Intentemos un ataque de ondas, quizá podamos atravesar...

—Negativo —dijo Lando—. Os paso una comunicación planetaria.

Luke percibió que Mara se volvía aprensiva al instante. Han y Leia debían de llevar ya una hora fuera de Coruscant, pero no podía ser nadie más.

La voz de Han sonó por el canal de comunicación: —¿Podéis tomaros un respiro allá arriba?

—Sabes que podemos —respondió Mara.

—Tienes que alcanzar el ferry estelar *Byrt* —mientras Han hablaba, la pantalla táctica cambiaba de escalas. Un recuadro de localización de objetivos apareció a un cuarto de la órbita del planeta, centrándose en un transporte de doscientos metros de eslora que se dirigía al espacio—. C-3PO va a bordo con tu paquete.

—Es culpa mía —la voz de Leia era tan frágil como una red de brilloestimulante—. Vigi Shesh nos tendió una emboscada en la zona de embarque y yo estaba tan furiosa que...

—No te preocupes, Leia —dijo Mara. Sólo había resolución en su voz, ni culpa ni preocupación—. Lo recuperaremos.

—De acuerdo —Han pareció aliviado—. Estamos atrapados en el planeta hasta que consigamos fluido de contención. La senadora hizo un trabajito en nuestras líneas de abastecimiento.

Luke sintió que ahora Mara sí estaba preocupada. Recargar una unidad de contención podría llevarles horas. Coruscant no tenía horas. Dado el número de coralitas y de aerosquifes que ya descendían de la órbita, no le quedaba ni una hora.

Luke estuvo a punto de enviar a Saba Sebatyne en su bombardero cuando Lando intervino por el canal: —Viejo compañero, los caracortadas reventarán este montón de tornillos en cualquier momento.

Podría bajar con el *Dama Fortuna* y recogeros.

—¿Y dejar atrás al pájaro? ¡Nunca! —comunicó Han—. Vosotros ocuparos de lo de arriba.

—Lo haremos —dijo Luke—, y que la Fuerza te acompañe.

—Sí chico, y a ti también —dijo Han—. Cambio y corto.

Sus pensamientos se centraron en su hijo. Mara ya había dispuesto una trayectoria que pasaría rozando la atmósfera y que interceptaría al *Byrt* y a mil naves más que estaban saliendo de las zonas de Puertoeste y de Ciudad Imperial. Pero tendrían que darse prisa. La pantalla táctica mostraba un grupo de fragatas yuuzhan vong camino de interceptar las naves que huían.

—Jugador.

—Adelante —comunicó Lando—. Una sola pareja de Jedi no cambiaría las cosas aquí.

Luke salió de la formación en pos de Mara, que ya descendía en la distancia. Notando que Tam los seguía, le habló por el comunicador: —Silencioso, quédate con el escuadrón. Susurros, estás al cargo. Haznos quedar bien hasta que todo se vaya a paseo, y luego comunícate con nosotros para organizar una cita.

—¿No quiere ayuda, Maeztro Granjero?

—La quiero —Luke empujó la palanca de mando hacia delante y siguió a Mara bajo el llameante vientre de un kilómetro de longitud del crucero Kuat de la Nueva República—. Cada minuto que retengas aquí a las fuerzas de los yuuzhan vong salva diez mil vidas de la Nueva República.

—Recibido —dijo Saba—, cuenta con que salvaremos un millón.

El altavoz del sistema de comunicación crujió agudamente, y Luke ascendió al otro lado del crucero y descubrió una bola de fuego allí donde la pantalla táctica indicaba que estaba el *Ala-X* de Mara.

—¿Esquivaste la explosión, Mara?

No hubo respuesta, pero ella contactó con él a través de la Fuerza, instándole a no

preocuparse e ir a por Ben.

R2-D2 silbó una advertencia. Luke se inclinó a la izquierda y evitó por poco una andanada de fuego procedente de la nave enemiga, también un crucero, que había acabado con el crucero Kuat. La designó para que R2-D2 la tuviera vigilada con máxima prioridad y realizó una maniobra evasiva.

Descubrió la silueta de Mara recortada contra la luces del hemisferio nocturno de Coruscant, con su motor número tres dejando un rastro de fuego amarillo, el droide astromecánico sin la cúpula de la carlinga y los alerones-s atascados a medio recorrido, lo cual no era bueno ni para disparar ni para la adquirir velocidad.

De haber sido cualquier otra persona, o su misión otra que no fuese recuperar a Ben, Luke le habría ordenado volver a una base segura. Siendo Mara, no había nada que discutir mientras su hijo no estuviese a salvo. Alineó su Ala-X con el de ella y señaló al generador de escudos.

Mara negó con la cabeza. Iba sin escudos.

Por fin asustado, Luke contactó con ella en la Fuerza, reforzando constantemente su unión. Mara le devolvió el toque y maniobró hasta colocarse debajo de su Ala-X, antes de que él pudiera hacerle algún gesto.

Rozaron la atmósfera superior, rodeando ampliamente una pequeña batalla que se desarrollaba alrededor de la aerogrúa de una plataforma residencial en órbita baja, y esquivaron disparos incidentales provenientes de la zona de inserción de un aeroxquife. A medida que se acercaban al *Byrt*, R2-D2 fue cambiando la pantalla táctica a escalas que proporcionaban un mayor detalle. Pronto se hizo patente que la fragata yuuzhan vong pretendía interceptar el mismo ferry estelar que ellos.

Volvieron a alejarse de la atmósfera y se encontraron rodeados por una docena de pequeñas batallas entre los grupos de asalto yuuzhan vong y el fuego cruzado de las plataformas de defensa orbital de Coruscant. Los invasores estaban ganando, pero muy despacio y sólo por superioridad numérica. A simple vista, había una docena de cruceros enemigos desparramando desde sus entrañas cientos de pequeñas naves que flotaban a la deriva, en órbita descendente.

Luke se desvió rodeando los combates y recibió un silbido de advertencia de R2-D2. En la pantalla principal aparecieron las estimaciones de tiempo que indicaban que la fragata llegaría al *Byrt* antes que ellos. Luke ajustó las alarmas de amenaza, en la graduación más sensible y posicionó al Ala-X en una trayectoria recta.

Algo chocó con el vientre de su caza. El primer pensamiento que tuvo fue para Mara, que podían haber vuelto a alcanzarla, pero sintió la aprehensión de ella y supo que seguía allí. Su Ala-X volvió a saltar. Miró hacia ella para verla descender escorada. Tiró con fuerza de la palanca y golpeó con fuerza el intercambiador de las alas.

Para cuando ella se alejó, las tenía cerradas. Una nueva estimación de tiempo

apareció en la pantalla de Luke. Interceptarían al *Byrt* pocos segundos antes que los yuuzhan vong.

—Erredós, ¿Mara ha visto esto?

El droide silbó con impaciencia y una explicación apareció en la pantalla principal. R2-D2 estaba utilizando un transceptor para enviar los datos directamente a las pantallas de Mara.

—Debiste decírmelo —dijo Luke—. Pregúntale de cuántas bombas sombra dispone.

Mara levantó tres dedos.

Luke asintió, después mostró tres dedos dos veces y cerró sus intercambiadores.

—Danos una cuenta de dos segundos.

La cuenta apareció y dos segundos más tarde entraban en la zona de combate a dos tercios de la velocidad máxima del Ala-X, la mayor que podía conseguir Mara con sólo tres motores sin oscilar a niveles de sobrecarga. Luke perdió sus propios escudos cuando una corbeta enemiga utilizó media docena de dovin basal para arrancárselos en rápida sucesión, reduciendo la seguridad y sobrecargándole el generador al intentar crear una nueva protección demasiado rápido. Pero ya estaban sobre las plataformas de defensa y lejos de aquellas batallas, dirigiéndose al *Byrt*.

Luke abrió un canal con el trasbordados —Ferry estelar *Byrt*, cambie la trayectoria hacia los Ala-X que están llegando. Eliminaremos a su perseguidor.

Hubo una corta pausa, después una profunda voz se oyó por el canal:

—¿Se les ha vaciado el cerebro? ¡Sólo son dos! —una segunda nave de la Nueva República, un esbelto yate Kuat con el transpondedor apagado apareció en la pantalla táctica detrás del *Byrt*—. Nos arriesgaremos, no hay ninguna razón para que nos sigan.

—La hay —dijo Luke. En la pantalla, el análogo de la fragata y dos corbetas ya alcanzaban al ferry estelar—. Aquí Luke Skywalker. Tienen a mi hijo a bordo.

—¿Qué? —gritó el capitán—. No es momento de bromas.

—No es una broma —dijo Luke—. Ahora cambien la ruta.

Luke puso todo el peso de la Fuerza en sus palabras, aunque dudaba de que pudiera transmitirse a través de las ondas.

La trayectoria del *Byrt* comenzó a curvarse.

El alivio de Mara afloró desde el interior. Luke comprobó la pantalla táctica y vio que el yate Kuat no se desviaba de su trayectoria original; algo menos de lo que preocuparse. El *Byrt* se hizo visible, una estela de flujo iónico de un dedo de longitud iluminaba el morro de coral yorik de las tres naves perseguidoras.

Luke tocó el símbolo correspondiente a la última corbeta.

—Erredós, designa esta para Mara y dile que tenga cuidado.

R2-D2 reconoció la orden con una serie de bips. El Jedi maniobró y se lanzó

contra sus objetivos haciendo salvajes tirabuzones. La fragata liberó a los coralitas. Al carecer de escudos, Luke y Mara recurrieron a la velocidad y entregaron los mandos a la Fuerza. Las naves enemigas aumentaron en las pantallas hasta ser monolitos de roca negros y escabrosos medio ocultos tras arremolinadas cortinas de fuego. Mara se dirigió hacia su corbeta, esquivó a media docena de coralitas y lanzó las bombas sombra.

Luke renqueó tras ella. Los coralitas se tragaron el anzuelo y fueron a interceptarlo. Volvió bruscamente hacia la fragata y esquivó un proyectil de magma, cortó a un grutchin con el alerón-s cerrado e hizo una única pasada por el flanco de la nave.

Los encargados de los escudos atraparon la primera bomba sombra a veinte metros de que tocase su objetivo, las otras dos explosionaron contra el casco. Una abrió una brecha en medio de la nave, la otra tras el puente de mando. La fragata quedó en silencio y empezó a derramar restos. Luke pasó sobre ella e inició un viraje pronunciado hacia la última corbeta.

Su primer objetivo estaba reducido a escombros, Mara se dirigía también hacia la fragata. Luke percibió su resolución con tanta claridad como la suya propia, pero eso era lo único que le quedaba tras haberse quedado sin bombas y tener atascados los alerones-s.

—Erredós, dile que ataque en el *Byrt*.

El droide silbó negativamente. Estaban demasiado separados para proyectar los datos en las pantallas de Mara. —Fantástico.

Luke terminó su giro y encontró un enjambre de coralitas que pretendía cortar el camino. Los dos cañones láser del *Byrt* dispararon rayos rojos contra el morro de la nave. La corbeta aguantó el fuego y extendió los tentáculos de captura.

Luke desplegó sus alerones-s de dos a cuatro alas y empezó a intercambiar disparos con los coralitas. Con el nuevo sistema de localización de objetivos de Corran, destrozó rápidamente a los primeros dos y obligó al resto a dispersarse. Una alarma sonó en la pantalla táctica. El yate estelar no identificado había cambiado de trayectoria y ahora iba tras Mara.

—¿Y ahora qué? —gruñó Luke—. Envía esto a la pantalla de Mara.

R2-D2 silbó dubitativo.

—Inténtalo —Luke esquivó una esfera de plasma y derramó su fuego de cañón contra el coralita que la había disparado—. Y abre un canal de comunicación con ese yate.

Media docena de coralitas se tambaleaban en dirección a Mara. Fue tras ellos y oyó la voz mental de su mujer.

¡No!

La imagen de una corbeta apareció fugazmente en la mente de Luke y supo que

Mara quería que se concentrase en salvar a Ben.

Luke contestó y le advirtió de que estaba detrás. Envió una ráfaga de rayos contra los coralitas y rodó de vuelta hacia la corbeta.

—¿Cómo va ese canal, Erredós?

En la pantalla principal apareció una explicación.

—¿No contestan?

La razón por la que el yate estelar se mantenía en silencio fue evidente cuando disparó contra Mara. Luke cambió de dirección y vio que un torrente de disparos láser llovía sobre el caza de ella, y el brillante destello de un impacto. Una parte del ala se desprendió ardiendo.

¡Vete!, insistió Mara. El pánico que sentía era por Ben no por ella.

Otra palabra más, *eyeción*, acudió al pensamiento de Luke. Mara descendió hacia el planeta utilizando la Fuerza para mantener la altitud del Ala-X y no entrar en caída libre al tocar la atmósfera.

Luke la alcanzó con la Fuerza y la envolvió con su amor, después miró a su pantalla táctica y descubrió que la nave de ella estaba marcada para ser atrapada. Y ya tenía una señal de transpondedor para el yate estelar: el *Placer Malvado*, registrado a nombre de la senadora Viqi Shesh. Luke respiró hondo y soltó aire, y su furia se fue con el aire. Después marcó la nave como posible objetivo.

Una esfera de plasma rozó el morro de su nave y la pantalla táctica murió bajo sus dedos. R2-D2 chirrió con electricidad estática, antes de sumirse en un balbuceo electrónico cuando los componentes fundidos del sistema de comunicación y los sensores quemados se derramaron en el espacio.

Luke ascendió entre los coralitas, esquivando, girando, pivotando y apuntando sólo con ayuda de la Fuerza y, aun así, acertando sus disparos. Hizo pedazos a un coralita y de pronto encontró un camino despejado hasta la corbeta. Cerró las alas y aceleró, los coralitas giraron tras él, disparándole desde atrás. El Ala-X resistía. Las alarmas llenaron la cabina. Los motores perdieron potencia y deceleró.

Luke lanzó de todos modos las bombas sombra. La primera giró en la singularidad-escudo del coralita y explotó a cientos de metros de distancia. Las otras dos se desvanecieron contra la silueta negra de la corbeta. Los mantuvo en camino hasta que sus detectores de proximidad detectaron el empuje de un dovin basal y abrieron un par de profundos agujeros en el casco de la nave.

Casi, pero no le abrieron una brecha.

R2-D2 gimió para captar la atención de Luke. Miró hacia atrás y vio dos motores, posiblemente los cuatro, ardiendo. Accionó la desconexión de emergencia, giró hacia Coruscant y se unió a la Fuerza, empujándose hacia Mara y su Ala-X que caía hacia el planeta.

No pude llegar hasta él —le dijo a Mara—. No lo he conseguido.

Jaina despertó al oír una risa, y lo hizo con una brillante luz en los ojos y una peste semejante a la de un aseo gamorreano en la nariz. La risa era una de esas carcajadas enloquecidas que uno podía esperar oír en un antro de consumidores de ryll de Kala'uun, pero sabía que la cabeza dolorida y los hombros doloridos no eran consecuencia de un sueño de especias. Esta pesadilla era real. La fragata de Nom Anor había derribado la lanzadera robada, Jacen y los demás estaban atrapados en una mundonave enemiga. Anakin había muerto.

La carabina rugió, y otra alocada carcajada sonó en alguna parte delante de ella.

—¿Has visto eso? —sonrió Alema Rar—. Lo he partido en dos.

—Bien —carraspeó Jaina. El esfuerzo inundó su cabeza con dolor, pero lo agradeció, sacaba fortaleza de ella—. Mata algunos más.

—Guarda silencio, Jaina —dijo Zekk con un tono de condena en la voz. La luz cambió hacia su otro ojo—. No sabes lo que dices.

—¿Y tú sí? —Jaina apartó el cilindro brillante y las apestosas sales—. Ni siquiera tienes hermanos.

—Pero conozco el Lado Oscuro —dijo—. No es la respuesta.

—¿Quién ha dicho que me esté pasando al Lado Oscuro? —preguntó Jaina.

—Has usado la Fuerza para matar.

Y no dijo nada más.

Jaina apartó la mirada de los oscuros ojos de Zekk.

—Se lo merecía —su indiferencia había sido sustituida por una furia desatada, y se alegraba—. Ya viste lo que le hizo a Anakin.

—Anakin está más allá de los insultos —dijo Zekk—. ¿Y qué pasa con Vergere? También la atacaste.

—Estaba furiosa.

Jaina apretó los dientes para contener el dolor, se levantó y miró a su alrededor. El interior de la lanzadera era una masa desordenada, con una larga grieta recorriendo todo el casco y una maraña empapada de fluidos de capuchas de cognición y villip quemados dispersos por la cubierta principal.

Jaina tuvo un confuso recuerdo de haber luchado con los controles para mantener el morro en alto, de rozar el borde de un cráter y caer como la piedra que era la lanzadera, de rebotar por el suelo del cráter y rodar de lado, frenando con brusquedad cuando el morro chocó con... y luego nada, sólo la vaga sensación de caer hacia delante y el sonido de voces que gritaban y una oscuridad repentina.

Al lado de Jaina estaba Tahiri, reposando en una litera junto a Anakin, con un brazo claramente roto apoyado en la vaina que contenía el cuerpo de él. Apenas estaba lúcida y seguía hablando con él, contándole como lo habían localizado en el depósito de cadáveres de los yuuzhan vong.

Lowbacca, en la parte trasera de la nave, profería un gemido grave mientras ponía algo pesado en su lugar. Farfullaba para sus adentros con la voz torpe de un wookiee con conmoción cerebral.

Entonces se oyó algo parecido a una roca cayendo en un recipiente de líquido viscoso, seguido de un golpe húmedo y del distante crujido de una bola de plasma al ser disparada.

—Un poco corto —dijo Alema desde la puerta—. Un grado más arriba y los dejarás fritos y crujientes.

—Supongo que estamos siendo atacados —le dijo Jaina a Zekk.

—No exactamente, pero están en camino —confirmó Zekk—. Nom Anor quiere capturarnos vivos.

Un gesto de desprecio asomó en los labios de Jaina.

—Que lo intente —balanceó las piernas fuera del lecho improvisado y cogió su pistola láser—. Voy a disfrutar con esto.

En todas las décadas que Han llevaba pateándose la galaxia, nunca había oído nada tan siniestro como el ulular de una hembra noghri angustiada. Le recordaba el sonido del duracero al arrugarse, o los chirridos del sistema de comunicación cuando una estrella emite radiación antes de convertirse en una nova. Incluso protegido del sonido por la cubierta de vuelo y la mitad de la longitud del *Halcón*, seguía provocándole un escalofrío y le arrancaba lágrimas de los ojos. Llevaba dieciocho años con los noghri y aún no podía decir que los entendiera, pero sabía lo mucho que les debía y siempre duele cuando alguien cae defendiendo a su familia.

Han se enjugó los ojos, apartó la vista de la lluvia de naves ardiendo que caía al otro lado de la cabina del *Halcón* y comprobó la temperatura de la unidad de fusión.

—Tenemos noventa segundos antes de que nos convirtamos en otra bola de fuego estrellándose contra una torre. ¿Crees que tenemos suficiente para recargar en Ciudad Imperial? ¿O mejor probamos en Cimas Calocour? —esperó un segundo, cinco, luego diez—. ¿Leia?

Como seguía sin responderle, la miró. Se sentaba muy rígida en el amplio asiento del copiloto, con las manos enlazadas en el regazo y mirándose fijamente los pies. Han se dio cuenta por primera vez de que el viejo asiento de Chewbacca eran tan grande que los pies de ella colgaban a diez centímetros del suelo.

Han le sacudió el brazo.

—Leia, despierta, te necesito aquí.

Leia levantó la mirada, pero siguió mirando fuera de la cabina, a la distante nube de humo de un destructor estelar que se estrellaba.

—¿Por qué ibas a necesitarme? Sólo consigo decepcionarte.

—¿Decepcionarme? —repitió Han—. Eso es una locura, nunca me has

decepcionado.

Finalmente, Leia le miró.

—Sí, Han, lo he hecho, cuando fui a por Viqi.

—Yo también lo hice.

—Pero tú no perdiste a Ben, ni hiciste que matasen a Adarakh.

—¿De veras? —Han echó un vistazo a la temperatura de la unidad de fusión, y miró a su alrededor con gesto teatral—. Qué cosas, no los veo aquí.

—Han —Leia dijo la palabra con un suspiro y luego miró hacia fuera, sobre la línea del cielo destrozada y humeante—. Sabes a qué me refiero.

—Supongo que sí —dijo Han— sólo que pensaba que tú no te distanciarías de todo como hice yo. Te creía más fuerte.

Leia le encaró y, por primera vez, le miró realmente.

—¿Cómo puedes decir eso? —su voz sonaba tan tranquila que traicionó la profundidad de su ira—. Esto también debe de dolerte a ti, ¿o es que sólo te importan los wookiees?

—Me duele —Han consiguió dejar en suspenso su ira recordándose que la amargura de Leia era buena señal; era una reacción emocional—. Y por eso no pienso rendirme esta vez, no volveré a hacerlo. Anakin y Chewbacca habrán muerto, y puede que Adarakh, quizá hasta Ben, y Luke y Mara, pero aún nos tenemos el uno al otro.

—De eso se trata —Leia volvió a mirar hacia fuera.

—Y tenemos esperanza —insistió Han—. Mientras nos tengamos el uno al otro, habrá esperanza para nosotros, para Jacen y para Jaina, estén donde estén, hasta para la Nueva República.

—¿La Nueva República? —la voz de Leia se hizo tan aguda que rivalizó con el ulular de Meewalh—. ¿Estás ciego? La Nueva República no existe. Murió antes de que llegasen los yuuzhan vong.

—¡No murió! —respondió Han gritando, incapaz de contener más su ira—. ¡Porque de ser así, Anakin habrá muerto por nada!

Echó un vistazo a la temperatura de la unidad de fusión y vio que sólo les quedaban treinta segundos para convertirse en un cráter. Han no dijo nada; si su mujer se había rendido de verdad, él no quería seguir luchando solo.

Leia abrió la boca como si fuera a devolverle el grito, y entonces vio lo que miraba él y la emoción abandonó su rostro. Han notó que le miraba mientras él observaba el medidor. No dijo nada. El medidor subió otra barra.

—Vas de farol —dijo Leia.

—Estoy apostando —dijo Han.

Jaina y Jacen aún vivían y Leia no debía dejar que la pena le hiciese renunciar a ellos.

—Ciudad Imperial —dijo ella, mirando como la temperatura aumentaba otra barra.

Han exhaló un suspiro.

—Cimas Calocour está más cerca.

—¡Han!

Han hizo girar el *Halcón* e inició la cuenta atrás en silencio.

—A la plataforma de aterrizaje del Jefe de Estado —dijo Leia—. Necesitamos ver a Borsk.

—¿Crees que Borsk sigue en Coruscant? —dijo Han con un sobresalto.

—¿Dónde si no? Desde luego no irá a Bothawui —Leia sacó el datapad de la guantera de su asiento y, con la soltura de una estadista consumada, empezó a tomar notas de voz—. Hay algo que tengo que hacer por él.

Capítulo 25

Las afiladas agujas y las delicadas torres del palacio imperial estaban bañadas por la brillante luz naranja procedente de la Oficina Central Orbital de Defensa, que ardía como segundo sol en su caída por el cielo opalescente de Coruscant. Cuando descendieron a la plataforma de aterrizaje privada del jefe de Estado, Leia se sintió como si cayeran en un bosque en llamas. Han aterrizó a menos de un metro de las aletas estabilizadoras de la chillona lujonave de Fey'lya fabricada por Sistemas Kothlis, y desconectó la unidad de fusión incluso antes de que el *Halcón* se posara sobre el tren de aterrizaje.

Dejaron a Meewalh a cargo del niño que era un sosias de Anakin, cuyo verdadero nombre era Dab Hantaq, descendieron por la rampa de descenso y se encontraron mirando a la boca de un cañón portátil G-40 montado en un trípode.

—¿Le pasa algo al transpondedor del *Halcón*, Garv? —preguntó Leia, no demasiado sorprendida por la cautelosa recepción—. Intentamos comunicar, pero no fue posible.

—Tan sólo somos prudentes, princesa —dijo un hombre delgado con uniforme de general de la Nueva República que apareció entonces—. Siento lo del sistema de comunicación. Los yuuzhan vong se están apoderando de la red de satélites, y el jefe de Estado Fey'lya ha ordenado bloquear todas las comunicaciones no militares.

—Seguro que eso ayuda a la evacuación —dijo Han.

Garv, o general Tomas para todo el mundo menos para sus superiores y sus antiguos superiores, respondió con una enigmática inclinación de cabeza. Leia había nombrado personalmente a Garv comandante de la seguridad de palacio, y en todo el tiempo que hacía que le conocía eso era lo más parecido a un comentario sobre un superior que le había visto hacer.

—Garv, hemos tenido un pequeño problema de sabotaje con Viqui Shesh —explicó Leia—. ¿Sería demasiado pedir que alguien nos recargase el fluido de contención? Y me gustaría hablar con el Jefe de Estado Fey'lya.

—Podemos arreglar ambas cosas —Garv envió a un asistente bothano de peludas mejillas a por el equipo de mantenimiento, y se volvió hacia Leia con una expresión de duda inhabitual en él—. Perdone si me entrometo, pero he oído rumores sobre Anakin. No soy capaz de expresarle mi pesar.

—Gracias —dijo Leia. Sabiendo que tendría que acostumbrarse a recibir a gente que le ofrecería sus condolencias, posó una mano en el hombro de Garv—. Significa mucho para nosotros.

—Vamos a echarle de menos —asintió Han.

—Igual que la Nueva República —dijo Garv.

—A propósito de la Nueva República —dijo Leia, feliz de tener una excusa para cambiar de tema—. He notado que las torres de datos siguen intactas. ¿No debería destruir alguien esos registros?

—Alguien debería hacerlo —dijo Garv—, pero Fey'lya se niega a dar la orden.

—¿Cree que podrá conservar el planeta? —preguntó Han, incrédulo—. ¡Qué idiota! Si los caracortadas consiguen esa información no quedará un sólo lugar en la galaxia donde establecer una base.

El gesto de Garv se volvió amargo.

—Se lo he dicho muchas veces.

—Estoy seguro de que el Jefe de Estado dará la orden cuando llegue el momento —dijo Leia. Los turboláser ya disparaban a las naves enemigas desde las azoteas de todo Coruscant, y el momento ya había llegado, pero Garv Tomas era un oficial demasiado bueno como para excederse a su autoridad de oficial incluso en esas circunstancias—. Aun así, no sería inadecuado armar ya las cargas, ¿verdad, general?

Garv sonrió.

—En absoluto inadecuado.

Introdujo la clave en su datapad y despachó a un oficial para que la orden se cumpliera, después los condujo por el hangar hasta la oficina del Jefe de Estado, situada en la última planta de la torre.

Tras una breve disputa con el droide de la agenda, que Garv ganó en virtud de una orden de anulación de seguridad, el general les hizo pasar a las cámaras privadas y se retiró para continuar con sus deberes. Encontraron a Fey'lya sin su habitual cortejo de consejeros y aduladores, solo, de pie en su opulenta oficina y estudiando una pantalla holográfica que reflejaba el derrumbamiento de las defensas de Coruscant.

La situación era desesperada. Lo que quedaba de las flotas de la Nueva República estaba rodeado o lejos del planeta, a veces ambas cosas. La mitad de las plataformas de defensa estaban saliéndose de su órbita y el resto se debatía con los indicadores de avería parpadeando en estado crítico. La fuerza de seguridad atmosférica luchaba ferozmente con Ala-V y aulladores, pero la superioridad aérea no podía con el ingente número de enemigos. Los bombarderos yuuzhan vong ya formaban para descender, y Leia sabía que la batalla pronto se libraría en las azoteas.

Fey'lya necesitó un minuto para darse cuenta de que tenía invitados.

—¿Viene a regodearse, princesa?

Leia forzó un tono cálido en su forma de hablar.

—En absoluto, jefe —esperando que el rostro de Han no delatase la opinión que antes expresó de él, extendió sus manos y las cruzó con el bothano—. Vengo a pedirle disculpas.

La actitud de Fey'lya se suavizó.

—¿Pedirme disculpas?

—Por no ayudarlo con el ejército —explicó—. Me temo que estaba demasiado consumida por el dolor.

La actitud de Fey'lya cambió al instante y tomó las manos de ella entre sus zarpas.

—En absoluto, soy yo quien debe pedirle perdón por llamarla en un momento así.

—Debía ser por algo importante o no se habría entrometido —confiando en que Fey'lya estuviera pensando en cómo utilizarla para recuperar el apoyo perdido, miró hacia la pantalla y dejó caer un comentario—: Nuestra posición parece débil. ¿Podremos aguantar?

—Debemos hacerlo —contestó Fey'lya—. Si cae Coruscant, cae mi gobierno.

—¿Y a que sería una vergüenza? —dijo Han. Resistiendo el impulso de pisarle el pie, Leia sonrió fingiendo no haber notado el sarcasmo en las palabras de Han.

—Lo que mi marido quiere decir, jefe Fey'lya, es que tiene nuestro apoyo —atrajo a Han a su lado—. ¿No es cierto, querido?

—Por supuesto, querida —Han parecía sincero, o lo bastante como para que Fey'lya hiciese un gesto de aprobación—. Puede contar con nosotros, jefe Fey'lya. Leia adoptó un rictus de seriedad.

—Si cree que unas palabras más podrían servir de algo... Fey'lya sonrió más por alivio que por aprecio. —¿A quién podría perjudicarle? Si los militares saben que está de mi lado, apoyarán a mi gobierno. Ése ha sido el problema, ¿sabe? Con todos esos senadores huyendo a su casa y llevándose la parte de mi flota que tenían a mano.

—Lo sé —dijo Leia—. He visto los videonoticieros. ¿El centro de comunicaciones sigue estando junto a la ventana?

—Era un lugar demasiado bueno para los lectores de labios baldavianos —Fey'lya la tomó por el brazo y la condujo hasta lo que fue un armario para abrigos, cuando ella ocupaba el despacho.

—¿Una única masa de agua en todo el planeta y haces que nuestros Ala-X se estrellen en ella? —dijo Mara, poniéndose una aero tablilla en el tobillo roto—. ¿La única? ¿En qué estabas pensando, Skywalker?

—No tenía muchas más opciones, Mara —dijo Luke. El calor de sus motores había prendido las fibras de los trajes de vuelo y necesitaría un buen corte de pelo antes de que su cabello chamuscado volviese a parecer humano—. Era esto o estrellarnos contra una torre.

Mara y Luke mantuvieron la mirada fija en las aguas iluminadas por el fuego del océano occidental, un extenso lago artificial con una zona recreativa multiespecies que se extendía sobre miles, quizá decenas de miles de azoteas. Una docena de remolinos señalaba los lugares donde choques menos controlados que el suyo habían perforado el lecho de duracero y filtraban su contenido al subsuelo de Coruscant. Teniéndolo todo en cuenta, no había sido mal sitio al que conducir los Ala-X tras ser

eyectados, pero el fondo del lago estaba tan plagado de droides desechados y aerodeslizadores destrozados que localizar a su preciada unidad R2-D2 resultaba difícil hasta para Luke.

Mara tiró de la anilla del inflador de la aeroférula y no se permitió ni un quejido cuando comprimió sus huesos rotos, después cogió un inyector del botiquín de eyección y se inyectó una dosis de bacta entumecedor. Normalmente habría evitado cualquier clase de analgésico, pero tendrían que moverse rápido y no quería que su lesión los retrasase. Los yuuzhan vong ya llegaban con sus mayores naves para acabar con los láseres de las azoteas. Podía sentir que el *Byrt* no había saltado al hiperespacio con Ben. Tenía que encontrar el modo de volver al espacio, y rápido.

Por fin Luke extendió una mano sobre el agua. Un reflejo distante rompió la superficie y se agrandó hasta adquirir la forma de un Ala-X carbonizado. Un par de aeroesquifes yuuzhan vong descendieron puntualmente del sol para atacarles, recibiendo en cambio el fuego de una batería de turboláseres cercana. Durante cortos segundos, el cielo sobre sus cabezas se convirtió en una red de bolas de plasma y rayos de energía, hasta que una de las naves yuuzhan vong estalló en pedazos y la otra se elevó, perdiéndose contra el sol perseguida por un torrente de disparos láser.

Mara dio las gracias con señas al equipo de la batería, tan bien camuflado en un tejado cercano que no pudo localizarlo antes de usar la Fuerza. Luke atrajo el Ala-X hasta la orilla y levantó a un R2-D2 que gorjeaba salvajemente en el alveolo del astromecánico. El droide parecía en buen estado, aparte de estar marcado por el calor, y el alboroto que estaba armando confirmaba que su sellado hermético había continuado intacto tras el incendio y la inmersión.

Algo grande explotó sobre sus cabezas, eclipsando momentáneamente al sol y extendiendo largas lenguas de fuego blanco por el cielo. Mara y Luke lo contemplaron hasta que el resplandor se oscureció lo bastante para revelar trozos aislados de escombros que cayeron al planeta en un revoltijo. No había forma de saber si era una nave de la Nueva República o yuuzhan vong.

Súbitamente superados por lo desesperado de su situación, Mara abrazó a Luke alrededor de los codos y permitió que le aliviara el peso que soportaba su tobillo roto.

—¿Cómo vamos a salir de esta, Luke? —habían visto todos los aerocarriles atascados por el tráfico o bloqueados por escombros, y los dos sabían que en caso de poder llegar a un espaciopuerto, cualquier cosa que pudiera considerarse una nave espacial ya habría despegado mucho antes—. Tendremos suerte si conseguimos salir del planeta, por no hablar de rescatar a Ben.

Luke la estrechó entre sus brazos.

—Confía en la Fuerza, Mara.

—¿Es lo mejor que se te ocurre? —preguntó Mara amargamente—. ¿Salvó a Anakin confiar en la Fuerza?

—Puede que Anakin estuviera destinado a salvarnos —dijo Luke suavemente. Se arrodilló frente a R2-D2 y utilizó la manga para secar los sensores auditivos del droide—. No estamos solos en esto, Mara. Si Erredós pudiese conectar con algún canal militar, igual conseguíamos ayuda.

—Quizás —Mara miró para otro lado, y procuró evitar que las emociones oscuras se amontonasen en su interior. No quería culpar a Han y a Leia del peligro que corría su hijo, pero había sido *su ayuda* la que había puesto en peligro a Ben en primer lugar.

—¿Puedes ir más de deprisa, Skywalker? —Ya está —dijo Luke—. Erredós... El droide silbó con excitación.

—¿Estás seguro? —Luke comenzó a secar la rejilla del altavoz de R2-D2—. ¿Has encontrado a Leia?

—Esto no es el fin —dijo Leia—. Hace dos años los yuuzhan vong entraron en nuestra galaxia. No vinieron ni como amigos ni como iguales, aunque nos habría alegrado darles la bienvenida como tales en lugar de como conquistadores y ladrones. Vieron una galaxia en paz y confundieron la fuerza de nuestra creencia con la debilidad de las armas, la sabiduría del compromiso con la timidez de los cobardes. Atacaron sin piedad y sin que mediase provocación alguna. Mataron a miles de millones de nuestros ciudadanos, esclavizaron planetas enteros y sacrificaron a millones de seres para apaciguar la sed de sangre de sus imaginarios dioses. Creyeron que seríamos fácilmente derrotados porque dieron por hecho que nos entregaríamos sin luchar.

»Estaban equivocados. Hemos luchado en Dubrillion, en Ithor, en la nebulosa del Bantha Negro, en Borleias y en Corellia. Hemos luchado contra ellos en su recorrido desde el Borde Exterior al Núcleo. Hemos perdido un incontable número de gente a la que amábamos, entre ellos a mi propio hijo y a Chewbacca, el querido amigo de mi marido. Ahora luchamos en el cielo de Coruscant.

Seguimos combatiendo.

«Pronto, el enemigo estará en nuestras azoteas, en nuestras casas, recorriendo el oscuro subsuelo de nuestra ciudad. A los que puedan escapar y a los que se han quedado atrapados les digo lo mismo que le diría a mis hijos, donde quiera que estén tras las líneas enemigas: Seguid luchando.

»Esto no es el final. En dos ocasiones, las fuerzas conducidas por los Jedi han diezmado a las flotas yuuzhan vong. Afrontamos cada batalla con nuevas armas y mejores estrategias. Hemos prevalecido sobre enemigos despiadados en el pasado, contra Palpatine, contra Thrawn, contra los ssi-ruuk.

Sabemos cómo ganar esta guerra. Seguid luchando hasta que no os queden fuerzas para seguir luchando, y entonces agotad al enemigo haciendo que os persiga,

y luego volved a luchar otra vez.

Seguid luchando. Y os prometo que prevaleceremos.

La cubierta de vuelo de la *Dama Fortuna* quedó tan silenciosa como un noghri con una vibrocuchilla. Lando se propuso ajustar la potencia de los escudos mientras aún tuviera los ojos secos. Entonces oyó algo parecido a un gruñido procedente del asiento del copiloto. Miró hacia arriba y encontró al general Ba'tra secándose la piel de las mejillas.

—Esa mujer podría hacer que un hutt se pusiese a dieta —el bothano dedicó los siguientes segundos a mirar por el ventanal delantero, donde el perfil del tamaño de un dedo del *Byrt* se ensanchaba hasta alcanzar el de un brazo. Un bloque más pequeño, negro, escarpado y con tentáculos en su panza, y el esbelto yate Kuat de Viqi Shesh planeaban cerca de él. Finalmente, Ba'tra gruñó—: General Calrissian, ninguna de esas naves parece el *Ventura Errante*.

—No lo son —dijo Lando sin dar más explicaciones.

Que él supiera, su reactivación como general había concluido al caer la Oficina Central Orbital de Defensa. Ahora, Ba'tra y sus soldados sólo eran evacuados a la espera de ser recogidos. Abrió un canal de nave a nave para hablar con su mujer.

—¿Dónde estás? —preguntó Tendrá—. Me tienes enferma de preocupación.

—Todo va bien. Me retrasé un poco en la Oficina Central Orbital de Defensa —mientras hablaba, le enviaba coordenadas por una pista de datos paralela—. Cuando llegue Booster, pídele que se deje caer por aquí. Le estoy haciendo un favor a unos amigos comunes y sería bueno tener un destructor estelar en la zona.

—¿Qué clase de favor?

—Uno importante —aunque el canal estaba codificado, Lando vaciló en decir algo más por miedo a los piratas informáticos de la Brigada de la Paz—. Tú díselo a Booster. Te veré pronto.

—Puedes apostar a que sí.

Queriendo no alarmar a Tendrá, Lando se despidió sin decirle que la quería. Ba'tra le estudiaba con el rabillo del ojo. —No te hacía un héroe, Calrissian.

—¿Yo? Para nada —Lando mostró su sonrisa de vendedor—. No podía pasar por alto una oportunidad de presentar mis droides a un público cautivo.

Ba'tra resopló, después sonrió a medias y ojeó la pantalla principal. Incluso en esa órbita tan elevada el espacio estaba atascado de vehículos. La mayoría de los yuuzhan vong estaban demasiado ocupados con las formidables defensas de Coruscant como para molestar a los civiles, pero había una docena de coralitas patrullando alrededor del *Byrt*, persiguiendo a cualquier nave que se acercase.

Ba'tra dio un toque con su garra a la pantalla.

—. No nos vendría mal tener alguna escolta. Podríamos pedir al escuadrón Jedi

que renunciase a ese yammosk.

—¿Y llamar la atención? —Lando adoptó una expresión ceñuda y activó el sistema de comunicación del *Dama Fortuna*—. Ajustaros bien las sujeciones antichoque. Uno: Uno-A, ¿está tu compañía lista?

—Afirmativo, general.

—No soy general. La reactivación fue temporal. —Un general siempre es un general.

Lando torció la mirada y abrió un panel en el brazo de su asiento de piloto. Apretó un botón de seguridad y una válvula del motor de estribor empezó a expeler gas tibanna en los motores iónicos.

El *Dama Fortuna* expulsó una cola de un kilómetro de longitud de lo que parecía una llamarada blanca, que en realidad era una fulgurante descarga inofensiva debida a la ionización del gas tibanna. Lando hizo que el yate girase en un tirabuzón y dispuso una trayectoria oblicua hacia el *Byrt*, manteniendo la inclinación necesaria para mantener un margen de seguridad respecto al ferry estelar. Los coralitas se dispersaron pero contuvieron el fuego. Un impacto podría hacer cambiar la trayectoria del yate *dañado* y escorarlo contra las naves que protegían.

—Mi felicitación, general —Ba'tra cerró los ojos para no mirar al mareante girar de las estrellas del exterior—. Hace años que no veía fuga bothana tan cerrada.

Lando mantuvo esa ruta que fallaría su objetivo en medio kilómetro. Los coralitas le rodearon, pero se mantuvieron apartados de la cola de tibanna. La imagen del *Byrt* creció hasta adquirir el tamaño de un edificio y Lando bajó el morro y frenó bruscamente, para no ver por el ventanal delantero otra cosa que no fuera el duracero del casco y los escudos de partículas de las dos naves se besaron con fuerza suficiente como para empujar el ferry estelar contra la nave *yuuzhan vong* que lo remolcaba.

Lando balanceó su popa y situó el *Dama Fortuna* junto al *Byrt*.

Los dos primeros coralitas llegaron escupiendo bolas de plasma contra los escudos del *Dama*.

Lando desconectó la alimentación de combustible y cerró las toberas de flujo. El gas tibanna salió ondeando por las tomas de refrigeración y quedó atrapado bajo los escudos, sumergiendo al *Dama* en *llamas* de fotones fusionados.

Los dos siguientes coralitas se alejaron sin disparar y Lando anuló los escudos del lado del *Byrt*.

—¡Uno-Uno-A, adelante!

Cuando recibió la orden de ataque del general Calrissian, CYV 1-1A ya estaba sujeto magnéticamente al *Byrt*, fijando una tira de detonita elástica en el casco. Seguía preocupado por su fallo durante la demostración en Coruscant y había dedicado toda una banda de procesamiento a comprobar los circuitos

armamentísticos. Todos los sistemas daban positivo en potencia y provisión de municiones, pero eso también sucedió en Coruscant. Las rutinas de autoconservación del CYV 1-1 seguían accediendo a la memoria de sus disparos rebotando en los yuuzhan vong, seguían informando de un fallo no detectado en el módulo de selección de potencia. Su centro lógico sabía que la aseveración carecía de fundamento, pero si sólo era un bucle fantasma, ¿por qué persistía tras desmagnetizar sus circuitos?

1,2 segundos después de que el general Calrissian le diera la orden de actuar, dos unidades subordinadas aseguraron la ataguía del *Dama Fortuna*. Y CYV 1-1A se retiró a la esclusa de aire para activar la detonita. Una sección del tamaño de una puerta se desprendió del casco y resonó contra el tórax armado de Uno-Uno-A mientras se igualaban las presiones.

Tras explorar el terreno con los sensores ópticos y acústicos, 1-1A entró por la abertura a una pequeña estación de control energético. Había tres miembros de la tripulación tendidos en el suelo, tapándose los oídos y gimiendo por el cambio de presión. CYV 1-1A los ignoró y atravesó la cabina, deteniéndose cuando sus sensores de transparencia detectaron una patrulla de yuuzhan vong en el corredor principal.

—¿Una emboscada? —preguntó 1-24A.

—Afirmativo.

CYV 1-1A proyectó puntos rojos en la pared para marcar la localización de cada individuo. Estaba a punto de establecer una estrategia de ataque cuando 1-24A atravesó la escotilla haciendo un ruido metálico y empezó a disparar. El resultado no dejó lugar a dudas sobre la efectividad de sus sistemas de armamento.

—Pasillo asegurado —informó 1-24A.

—Máxima eficiencia —dijo 1-1A como cumplido.

La vacilación enfriaba los circuitos de 1-1A mientras asignaba equipos para cortar la unión con el remolque enemigo, controlar los motores del *Byrt* e iniciar un barrido de búsqueda y destrucción de yuuzhan vong. Se reservó la tarea más importante para sí mismo. Dejó dos escuadrones para vigilar la brecha hasta que llegase el general Calrissian con los bióticos, y configuró sus sensores auditivos al máximo antes de cruzar la escotilla.

Aunque solo habían pasado 4,5 segundos, las paredes del corredor estaban picadas por los insectos aturdidores muertos y el suelo lleno de cuerpos de yuuzhan vong. Los escuadrones de droides avanzaban en ambas direcciones, con los brazos armados llenando el corredor de destellos de color. Mientras su unidad de procesamiento empezaba a interpretar los datos auditivos, 1-1A se dio cuenta de que había menospreciado la dificultad de su misión. Sólo con sus sensores configurados para ese rango, detectó cincuenta y dos niños que lloraban. Que lloraban a gritos.

Empezó por el más cercano, pasando por encima de un cadáver de yuuzhan vong

todavía humeante y siguió los lloros por un corto laberinto de pasillos que conducía a los alojamientos de primera clase. Una partida de enemigos sacaba refugiados de sus camarotes, empujándolos al suelo.

El líder sujetaba por una pierna a un bebé que lloraba, agitándolo ante una llorosa mujer humana.

—¡Dime!, ¿es éste el bebé *Jeedai*?—preguntaba.

CYV 1-1A alzo el brazo láser y el zumbido de sus servomotores hizo girarse al yuuzhan vong.

Algunos empujaron a sus cautivos dentro de los camarotes, mientras que otros los utilizaron como escudo. CYV 1-1A saltó hacia delante disparando. Esta vez no hubo selectores de módulo erróneos o reducciones de potencia. Con cinco tiros acabó con cinco enemigos. Cuando el líder intentó aplastar al bebé contra la pared, incluso se sintió lo bastante confiado como para volarle la muñeca de un tiro al guerrero.

La atónita madre recogió al niño en sus brazos y se volvió hacia 1-1A balbuceando incomprensibles palabras de gratitud.

—Cálmese —contestó 1-1A—. Busque refugio inmediatamente.

Viqi Shesh tenía el aspecto de algo resucitado por una bruja Krath de la muerte. Tenía las mejillas hundidas, las pupilas dilatadas, la piel tan oscura como la de un noghri y su manera de andar apuntaba a la influencia de algún potente analgésico. Aun así, mantuvo la cabeza bien alta y parecía resuelta a impresionar al yuuzhan vong que la seguía por el pasillo. C-3PO, temeroso de que el brillo de sus fotorreceptores delatase su presencia, se puso a un lado de la escotilla de evacuación y continuó mirando a través del ventanal.

—Y entonces la repugnante senadora Shesh fue a por Ben Skywalker —dijo tranquilamente. En un fútil intento de calmar al desconsolado niño. Estaba usando su ágil vocalizador TranLang III para reproducir la voz entrecortada de Mara. La imitación era impecable, pero no podía hacer nada para evitar el frío de su cuerpo metálico ni para emular lo que el niño habría sentido en la Fuerza—. Por eso el valiente Ben se quedó muy callado.

Ben gimió sonoramente.

En el corredor, Viqi Shesh inclinó la cabeza a un lado.

—Le dije a la ama Leia que no era el droide adecuado para esto —gimió C-3PO con la voz de Mara. Luego abrió el botiquín de emergencia que había cogido de la cápsula de salvamento y sacó el safetranq—. Estése quieto, por favor, amo Ben.

Estoy seguro de que a su madre no le gustaría que le administrase sedantes.

Viqi Shesh habló con sus escoltas, que se pusieron a abrir escotillas y a registrar zonas de evacuación. C-3PO ya había preparado su propia cápsula de evacuación, pero no estaba impaciente por hacer otro viaje en uno de esos artefactos. Además,

sólo conseguirían volver a Coruscant.

Los yuuzhan vong estaban a tres escotillas de distancia cuando un droide bélico apareció tras ellos.

—¡Gracias al creador! —dijo C-3PO.

Pensó que debía de pertenecer a la serie 1-1, pero difícilmente importaba eso. Toda la línea CYV era de máxima calidad y el mero hecho de que de hubiera uno a bordo era buena señal. C-3PO envió una transmisión identificándose a sí mismo y a su carga y solicitando ayuda. Recibió una concisa respuesta que le informó que la misión consistía en rescatarlos a ellos.

Después, el droide descargó una ráfaga que dejó fuera de combate a cuatro de los escoltas de Shesh en la mitad de otros tantos segundos.

Ben rompió a llorar. Considerando el estruendo en el corredor, C-3PO pensó que tres centímetros de pared de duracero bastarían para que nadie oyera al bebé. Se desengañó de esa creencia al mirar por el ventanal y ver a Viqu Shesh en cuclillas tras un mamparo situado ante él, mirándole a través de la mirilla.

—¡Ben! ¡Mira lo que has hecho!

Era justo la clase de problema táctico adecuado para la artera mente de un bothano: una entrada estrecha defendida por una docena de enemigos bien armados con un número indeterminado de rehenes. Normalmente, Ba'tra habría enviado a un equipo por el conducto de ventilación, o intentado que el enemigo le persiguiera fingiendo una retirada. Esta vez se volvió hacia un droide CYV y señaló a la puerta.

—Uno-Treinta y Dos, asegura el puente.

—Sí, general.

CYV 1-32A se adentró en un enjambre de insectos tan denso que Ba'tra lo perdió de vista. El droide respondió con una tormenta de fuego láser. Tres segundos después estaba parado ante la puerta de entrada con ambos brazos humeantes y la armadura de laminanium agujereada hasta los circuitos.

—Puente asegurado, general.

—Bien hecho —Ba'tra habló por el comunicador con un subordinado que esperaba en el yate de Lando—. Debería alejar al *Dama Fortuna*, capitán, y hágalo con cierta prisa. Estoy seguro de que al general Calrissian le gustaría encontrarse con la nave todavía intacta cuando la llame para recogerlo.

El general cortó la comunicación y siguió a una docena de soldados hasta el puente, sin esperar confirmación de que habían recibido el mensaje. Aunque no había señales de que los tripulantes del *Byrt* hubieran luchado contra el invasor, dos habían sido torturados hasta la muerte y los demás estaban desangrados en diferentes grados. Ba'tra miró a su alrededor y encontró a un rodiano con los galones de capitán colgando de uno de sus hombros.

—Esta nave acaba de ser requisada —Ba'tra le entregó un trozo de plastifino con un conjunto de coordenadas—. Llévanos hasta aquí.

—No nos está requisando general, nos está salvando —el rodiano estudió el plastifino, después miró fuera del ventanal y vio al *Dama Fortuna* pasar a toda velocidad con un escuadrón completo de coralitas a la zaga. Las antenas con forma de platillo de su cabeza se enroscaron exteriorizando su confusión—. Pero no lo entiendo. Esto no está muy apartado de la zona de combate. No estaremos seguros allí.

Ba'tra sonrió.

—Lo estaremos cuando llegue el *Ventura*.

Lando estaba a medio camino de la escalera de servicio cuando una onda expansiva impactó contra el *Byrt* con tanta fuerza que no necesitó seguir bajando. Se soltó y se encontró de pronto agachado en la cubierta inferior del ferry estelar, oyendo el rugido de la batalla que se libraba a la vuelta de la esquina.

—Detonador térmico encendido, general —informó 1-1A todavía de pie en la cubierta. Nave remolque destruida.

—Gracias por el aviso.

Lando se levantó, oyó un zumbido que le resultaba familiar y cayó hacia atrás al ver aparecer por la esquina un insectocortador. Aquella cosa saltó a su cuello, pero 1-1A disparó un rayo de baja intensidad que pasó rozándole el oído. Lando esbozó una débil sonrisa intentando no mostrar su miedo, pero consciente de que el droide bélico había detectado ya el aumento de su frecuencia cardiaca y la ligera subida de temperatura en su piel. Sacó su pistola láser y miró con atención a la vuelta de la esquina.

Viqi Shesh y dos docenas de yuuzhan vong se retiraban hacia la cubierta de evacuación catorce, dejando a su paso el suelo cubierto de diminutas vainas de semillas negras. Aunque Lando nunca había visto esa arma concreta supo con seguridad que las cascaras contenían alguna sorpresa desagradable.

—¿Análisis? —preguntó.

—Dispositivo abrojo desconocido —contestó 1-1A—. Alto potencial de ataque con biotoxinas. — Gracias por nada.

El *Byrt* retumbó ligeramente cuando se activaron los motores subluz, y Lando supo que estaban en camino para reunirse con el *Ventura*. Se sacó la máscara de oxígeno del cinturón de utilidades.

—¿Seguro que esta vez es elbebé correcto? —preguntó Lando—. ¿No vamos a ir detrás de ningún squib atrapado en una taquilla?

—La marca de sonido era idéntica—dijo 1-1A, defendiéndose—. Y el nivel de confianza es elevado.

CYV Uno-Veinticinco recibió una transmisión del droide de protocolo C-3PO

afirmando tener al niño correcto.

—Son ellos —Lando se cubrió la cara con su máscara de oxígeno—. Uno-Uno-A envía un droide dentro.

Lando apenas había terminado la frase cuando 1-25-A se precipitó hacia delante esquivando grácilmente las cascaras.

Entonces, las vainas echaron a rodar hacia él. Dio dos pasos más y se sostuvo sobre un solo pie. No pasó nada.

Luego movió los pies, y uno de los granos con forma de corazón que tenía a su espalda disparó al aire. El droide se quedó inmóvil, y fue absorbido por el grano.

—Minas de singularidades —Lando se quitó la máscara de oxígeno—. Repugnante.

—El análisis indica la presencia de un objeto infranqueable —informó 1-1A—. Todas las técnicas para sortear o despejar campos de minas fracasarán.

Lando negó con la cabeza en señal de decepción.

—Recuérdame que hable con el departamento de cerebros sobre tus rutinas de ingenio —sacó el comunicador y abrió un canal con el puente—. Aquí Calrissian. Necesito una suspensión de la gravedad artificial y de la compensación de inercia durante dos segundos.

—Recibido.

Lando se agarró a una de las paredes. Los droides se sujetaron magnéticamente al suelo. Un instante después notó un revoloteo en el estómago y las minas de singularidades flotaron en el aire.

Se dirigieron a la deriva hacia la popa y llenaron el pasillo de misteriosos sonidos conforme iban rozando las paredes y dejaban agujeros de dos metros en el duracero. Cuando la gravedad se restauró, las cascaras que aún quedaban cayeron al suelo y destruyeron una sección de cinco metros del corredor de servicio.

Lando se soltó y echó a correr hacia la plataforma de evacuación número catorce. Intentó encabezar él mismo la carga, pero los droides ya estaban allí disparando ráfagas a través de la escotilla.

—¡Con cuidado! —ordenó Lando—. ¡Vigilad al bebé y a Trespeó!

Lando salió corriendo a toda velocidad hacia el panel de control y accionó el mando de anulación.

Se oyó un suave chasquido metálico y los cohetes de la cápsula golpearon los escudos con sus estelas.

—¡Qué alivio! —C-3PO se dispuso a cruzar la zona de embarque—. Pensé que se me llevaban.

Lando le siguió de cerca por detrás.

—Trespeó, ¿quién estaba llorando en la cápsula de salvamento?

—Oh, era yo, general Calrissian —contestó C-3PO con voz infantil.

Se detuvo al lado de una taquilla con máscaras de oxígeno de emergencia y sacó la bolsa de un botiquín que tenía dentro a un niño profundamente dormido.

Capítulo 26

Abriendo las dos válvulas de la distante esclusa de aire podía verse medio arco brillante de sol azul ardiendo tras del naciente disco de Myrkr, iluminando el millón de pilares del serpenteante vestíbulo marcado por oscuras líneas de zafiro. El cuidador y sus escoltas eran poco más que alargadas siluetas que se dirigían a la salida en una única hilera. La reina voxyn no era plenamente visible, pero Jacen sabía que estaba allí, en el hueco entre las dos figuras que tenía delante.

—Ezto no eztá bien —carraspeó Tesar silenciosamente—. Eza esclusa de aire no puede abrirze.

—Es preferible buscar una explicación a negar lo que todos vemos —contestó Tenel Ka—. Hay una atmósfera al otro lado de ese cierre.

—Sí, ¿pero qué más hay? —preguntó Vergere—. Esa es la cuestión, ¿no?

—¿Qué tal si nos la respondes? —contestó Ganner.

Cuando Vergere extendió los brazos y se encogió de plumas, Jacen volvió a mirar a la hilera de yuuzhan vong. Su mente se llenó con pensamientos de miedo y sospecha y trato de encontrar a la reina voxyn con la Fuerza por octava vez desde que abandonaron la colonia de la colmena.

El voxyn reaccionó incluso con más rapidez que la vez anterior, revolviéndose contra los guerreros que tenía detrás. Ya debía de haber atacado al primer yuuzhan vong con el extremo de su cola venenosa, por lo que no le hizo caso y escupió ácido al segundo de la fila, luego saltó sobre ellos para ensartar al siguiente. Los tres guerreros cayeron y atacó al cuarto antes de que el cuidador o alguno de los ayudantes que le quedaban pudiera sujetarla por las correas y retenerla.

Jacen retiró su presencia. La reina se calmó lentamente hasta el punto de que el cuidador tuvo confianza para aproximarse, acariciándole el hocico, y hablarle sin duda con un tono relajante. No faltaba mucho tiempo para que aquel acto de valentía se convirtiese en un error mortal, pero Jacen no quería que la bestia matase a su cuidador, todavía. Sabía que, al ser los guerreros tan cautelosos, la muerte del cuidador les haría enviar refuerzos.

Finalmente, el cuidador se retiró e hizo señales a sus asistentes para que liberasen las ataduras.

Habían aprendido por la vía difícil que la reina no se movería mientras hubiera alguien tirando del otro lado de la cuerda, resultado de otra inquietud sembrada por Jacen. Cuando el voxyn mostró su voluntad de seguir viaje sin matar a nadie, los yuuzhan vong se dieron la vuelta, dejando a los heridos y los muertos donde yacían, y desaparecieron por la esclusa abierta.

—Sólo quedan cuatro —dijo Vergere saliendo del escondrijo del grupo—. Bien

hecho, Jacen Solo.

Jacen no dio las gracias a la pequeña y extraña criatura. Le disgustaba matar y aún más engañar a un animal para que lo hiciera por él. Pero tenía que mantener su promesa a Anakin y encontrar a su hermana —seguía sin poder sentir ajaina mediante la Fuerza—, e incitar al voxyn a seguir su naturaleza era la única esperanza que le quedaba para conseguir ambos propósitos. Hizo un gesto con la cabeza a Tesar que se levantó y salió. El barabel los mantenía ocultos en una grieta tapada por los hongos, dado que la zona estaba plagada de trabajadores yuuzhan vong que buscaban en esos agotados criaderos de serpientes algún bastón tsaisi o anfibastón 'utilizable.

Cuando viajaban, Ganner permanecía tras Vergere con su pistola láser de repetición apuntándole a la emplumada espalda. Aunque había sido de considerable ayuda a la hora de rastrear a los yuuzhan vong, los Jedi seguían sin confiar en ella. No sólo porque se hubiera negado a identificar su especie, clamando que de todas formas no la reconocerían, sino porque había rehusado explicar su presencia en el atentado de Elan contra los Jedi o sus razones para proporcionar las lágrimas que habían salvado la vida de Mara. Aunque no estaba seguro de que fuera una enemiga, a Jacen le costaba considerarla una amiga. Huelga decir que Jacen llevaba el sable de Anakin enganchado a su correa y que Ganner había dejado muy claro que la convertiría en una nube de plumas al primer signo de traición. Vergere les había respondido con un estremecimiento, indudablemente falso.

Tanto la grieta como los hongos disminuyeron cuando el grupo se acercó a la esclusa de aire. Los Jedi activaron sus mantos holográficos para no llamar la atención, mantuvieron apartado a Vergere y cruzaron la esclusa disfrazados de yuuzhan vong.

Descubrieron que habían llegado al borde interior de lo que parecía un enorme cráter de impacto, sólo que la pendiente era sorprendentemente lisa y el borde anormalmente regular. Carecía de cobertura sobre sus cabezas, pero la atmósfera era tan densa y calurosa como la del interior de la mundonave. Al fondo de la cuenca reposaba lo que parecía un panal de miel, salvo por el hecho de que cada celdilla tenía un metro de longitud y albergaba un único dovin basal.

Jacen no podía sentir las emociones de los dovin basal; las criaturas sin conexión con la Fuerza le resultaban tan ininteligibles como los mismos yuuzhan vong, pero podía apreciar por sus trabajosas pulsaciones y sus costados pelados que las cosas estaban a disgusto. Incluso tenían en el cuerpo amplias zonas cuyas células sólo eran cascaras marchitas. No sabía si eso era consecuencia inevitable de la edad, el agotamiento o alguna enfermedad, pero sugería otra razón para que los yuuzhan vong estuvieran abandonando la desvencijada nave.

El cuidador y sus escoltas ya estaban en el fondo de la cuenca, avanzando por el borde de la colmena de dovin basal hacia la fragata de Nom Anor, que se encontraba

a una quinta parte del recorrido completo del cráter. El propio Ejecutor y quizás unos cincuenta yuuzhan vong estaban a medio kilómetro de la estructura, avanzando lentamente entre las estrechas paredes de células y cuidando evitar a los propios dovins basal. Por las diferentes indumentarias del grupo, muchos de ellos sólo llevaban armaduras sobre los torsos, estaba claro que el Ejecutor había completado su compañía con parte de la tripulación de la nave.

Nom Anor y sus seguidores se dirigían al centro de la colmena, donde se veía una enorme masa de células marchitas o simplemente vacías. En el corazón de esta zona muerta descansaba la lanzadera robada por Jaina, averiada y volcada, pero todavía de una pieza. Los esporádicos disparos láser y proyectiles de magma que brotaban de ella sugerían que al menos algunos Jedi habían sobrevivido al accidente.

—Interesante... ¿Destruirás al voxyn o salvarás a tu hermana, Jacen Solo? —dijo Vergere, parándose a su lado, paseando la mirada de la reina a la fragata de Nom Anor, donde cuatro guerreros esperaban junto a la rampa de descenso.

Jacen ignoró la pregunta y continuó analizando la situación. Una carabina rugió y abatió al guerrero que iba delante de Nom Anor. El Ejecutor se estremeció, bajó la cabeza y continuó adelante.

—No lo entiendo —dijo Tekli—. La lanzadera no sirve para nada. La fragata debería estar atacando.

—Sí —estuvo de acuerdo Tenel Ka—. ¿Por qué arrastrarse tanto bajo el fuego?

—Eso, ¿por qué? —dijo Vergere—. Quizás haya algo a bordo que quieran vivo.

—Jaina —dijo Jacen.

Vergere extendió los brazos.

—Y a ti. Tsavong Lah le prometió a Yun-Yammka un par de Jedi gemelos por la caída de Coruscant.

Las cosas le irán mal a Nom Anor si ha muerto —se detuvo y estudió a Jacen un momento—. Tú podrías ahorrarle el trabajo de comprobarlo, ¿no? Tengo entendido que los gemelos Jedi tienen una... capacidad especial para percibirse el uno al otro.

Jacen la examinó sin mirarla directamente.

—Yo en tu lugar no confiaría demasiado en esos cuentos de cantina.

—¿No? —Vergere sonrió—. ¿Estás siendo cauteloso o sólo eres suspicaz por naturaleza?

—Éste pienzo que ambas cosas son lo mismo estando cerca de ti —dijo Tesar. Comprobó el nivel de potencia de su minicañón, lo colocó en lo alto de la cresta de la ladera y lo apuntó al voxyn—: Jacen, a éste le quedan doz disparos, quizá tres. Debemos matar a la reina.

Jacen asintió.

—Y salvar a... —casi dijo Jaina, después corrigió—:... nuestros amigos de la lanzadera.

—No puedes hacer ambas cosas —advirtió Vergere—. Los yuuzhan vong tienen un dicho: *La flota que afronta dos batallas pierde dos veces*.

—¿Tenemos pinta de yuuzhan vong? —preguntó Ganner, señalando sus ojos—. Somos Jedi.

—Eso sois —dijo Vergere suavemente—. Pero los yuuzhan vong tienen sus cosas válidas. No los menospreciéis sólo porque la Fuerza sea ciega para con ellos.

—No lo hago —dijo Jacen— pero vamos a ganar dos batallas. Lo haremos así.

Explicó su plan a los otros, después contempló cómo una bola de plasma trazaba un arco sobre Nom Anor para estrellarse a unos veinte pasos de él. El impacto vaporizó una circunferencia de diez metros de la cuenca del dovin basal, pero conforme el gas supercaliente se extendió a las células adyacentes se condensó hasta desaparecer convertido en una capa de destellantes colores.

—¿Y qué pasa con ella? —Ganner apuntó a Vergere con su arma.

—Cuando estéis en la fragata será libre de quedarse o dejarnos —dijo Jacen—. Hasta entonces ya sabes qué hacer si hace algún movimiento en falso...

—Disparar —terminó Vergere, agitó sus manos de cuatro dedos y se volvió hacia Tesar—. En el puente del *Dama Fortuna* encontraréis un piloto, un copiloto y un subalterno de comunicaciones. El maestro de mantenimiento también estará a bordo en alguna parte. No tienen permiso para irse mientras la nave esté en marcha.

—Ezte tendrá la información en mente —dijo Tesar—. Y también quién ze la proporcionó.

Tesar entregó el minicañón a Ganner, se quitó el mono y se deslizó por el borde de la cuenca a cuatro patas. Sus rugosas escamas lo camuflaban contra el oscuro suelo de coral yorik y se movía con tal gracilidad de reptil, que enseguida se hizo difícil distinguirlo.

Jacen llenó su mente con una imagen de su exigua celda en la *Academia Oscura* y se permitió volver a sentir el terror del secuestro, el miedo y la confusión al darse cuenta de que ya no controlaba su propio destino. Estos pensamientos siempre habían permanecido cerca de la superficie, y la angustia por Anakin hizo que esas emociones acudieran a él con facilidad. Cuando un sudor frío afloró a su frente, utilizó la Fuerza para contactar con el voxyn, infundiéndole sus propios sentimientos, impulsándolo a huir.

El voxyn chilló e hizo retroceder a dos escoltas pese a las membranas protectoras que llevaban en los oídos, después se dio la vuelta y echó a correr para encontrarse con que un tercer guerrero le cerraba el paso. Lo atrapó y lo partió limpiamente en dos mitades de un bocado. El cuidador corrió tras él, dándole órdenes, intentando calmarlo. Jacen urgió a la bestia para que no confiase en su *atormentador*. Se volvió y escupió ácido, pero el cuidador fue lo bastante rápido como para esquivarlo y dejar que el alcanzase a uno de sus escoltas en su lugar. Jacen sacó su sable láser.

—Yo tengo que concentrarme en el voxyn, así que habrá que hacer esto sin la fusión de combate.

Que la Fuerza os acompañe, amigos míos.

Llevando su propio sable láser en la mano, Tenel Ka se acercó para besarlo y fue interrumpida por Vergere.

—Que te acompañe a ti también, Jacen Solo —la pequeña criatura lo empujó cuesta abajo—. Ahora, vete, antes de que tu presa escape.

Jacen miró por encima de ella a Tenel Ka y puso los ojos en blanco, después le dedicó a la dathomiriana una sonrisa de medio lado y se colocó la máscara de oxígeno. Utilizó la Fuerza para descender el borde interior de la cuenca en dos saltos y aterrizó sin ser visto detrás del último escolta aturdido. Pensó que era preferible dejarlo inconsciente a matarlo, y utilizó la Fuerza para despojarle de su casco, dándose cuenta de su error cuando el tipo se volvió hacia él.

Jacen presionó el interruptor de activación. Su arma cobró vida ante el brazo que se acercaba hacia él y lo cortó a la altura del codo, pero perder una extremidad nunca había frenado a un yuuzhan vong. Jacen giró su arma noventa grados y movió la hoja contra el cuello de su enemigo. El guerrero se derrumbó hecho un guiñapo.

—¿Jacen? —la voz del comunicador no pertenecía a Jaina sino a Zek—. ¿Eres tú?

—¿Quién si no? —Jacen continuó avanzando, intentando no frustrarse por no estar hablando con Jaina—. ¿Cómo te encuentras?

—Algunas lesiones, pero todos estamos enteros —informó Zekk—. Tenemos a Lowbacca y el cuerpo de Anakin.

—¿Y Jaina? —preguntó Jacen, preocupado porque Zekk no decía nada de ella.

Zekk hizo una pausa, sin duda sorprendido de que Jacen tuviera que preguntarle.

—Está aquí, Jacen.

Había algo en el tono de Zekk que insinuaba la fría oscuridad que encontraba cada vez que intentaba llegar a ella en la Fuerza, pero por el momento se conformaba con saber que seguía con vida.

—Bien. Esperad ahí, alguien va a por vosotros.

Jacen se arriesgó a mirar a la fragata. Los guardias de la rampa podían saber quién era, o no, pero la súbita aparición de un Jedi solitario era una tentación demasiado fuerte para ellos. Uno de los guerreros se quedó en su puesto mientras los otros tres salían tras de él. Detrás de ellos, la oscura figura de Tesar Sebatyne se arrastró con sigilo por la sombra que proyectaba la parte delantera de la fragata y se abalanzó sobre el último centinela.

Jacen corrió tras el cuidador y el voxyn en fuga. El minicañón rugió una vez, después dos veces más y dos de sus perseguidores cayeron. El tercero se derrumbó bajo un torrente de disparos de T-21. Jacen ni siquiera miró atrás. Para entonces Tesar

ya estaría a bordo de la fragata y los demás corriendo a toda velocidad para reunirse con él.

El voxyn se distanciaba con velocidad, el cuidador menos. Jacen utilizó la Fuerza para suavizar la furia del voxyn. No hubo posibilidad de ello. La reina continuó corriendo, mientras los láseres centelleaban y las bolas de plasma explotaban a pocos cientos de metros de allí. Intentó utilizar los instintos cazadores del animal. Tampoco fue buena idea. Aunque sus clones habían sido entrenados para cazar Jedi, ella sólo había sido entrenada para conservar la vida. Jacen cogió uno de los dos detonadores térmicos que llevaba en el cinturón, puso el dispositivo a un solo clic y utilizó la Fuerza para arrojarlo en su camino.

La reina esquivó la bola plateada, encontró a su cuidador cortándole el paso y lo apartó con una pata. Jacen vio un brazo volando en una dirección y al resto del cuidador cayendo en otra, y entonces al voxyn se precipitó hacia él, alzando la cabeza para escupirle ácido. Activó su sable láser y cargó contra ella.

Vomitó el ácido a tres pasos de distancia. Jacen saltó y la sustancia marrón pasó bajo él. Entonces el detonador chisporroteó detrás de él y se encontró balanceándose en el aire. Aterrizó suavemente y saltó medio girando sobre sí mismo, para acabar mirando en la misma dirección que antes, y el corazón se le atragantó. No había voxyn a la vista, tan solo el brillante fogonazo del detonador contrayéndose sobre sí mismo. Cegado, Jacen movió el sable láser a su alrededor en un movimiento de bloqueo y ataque e intentó localizar a su presa en la Fuerza.

La reina estaba a un lado, desplazándose despacio. Parpadeó intentando librarse del deslumbramiento y la vio saliendo de la colmena de dovin basal, alejándose del combate, alejándose de Jacen, con el ancho cuerpo pegado a ambos lados a las paredes de las celdillas. Jacen se colgó el T-21 al hombro y fue a por de ella. Sólo le quedaban un puñado de disparos útiles y, de todos modos, los disparos no atravesarían sus gruesas escamas.

La voz de Tenel Ka chisporroteó por el comunicador.

—Fragata en nuestro poder. Podemos volver a casa, pero también tenemos alguna complicación.

Tesar rugió una pregunta.

—Cómo no va a importar —contestó Tenel Ka—. Cuando entramos, el oficial de comunicaciones hablaba con el espaciopuerto.

Jacen emitió un gemido internamente y después preguntó: —¿Vergere?

—Dijo que no deseaba acabar desintegrada y se marchó —dijo Tenel Ka—. Parece que te sigue.

—Entendido. Daos prisa —Jacen entró en la colmena de dovin basal y tuvo que aminorar la marcha. Las paredes entre celdillas tenían una separación de medio metro, pero estaban tan inclinadas que correr sobre ellas era como hacerlo por el filo

de un tablón—. Primero la lanzadera.

—¿Nosotros? —se quejó Zekk—. ¿Eres consciente de que los yuuzhan vong te persiguen?

Jacen no tenía tiempo para mirar. Estaba alcanzando a la reina.

—Primero la lanzadera —repitió—. Yo tengo que acabar esto.

El voxyn se detuvo en la siguiente convergencia de celdillas, donde las paredes se encontraban formando una especie de isla, y después giró. Jacen saltó a través del dovin basal y aterrizó sobre los cuartos traseros del animal, tambaleándose y activando el sable láser. El voxyn chilló pero no podía volver la cabeza lo bastante como para atacarlo. Jacen forcejeó con la reina y hundió la hoja del sable detrás de la pata delantera.

Los órganos internos comenzaron a salirse por la herida, derramando sangre al aire y llenándolo de vapores tóxicos. Jacen cortó de lado, descoyuntando la otra pata, para después hundir su arma hasta el fondo y sacarla. El voxyn se apartó de golpe y retrocedió hasta la pared adyacente para poder volverse hacia Jacen. El saltó para mantenerse a su espalda y oyó un insectocortador zumbando hacia él.

Jacen se dejó caer en posición agazapada y alzó el arma para bloquearlo. El insecto abandonó la existencia con un chisporroteo. El voxyn siguió batiéndose en retirada hasta que consiguió encararse con él. Jacen dio un salto mortal de espaldas y aterrizó en la estrecha convergencia que había detrás de él, atreviéndose a apartar la mirada de la reina.

La fragata robada ya cruzaba la cuenca en dirección a la lanzadera, con la rampa delantera colgando abierta para un rápido embarque. Nom Anor y sus guerreros estaban ya a pocos cientos de metros de él. Algunos miraban boquiabiertos a la fragata robada y otros seguían arrastrándose hacia Jacen, todos demasiado lejos como para haber lanzado el insectocortador.

Un estremecimiento de peligro atrajo la atención de Jacen hacia la dirección contraria. Se volvió para ver a un gran yuuzhan vong saltando hacia él a través de la celdilla.

—¡No, *Jeedai!* —la figura extendió un único brazo.

Jacen hizo un movimiento de barrido hacia arriba y cortó al atacante en dos a la altura de la cintura. No se dio cuenta de que era el cuidador hasta que una mano de ochos dedos se agarró a su máscara de oxígeno y casi se la arranca. Bajó la cabeza y la máscara se desprendió. El torso del yuuzhan vong cayó en la celdilla contigua con ojos iracundos. Apenas rozó el dovin basal al caer y la criatura reaccionó con su única defensa. Una diminuta singularidad gravitacional se abrió a la existencia y se tragó el cadáver del cuidador, que desapareció con un destello de color.

El olor acre de la sangre tóxica recordó a Jacen el peligro que afrontaba sin la máscara de oxígeno.

Alzó la mirada para encontrar que la reina lo miraba a dos metros de distancia con ojos negros e inexpresivos, con fuerte resolución que pesaba en la Fuerza. La criatura sabía que Jacen estaba allí.

No estaba furiosa, ni le odiaba, sólo estaba resuelta a salvarse. Jacen no quería matarla, nunca había querido matar ningún animal. Puede que ella sintiera eso en él.

La cabeza le daba vueltas. Tenía que acabar con esto. Agitó el sable láser para mantener la atención de la criatura y llevó la mano libre a su último detonador térmico. La reina saltó. El arrancó el detonador de su correa. Ella se lanzó hacia delante para morderle la cabeza y le sorprendió con un zarpazo en el hombro.

Las garras penetraron profundamente y le hicieron caer de la celdilla en la que estaba. El detonador salió volando sin haberse activado y el dovin basal apareció debajo de él. Agitó las piernas sobre la cabeza y se arrojó hacia el otro lado de la celdilla. Aterrizó mareado y sin equilibrio, pero siguió moviéndose en la misma dirección, esta vez saltando más alto para ganar más tiempo.

Cayó sobre los talones, perdiendo visión y le ardían las fosas nasales. Cayó de espaldas en otra convergencia de celdillas. Ya le palpitaba el hombro, pero al menos aguantaba el peso del brazo.

Un trío de coralitas pasó en vuelo rasante sobre sus cabezas, escupiendo bolas de plasma al centro de la cuenca. Tosiendo y luchando por no perder la consciencia, Jacen se levantó y vio a la fragata robada desplazarse pesadamente bajo el bombardeo. Lanzó un proyectil de magma, que desapareció en una singularidad protectora en cuanto se acercó al coralita. Con una tripulación lo bastante nutrida, la fragata habría acabado fácilmente con la nave más pequeña. Con sólo un puñado de Jedi a bordo, la destrozarían poco a poco.

Jacen activó su comunicador, pero fue interrumpido por el sonido familiar de un eructo. Rodó sobre el hombro sano y se puso en pie tambaleándose. Una ráfaga de moco marrón cayó donde él había estado y el voxyn empezó a avanzar. Le sorprendió el acre hedor de la sangre del animal, que hizo que le ardiesen los pulmones y que la cabeza le diera vueltas, casi haciendo que se desplomase sobre un dovin basal.

La reina alcanzó la convergencia y se detuvo. Los separaba un charco de sofocante ácido. Jacen colocó el sable en posición de guardia media, con la punta inclinada hacia fuera y el brazo herido colgando. Detrás del voxyn, la masa de cientos de metros de coral yorik que conformaba una corbeta lo aisló del resto del grupo de asalto. Sus amigos libraban una batalla contra toda una flotilla de yuuzhan vong que se dirigía hacia allí.

Una oleada de náuseas hizo que Jacen cayese de rodillas. Deseoso de aprovechar la ocasión, el voxyn contrajo su cuerpo para saltar.

Un detonador térmico cayó en el charco de ácido. El activador estaba sin conectar, pero fue todo lo que pudo ver Jacen antes de que el objeto plateado se

hundiera en el lodo.

—¿Podría ser importante? —dijo Vergere. Se acercaba a él extendiendo los delgados brazos para mantener el equilibrio—. Vi como se te caía.

Jacen se quedó boquiabierto.

—¿Cómo has...?

—No hay tiempo.

Vergere señaló. El voxyn trepaba por el borde de la convergencia, huyendo de la esfera plateada.

El detonador nunca podría explotar sin que se activara el detonante. ¿Pero qué sabía la reina de detonadores? Todas las esferas plateadas eran esferas a las que tener miedo.

Jacen saltó con los pies por delante, golpeando a la reina en el centro del cuerpo, clavándole los talones en las costillas, haciéndole caer por el borde. Ella clavó las garras profundamente en el coral yorik y se salvó. Jacen aterrizó a su lado, y sus pulmones en llamas se quedaron sin resuello. La oscuridad empezó a crecer dentro de él.

No, intentó crecer. Clavó el sable láser en el coral yorik y comenzó a cortar por debajo de las garras de la reina. Ésta, intentando escapar todavía del detonador, liberó la pata delantera y trató de alcanzar el muro contiguo, después su apoyo se empezó a derrumbar y metió los cuartos delanteros en la celdilla. Movié la cola venenosa para intentar hundirla en el cuello de Jacen. Éste se apartó, pero recibió una cuchillada en el hombro herido y sintió cómo el veneno se bombeaba en su carne desgarrada. Ardiendo. Escociéndole.

Demasiado débil para dar patadas, Jacen, empujó con la Fuerza. La reina soltó otra pata y, debilitada por sus propias heridas, resbaló hacia abajo. Al caer arañó al dovin basal con una de las patas y cayó más allá del borde, contrayéndose, encogiéndose hasta desaparecer.

Jacen no vio el destello de colores final. El agujón de la cola salió de su hombro con un desgarró y un fuerte mareo lo inundó haciendo que cayera de espaldas en la convergencia. Algo comenzó a chisporrotear, a quemarle la mano, entonces alguien le cogió del brazo y le ayudó a levantarse.

Se oyó un terrible tronar sobre sus cabezas, una tormenta de fuego tan brillante que iluminó la oscuridad que los párpados cerrados proporcionaban a Jacen. Oyó una voz que le llamaba, una voz que había conocido toda su vida, pero que ahora le resultaba tan ajena como un yuuzhan vong.

—¿Jacen? —hubo una pausa, fría y solícita—. Jacen, respóndeme!

Una mano delicada le apartó los cabellos de la cara y le quitó el comunicador de la cabeza.

—Ya no podéis hacer nada por Jacen —dijo una segunda voz, también familiar—.

Salvaros solos.

—¿Vergere? —preguntó la primera voz—. ¿Eres tú? Quiero hablar con mi hermano.

La petición obtuvo por respuesta la desconexión del comunicador. Jacen abrió los ojos y vio que una delicada mano de cuatro dedos arrojaba al aire el auricular del sistema de comunicación. En el cielo, en la lejanía, una fragata yuuzhan vong intentaba atravesar una barrera de corbetas yuuzhan vong.

Jacen estuvo confuso, pero sólo por un instante. La fragata era la de Nom Anor, robada por sus amigos, que ahora intentaban llegar hasta él. Forcejeó para levantarse y vio un yuuzhan vong de un solo ojo guiando a una docena de guerreros a través de una lluvia de bolas de plasma y proyectiles de magma. En su dirección. Intentó rodar y notó que una mano de cuatro dedos lo retenía.

—No.

A pesar de la aparente fragilidad de la mano, tenía una fuerza irresistible, al menos para el estado de Jacen. Cogió el sable de su mano, después soltó el de Anakin de sus correajes y también se lo quedó.

—Has ganado tus batallas. Ahora tendrás que pagarlo.

Jacen recordó las torturas que había sufrido con los demás a bordo del *Muerte Exquisita*. Se le revolvió el estómago. Las manos le temblaron. Se abrió a la Fuerza y sonrió ante el miedo que sentía su cuerpo. Los Jedi estaban a salvo. Al lado de eso, su dolor no importaba nada.

—Importará, Jacen —dijo Vergere, sorprendiéndole. No recordaba haber hablado en voz alta—. Te lo prometo. Importará.

Una cálida lágrima cayó en su rostro, seguida por otra y por otra más. Jacen torció el cuello y encontró a Vergere derramando lágrimas sobre sus mejillas. Tenía el rostro vuelto para que Nom Anor y los demás no pudieran verlo.

—Vergere, eras tú...

—Sí, Jacen —le hizo callar presionando un dedo sobre sus labios—. Lloraba por ti.

Capítulo 27

La flota en descenso parecía una tormenta de meteoritos nkllonianos, cubriendo el cielo y surcándolo en diagonal como si fuera un ejército de cientos de kilómetros de ancho, chisporroteando y silbando como la estática de los comunicadores y dejando a su paso elevadas torres de humo negro con forma de yunque. Leia, parada en la torreta del cañón en lo más alto de el despacho de Fey'lya, se permitió sentirse intimidada durante dos segundos por aquel espectáculo y permitió que ese tronar reverberase por todo su cuerpo. Había algo primario y hermoso en ese descenso, algo que agitó en ella una determinación que, hasta la muerte de Anakin, creía haber perdido con la juventud.

Han se puso a su lado y le entregó un casco de artillería con comunicador.

—Es el fin del mundo —dijo él—. ¿Quién habría supuesto que viviríamos para verlo?

—Habrán otros mundos, Han —se puso el casco y se abrochó la correa a la barbilla—. Los hubo después de Alderaan.

La sonrisa de Han fue tan de medio lado como de costumbre, pero esta vez más pensativa que engreída.

—Entonces esperemos que éste dure hasta que acaben de llenarnos el fluido de contención.

Rayas de colores ascendían desde los tejados para apuñalar a las flotas atacantes y naves casi invisibles a la vista mostraban sus daños con explosiones blancas y círculos incandescentes de color naranja. Un torrente de bolas de plasma contestó al fuego de los turboláseres. Las torres se derretían y convertían en pilares líquidos de escoria de duracero. En algunos casos, los escudos de los edificios soportaron el primer ataque, para ceder sin remedio al segundo o al tercero. Oscuros enjambres de coralitas y naves yuuzhan vong de menor tamaño formaron una espesa barrera ante la flota en descenso, aprovechando el constante fuego para localizar y atacar a los turboláseres. Estos ataques fueron respondidos por un número muy inferior de cazas atmosféricos de la Nueva República, y una lluvia de restos cayó sobre Coruscant.

La voz del general Rieekan sonó por el comunicador del casco:

—Artillería ligera, ocupen sus puestos, no disparen.

Han se sentó en el asiento del artillero, a un lado del cañón láser, y Leia ocupó el puesto del localizador, al otro. Ella tenía el trabajo más difícil de los dos: usar la pantalla del arma para localizar y establecer un orden de prioridad de objetivos. Han sólo tenía que derribarlos. Leia activó el sensor y empezó a trazar trayectorias, asignando la prioridad en función de la cercanía a su posición.

El número de turboláseres disminuyó de forma continua durante los siguientes

diez segundos, pero causando tantas bajas en la flota atacante que Leia tuvo que actualizar dos veces la prioridad de sus objetivos. Para cuando las naves que descendían pasaron del tamaño de la yema de un dedo-a ser brillantes unidades negras con forma de cuña, los turboláseres ya habían abierto en la enorme flota brechas del tamaño de lagos.

—¡Abran fuego! —ordenó Rieekan.

Han apretó el gatillo y el aire se llenó del chirrido ensordecedor de los pistones. Su ataque sorprendió a la primera nave, llevándose por delante una de sus alas, por lo que cayó partida en dos.

Los siguientes objetivos resultaron ser más complicados. Han tuvo que apretar el gatillo y coser a tiros los cascos para anular sus escudos, pero era más fácil disparar desde una torreta estacionaria que hacerlo a bordo de una nave que maniobraba salvajemente, y Leia y él hicieron que dos naves más se estrellaran contra las torres. No prestaban atención a los coralitas y las naves de poco tamaño que descendían hasta ellos desde todas direcciones. Eran responsabilidad de los cañones láser aún más ligeros que disparaban desde las torres contiguas, y sus expertos artilleros no dejaban acercarse a ningún atacante.

Al final, Leia no pudo encontrar más objetivos en la pantalla táctica. Alzó la vista hacia la oscura nube tóxica alimentada por el humo de las ruinas de Coruscant. Por un momento todo pareció en paz, y entonces se oyó la voz de Rieekan por el comunicador:

—Aguanten ahí arriba. Están enviando a los cazadores asesinos.

Leia estudió la pantalla táctica y vio una línea de naves análogas a bombarderos dirigiéndose a su posición. Han y ella los llamaban *petreonaves*.

Eran lo bastante grandes como para encajar uno o dos disparos de un cañón láser ligero, y lo bastante rápidos como para esquivar a los cañones láser menos veloces. Suponían una amenaza más seria que a las que se habían enfrentado hasta entonces. Leia comenzó a asignar prioridades y a introducir los datos necesarios para los objetivos de Han.

Borsk Fey'lya escogió ese momento para aparecer en el ascensor de acceso, flanqueado por dos altos soldados de Defensa Orbital de pelo rojizo y barbillas cuadradas. Sus otros rasgos también eran similares, así que debían de ser hermanos. En los tiempos de Leia, nunca se habría permitido que dos familiares sirviesen juntos en la misma unidad, pero esas normas habían cambiado bajo el mandato de Fey'lya; los bothanos tenían un concepto diferente de la familia.

—Leia, tienes un mensaje en mi oficina —dijo Fey'lya. Su tono enérgico sugería que se había despertado del letargo en el que se había sumido cuando el discurso de Leia no consiguió hacer volver a Coruscant a los senadores desertores con sus naves robadas—. Puedes hablar en mi despacho.

—Ahora mismo estamos algo ocupados —refunfuñó Han, rociando con sus disparos a la primera petreonave—. ¿Lo habías notado?

—Es de Luke Skywalker —dijo Fey'lya—. Parece que está atrapado.

Han dejó de disparar.

—¿En el planeta?

—Cerca del Mar Occidental, si he entendido bien —dijo Fey'lya— había muchas interferencias.

Han apartó la mirada del cañón y miró a Leia. Sabía que ella pensaba lo mismo que él. Si Luke estaba en Coruscant, no había forma de saber dónde estaba Ben.

—Estos guardias se harán cargo de vuestro puesto —dijo Fey'lya, haciéndoles señas.

Leia se levantó de su asiento y se dirigió al ascensor. En lugar de apartarse de su camino, como todos los soldados harían ante un antiguo Jefe de Estado, la pareja apartó la mirada de la suya sin ningún tipo de expresión. Leia supo al instante que algo no iba bien y lo confirmó cuando trató de percibirlos en la Fuerza y no sintió nada.

—Disculpa, soldado —dijo, volviéndose para que no se le viera el sable láser y echándose a un lado para dejar pasar al impostor. Luego miró a su marido.

Han arrugó el ceño. Leia lanzó una mirada intencionada a la pistola láser de Han y desenganchó el sable láser del cinturón. Un reflejo de alarma acudió a los ojos de Han, que sacó la pistola. El yuuzhan vong de su lado se volvió hacia él empujándolo contra la pared que tenía a su espalda. Han se desplomó contra el suelo y disparó al infiltrado sin sacar el arma de la cartuchera.

Leia ya presionaba el sable láser contra las costillas del otro enemigo.

—Rinde...

Se volvió e intentó golpearle en la cabeza con el codo. Ella se cubrió y accionó el interruptor de activación. Se apartó unos pasos, y el impostor se derrumbó a sus pies.

Fey'lya contempló los cadáveres con la boca tan abierta que parecía que la mandíbula se le desprendería como estaban haciendo los enmascaradores ooglith de los soldados.

—¡En mi propia oficina!

—Quizás haya llegado el momento de destruir las torres de datos, jefe —sugirió suavemente Leia.

Los ojos de Fey'lya brillaron, pero cuando iba a responder se detuvo a causa de una atronadora alarma de ataque. Una ojeada a la pantalla indicó a Leia que los infiltrados habían conseguido lo que querían, al menos en parte. Con tres petreonaves alineándose para efectuar una maniobra de aproximación, no había forma de salvar la torreta.

—¡Fuera!

Empujó a Fey'lya y Han al ascensor de servicio y les siguió.

Informaron por el sistema de comunicación al ayudante del general Tomas y salieron diez metros más abajo en el despacho del Jefe de Estado. Un instante después, una serie de explosiones sacudió el techo blindado. La torreta de artillería había sido destruida. Leia vio pasar a Garv Tomas ante una puerta lejana, pero se quitó el casco de artillera y fue directa al centro de comunicaciones de Fey'lya.

—Luke... Luke..., aquí tu hermana... ¿Luke?

Igual habían respondido, pero era difícil saberlo con el rugir de la batalla de fondo. Se estiró y sintió la presencia de su hermano en algún lugar más allá del horizonte. Aunque no tenía la suficiente sensibilidad para saber en qué estado o situación estaba, sí podía saber que seguía vivo.

—Luke si me estás oyendo, estaremos ahí tan pronto como hayamos recargado el fluido de contención del *Halcón*.

—De hecho, ya lo está.

Leia miró por encima del hombro y vio a Garv Tomas mirando a Fey'lya con el ceño fruncido.

—Le pedí al jefe Fey'lya que les transmitiera la noticia hace algún tiempo.

Fey'lya se encogió de hombros.

—Eran necesarios en el cañón de la torreta.

—Atento a eso, Luke —Leia ni siquiera estaba enfadada. Enfadarse por el egoísmo de un bothano habría sido como enfadarse porque un wookiee mudase el pelo, y sí se les necesitaba en la torreta—. El *Halcón* está listo. Llegaremos pronto, Luke.

Siguió sin obtener respuesta, sólo una pequeña sensación en la Fuerza. Aunque Leia esperaba que eso significase que Luke la había oído, no había manera de confirmarlo. Podría significar que él la buscaba o que pensaba en ella, o que la echaba de menos, cualquier cosa. Leia se levantó y encontró a Han describiendo los infiltrados a Garv. El general negaba con la cabeza, furioso.

—Los vigilantes de las puertas tienen escáneres epidérmicos y orden de usarlos, pero la desorganización se extiende dentro de mi ejército y afecta a decenas de miles. Nadie quiere dejar atrás a un soldado —Garv se pasó los dedos por el pelo—. Por lo que sé, todos podrían ser infiltrados.

—Era cuestión de tiempo que pasase, Garv —Leia se giró hacia Fey'lya—. Ha llegado el momento de destruir las torres de datos, jefe. Retrasarlo más sería entregar al enemigo una ventaja terrible.

Los ojos de Fey'lya centelleaban furiosos, casi como los de un loco. Leia pensó que se negaría. Se dio la vuelta para contemplar la carnicería que tenía lugar fuera.

—Me abandonáis, ¿verdad? —preguntó—. Como hicieron los senadores.

Han torció el gesto, después cogió su pistola láser como si fuera una porra y

levantó una ceja.

Leia le hizo bajar la mano y después se colocó a la espalda de Fey'lya.

—Como los senadores no. Ahora es el momento. Fey'lya contempló de nuevo la ciudad humeante y finalmente cedió.

—Supongo que lo es —se tomó un instante para reunir fuerzas y después se volvió hacia Garv—. General Tomas, dé orden de destruir las torres de datos, si es que no lo ha hecho ya.

Muy bien, jefe Fey'lya el hecho de que Garv no hiciese el gesto de coger su comunicador sugirió que, efectivamente, ya había dado la orden—. Tendré el *Primer Ciudadano* listo para partir.

Fey'lya gesticuló cansinamente con la cabeza.

—Evacué a cuantos pueda y procure ir usted a bordo. Es una orden, general.

—Sí, señor, tan pronto como mis deberes aquí hayan terminado.

—Ya han terminado —dijo Fey'lya—. No me haga despedirle. Garv inclinó la cabeza de mala gana.

—Muy bien, entonces.

—Bien —Fey'lya se volvió hacia el transpariacero—. Y dígame al capitán Durfn que no me espere.

No me uniré a ustedes.

—¿Qué? —preguntó Han—. Si cree que puede hacer algún tipo de trato...

—Han, el jefe no cree eso —Leia se llevó un dedo a los labios y después dijo—: Jefe Fey'lya, no puede hacer nada más aquí.

—¿Y qué podría hacer en cualquier otro lugar? ¿Quién me seguirá después de esto? —señaló al exterior con una mano—. La historia me culpará por lo que pase hoy. No intente decirme que no será así.

Leia no lo hizo. Fey'lya era demasiado listo como para mentirle.

—Hay otras formas de servir. Fey'lya resopló.

—Quizá para usted, princesa —le dio la espalda y caminó hasta su escritorio—. No para mí, no para Borsk Fey'lya.

—¡Atención! —el capitán tuvo que gritar para hacerse oír dentro de la cavernosa torreta del turboláser. La batería del comunicador se había apagado con las demás comunicaciones—. Ya viene la segunda oleada.

Luke difícilmente necesitaba la advertencia del oficial. Sólo tenía que estirar el cuello para mirar por un agujero de diez metros del techo y ver las llamaradas naranjas de fricción que caían desde el cielo. Si había alguna diferencia era que este asalto parecía mayor y más rápido que el primero, y que la capacidad de defensa de los turboláseres de Coruscant se había reducido a los dos tercios.

—Esta vez conseguirán pasar —dijo Mara sin leer del todo los pensamientos de

Luke. Estaba sentada en un banco de la zona de observación con el tobillo inmovilizado con bacta apoyado en un casco de repuesto—. La primera oleada debió de ser sólo para ablandarnos.

Luke la cogió de la mano.

—Han y Leia conseguirán llegar —le dijo—. Le dije a Borsk dónde estábamos.

—¿Pero se lo dijo él a ellos?

Luke sabía que era preferible no ofrecer falsas seguridades. El miedo que habían sentido en Ben durante toda la mañana se había trocado en una extraña desconexión, y Mara, siempre más realista que optimista, asumió lo peor. Nunca le había gustado contar con los demás y se culpaba por dejar al bebé con Han y Leia al morir Anakin, algo que había hecho que no confiase en nadie más para rescatarlo. Luke había escogido confiar en la Fuerza, aunque sabía que un resultado infeliz lo abocaría a una profunda crisis de fe.

Los turboláseres gemelos comenzaron a disparar rayas azules hacia el cielo. Cada descarga sacudía la enorme torreta con tanta fuerza que parecía que las rodillas de Luke fueran a doblarse. Esta vez hubo muchas menos explosiones y llamaradas naranjas en el corazón de la flota que descendía. Un flujo estable de puntos blancos se hinchaba hasta formar grandes orbes de plasma blanco que chocaban contra los escudos de la batería, reparados a duras penas. Y cada vez, las luces del edificio se apagaban un poco más, y unas cuantas partes más del equipo dejaban de funcionar.

En medio de todo esto, R2-D2 comenzó a gorjear y silbar tan ferozmente que se le podía oír a dos hangares de distancia. Luke dirigió su mirada hacia la zona de tiro número dos, donde el pequeño droide reemplazaba temporalmente a una unidad R-7 dañada. A su lado estaba un oficial de control de tiro que fruncía el ceño y le hacía señas para que se acercase.

—Vuelvo en seguida —le dijo Luke a Mara.

Una bola de plasma consiguió atravesar el escudo y abrió un segundo agujero en el techo blindado. Un instante después, dos bolas más rugieron dentro de la misma torreta estallando contra la pared trasera, llenando la sala de humo y gritos. Uno de los grandes turboláseres quedó en silencio y se oyeron las alarmas de evacuación.

—Espera, Skywalker —Mara se levantó y cojeó tras él—. No irás a ninguna parte sin mí.

Los operarios de los ordenadores empezaron a salir de las zonas de tiro afectadas, pero el oficial que había llamado a Luke se quedó el tiempo suficiente para señalar con un dedo a una videopantalla.

—Su nervioso droide dijo que usted tenía que ver esto —se volvió para irse con los demás, sin dejar de hablar—. Lo ha sacado del receptor de datos de un localizador de blancos. Estaba en un viejo código flash.

La pantalla mostraba una serie de tiempos y coordenadas orbitales,"seguido de un

mensaje de cuatro palabras: *Byrt. Apuesta cubierta. Calrissian.*

—¡Lando! —exclamó Mara—. Podría besarlo.

Luke tecleó los mandos de la consola para solicitar una impresión en plastifino.

—Y yo te dejaría.

En vez de continuar descendiendo hacia las fauces de la todavía nutrida artillería ligera de Coruscant, la segunda oleada de la flota se detuvo a una altitud de dos mil metros y comenzó a vomitar oscuras líneas espirales. Conforme descendían, las líneas se concretaron en alas con forma de V que sobresalían de pequeños rectángulos negros, para luego definirse en guerreros yuuzhan vong sujetos por enormes criaturas parecidas a mynock. Desde la intimidad del balcón de su despacho, Borsk se admiraba de la manera en que Tsavong Lah organizaba un ataque tras otro, tranquilizando al enemigo a hacerle creer que iba a hacer una cosa cuando lo que hacía era otra distinta. Era una clásica e implacable estrategia de dejarik, y el Maestro Bélico la ejecutaba como un viejo maestro bothano.

Borsk le odió por ello. Los yuuzhan vong le estaban robando todo a lo que había dedicado su vida y se estaban asegurando de que siempre se le recordase como el bothano que perdió Coruscant. Y por eso, le habría gustado poder enseñar a Tsavong Lah la jugada mortal del gambito del zancudo kintano; algo así habría cambiado la manera en la que los historiadores de la Nueva República recordarían al Jefe de Estado Fey'lya.

Cuando los guerreros que descendían comenzaron a arrojar gelatinofuegos sobre el palacio, Borsk tomó un último trago de la copa de coñac endoriano que tenía en la mano, se levantó y se dirigió a su escritorio. Sin permitirse vacilar o temblar, tecleó en el cajón inferior un código que nunca había esperado tener que utilizar. Retiró un pequeño botiquín con un escáner/transmisor, pulsó el interruptor de activación y sostuvo el dispositivo cerca de su corazón. Cuando la luz indicadora empezó a emitir un bip al unísono con sus latidos, lo puso en el centro del escritorio y se inclinó para activar un detonador conectado a la bomba de protones que ocupaba la mayor parte del cajón. La bomba no era muy grande, pero bastaba para destruir toda esa ala del palacio, llevándose consigo todos sus secretos.

Para cuando terminó, las tropas del enemigo ya rodeaban las torres de datos del palacio y se abrían paso por las balconadas exiguamente defendidas. Al no encontrar guardias ante el despacho del jefe del Estado, se hizo descender a un escuadrón en el balcón donde se había parado un momento antes. Borsk esperó detrás de su escritorio y vio cómo los guerreros abrían las puertas a patadas cuando podrían haberlo hecho con sólo tocar un botón. Los primeros dos corrieron a su lado y presionaron los anfibastones contra su cuello. Renunciaron a matarlo en cuanto vieron sus zarpas peludas posadas a plena vista sobre la mesa. Otros tantos más entraron en la estancia

para asegurar puertas y equipos. Después, un oficial cubierto de tatuajes se acercó a su escritorio.

Antes de que el yuuzhan vong pudiera preguntar, Borsk dijo:

—Soy Borsk Fey'lya, Jefe de Estado de la Nueva República. Hágame daño bajo su propia responsabilidad.

Sus palabras hicieron bufar burlonamente al yuuzhan vong.

—No parece que tenga mucho que temer por tu parte o por la Nueva República, Borsk Fey'lya.

—Entonces tema por su propio Maestro Bélico —dijo Borsk monótonamente—. Seguro que a Tsavong Lah le gustaría hablar conmigo. Dígale que le recibiré aquí.

—Verás al Maestro Bélico dónde y cuándo a él le plazca —el oficial echó un vistazo al escáner de pulso cardíaco que estaba sobre el escritorio de Borsk—. ¿Qué es esta abominación?

—Un dispositivo de comunicación —mintió Borsk—. Lo puedo usar para comunicarme con todas las tropas de Coruscant.

El oficial lo tiró a la cara de Borsk, más rápido de lo que el jefe de Estado se hubiera atrevido a esperar.

—Dile a tus tropas que depongan las armas y serán respetadas.

—En cuanto acuerde las condiciones con Tsavong Lah. El oficial golpeó la mano de Borsk con su anfibastón. Algo afilado atravesó la carne peluda y el bothano sintió una oleada de veneno recorriéndole las venas. En ese momento se dio cuenta del débil parpadeo del escáner de frecuencia cardíaca. Recomponiéndose rápidamente, alargó la mano libre y pellizcó el punto de presión del interior de su axila. Después alzó la mirada y se encogió de hombros.

—Inyéctame todo el veneno que quieras. A mí me da igual si a tus dioses les ofrendas un sacrificio en mal estado.

—Te crees demasiado digno, Fey'lya.

A pesar de sus palabras, el oficial se dio la vuelta y dijo algo al aire. Uno de los villip de su hombro contestó algo. Saludó bruscamente con la cabeza y, sin decirle nada al prisionero, dispuso su escuadrón alrededor de varios puntos de la suite de la torre. Borsk deseó que se le hubiera ocurrido llevarse el licor que dejó en el balcón. En cuanto dejó de presionar el punto de presión, supo con certeza que moriría, pero el dolor no era tan dañino como para impedirle sujetar la copa de coñac con la mano herida y, a juzgar por su éxito hasta el momento, podría haber convencido al oficial para que le dejase bebérselo todo.

En el exterior, las tropas de invasión yuuzhan vong continuaban arremolinándose alrededor de las atalayas de Coruscant, intercambiando disparos con los emplazamientos de artillería ligera y reclamando lentamente el control de las fortalezas situadas en lo alto de las torres. Cuando el fuego de cañón disminuyó, las

petreonaves se arriesgaron a descender de nuevo, acabando con los pequeños y obstinados focos de resistencia que aguantaban en los desnudos esqueletos de duracero. Finalmente, las naves de desembarco descendieron, desembarcando brigadas enteras de soldados esclavos reptilianos en los tejados conquistados. Los yuuzhan vong se preciaban de ser grandes guerreros, pero Borsk sabía quién estaría pasándolo mal de verdad luchando en el subsuelo.

Borsk ignoró el dolor del brazo y recurrió a su larga experiencia como diplomático para mantener el rostro impassible. Al fin, una gran petreonave se detuvo ante su balcón y de ella desembarcó una compañía de guerreros profusamente tatuados.

Un individuo sin orejas que vestía una capa de vivos colores entró en el despacho y se acercó a Borsk. Tenía los labios cuarteados y el rostro tan mutilado que era difícil distinguir los tatuajes de las cicatrices. Borsk supo que no era Tsavong Lah. Como casi todo el mundo en la Nueva República, había visto la retransmisión que hizo el Maestro Bélico tras la caída de Duro, cuando exigió la rendición de los Jedi, y ni siquiera este espeluznante rostro estaba a la altura del de Tsavong Lah.

—Puedes levantarte —dijo el recién llegado.

—Cuando vea a Tsavong Lah.

El yuuzhan vong alargó la mano y uno de sus subordinados le ofreció su anfibastón. Golpeó la mano envenenada con la parte trasera de la arma. El bothano se mordió la lengua para no gritar, sintiéndose mareado al punto.

—Dile al Maestro Bélico que se dé prisa —dijo Borsk, luchando por mantenerse en pie—. Moriré muy pronto.

—Soy Romm Zqar, comandante de la invasión —dijo el yuuzhan vong—. Debes rendirte ante mí.

Borsk negó con la cabeza.

—Entonces no habrá rendición.—En vez de volver a golpearle, Zqar presionó los colmillos de la cabeza del anfibastón contra la mano que presionaba el punto de presión—. ¿Por qué quieres hablar personalmente con el Maestro Bélico?

—Por honor —hacía mucho tiempo que Borsk esperaba esa pregunta y hacía tiempo que había encontrado la respuesta adecuada—. Si he de rendirme, debo hacerlo a alguien del mismo rango.

Zqar se sorprendió de que hablase con la actitud de un yuuzhan vong. Hubo algunos minutos de silencio. Borsk estaba cada vez más mareado y la luz de su medidor de frecuencia cardiaca parpadeaba con más lentitud. Finalmente, uno de los villip del hombro del comandante respondió.

Zqar asintió, pronunció una única palabra yuuzhan vong y ordenó a los demás que evacuasen el despacho.

Cuando sus subordinados entraron en la petreonave que esperaba en el balcón

Zqar dijo:

—No eres un igual de Tsavong Lah, pero te envía sus elogios chasqueó el anfibastón y la cabeza hundió los colmillos envenenados en la mano que mantenía en el punto de presión—. Tsavong Lah cree que el gambito mortal del zancudo kintano es el único movimiento digno de tu infiel juego de dejarik.

El destello de la detonación habría sido visible desde la órbita incluso sin el alimento del gran ojo del *Kratak*. A través de la lente, Tsavong Lah contempló la blanca esfera de un kilómetro de diámetro que desató la bomba mortal de Fey Iya. Se mantuvo durante muchos segundos y su calor fundió las fachadas de las torres circundantes, destrozando todas las naves de coral yorik en doscientos metros a la redonda. Además, acabó con la nave en la que se alejaba el comandante Zqar, con dos naves de desembarco y al menos veinte naves menores más, buena parte del palacio imperial y, por último, quizá veinticinco mil yuuzhan vong.

—Debí hacer que Zqar le dejara morir desangrado —dijo Tsavong Lah—. Nuestras pérdidas de hoy son ya demasiado excesivas.

—Me alegro de que usted no se encuentre entre ellas, Maestro Bélico —Seef estaba a su lado, al borde del gran ojo, contemplando el mundo que estaban conquistando. Sostenía en las manos el villip del sacerdote Harrar, a que el Maestro Bélico había enviado a Myrkr para consagrar la captura y regreso de los gemelos Solo—. La eminente Harrar fue sabio al avisarle para que no bajase.

Tsavong Lah pensó sobre esto, después se dirigió al villip.

—Seef elogia tu sabiduría, amigo mío. Ella tampoco cree que esté preparado para acudir ante Yun-Yammka.

—No se trata de que estés preparado, Maestro Bélico —dijo el villip de Harrar—. La cuestión es lo que desean los dioses. Si no fue su voluntad llevarte a su lado cuando el *Sunulok* fue destruido, habría sido una blasfemia permitir que te matase el infiel.

El Maestro Bélico volvió a mirar al palacio imperial y contempló como la ardiente esfera se contraía sobre su propio vacío, dibujando nubes de humo, escombros y cuerpos que caían. La explosión había aniquilado lo que los diagramas de Viqi Shesh identificaban como las alas administrativa y ejecutiva del palacio imperial. Sólo la gran cámara de reuniones y las oficinas senatoriales habían quedado más o menos intactas, y no había motivo para creer que contuvieran los vitales registros que los yuuzhan vong esperaban capturar.

—No estoy muy convencido de que los dioses estén tan complacidos con mi supervivencia, Eminente Harrar —Tsavong Lah miró las escamas y espinas que sobresalían de la carne que todavía se pudría en su hombro y después dijo—: Es mejor morir al servicio de un final victorioso que sufrir la desgracia de ser un

Avergonzado.

—¿Entonces, vuelve a progresar la corrupción? —preguntó Harrar.

—No ha disminuido —corrigió Tsavong Lah—. Los dioses me han entregado Coruscant. Ahora yo debo entregarles a los gemelos *Jeedai*.

—Lo harás, Poderoso —era una señal de amistad que Harrar lo llamase así; los sacerdotes rara vez sentían tanto respeto por los guerreros—. La astucia de Vergere ha dado frutos. Informa que Jacen Solo es ahora su prisionero.

—¿Y Jaina Solo?

—La última vez que hablamos, Nom Anor me aseguró que la tenía a su alcance.

Seef suspiró aliviada, pero el estómago de Tsavong Lah se indispuso. Yal Phaath ya había contactado con él para quejarse de la destrucción del grashal de clonaje y de la pérdida del voxyn primario, por lo que sabía lo escaso que era realmente el alcance de Nom Anor. Cruzó sobre el pecho su mano con la garra de radank y se inclinó hacia el villip de Harrar.

—Gloria a los dioses, Eminencia. Todo Coruscant espera tu regreso.

Volvieron a dar la vuelta con el *Ksstarr*. La máscara localizadora de blancos que cubría el rostro de Jaina le mostró las tres corbetas de coral yorik que se acercaban de frente. Tras ellas, la silueta de la mundonave se recortaba contra Myrkr, como un enorme disco gris que tapaba a otro disco verde aún más grande. La cuenca donde había visto a Jacen por última vez era más pequeña que la última vez que pasaron por allí, aproximadamente del tamaño del ojo de un fefze.

—¡Zekk! —gritó dentro de la máscara localizadora—. ¡Estamos más lejos!

—Porque ellos siguen acercándose —gruñó Zekk en respuesta—. No le salvaremos dejándonos matar. ¡Despéjame un camino!

—¡Hecho!

Jaina maldijo a Zekk llamándole cobarde hijo de Sith, y levantó el pulgar izquierdo. El guante de control de la mano activó la retícula de blancos de la máscara, que consistía básicamente en un juego de anillos progresivamente borrosos. Concentró la mirada en la zona de la derecha y, mediante prueba y error, sin tener ni idea de qué podían significar aquellos extraños destellos en el visor, movió la mano derecha en un baile de dedos que enfocaba cada anillo concéntrico donde quería. Cuando el disco interior mostraba una imagen nítida del objetivo, daba un puñetazo con la mano izquierda.

De fuera de la blástula le llegó el sonido del cargador automático de una ametralladora de plasma, seguido del estallido ensordecedor de la carga activadora ionizando su entorno. La máscara de Jaina se oscureció y la resplandeciente esfera pasó como un rayo.

El visor se aclaró unos dos segundos más tarde. Su esfera de plasma trazaba un

arco hacia el objetivo y una larga hilera de proyectiles enemigos se dirigía hacia ella.

—¡Vienen! —gritó.

Zekk forzó a la fragata a virar bruscamente y se alejaron de la mundonave.

—¡Zekk!

Lowbacca la interrumpió con un bramido urgente.

—¿Una flota? —gritó Jaina.

Movió el cuello, y una docena de manchas oblongas aparecieron en la máscara, entrando desde los confines del sistema. Se le heló la sangre. No era exactamente una flota, pero quedarían atrapados como intentasen volver a la mundonave.

Una ráfaga de bolas de plasma pasó ardiendo bajo el vientre del *Ksstarr*, seguida de otra que rozó a Tesar en el puesto defensivo de popa antes de impactar contra el casco. La fragata se estremeció.

La voz de Zekk traspasó la máscara:

—¿Jaina, qué quieres que hagamos?

Jaina no pudo contestar. Sólo podía hacer una cosa. Pero ¿cómo iba a abandonar a Jacen tras reprocharle que abandonase a Anakin? ¿Cómo? El *Ksstarr* volvió a estremecerse. Se oyó un ruido húmedo en alguna parte, como el de la válvula de una puerta sellando una brecha al vacío.

—Jaina! —gritó Zekk.

—Yo...

Las palabras se le atragantaron, como si se ahogara. Cerró el puño y lanzó una esfera de plasma que surcó el espacio como un rayo.

—Lo mejor para Jacen es que huyamos —dijo Tenel Ka—. Puede que al tener un solo gemelo retrasen el sacrificio lo suficiente como para que podamos organizar una expedición de rescate.

¿*Qué rescate?* —pensó Jaina. Ya habían perdido demasiados Jedi. Ni siquiera Luke podría arriesgarse más para salvar a Jacen. Pero eso no detendría a Jaina. Nadie lo haría.

—Eso es lo que hacemos —dijo Ganner—. Es lo mejor para Jacen.

—¿Jaina? —preguntó Zekk—. Tu hermano.

Tan sólo hazlo pensó Jaina. No me hagas decirlo.

—Muy bien —Zekk hizo virar la nave para alejarse—. Creo que lo he entendido.

—Ézte cree que zí lo entiendes —dijo Tesar—. Todoz lo entendemos.

No era posible. La máscara se llenó de lágrimas. Jaina estiró el cuello y la mundonave volvió a ser visible, no más grande que un puño. Cerró los ojos y se concentró en ese lugar de su pecho que siempre había pertenecido a Jacen. Lo sintió ahí, apenas durante un parpadeo y entonces lo perdió, y no pudo sentir nada aparte de su propia rabia, y su odio y su desesperación.

—Volveremos, Jacen —dijo, encontrando fuerzas para hablar—. Aguanta.

Volveremos a por ti.

Por lo general no resultaba conveniente recorrer la superficie de un planeta con la gravedad artificial de la nave completamente activada. Las percepciones conflictivas de arriba y abajo hacían estragos en el sentido del equilibrio de la mayoría de las especies, y Leia podía sentir los efectos en su revuelto estómago y en la forma que le daba vueltas la cabeza. Casi podía oír por el comunicador, y oler en el sistema de circulación, el efecto que estaba teniendo en los pasajeros.

No se podía hacer nada. Con las bodegas llenas de pasajeros sin sujeción y el *Halcón* esquivando y balanceándose a través de los aerocarriles de Coruscant con un escuadrón de coralitas siguiéndole de cerca, necesitaban algo que los mantuviera a todos pegados al suelo. Si eso implicaba que Leia tendría que esterilizar luego la nave entera, consideraría un privilegio estar viva para poder hacerlo.

Han puso al *Halcón* boca abajo y lo elevó sobre un puente, después se cruzó con dos coralitas que venían de frente y tuvo que descender a los oscuros niveles inferiores. Las torretas láser, manejadas por Meewalh y un artillero del palacio, dispararon sobre la popa. Alcanzaron a uno y un estruendo ensordecedor agitó las torres. Su éxito no tuvo efecto en el número de esferas de magma que llovían por todas partes, Leia volvió a la gran silla del copiloto, comprobó el mapa en la videopantalla y maldijo:

—Nos hemos pasado la desviación. —Ya lo sé.

—Por supuesto, querido.

Han niveló el *Halcón* y lo hizo girar. Los cañones cuádruples superiores resoplaban constantemente mientras Meewalh acribillaba la panza de media docena de coralitas sorprendidos.

Después Hanladeó el *Halcón* y lo metió por un estrecho carril lateral. Leia tuvo que agarrarse al brazo de la silla para incorporarse hasta donde poder ver el mapa.

—A la izquierda en tres, dos...

—Entendido.

Han niveló el *Halcón* y se dirigió hacia las frías y húmedas catacumbas, bajo el Gran Mar Occidental. Meewalh y el artillero de palacio acabaron con otros dos coralitas. Han mojó el *Halcón* al atravesar una cascada, dio tres giros rápidos y los coralitas dejaron de verse.

—No está mal para un anciano —Leia se centró en su silla—. Igual Corran puede enseñarte a pilotar un Ala-X cuando salgamos de ésta.

—Si es que a Eclipse le queda alguno —dijo Han.

Se adentraron por el oscuro laberinto de edificios mohosos y pilares llenos de musgo que servían de apoyo al lecho del lago. Después sacó el morro del *Halcón* de debajo de la playa de ferrocemento y se deslizaron sobre sus repulsores. Frente a ellos

tenían los restos humeantes de una batería de defensa planetaria. Las armas han sido reducidas a escoria. La enorme estructura de sujeción parecía más el cráter de un meteorito que un edificio.

—¿Es ésta? —dijo la voz de Han llena de incredulidad.

Leia comprobó la pantalla.

—Esta es.

Han profirió una maldición.

Leia sabía lo que estaba pensando Han. Temía que hubieran llegado demasiado tarde, pero Han sabía que ella tenía otros recursos y esperó y no dijo nada. Era el mismo Han de siempre, sí, pero de algún modo se había adaptado a ella de un modo que el viejo Han nunca habría aceptado. Estaba empezando a gustarle eso. A gustarle de verdad.

Leia cerró los ojos y alcanzó a su hermano en la Fuerza. Intentó dejar que las sensaciones de su presencia la llevaran hasta él, como cuando Darth Vader le cortó la mano en Bespin. Tras unos instantes levantó un brazo y, sin mirar, señaló la dirección en la que estaba. —Allí —dijo ella.

—¿Quieres decir justo ahí? —preguntó Han—. ¿Por dónde ha aparecido esa nave invasora?

Leia abrió los ojos y vio la pequeña montaña que era la nave de desembarco yuuzhan vong descendiendo hacia la torre que estaba señalando.

—Sí —dijo ella—. Más o menos allí.

Haciendo piruetas con el pie bueno, Mara se quitó la venda de bacta y le dio una patada a un yuuzhan vong. Éste cayó y ella continuó dando vueltas, acuchillando con su sable láser al que tenía detrás. Después se protegió del ataque de un anfibastón que la hostigaba desde la derecha y vio cómo Luke abría su guardia para acabar con uno que iba a por ella. Mara puso la pistola láser bajo el brazo y disparó dos veces, una a cada lado de la cabeza de Luke, abriendo un agujero entre los ojos de los dos yuuzhan vong que corrían para atacarle.

Luke sonrió y barrió los pies de un guerrero joven desde abajo, cuando este se abalanzó contra él.

Por cada guerrero que mataban aparecía una docena más que se precipitaban a morir en sus manos.

Saltaban en parejas con sus alas animales, aterrizando en medio de la línea de fuego de turboláseres y empezaban a lanzar enjambres de insectos y a encajar disparos. La carga de los yuuzhan vong vaciló y se redujo hasta desaparecer cuando los artilleros abrieron fuego con sus rifles láser.

Un oficial júnior, uno de los dos que quedaban en la batería, fue hasta ellos.

—Debemos irnos de aquí, ir abajo.

—¡No! —le dijo Mara—. El *Halcón* no podrá encontrarnos dentro de un edificio.

—No importará mucho —el oficial señaló a una nave de desembarco de mil metros de eslora que se estaba situando sobre el edificio—. Como dijo la dama: *lucha hasta que no puedas luchar más*.

Vuestros amigos no vendrán. Les haremos más daño abajo.

La nave de desembarco hizo llover gelatinofuegos que fundían agujeros en el tejado de duracero del tamaño de una mano. Uno aterrizó demasiado cerca y arrancó un silbido de alarma a R2-D2.

Mara y Luke empezaron a utilizar la Fuerza para redirigir los que iban en su dirección.

—¿Qué piensas? —preguntó Mara a Luke. Sabía que él todavía percibía a Leia buscándolos—. Quizá sólo estamos haciendo que vengan para que se metan en aprietos.

Las escotillas de la panza de la nave de desembarco se abrieron y empezaron a soltar cables por los que ya se descolgaban esclavos reptilianos utilizados como soldados. Una docena de cables aterrizaron en su edificio.

Luke levantó la pistola láser y abrió fuego.

—Tenemos que aguantar. Han y Leia no cejarán hasta que encuentren la forma de salvarnos.

Mara asintió.

—Vale. Ben está a salvo. Confiaré en la Fuerza para lo que nos queda.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Han sin dirigirse a nadie en particular, y menos a Leia—. ¿No podrían quedarse en el mismo sitio durante cinco minutos?

La torre era uno de esos trabajos de mirracero con un tejado escalonado, y por supuesto, el destello de sables láser y pistolas láser siempre estaban donde no debían hasta que Leia descubrió por fin a Luke y a Mara junto al personal de artillería. Les llevó cinco minutos de vuelo salvaje rodear la zona y aproximarse al tejado por el lado de Luke, y para entonces los miembros de la Nueva República ya corrían hacia las escaleras.

—Ajústate la red de seguridad —dijo Han—. Y arma los misiles de impacto.

—¿Los misiles de impacto? —dijo Leia con la respiración entrecortada—. Han... Han apartó la mirada de los tejados y la posó en ella.

—¿Sí?

Leia tragó saliva, después alcanzó los controles del armamento.

—¿Cuántos?

Han sonrió de medio lado.

—¿Cuántos crees?

—Todos —Leia empezó a pulsar los controles necesarios.

Han descendió y aceleró pasando bajo la nave de desembarco a apenas tres metros sobre los tejados. Demasiado lenta para reaccionar, la gran nave liberó una descarga de gelatinofuegos que hizo más daño a los reptilianos de sus líneas de ataque que al muy escudado *Halcón*. Han cerró de golpe los desaceleradores, esperando no carbonizar iónicamente a Luke o Mara, y puso la nave vertical, sobre la cola.

—¡Fuego!

Leia pulsó el lanzador. El primer par de misiles brilló y chocó contra la panza de la nave de desembarco antes de que su tripulación pudiera reaccionar. La onda expansiva hizo temblar al *Halcón* hasta la cola. Disparó la segunda y la tercera descarga. Para cuando disparó la cuarta, la enorme nave ya escupía fuego por las bodegas de descarga y de su casco llovían despojos de coral yorik.

Las tropas de la Nueva República volvieron sobre sus pasos. Han no podía ver a Luke y Mara, pero sabía con seguridad que estarían muy cerca.

—Baja la rampa de acceso —Han posó el *Halcón* sobre sus soportes—. Y hazlo...

Leia ya corría hacia al túnel de acceso. Meewalh y el artillero de palacio mantenían a raya a los reptilianos con los cañones cuádruples. Han hizo bajar el cañón láser retráctil de repetición por si acaso. Se mantuvo a la expectativa de que la nave de desembarco lanzase contra él una andanada en respuesta, pero pronto se percató de que el peligro real consistía en morir aplastado bajo las petreonaves envueltas en llamas que se estrellaban alrededor del *Halcón*. Igual se había pasado con tanto misil.

Han retiró el cañón retráctil. Tan pronto como la luz de situación indicó que la rampa se elevaba, despegó y pasó como un rayo bajo la nave de desembarco, descendiendo hasta los aerocarriles y bajo el Gran Mar Occidental, guiándose más por los sensores y la pantalla del mapa que por lo que podía ver. Ya estaban en el centro del mar cuando Luke entró en la cabina con Mara, Leia y R2-D2.

—Gracias por el paseo —Luke se abrazó al hombro de Han y se instaló en el asiento del copiloto—. Empezábamos a pensar que no lo lograrías.

—Había un atasco de muerte —Han echó una ojeada al mapa que había en la pantalla de Leia y se dispuso a preguntar a Luke por el mejor sitio para salir a órbita, pero se lo pensó mejor e hizo un gesto con el dedo al fondo de la cabina—. Lo siento chico, pero ese asiento es de Leia.

Luke palideció.

—Perdona —se levantó y sacó un trozo de plastifino de su bolsillo—. Sólo quería darte esto.

La cabina quedó sumida en un silencio incómodo. Luke hizo el gesto de darle el plastifino a Han, pero lo pensó mejor y se volvió hacia Leia.

Han torció la mirada.

—Oye, no quise decir nada con eso. Es que necesito a mi copiloto en su asiento y a ti en la ametralladora de la panza. Sólo eso.

Se podía respirar el alivio en la cabina y Han se conformó con dejarlo así. Lo último que quería era a alguien pidiendo perdón por la muerte de Anakin. Eso habría trivializado su sacrificio, implicaría que Anakin había muerto para nada.

—¿Qué? ¿Os ponéis ya a ello? —preguntó Han—. Mara, tú podrías revisar y recargar los lanzadores de misiles. En esta bañera hay a un montón de gente con ganas de salir de aquí.

—Claro.

Mara y Luke se hicieron a un lado para que Leia pudiera acomodarse en su asiento. Entonces Luke le dio el plastifino y le explicó su origen. Cuando terminó, el *Halcón* ya volaba a toda velocidad alejándose del Mar Occidental. Han se introdujo en los aerocarriles y empezó a esquivar los restos de los puentes derruidos. Dejaron que R2-D2 se enchufase a la conexión para droides. Luke y Mara volvieron a sus puestos de combate.

Leia le miró por encima.

—¿Mi asiento?

—Lo has hecho todo bien —Han miró al enorme asiento del copiloto—. El viejo asiento de Chewbacca —después añadió—: Si salimos de ésta con vida lo haremos oficial y te conseguiremos un asiento de tu tamaño.

Leia levantó una ceja.

—Eso ya sería algo —estudió el plastifino, comprobó el cronómetro e introdujo una serie de coordenadas.

—Llévanos allí, piloto.

Han aumentó la potencia y empujó la palanca. El *Halcón* pasó como un rayo junto a las torres de cañones y ascendió en el cielo opalescente.

Dejaron atrás a las naves de desembarco y de asalto antes de que los yuuzhan vong pudiesen reaccionar, pero al abandonar la atmósfera, una nave análoga a un crucero, designada como el *Kratak*, lanzó sus coralitas contra ellos y se dispuso a bloquearles el paso. Meewalh y Luke la silenciaron con sus cañones cuádruples. R2-D2 gorjeaba y silbaba, buscando una voz amistosa en los canales de comunicación.

Han activó el comunicador.

—Mara, ¿cómo va eso?

—Tres cargados.

—Servirán —Han trató de parecer confiado—. Aguanta... R2-D2 vibró como un loco. Entonces la voz familiar de Danni Quee sonó por el sistema de comunicación: —Halcón, cambie de rumbo diez grados, continúe con esa velocidad y no dispare los misiles de impacto.

Han obedeció instintivamente, y echó un vistazo a la pantalla táctica. Por allí sólo había coralitas.

—Esos diez grados no tienen buena pinta.

—La tendrán —se oyó decir a Lando.

Mara entró al instante en el canal.

—¿Calrissian? ¿Qué haces? No quiero que...

—Tú paquete está a salvo con Tendrá —contestó—, a bordo del *Ventura*.

Han miró por encima. Leia sólo podía encogerse de hombros y agitar el plastifino que Luke le había dado. —Confías en mí —dijo Danni.

R2-D2 gorjeó, y un escuadrón Jedi apareció en la pantalla táctica atacando a los coralitas por el flanco.

—Recibido —Han continuó hacia los coralitas—. ¿Qué podemos perder?

El enemigo continuó hacia ellos durante unos segundos y volvió a disparar. Luke y Meewalh devolvieron el ataque y el *Kratak* se apresuró a unirse al combate. Las primeras bolas de plasma explotaron contra sus escudos delanteros.

Entonces el escuadrón Jedi alcanzó distancia de tiro y abrió fuego, y desapareció la mitad de los coralitas.

De pronto, el crucero pareció tener otras preocupaciones y viró alejándose de la batalla, y sus coralitas se sumieron en el caos. Cuatro de ellos giraron para afrontar ese nuevo reto, todos moviéndose en direcciones distintas y sin ninguna posibilidad de concentrar su fuego. Otro par chocó entre sí. Los seis coralitas que iban en vanguardia siguieron adelante sin ser conscientes del peligro que tenían detrás. El escuadrón Jedi efectuó otra descarga, y no hubo nada entre el *Halcón* y la libertad.

—¿Crees que podrás hacer pasar al pájaro por ahí, viejo pirata? —comunicó Lando—. Hasta tú deberías ser capaz de hacerlo.

Han se quedó sin palabras. Un disciplinado escuadrón de coralitas no se disuelve en un desbarajuste que habría avergonzado a un banda de aeromotos. El *Ventura* apareció en la pantalla táctica y se dirigió hacia allí.

—¿De verdad acaba de pasar eso? —preguntó por fin. —Eso creo —dijo Luke por el comunicador—. Acaban de bloquear a un yammosk —conectó con el canal general de comunicaciones y agregó—: Danni, Cilghal, mis felicitaciones. Vuestro éxito llega tarde para salvar a Coruscant, pero me da esperanzas para el futuro.

—Nos da esperanzas a todos —dijo Leia—. Gracias. El resto de las fuerzas de Eclipse añadieron sus felicitaciones, y Luke volvió a hablar por el canal: —Vamos a reunimos con el *Ventura* y acudamos todos al lugar de encuentro previsto —dijo—. E id con cuidado. Tras la conquista de Coruscant, la responsabilidad de mantener viva a la Nueva República recae sobre los Jedi.

Han inclinó el *Halcón* hasta alinearlo con el resto del convoy y empezó a calcular si podrían hacer incluso ese salto corto hasta el punto de encuentro llevando tantos

pasajeros a bordo. —Leia, ¿cuántos soldados recogimos en el tejado? Al no obtener respuesta, Han miró por encima para encontrar a Leia sumida en meditación, el rostro cansado y pesaroso. El corazón se le subió a la garganta. Tenía una mirada en el rostro que sólo le había visto una vez.

—¿Qué? —preguntó Han—. ¿No serán los gemelos? El rostro de Leia permaneció cansado y triste, pero también se volvió temerosamente reposado.

—Están vivos, pero en apuros. Terribles apuros.

—Erredós, abre un canal con el *Ventura* —ordenó Han—. Nos desharemos de todos estos e iremos a por ellos, Leia. Tú y yo solos.

Leia posó una mano en la de él y negó con la cabeza.

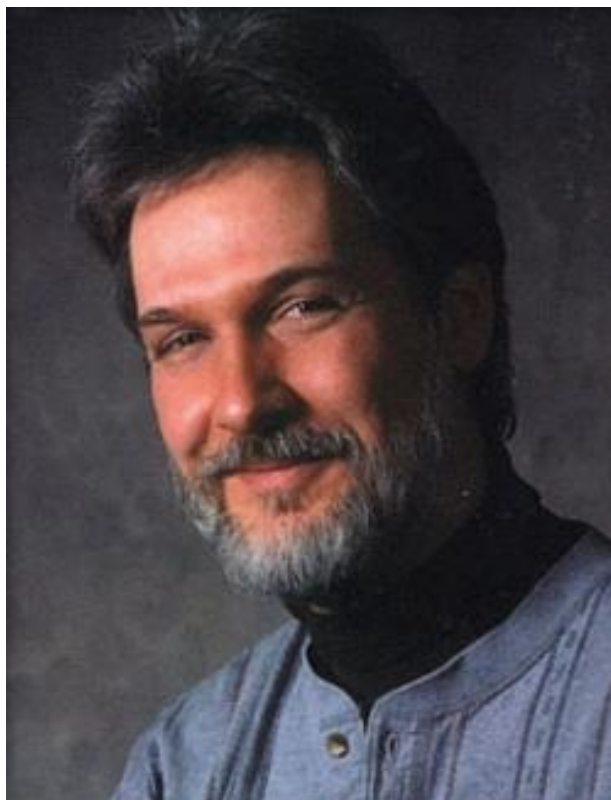
—No, Han. Aunque supiéramos dónde buscarlos y consiguiéramos llegar allí con vida, ése no sería el problema. Deben rescatarse solos.

Han frunció el ceño. Le sonó a problemas de Jedi, y de la peor clase.

—¿Y si no lo consiguen?

—Lo conseguirán —Leia cerró los ojos y le agarró de la mano—. Lo conseguirán.

FIN



TROY DENNING, también conocido como **Richard Awlinson**, es un escritor y antiguo diseñador de juegos.

Ha escrito más de veinte novelas, incluyendo *Waterdeep*, bestseller del *New York Times*. La mayoría de sus trabajos publicados han sido ficción en los universos de Dungeons and Dragons de Dark Sun y Forgotten Realms.

Denning es un ávido explorador de campo abierto y vive en el sur de Wisconsin con su esposa Andria.

Troy Denning ocasionalmente participa en los foros de *Star Wars* con su nombre verdadero, y en los foros de theforce.net es *TailOne*.